OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XI

ÚLTIMA TULE

TENTATIVAS Y ORIENTACIONES

NO HAY TAL LUGAR...

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

letras mexicanas

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XI

OBRAS COMPLETAS DE
ALFONSO REYES

XI



ALFONSO REYES

Última Tule

Tentativas y orientaciones

No hay tal lugar...

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1960
Segunda reimpresión, 1997

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0346-X (obra completa)
ISBN 968-16-1170-5 (tomo XI)

Impreso en México

CONTENIDO DE ESTE TOMO

I. *Última Tule* comprende una serie de ensayos que, en conjunto, abarcan los años de 1920 (primeros esbozos de las páginas incorporadas en "El presagio de América") hasta 1941.

II. *Tentativas y orientaciones* es una colección de ensayos que abarcan de 1930 a 1943.

III. *No hay tal lugar...*, casi hacinamiento de notas sueltas (que con frecuencia se remiten a libros anteriores, en torno al tema de las "utopías"), comienza a escribirse por 1924, sin que sea posible fijar la última fecha que alcanza.

IV. Advertencia general: En este tomo se examinan y discuten algunos conflictos actuales. Pero, desde la época en que estas páginas fueron escritas, algunas palabras han cambiado de sentido y hasta se han vuelto de revés. No se impacienten, pues, las Furias Políticas y procuren entender las cosas conforme al lenguaje de su momento.

I

ÚLTIMA TULE

Noticia

A) Edición anterior

Alfonso Reyes // Última Tule // Imprenta Universitaria // México // 1942. 4º, 251 págs. e índice.

B) Indicaciones bibliográficas y otras, en notas al comienzo y al fin de los respectivos ensayos o discursos.

I. EL PRESAGIO DE AMÉRICA

En libros misceláneos, escritos al azar de la vida; en lecturas públicas, preparadas al acaso de los viajes para distintos países y las más diversas ocasiones, andaban los motivos sueltos que aquí me propongo ordenar en texto único, sin que me importe el caer en repeticiones literales.* Los fragmentos, mal resguardados en publicaciones heterogéneas o en ediciones limitadas, ha tiempo que habían comenzado su jornada de olvido; o, en el mejor caso, habían comenzado a "servir de plumas para ajenas cornejas", como se decía en otro siglo. Convenía por eso recogerlos; aparte de que su sola presentación en lectura seguida parece destacar algunas conclusiones latentes.

Más de una vez me vi en el trance de invocar la palabra que a todos nos pusiera de acuerdo: América, cifra de nuestros comunes desvelos. Buscando así, a bulto y a tanteos, en el arca de la conciencia, América era la primer realidad que se me ofrecía, el tesoro de mayor peso. Y, según la urgencia del caso, echaba yo mano de estos y los otros pasajes, hilvanándolos con cierta premura. De donde resultó un enjambre de versiones mal avenidas; pero, al mismo tiempo, vino a delinearse poco a poco, en sucesivos retoques, un sentimiento general, fertilizado después por nuevas experiencias y reflexiones.

Sin duda el primer paso hacia América es la meditación sobre aquella marcha inspirada y titubeante con que el hombre se acercaba a la figuración cabal del planeta. El oscuro imán gravitaba sobre la mente humana, insinuándose por indecisos caminos. Nada más patético que esta resolución

* "Américo Vespucio", en *Retratos reales e imaginarios*, México, 1920.—"Los primeros descubridores de América (antes de Colón)" y "Los viajes de Juan de la Cosa, descubridor de Venezuela", en *Simpatías y diferencias (segunda serie)*, Madrid, 1921.—*Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana*, Buenos Aires, V, 1928.—*Boletín de la Unión Panamericana*, Washington, mayo de 1932.—"El Cipango y la Antilia (Una controversia en mitad del mar)", en *Tierra Nueva*, México, 1940.—Etc. Ver *Obras completas*, tomo IV, pág. 90: "B) Observaciones".

de la mitología en historia. Lo que tal proceso significa en el orden puramente geográfico no es más que el reflejo de lo que ha significado en el orden espiritual y como una función del ánimo.

Las páginas que aquí recojo adolecen seguramente de algunas deficiencias de información, a la luz de investigaciones posteriores, y ni siquiera aprovechan todos los datos disponibles en el día que fueron escritas. Pero ni tenía objeto entretenerse en la reiteración de datos que transformara en investigación erudita lo que sólo pretende ser una sugestión sobre el sentido de los hechos, ni tenía objeto absorber las nuevas noticias si, como creo, la tesis principal se mantiene.* Además, el que pretende decir siempre la última palabra, cuando la conversación no tiene fin, corre el riesgo de quedarse callado. Y, como aconsejaba Quintiliano, hay que resignarse alguna vez a dar por terminadas las obras.

1. En el suelo, en el cielo y en todo lugar

Desde que el hombre ha dejado constancia de sus sueños, aparece en forma de raro presentimiento la probabilidad de un nuevo mundo. Ya la fantasía andaba prefigurándolo desde unos 3,000 años antes de Cristo, cuando el mitológico Anubis presidía a los muertos en alguna misteriosa parte del Occidente. La idea de que al Occidente quedaba cierta región por descubrir —la cual adoptará unas veces la fisonomía placentera de un reino bienaventurado, y otras la fisonomía de un mar tenebroso— viene desde los más remotos documentos egipcios, y ahonda sus raíces antropológicas en el misticismo del crepúsculo vespertino. Ya se la esconde en el seno tembloroso de los océanos, ya se la proyecta hasta el mismo Sol.

* La historia de los mitos que preceden y acompañan al Descubrimiento ha sido objeto de numerosas monografías. Y entre las obras de publicación más reciente sobre diversas cuestiones relacionadas con mi tema: J. Imbelloni, *Las "profecías de América" y el ingreso de Atlántida en la Americanística* (*Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Buenos Aires, XII, 1939); S. de Madariaga, *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, Buenos Aires, 1940; S. Zweig, *Amerigo, A Comedy of Errors in History*, Nueva York, 1942, y la importantísima de Samuel Eliot Morison, *Admiral of the Ocean Sea*, Boston, 1942, 2 vols.

A medida que los periplos fenicios exploran el Mediterráneo occidental o aun el secreto Atlántico —de donde traían estaño y ámbar—, o al paso que, más tarde, las islas atlánticas se entregan a los navegantes europeos, el misterio se va alejando como la sombra de una nube viajera, y busca refugio en la bruma de los horizontes marinos. Tal es el sentido del "Plus Ultra" que vence a las Columnas de Hércules. La vaga noción que aletea en la más vetusta poesía, ora como amenaza o como promesa, cruza después las sirtes de la literatura clásica, florece en la portentosa Atlántida de Platón, herencia recogida por ilustres abuelos en labios de los sacerdotes saítas; arrulla la imaginación de los estoicos; viaja por las letras latinas, donde Séneca, en su *Medea* anuncia que se abrirán los mares revelando continentes inesperados; y llevando a cuestas su carga movediza y cambiante, su Mar de Sargazos, su océano innavegable y de poco fondo, sus Ínsulas Afortunadas, se enriquece por toda la Edad Media con las leyendas utópicas: la Isla de San Balandrán o de los Pájaros —primera hipótesis de la *Isla de los Pingüinos*—, la de las Siete Ciudades, la Antilia o Ante-Isla y el Brasil —nombres éstos que después recogerá la geografía—; enciende el halo con que la veneración envuelve las sienes de Ramón Lull, el Doctor Iluminado, a quien se atribuye sentido profético en su *Nueva y compendiosa geometría;* y es embarcada al paso en la nave de los poetas renacentistas, para depositar finalmente sus acarreos de verdad y de fábula en manos de Cristóbal Colón, cuando éste, hacia 1482, abre las páginas de la *Imago Mundi.* La obra del Cardenal Aliaco, su breviario, lleva al margen las notas febriles del Descubridor, y es centón de cuantos atisbos podían juntarse sobre los paraísos ofrecidos al ansia de los hombres.*

Los rasgos dispersos de alguna verdad desbaratada querían recomponerse en el alma. La Tierra cuchicheaba al oído de sus criaturas los avisos de su forma completa, la entidad platónica recordada como en un sueño. Y así, antes de ser

* En su libro sobre Cristóbal Colón (1940) Salvador de Madariaga observa agudamente que las notas marginales de Colón a la *Imago Mundi* destacan, más que las referencias a monstruos y fábulas, las indicaciones sobre joyas, piedras preciosas o artículos de valor comercial. Sin embargo, él mismo reconoce que Colón, a medida que adelanta en sus exploraciones americanas, se va dejando embriagar por lo fabuloso.

esta firme realidad que unas veces nos entusiasma y otras nos desazona, América fue la invención de los poetas, la charada de los geógrafos, la habladuría de los aventureros, la codicia de las empresas y, en suma, un inexplicable apetito y un impulso por trascender los límites. Llega la hora en que el presagio se lee en todas las frentes, brilla en los ojos de los navegantes, roba el sueño a los humanistas y comunica al comercio un decoro de saber y un calor de hazaña.

Y lo mismo que el presagio se dibuja en el suelo, también se refleja sobre la pauta celeste. Acordaos de aquella adivinación de estrellas nunca vistas, que vienen intimando luces desde las lucubraciones de Aristóteles hasta las de Alfonso el Sabio; que ya se anunciaron a Lucano; que irradian en la constelación de las Cuatro Virtudes Cardinales —imagen anticipada de la Cruz del Sur—, desde el seno de las noches dantescas; y que, después del Descubrimiento, se derraman profusamente por los ámbitos de la poesía, de suerte que al par centellean en la *Araucana* de Ercilla y en la *Grandeza mexicana* de Valbuena, en el *De Orbe Novo* de Pedro Mártir de Anglería, en *Os Lusiadas* de Camoëns, en las *Epístolas* de La Boëtie, o en el soneto herediano de *Los trofeos*.*

2. Los ejes del Descubrimiento

Los rasgos de la Tierra se van completando conforme giran los ejes de la atención geográfica. La historia de Europa nace en torno a la cuenca del Mediterráneo, y singularmente en aquel rincón oriental donde por primera vez la audacia helénica sufre, combate y al fin derrota las ambiciones de los sagrados imperios orientales. Fuera del campo verificable, más allá de lo que miran los ojos, se extienden el terror y el mito. Hay sospechas de que al Norte los hombres se vuelven de nieve y al Sur se vuelven de carbón. El suelo firme es sin duda una grande isla rodeada de agua. El cinturón de la hidrosfera abraza la litosfera. Sobre ellas, el capelo transparente de la atmósfera, que tiene abajo su correspondencia simétrica en el Tártaro. Los viajes se encar-

* P. Henríquez Ureña, Las "Nuevas Estrellas", en *The Romanic Review*, 1918, IX, Nº 1.

gan de perturbar con sus extravagancias este orbe cerrado. La ambición militar y el sueño filosófico de la "homonoia" ensanchan el mundo hasta la India, al irresistible empuje de Alejandro; pero el centro no se desplaza todavía de aquel mar que fue la verdadera patria del griego. El duelo entre el Oriente y el Occidente mediterráneos, entre el mundo clásico y Cartago, no pudo resolverse desde Siracusa y bajo un príncipe helénico, desde que fracasó la intentona política de Platón bajo Dionisio II. Roma hereda el duelo. Las conquistas romanas remontan después hacia el Norte, y luego las invasiones del Norte descienden sobre Roma. Europa ha crecido por arriba, pero las manecillas del mundo europeo siguen fijas en el Mediterráneo. Lentamente, los ejes se alargan hacia el Atlántico, y se reafirman por completo en el otro apoyo del Occidente, cuando el descubrimiento de América vino a cerrar, por decirlo así, la cuenca del Océano. Más tarde, se revelarán las tierras polares —tanteadas ya desde fines del siglo XVI—, y en tanto, las exploraciones interiores van estableciendo topografías precisas donde antes los mapas se conformaban con monstruos y dragones.

Desde el siglo XII, en que los vascos abordaban los bancos de Terranova, y pasando por las inciertas exploraciones de bretones y normandos, hasta el siglo XV, en que la cultura renacentista da estado escrito a las vagas tradiciones orales, los hallazgos se suceden, y son particularmente activos en la última década del siglo XV. La cara de la Tierra se va completando rasgo a rasgo. La costa occidental del África se va entregando a los navegantes y se deja descifrar poco a poco. Del Oriente llegan arrebatadoras narraciones. Pronto aquellas noticias dispersas, que al principio eran meras curiosidades, se resuelven en una sinfonía de inquietudes. La ruta para las Indias comienza a ser una preocupación, desde que Constantinopla cae en poder del turco. Esto interrumpe el tránsito de mercancías orientales, a la vez que atrae sobre Europa el derrame de la filología bizantina. En otros siglos, la caída de Mileto bajo la invasión pérsica trajo sobre Italia y Atenas a los filósofos jonios. Como Atenas debió su florecimiento a la ruina de Mileto, Italia debe más tarde a otra catástrofe semejante su imperio espiritual en los albores de

los tiempos modernos. Mientras media humanidad se embriaga con las sorpresas del Renacimiento, la otra —mundo de traficantes y aventureros— vive enloquecida de acción, anhelando siempre por las aromáticas islas de las especias.

Los viajes son la grande empresa pública y privada del siglo XV. Las ideas geográficas flotan en el aire como partículas de polvo. Todo piloto es descubridor. Para unos, descubrir no es más que ver tierras, y así no es extraño que aleguen ambiciosos títulos que la posteridad escatima. Para otros, descubrir es colonizar o, por lo menos, fincar el cambio pacífico de mercancías, o bien la captura de esclavos a mano armada. Se da con relativa frecuencia el caso de tierras descubiertas dos o tres veces, como se da el de regiones que, encontradas por azar o naufragio, no pudieron ser identificadas más tarde.

Portugal y España se alzan con la empresa, la cual pronto adquiere carácter de misión apostólica, porque el espíritu nunca abandona definitivamente las creaciones de la materia. El Papa divide entre las dos monarquías las tierras halladas y por hallar. A la Cruzada medieval sucede la Cruzada de América.

De Italia, cuyo genio mercantil casi había alcanzado las elegancias de su poesía, salen de tiempo en tiempo cartógrafos más o menos improvisados, para ponerse al servicio de las dos coronas, y hasta al de Inglaterra, que por muy poco perdió la ocasión del descubrimiento americano. Y en aquel ambiente cargado de posibilidades, donde todo comenzaba a parecer factible, se destaca de pronto la figura de Colón, asistido por los Pinzones, los Dioscuros del Nuevo Mundo, a quienes la hazaña debe más de lo que suele decirse.

Cristóbal Colón no es un hombre aislado, caído providencialmente del cielo con un Continente inédito en la cabeza. Es verdad que hablaba de tierras incógnitas "como si las trajera guardadas en un cajón", según el pintoresco decir de Martín Alonso. Pero ni es el primero que habla de ellas, ni en esto y otras muchas cosas hacía más que colar el río de una tradición secular, para quedarse con las arenas de oro. Enfocando la mirada a Colón, podemos contemplar toda una muchedumbre de sabios y de prácticos, de cuerdos

y locos, que lo preparan, lo ayudan y lo siguen. La concepción heroica de la historia en Carlyle no admite más que una objeción, y es que hubo muchos más héroes de los que soñó su filosofía. Es justo poner un poco de orden en esta apoteosis, desenredando los hacecillos que van a juntarse en la frente de Colón, entre los antecedentes del Doce de Octubre.

3. El misticismo geográfico y los Colones desconocidos

Se admite que, desde época muy remota, América pudo ser objeto de ciertas visitas informales, visitas que el mundo no estaba aún preparado para aprovechar y ni siquiera para interpretar en su justo sentido, aunque indudablemente dejan su rastro en la imaginación. Pero desde luego, hay que distinguir la noción del descubrimiento propiamente tal y la cuestión de los orígenes americanos, que erróneamente suele confundirse con ella, sobre todo a propósito de las posibles inmigraciones del Pacífico.

Entre los impulsos que determinan la aparición histórica de América, unos son terrenos y prácticos, otros fantásticos e ideales. No sólo la verdad, la misma mentira (como en el *Donogoo-Tonka* de Jules Romains, equivocación de un sabio que acaba por convertirse en hecho) cuaja de repente en comprobaciones teóricamente inesperadas. El misticismo geográfico, las aventuras de los Colones desconocidos o involuntarios, los nuevos ensanches de la tierra, el humanismo militante, el imperativo económico, todo ello desemboca en el Nuevo Mundo. No son ajenos al Descubrimiento los sueños de Ofir y Catay. La Atlántida, resucitada por los humanistas, trabajó por América. El Cipango y la Antilia representan aquí el paso de la quimera a la realidad, del presagio al hecho. Y todavía después, la mentira —que tantas veces ha guiado oscuramente a los exploradores— seguía haciendo de las suyas, cuando se buscaban en nuestro Continente la Fuente Juvencia, el País del Oro y el Reino de las Amazonas.

Ya nos hemos referido al misticismo del Occidente, aquella vaga inclinación antropológica por seguir la ruta del Sol hasta más allá de donde nos alumbra. Este extraño imán del

Occidente —"que allende una ilusión resulta Oriente", como en la palabra del poeta— late entre los testimonios más antiguos de la fábula mediterránea, y lanza por la fantasía de la Edad Media su escuadra de islas fascinadoras, ora edénicas, ora —invertido el espejismo— infernales. Los portugueses y otros pueblos marinos las buscan con afán o bien las rehuyen con cautela. Lunares de tentaciones, aparecen en las cartas de marear de los siglos XIV y XV, y son, en su engañoso deslumbramiento, causa de naufragios, viajes desatentados, encuentros casuales, preocupación y murmuración de la gente.

Respecto a los Colones involuntarios, el asunto tiene dos aspectos: el Pacífico y el Atlántico. Aquél se deshace en vagas conjeturas étnicas y lingüísticas; éste parece inciertamente fundado en inmemoriales epopeyas e ingeniosidades arqueológicas. Aquí no nos importa tanto su dosis de veracidad comprobada como su explosivo de fantasía eficaz.

¿Quién nos dice que, entre los europeos que visitaron el Asia, algunos no hayan escuchado relatos capaces de levantar la duda sobre la existencia de otros mundos probables? Por otra parte, se ha pretendido que los mismos viajeros atlánticos conocían de tiempo atrás el paso del istmo de Panamá y aun el del Cabo de Hornos; o que los viajeros del Pacífico poseían itinerarios fijos y bien establecidos para abordar los puertos naturales del litoral americano. Se ha tratado de explicar la vaguedad de estas peregrinas noticias unas veces por el imperfecto contacto entre Asia y Europa, y otras por el secreto comercial, que escondía celosamente el origen del oro y las esmeraldas. Secreto tanto más precioso, y tanto más indeciso en su conservación ulterior, por cuanto un solo viaje, una sola aventura bastaban para crear una riqueza. Se ha dicho que lo trabajoso y dilatado de estas jornadas obligaba al establecimiento de colonias más o menos duraderas. Se ha sostenido que de todo ello da testimonio el hecho de que, antes de Pizarro, los indios peruanos —a juzgar por cierta tela de arcaica técnica encontrada en una remota sepultura de la Isla de la Luna, Lago de Titicaca— conocieran ya al hombre europeo, barbado o "viracocha", y a la mujer blanca, lo mismo que las vacas y los caballos,

y aun ciertas tradiciones bíblicas relacionadas con Adán y Eva y el fruto prohibido. Según esta teoría, las evidentes contaminaciones entre la leyenda bíblica y la mitología autóctona, que aquel tejido revela claramente, en vez de ser indicios de las primeras vacilaciones o penetraciones todavía rudimentarias del catequismo hispánico, serían indicios de un contacto anterior a la verdadera predicación evangélica. Pretende esta hipótesis que las vestimentas de las figuras corresponden a los siglos XII o XIII. ¡Como si en cosa tan tosca pudieran exigirse precisiones de indumentaria! ¡Como si el solo dato de que la urdimbre de lana sobre algodón, tipo Tiahuanacu, no parezca encontrarse después de la Conquista, hiciera imposible la supervivencia en algunos ejemplares de arte atrasado! Se añade, a manera de refuerzo, el argumento por demás elástico de que los incaicos, desde antes de la Conquista, habían comenzado ya a valorar el oro y la plata al modo de los europeos. A estas vaguedades se juntan otras sobre la llamada cruz de Palenque y la cruz de que habla cierta tradición de Carabuco, motivos de divagación mística para unos y de extravío histórico para otros. Finalmente, se buscan pruebas en ciertos collares de perlas Agri, encontrados en las momias del litoral pacífico, asegurando que semejantes perlas azules sólo pudieron ser traídas antes del Descubrimiento por mercaderes españoles, portugueses o venecianos, y que son artículos de aquella industria egipcia y fenicia de que quedan huellas en Carnac y que hacia el siglo XIII se había desarrollado grandemente en Murano.

La fertilidad mitológica que presagia el Descubrimiento parece que continúa operando hasta los tiempos recientes. Entre estas hipótesis aventuradas, algunas insisten en la complicidad de la naturaleza, en el régimen de las corrientes, o aun las transgresiones oceánicas. Los ríos, "caminos que andan", no sólo andan sobre la tierra: también sobre los océanos, acompañados de movimientos atmosféricos propicios. Los flujos eólicos y marítimos bien pueden haber sido causa, según esto, de que los Colones desconocidos hayan tocado, impensadamente, el litoral americano. ¡Cuántas veces una embarcación, abandonada a sí misma o mal gobernada —un "barco ebrio"— habrá cedido al mecanismo del

menor esfuerzo, entregándose a la deriva! ¡Cuántas veces el extático Palinuro no habrá abandonado el timón, embobado con las alucinaciones del cielo nocturno! ¡Cuántas veces la superstición o la atracción del enigma no habrán repetido la imprudencia de Don Quijote con el barco encantado, el cual sosegadamente se deslizaba "sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave"!

Así en las playas de California vienen a morir los juncos del Japón, arrancados por la tempestad; así ha podido comprobarse que, en el solo siglo XIX, más de quince navíos asiáticos rindieron el naufragio sobre las orillas de América. Y lo que se dice del Pacífico para la corriente negra o del Kurosivo, se aplica al Atlántico para los distintos cursos de sus aguas, acéptese o no la figuración tradicional de la corriente del Ecuador, la del Golfo y los monzones australes. Heredia, desde el arrecife kímrico, sentía llegar hasta él, en pleno invierno, el aroma de los jardines de su Cuba natal: "La fleur jadis éclose au jardin d'Amérique."

4. Las rutas del Pacífico. ¿Los chinos en América?

En 1761, un académico francés, De Guignes, provocó una discusión agitada, tratando de demostrar que el Fu-Sang de los orientales no era más que el México de los europeos. Cuenta el escritor Ma-Twan-Lin que cierto sacerdote budista, de regreso del Fu-Sang, en el año 499, describe aquel misterioso país en estas palabras:

> Los árboles han dado su nombre al país de Fu-Sang. Aquellos árboles dan unos brotes comestibles, como los del bambú, y unos frutos encarnados, gustosos. De la corteza se saca la fibra para tejer trajes. Los habitantes pasean en coches arrastrados por caballos, bueyes y ciervos. Los bueyes tienen unos cuernos robustos, capaces de soportar fardos pesados. Los ciervos son domesticables, y con la leche de las hembras se hacen quesos. Hay mucha uva, cobre en gran cantidad, y del oro y la plata nadie hace caso, por ser tan abundantes. Las casas son de madera, y —cosa extraña— a las ciudades les falta la muralla. Los habitantes conocen la escritura y fabrican

un papel vegetal. No tienen corazas ni lanzas, porque son muy pacíficos. El Rey se hace anunciar con tambores y clarines, y cambia el color de sus vestiduras según las estaciones del año. Sólo existen tres categorías de nobleza, poca cosa en verdad. Hacia 458, una misión de mendicantes comenzó a difundir en el país la recta doctrina del Buda.

Todos están hoy de acuerdo en que pocos o ninguno de estos caracteres corresponden al Nuevo Mundo. La implantación de la uva, por ejemplo, ha sido en México un fatigoso empeño que comienza (simbólicamente) con los frustrados ensayos de Hidalgo, padre de la Independencia, y apenas empieza a aclimatarse. En cuanto a los bueyes y los caballos, es sabido que fueron de importación española. Los jeroglifos de los mensajeros imperiales representaban los bueyes a manera de "venados gordos". Y aunque en otra era paleontológica, existió un primer caballo americano, de él no quedaba ni memoria. Cortés hasta pudo jugar con el pavor que sus caballos inspiraban a los indios.

Con todo, hay la posibilidad de casuales desembarcos asiáticos en las costas del Pacífico, y aun de comunicaciones prehistóricas, al Norte, por el estrecho de Bering.—Y en cuanto a aquel indígena americano y aquel mongólico que se entendieron una vez, hablando cada uno su respectiva lengua, el caso ha pasado a categoría de cuento folklórico, y así anda dando vueltas por América, aunque acaso esconda un fondo auténtico. Los periódicos aseguraban que, hace algunos años, un diplomático oriental llegó a traslucir un posible parentesco lingüístico entre cierta inscripción ilegible para la arqueología mexicana y algún dialecto mongólico hace siglos desaparecido. Pero ésta no es más que la última versión del tema folklórico. Y sobre los pretendidos cambios de misiones diplomáticas entre aztecas y orientales, mucho se ha dicho en voz baja y nada se ha probado en voz alta. El posible origen exótico de los incas, a través de las costas occidentales de Sudamérica, sigue en duda.

Queda por averiguar el sentido de las simpatías entre tipos artísticos de uno y otro pueblo, sobre todo en las coloraciones, o bien en las construcciones de la última fase incaria, mediante mojinetes con armadura de tijeras. Todo lo

cual, por lo demás, no supone un necesario contacto entre dos pueblos, sino que puede atribuirse a la analogía de las reacciones humanas ante condiciones externas semejantes (el *Völkergedanke* de Bastian). Queda por averiguar el significado de evidentes semejanzas étnicas entre americanos y oceánicos, lo que en todo caso nos remonta a una antigüedad en que pierde todo sentido la noción de un descubrimiento, para convertirse en la noción de orígenes. La circulación cultural que, en época vetusta, pueda haber existido entre el Océano Pacífico y ciertas zonas americanas —estudiada, entre otros, por Rivet, Imbelloni, Palavecino, Täubner— no afecta para nada la cuestión del descubrimiento.

5. Las rutas del Atlántico
Los escandinavos en América

Recordemos ahora la hipótesis de los Colones del Atlántico. En especie de reliquia o conseja, la tradición de este contacto fácilmente pudo llegar hasta el Genovés.

Las corrientes del Atlántico establecen tres caminos naturales entre el Antiguo y el Nuevo Mundo. El uno parte del Oeste de las Islas Británicas o de Islandia y pára en la costa occidental de Groenlandia (ya que la oriental resultaría inabordable por el amontonamiento de los hielos), o bien en las costas del Labrador o Terranova. El segundo, a merced de las corrientes de las Canarias y favorecido por los vientos, conduce a las Antillas. El tercero, cortando la contracorriente de Guinea, llega por la Ecuatorial del Sur hasta el Brasil, o bien, derivando por las Guayanas, se arroja sobre las Antillas Menores. El segundo camino es el de Colón. El tercero, el de Hojeda y Álvarez Cabral, descubridores del Brasil. Y el primero ¿no es el mismo que siguiera un día Corte Real? Pero antes pudo ser frecuentado por normandos, vascos y rocheleses; y antes todavía, los escandinavos parecen haberlo recorrido.

La identificación de las tierras visitadas por escandinavos ha sido preocupación reciente. Llamábanse esas tierras Groenlandia, Helulandia, Marklandia y Vinlandia. Islandia había sido abordada desde el siglo VIII por irlandeses y es-

candinavos. Al siguiente siglo, la casualidad permitió a un pirata noruego descubrirla otra vez. Eran los tiempos del mar lírico, surcado un poco a la ventura; y el ocio, ya se sabe, es fuente de la investigación, al punto mismo en que suele serlo la necesidad.

Descubierta Islandia, quedaba ofrecido a las tentativas el camino del Norte. Unos dos siglos más tarde, los habitantes de Islandia, la tierra blanca o de los hielos, llegan hasta Groenlandia, a la que se ha dado el nombre de "tierra verde" por el color del mar que baña sus costas o, según otros, para tentar la codicia de los aventureros, prometiéndoles la feracidad de sus bosques. Todo es aquí nombre de colores: el fundador de Groenlandia se llama Erik el Rojo.

6. Según la Saga de Erik el Rojo

Aquellos fieros piratas parece que, sin colonizar nunca —exceptuado el caso de Groenlandia—, se limitaron a rápidas incursiones. Querer seguir puntualmente sus huellas por el confuso testimonio de la Épica Septentrional, sería empeño vano. Es posible, sin embargo, dar algunas referencias generales.

Hacia el año 1000, un naufragio permite al hijo de Erik tocar aquella costa firme que, a poco, sería conocida con el nombre de Vinlandia. Entre Terranova y el Labrador, los expedicionarios se alargan por unas regiones boscosas y llenas de caza, hasta que llegan a un cabo desolado, donde se veían unas dunas y unas estrechas márgenes que les impresionan poéticamente, como cosa de maravilla.

De allí, como Noé soltaba sus aves desde el Arca, enviaron al interior sus corredores escoceses, que tenían nombre de caballos, y Hake y Hekia regresaron algún tiempo después trayendo haces de trigo y racimos de uvas, símbolos de los dones del suelo.

Más al Sur encontraron una gran bahía, una isla de difícil acceso poblada de negros parecidos a los africanos, quienes navegaban en barcas de pieles y consintieron en trocar con ellos algunas mercaderías. Parece que vivían en cavernas y su estado era de lo más primitivo.

Imposible entenderse después en este laberinto. Aquí se mezclan los episodios dramáticos y novelescos que ya no merecen confianza para la historia.

7. La huella legendaria

Durante el pasado siglo, empeñados los historiadores en fijar el punto de desembarque de los escandinavos, creyeron hallar algunas huellas rupestres, como cierta célebre roca de Dighton en que ya antes se habían querido ver caracteres fenicios o siberianos, pero en la que al fin un jefe algonquino pudo reconocer un simple jeroglifo indígena.

Otra vez, se trata de una roca de la isla Mohegan, donde aparecen unos trazos indescifrables, semejantes a los tipos rúnicos, que luego resultan ser rozaduras naturales.

En otra ocasión, Rafn cree descubrir nada menos que un monumento escandinavo en Newport (Rhode Island): una singularísima torre redonda, que no es más que el resto de un molino construido por el gobernador de la isla a fines del siglo XVII.

El profesor Horsford persigue por el oriente de Massachusetts los vestigios de la antigua Norumbega, y sólo da con yacimientos de civilización europea y poscolombina.

No, concluyen otros: los escandinavos nunca llegaron a establecerse en suelo americano, y mal pudieron dejar aquí huellas sedentarias.

Otros, por último, aceptan que los normandos navegaron en los grandes lagos y se aventuraron hasta la cuenca del Misisipí, de que quedaría el testimonio en piedras rúnicas de Minnesota y de Kentucky.

En cuanto a la colonización escandinava en Groenlandia, que duró tres siglos y de que salieron por lo menos dos grandes expediciones al Continente americano, fue decayendo gradualmente bajo los ataques esquimales. Groenlandia está ya completamente aislada de Europa en el siglo XIV, y sólo había de quedar como incógnita ofrecida a los navegantes, junto a otras imágenes acarreadas desde los tiempos clásicos; para robustecer las previsiones sobre la existencia de América, y para determinar su segundo descubrimiento en el siglo XVI.

8. Fábula, inspiración y ciencia de los humanistas

Si en la previsión de América intervinieron así informaciones geográficas y relatos más o menos verificados, no faltan tampoco los atisbos de carácter puramente imaginativo que, por lo demás, partían de la general inquietud por los descubrimientos y viajes.

Luigi Pulci, poeta italiano del Renacimiento, en el relato del viaje aéreo que realizan sus personajes Rinaldo y Ricciardotto, gracias a los demonios Astarotte y Farfarello —predecesores del Diablo Cojuelo español y que obedecían órdenes del encantador Malagigi—, puso en boca de Astarotte, nuevo espíritu del siglo, motejador irónico y también librepensador, la revelación de que existe otra nueva parte del mundo, en el otro hemisferio, habitada como la antigua y situada más allá de las Columnas de Hércules. Rinaldo se propone entonces buscar aquella tierra, recorriendo los mares de Hércules, que el error tradicional suponía innavegables y funestos para los hombres. (*Il Morgante*, XXV, 228 y *ss.*)

Esta profecía ¿ha de considerarse como una mera ocurrencia poética, al igual del conocido pasaje de la *Medea* de Séneca? ¿O debe más bien considerársela como el eco de una opinión ya general, fruto de la cultura humanística?

Veamos. Aunque al hablar del Renacimiento se tiende a pensar sólo en el aspecto literario y artístico de aquella inmensa revolución, sabido es que la "reforma de valores", como se decía hasta hace poco, lejos de limitarse a las letras y a las artes, penetró todas las actividades humanas, transformando por completo la idea de la vida. El siglo XV fue para Italia y en consecuencia para el mundo, aparte de su efervescencia literaria, época de intensa preparación científica, si bien la contribución de los humanistas se dejaba sentir mejor en el campo de las bellas letras.

Los tiempos no estaban para más. Todavía imperaba la magia; la astrología, floreciente en las cortes de los príncipes, se enseñaba en las universidades; y aun los humanistas, mientras por una parte preparaban la ciencia del porvenir, por otra pagaban tributo a las supersticiones corrientes. Si alguno, como Ficino, se burlaba a veces de estas vulgaridades

(y no sabemos hasta qué punto), otro, como el famoso Pico della Mirandola, al par que atacaba la astrología, se entregaba a los desvaríos de la cábala. El propio Pablo Toscanelli, hombre de ciencia representativo, a quien los eruditos en achaques colombinos conocen de sobra, por la discusión de la famosa Carta, padeció mucho tiempo las aberraciones astrológicas, para solamente abandonarlas en sus últimos años, convencido de que ninguna constelación le era favorable. Gabotto, especialista en estudios astrológicos del Cuatrocientos, opina que, en esta materia, el humanismo se mantuvo siempre en una constante vacilación. Y lo que se dice de la astrología extiéndase a la magia, ora sea Magia Negra o Diabólica, ora Magia Blanca o Natural, suerte de física sentimental esta última.

Con todo, estas exploraciones titubeantes acarreaban los gérmenes de la nueva ciencia, en pugna con los decaídos errores medievales.

9. Otros antecedentes geográficos

En la amplia curiosidad de los humanistas, que hace de ellos hombres universales, tampoco salen desairados los estudios geográficos. Se habla continuamente de viajes a países lejanos, de las tierras del Preste Juan, de contrastes entre las costumbres, lo que ayuda a desterrar poco a poco los viejos criterios dogmáticos. La misma historiografía, para atreverse a pintar lo exótico, rompe los moldes acostumbrados y deja de vestirse para siempre con retales arrancados a la púrpura de Tito Livio. En la cartografía náutica anterior al XV, los italianos ocupan un lugar prominente, y ya para esta centuria cuentan con una tradición geográfica bien fundamentada.

En el siglo XIII, las invasiones mongólicas habían dado ocasión a un movimiento de misiones cristianas que, aunque con fines exclusivamente religiosos, contribuyeron no poco al conocimiento del Asia central y occidental. En estas misiones iban siempre monjes italianos, como el dominico Ascelino, como el franciscano Giovanni del Pian del Carpino. Y en cuanto a los viajes comerciales de aquella época, baste recordar a Marco Polo, creador de la moderna geografía asiática,

que recorrió el Asia longitudinalmente descubriendo las riquezas de la China. Sobre las misiones asiáticas del siguiente siglo deben citarse en primer término los preciosos relatos de Odorico da Pordenone, que completan a Marco Polo. Otro, el Torcello, pretendía destruir la potencia comercial de Egipto abriendo por la ruta de Armenia. Y la *Pratica della Mercatura,* de Pegolotti, es buen testimonio de la actividad de aquellos viajeros. Otros, por los mismos años, recorrían las costas occidentales del África. Parece que a fines del XIV, los hermanos Zeno, unos venecianos, exploraban el Atlántico septentrional, y algún tiempo después Querini, veneciano también, naufraga en los términos de Noruega.

10. La fértil Atlántida

En el terreno así preparado, caen durante el siglo XV los abonos de la cultura clásica. No se hacen esperar los frutos.

Los estudios de los antiguos en punto a cosmografía pueden reducirse a tres capítulos: 1º, la esfericidad de la tierra; 2º, los antípodas; 3º, la navegabilidad del océano. La esfericidad de la tierra fue imaginada, que no demostrada, por los sabios de la Antigüedad y transmitida a la Edad Media en los libros árabes. Entre los cristianos, algunos Padres de la Iglesia la habían negado, ya por oposición sistemática a la Antigüedad, o ya por creerla incompatible con la interpretación de la Biblia. En Italia la habían aceptado, para sólo citar nombres importantes, Santo Tomás, Dante, Petrarca, Cecco d'Ascoli y Fazio degli Uberti. Más tarde, Vinci, Toscanelli. Dante, fiel a la escolástica, consideraba el mundo de los antípodas deshabitado: "senza gente". Tal había sido el sentir de Isidoro de Sevilla, de Lactancio, de San Agustín. Ya Petrarca cree en los antípodas étnicos; y ya el Pulci, que nos ha traído a estas reflexiones, exclama:

Vedi che il Sol di camminar s'afretta
dove io ti dico che laggiù s'aspetta.

Respecto a la tercera cuestión, se afirmaba que las mismas aguas bañaban los litorales de España y de la India.* Y

* Se asegura que uno de los maestros de Cicerón, Posidonio el Sirio, había previsto el viaje a la India por el occidente.

la discusión, resucitada por los humanistas, se alarga para averiguar si se trata de un mar muy extenso o relativamente pequeño.

Los humanistas se dan a estudiar y a traducir a Platón, Teopompo, Plutarco, Aristóteles, Tolomeo, Estrabón. Y en ellos encuentran aquella noción de una tierra desaparecida, llamada Atlántida, noción que lentamente fue ganando algún crédito.

En el *Timeo* y en el *Critias* recoge Platón, sin duda aderezándola a su sabor, la historia tradicional de la Atlántida, vasta isla sumergida, tema diluviano tal vez, de que hay rastros en las leyendas griegas como en las nórdicas, en las célticas como en las arábigas, y parece que en las mexicanas y en las chinas, sin que necesariamente se trate de un cataclismo único. Platón, vuelto aquí poeta, nos describe el poderoso imperio fundado por Posidón, señor de las aguas, talasocracia administrada por sus descendientes, los Diez Reyes Aliados; superior a todos los países de entonces, si no es a la vieja Atenas, llamada a triunfar de los Atlantes; superior por la benignidad del clima y por la feracidad de su suelo, por la riqueza de sus metales, la magnificencia de sus templos, palacios, puentes, y la general robustez de su fábrica; por la excelencia de sus hijos, la sabiduría de sus instituciones; reino que se dilataba sobre ensanches mayores que el Asia y el África entonces conocidas; fuerza que pudo llegar con sus conquistas hasta las fronteras de Italia y del Egipto. Hoy no acertamos, en el rompecabezas de mar y tierra, a acomodar el caprichoso contorno de la Atlántida, descrito con tanta vaguedad.

Esta tradición, que produjo durante la Edad Media tantos espejismos insulares, no era desconocida de Roger Bacon, Alberto Magno y Vicente de Beauvais, por ejemplo. El relato de Platón influye sobre los exploradores y cosmógrafos del siglo XV, ayudado de las antiguas ideas sobre la configuración terrestre, puestas al día por los humanistas. Y a través de un proceso fácil de comprender, cuando América sea descubierta, se procurará alojar en ella la Atlántida perdida, no sin confundir la Atlántida verdadera con las islas adyacentes y la última tierra firme de que habla Platón.

Entre tanto, América, solicitada ya por todos los rumbos, comienza, como hemos dicho, antes de ser un hecho comprobado, a ser un presentimiento a la vez científico y poético.

11. El humanismo militante

Sin embargo, con excepción de Ciriaco d'Ancona, los humanistas italianos se limitaron a viajar por Italia y parte de Europa; pero a las tierras de sus amores sólo se asomaban en los libros. Así Flavio Biondo y así Eneas Silvio Piccolomini (Pío II), quien pudo ya influir en Colón.

Lo importante es que los viajeros no humanistas por profesión parecían moverse bajo las instrucciones expresas de los humanistas; ejecutaban, en efecto, lo que escribían los otros, y venían así a constituir un verdadero humanismo militante. Buondelmonti recorre el Egeo y permanece algunos años en Rodas, de donde es probable que enviara algunos códices griegos a Cosme de Médicis. Niccolo de Conti, nuevo Marco Polo, viaja por China y la Indochina; y por consejo del Papa Eugenio IV, Poggio Bracciolini recoge sus interesantes relatos en el Libro IV de las *Historiae de Varietate Fortunae*.

Y véase un caso curioso: el de Ciriaco Pizzicolli d'Ancona, quien, bajo las atracciones del humanismo, dejó de ser mercader para convertirse en erudito, y anduvo juntando documentos por Italia, Grecia, el Egeo y el Asia Menor. Sus viajes tienen singular importancia, porque marcan el primer impulso, vago todavía, por romper el ciclo de la geografía clásica, al cual la gente humanística se venía manteniendo fiel.

La acción se había puesto al servicio de la inteligencia en el más profundo y armonioso sentido. Soñando con descubrir las bienhadadas islas utópicas, aquellos hombres iban realizando de paso una maravillosa Utopía, a la que hoy volvemos los ojos con arrobamiento. Ya se comprende que en el oficio del cartógrafo también se dejaba sentir la influencia humanística. En la carta náutica de Becaria (1435), figuran, al sudoeste de Irlanda, la famosa isla del "Brasil" y una cierta "Antilia" —isla puesta delante— que puede ser una de las Azores.

Según quieren algunos, Toscanelli y sus diseños influyeron sobre el descubrimiento de Colón. Según otros, el mismo Colón y el hermano Baltasar, tratando de dar apoyo científico a la empresa, falsificaron toda la documentación relativa a estas posibles influencias de Toscanelli. En todo caso, las ideas andaban en el ambiente y seguían el rumbo señalado por el humanismo. Los datos que trae la Carta de Toscanelli aparecen, por ejemplo, en el Globo de Martín Behaim, con que Colón tuvo mucho trato; y lo mismo en la obra del Aliaco que en Pío II o en Marco Polo —tres autores que Colón practicaba—, tales datos se refieren a la existencia de nuevas tierras oceánicas, así como a la distancia entre Europa y Asia, la cual se suponía ser de 130 grados, cuya navegación se facilitaba por las escalas de islas intermedias. Fundado Colón en estas autoridades, sacaba para la circunferencia terrestre un cálculo inferior al real en unos diez millones de metros.

Bien pudo Luigi Pulci encontrar en Toscanelli la noción de los antípodas étnicos, aunque de ello no quedan pruebas. También es lícito buscar una relación evidente entre los pasajes relativos del *Morgante* y el *Astronomicon* de Manilio, que por aquellos días imprimía y comentaba en Florencia el astrónomo y poeta latino Lorenzo Bonincontri. En todo caso, aquellas nociones habían venido a ser casi populares.

Añádase el imperativo económico que todos conocen: la necesidad de buscar una salida marítima para el comercio de Oriente, desde la conquista de Constantinopla por los turcos; y hasta la exasperación de las cocinas reales privadas de las gustosas especias, pues la culinaria medieval, a la vez que estaba hecha para contentar a los ojos, adormecía el paladar con el abuso de aromas. Y de todo ello resultó —véase aquí la trabazón de la historia— el descubrimiento de la ruta de Buena Esperanza y el descubrimiento del Nuevo Mundo.

En este ambiente, cargado ya de todos los elementos necesarios, entra la oportuna mano del mago, dibuja unos pases en el aire, funde y concreta las inefables partículas dispersas y ofrece, en la palma, la moneda.

12. La leyenda de Colón

Decía Francisco López de Gómara que el descubrimiento de América ha sido "la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó". Semejante actitud mental, que muchos después de Gómara han adoptado y que revela un asombro por cierto bien legítimo, equivale a abrir desmesuradamente los ojos. Pero es sabido que no por eso se ve mejor, al contrario. Los ojos desmesurados son los ojos de la alucinación y del éxtasis. De por sí, ellos engendran los fantasmas de la leyenda.

En torno al recuerdo del Genovés crece una vegetación inculta y profusa. Para llegar hasta Cristóbal Colón hay que abrirse paso por entre malezas. No parece sino que Colón se esforzara por echarse fuera de la historia, o que la magnitud de la hazaña sofocara el conocimiento en el grado mismo que suscita la admiración. En vano procura la historia imponer sus conmensuraciones exactas. Cien veces deshecha, la leyenda vuelve a recobrarse, como la ruda aplastada por los pies. Y es que el instinto popular no se resigna, ante sus héroes preferidos, al tributo de la verdad lógica; y entonces inventa el sacrificio, en su doble aspecto de dolor y de arte: de aquí los relatos de grandeza sobrenatural y de martirio inmerecido, el "spáragmos" y la "deificación" de los semidioses helénicos. La leyenda, hija armoniosa de la mente, modelada sólo con los rasgos expresivos que encontramos en la realidad, está calculada a la medida de la memoria: tiene las proporciones justas de la persistencia espiritual. Por un lado abrevia, y exagera por otro. En todas partes se descubren, cuidadosamente perpetuadas, las inexactitudes en torno a Cristóbal Colón. La leyenda, madura ya en tiempos de Fray Bartolomé de las Casas, llega hasta nuestros días y es la que todavía transmiten muchos manuales escolares. La depuración, que empieza con Alejandro de Humboldt, llega en nuestro tiempo a los resultados más paradójicos. Y así, mientras para unos Colón es el inspirado sin mácula, el sabio intachable y perseguido, para otros es el truhán osado, que anda de corte en corte estafando con una impostura, o al menos chifladura, que luego resulta una realidad impensada, como esos entrometidos que no encuentran acomodo en

su patria y "a otra parte van, do mejor vendan su hilaza". Ni lo uno, ni lo otro. En vano el genio poético de Paul Claudel, valiéndose de los recursos conjugados del teatro y del cine, intentó una conciliación entre estos extremos. Tenemos que conformarnos con las complejidades de la naturalea humana, "diversa y undulante".

La leyenda de Colón ha podido proveer tema por mucho tiempo a los pintores de historia. ¿Quién no recuerda, como escena ya familiar, el acto en que la Reina Católica entrega a Colón las preciosas joyas? El asunto permite un verdadero derroche de muebles, trajes, tapices antiguos. El Colón que se arrodilla para recibir el cofre de las preseas isabelinas está grabado en la retina sentimental; es cosa doméstica y de la infancia, objeto de familia confundido entre los primeros recuerdos: ¡Nadie lo mueva! Por lo menos, esta simbolización, arbitraria y todo, acentúa nuestro sentimiento de la historia, porque sugiere la verdadera repartición de los negocios en el Estado español de aquellos tiempos: Don Fernando para lo interior, Doña Isabel para lo exterior; el rey Fernando que enreda en corte, tejiendo ambiciones palaciegas y equilibrando fuerzas con todos los realces y sutilezas que le presta Gracián; la reina Isabel, nuestra Isabel, que sueña en prender alas a la hispana virtud, en lanzas que corran la tierra y en velas por la mar. Raudo contraste de Aragón y Castilla.

Otras veces, una intención menos patriótica que pueril se empeña en resucitar discusiones que están definitivamente juzgadas, y cada año tenemos que averiguar de nuevo que Colón era descendiente de judíos expulsados, o que era gallego nacido en Pontevedra, o hasta catalán, según Luis de Ulloa. Los argumentos lingüísticos de fortuna no hacen al caso: Colón hablaba y escribía aquel chapurrado de lo que, criados en dialecto coloquial y no en lengua escrita, abandonan mozos su pueblo y tienen que habérselas muy pronto en el trato de distintas lenguas para poder ganarse el sustento. Colón practicó, según el caso, el latín comercial o "genovisco", el portugués callejero, el español de mejor cepa, primera lengua moderna en que al cabo empezó a escribir entre confusiones de lusismo. Que al fin España había de ser su pa-

tria de elección, de la que esperaba beneficios y medros. Además, en las postrimerías del XV hay, entre los mismos portugueses, una corriente castellanista que hoy llaman los críticos "la Aljubarrota literaria". Y con este estilo aproximado le bastaba a Colón para sus propósitos y empresas. Estas contaminaciones son más frecuentes entre lenguas cercanas, y más en épocas de gramática todavía imprecisa. Hoy pudiera darnos ejemplo de ello el "cocoliche" de los italianos trasplantados a Buenos Aires.*

13. La historia de Colón

No hacemos caso de la parentela ilustre que más tarde quiso atribuírsele, ni creemos que haya vivido desde muchacho en asuntos de guerra y mar. Después del éxito, sobreviene la falsificación, primero en el orden científico y luego en el personal. El hombre de la Providencia se fortaleció de excusas teóricas y se forjó abuelos de prosapia; y acaso solicitó para esto los datos de su propia vida, a fin de ocultar algún rasgo humilde o hasta cruel.

Lanero de Génova y Savona, hijo de una modesta familia de tejedores en que nunca hubo navegantes, todavía a la edad de veintitantos ejercía en su tierra el oficio heredado, según la sabiduría de los pobres. Nunca entendió muchos misterios de matemáticas ni cosmografía, y a lo mejor conoció de oídas a algunos autores que menciona. Y la verdad es que nada resta a su talla el que su erudición haya sido a veces de segunda mano. Ni sabía medir un grado terrestre, que los generales no necesitan apuntar con sus propias manos un cañón, ni sirvió de niño a las órdenes del buen Rey René, o al mando de los almirantes apodados —que no llamados— "Colombos", los cuales ni siquiera eran italianos. Un día, viajando tal vez en el comercio de telas, cayó de arribada forzosa en Portugal, siguió hacia Inglaterra, y regresó luego a vivir entre portugueses, valiente nidada de todos los ensueños geográficos. Casado con la hija de Perestrello, un navegante curioso y lleno de informaciones, empezó a codear-

* R. Menéndez Pidal, "Cómo hablaba Colón", en *Revista Cubana,* La Habana, julio-dicembre de 1940.

se con gente marinera y a sentirse marinero él mismo. Y si no llegó a ser el cosmógrafo más cumplido, tampoco era el peor. ¡Oh, qué ansia de hurgar noticias, de oír lo que se habla en los mentideros del puerto, lo que narran los viejos lobos, de mezclarse entre la resaca humana que anda en las tabernas, contando los milagros del mar! Ceniza de realidad todo ello, sazonada con su poco de mito.

Es posible que entonces haya comenzado a revolver en la mente su proyecto, el cual podría ya estar formulado por 1482. Pretenden algunos que este primitivo proyecto ni siquiera consistía en abrir una nueva ruta hacia Oriente por el Occidente. Sino que, fundado en copiosas informaciones que heredó de su suegro, en dichos de marineros viejos, cartas hoy perdidas, memorias de naufragios y, en suma, cálculos más o menos seguros que andaban mezclados con el folklore marítimo, Colón pretendía buscar nada menos que una tierra nueva, la Antilia de las narraciones fabulosas, aunque se guardaba bien de nombrarla para no ahuyentar a la gente o por no entregar su secreto.

14. La duda en mitad del mar
Duelo entre la Antilia y el Cipango

Según esta hipótesis, que expondremos objetivamente y sin juzgarla, he aquí cómo aconteció aquel prodigioso y doble engaño que había de acabar en un acierto.

Colón no contaba con más apoyo verdadero, fuera del amparo moral de los Reyes Católicos, que el del armador Martín Alonso Pinzón. A éste le habían hablado en Roma de la misteriosa isla del Cipango, que existía sobre el camino del Asia, y soñaba con descubrirla. Aconsejó a Colón que no hablase más de sus nuevas tierras, porque esas patrañas estaban muy desacreditadas; y que si quería reclutar gente y no perder su valimiento en la corte, insistiera en la nueva ruta para el Asia.

Colón, como transacción prudente, se hizo dar cartas credenciales para el Gran Can, a la vez que un nombramiento de Virrey para las nuevas tierras que aparecieran. Y se hicieron ambos a la mar, Colón en busca de su Antilia y Pinzón

en busca de su Cipango. Si la derrota de las naves era una, el viaje que cada uno hacía con la mente era distinto. Y sólo cuando Colón, defraudadas ya sus esperanzas, ve que no descubre tierra a unas 750 leguas de las Canarias, comienza a dudar. La Antilia no aparece, y entonces no queda más que buscar la isla del Cipango.

Este hecho notable en la doctrina del Descubrimiento se produjo precisamente, según la hipótesis que vengo exponiendo, el 6 de octubre de 1492. Martín Alonso aprovecha el desconcierto del socio genovés y lo decide a cambiar de rumbo, dejando el paralelo 28° y doblando un poco al Sudoeste. Cuando el vuelo de los pájaros anuncia la tierra, Colón pudo considerar definitivamente rectificado su plan primitivo: aquello, pensaría, no era su Antilia, su Antilia hasta entonces secretamente acariciada. Entonces adoptó como propio aquel engaño, y murió creyendo haber descubierto una nueva ruta para la India.

Si puede sostenerse esta hipótesis, nada hay más seductor que este doble engaño, joya de dos facetas: o Colón descubrió por casualidad un nuevo mundo o, condenado por desconfiado, murió en el equívoco y casi queriendo dar disculpas del mismo éxito que se prometía.

Así concebido el Descubrimiento, como un duelo trascendental entre el Japón y Haití, el Cipango y la Antilia, donde la Antilia se disfraza de Cipango para mejor triunfar; como una disputa semigeográfica o semifabulosa entre Pinzón y Colón, a bordo de unas carabelas y en mitad de un mar desconocido ¿no adquiere en verdad mayor patetismo? Imaginad a los atrevidos marinos escrutando nerviosamente sus cartas, revolviendo el libro de bitácora, interrogando el mar y el cielo, mirándose fijamente a los ojos, como si cada uno quisiera sorprender en las pupilas del otro las tierras que buscaba. En aquel instante palpita, pronto a brotar, el Nuevo Mundo.

15. Comedieta de Colón

A modo de juego, podemos forjar, con ayuda de testimonios fehacientes y algo de artificio, uno de los trances del viaje,

que ponga delante de los ojos la escritura derecha que salía de aquellas líneas torcidas.

A tantos de octubre de 1492, Martín Alonso Pinzón, que navegaba a la descubierta en la "Pinta", por ser ésta más marinera o por ser él más avezado, sofrena la marcha, espera que Colón le dé alcance con la "Santa María", y lo llama a su lado para conferenciar a solas y sin testigos. La conversación que entonces tuvieron trastorna las ideas recibidas. Escuchemos.

—Andáis empeñado, Cristóbal, en descubrir una tierra nueva. De aquí que vuestros planes hayan encontrado escaso crédito junto a los monarcas y los sabios, a quienes casi ha sido menester violentar para llegar al término que hemos alcanzado.

—Manda la prudencia que los grandes empeños sean siempre de difícil acceso.

—Yo bien entiendo que queréis hablar de la Antilia, aunque siempre lo receláis con grande cautela. Pero vuestra soñada Antilia sólo existe en esas desmañadas historias con que os han vuelto el juicio, o en esos malhadados papeles de vuestro suegro que escondéis a las miradas de los curiosos. Sois nuevo en el oficio; no lo lleváis, como yo, en la sangre, por larga herencia de familia. Todavía se os embauca con patrañas de vieja cuentera. Si en lugar de vuestros planes fantásticos hubieseis propuesto desde el principio, como yo os lo he explicado después muy por menudo, el descubrimiento de la nueva ruta para Cipango —esa isla cuajada de oro que está a la parte de las Indias orientales, y a la que tenemos de llegar navegando siempre al Occidente, si mis noticias salen ciertas—, yo cuido que mucho antes hubierais logrado vuestras pretensiones.

—Alonso: solamente vos podéis hablarme en tono de consejo, porque os reconozco por maestro y amigo leal. No soy, en efecto, marinero de varias generaciones, sino hijo de laneros humildes. Ni soy corso, ni importa saber si soy judío español, como quiere ya la voz pública. Ya os he revelado, pues sois mi aliado verdadero y conmigo compartís riesgos y fortunas, cómo esos almirantes Colombos, de cuyo parentesco suelo preciarme ante aquellos que sólo aceptan la ver-

dad cuando se les brinda entre embustes, nunca fueron parientes míos, ni Colombos más que por nombre postizo, y ni siquiera italianos: aquél, Jorge de Bissipat, es griego; éste, Guillermo de Casenove, es francés. Con ninguno de ellos anduve en la mar, ni tampoco a las órdenes del Rey René. Ni tengo yo nada con aquellos Condes de Plasencia. Ni hice estudios nunca en Pavía, ni tuve jamás otra escuela que el telar paterno, fuera de la que más tarde me han procurado mis propios desvelos. Y es verdad que, a no haber naufragado, como ya sabéis, en viaje para la Inglaterra con un cargamento de telas y mercaderías genovesas, ni llego a Portugal, ni me caso con la hija de Perestrello, ni me vuelven el juicio, según vos decís, aquellas historias y aquellos papeles. Mas os consta, si bien aparento mayor erudición ante esos doctores que se pagan tanto de citas y escolios, que he escudriñado con ahinco algunas sumas de la sabiduría, las cuales bien valen por muchos libros...

—Lejos de mi ánimo el menospreciar vuestro ingenio y vuestras luces.

—Quien, como vos, conoce por trato propio tantas cosas del mundo, mal podría tacharme de desigual para mi empresa; pues se sabe que muy grandes hechos tienen humilde origen, y más vale un querer constante que un mucho meditar. No es para los hombres de mi natural el consumirse en quietos estudios, sino el sacarlos arriesgadamente en servicio de todos y el ponerlos a la prueba que manifieste los quilates de su bondad.

—Bien veis que correspondo con la mía vuestra confianza. Pero no acabo de persuadirme que hayáis caído en esos desvaríos de la Antilia.

—¿Queréis que os lo repita? Papeles, libros, conversaciones de prácticos, las noticias que recogí durante mi corto viaje a Guinea, ¿os parece todo desatino? ¿Pues de qué otro modo se aprenden las verdades? ¿No se descubrieron así Porto-Santo y Madera? Yo os digo que, al Occidente de las Islas Canarias y del Cabo Verde, hay todavía mucha tierra por descubrir, y que aquí daremos con la Antilia, donde en otro tiempo se refugiaban los portugueses perseguidos, la isla de las Siete Ciudades que ponen las antiguas cartas y

el Globo de Behaim. Y si he disimulado mis esperanzas, lo hice aconsejado justamente por vos y por mi desventura. Ya conocéis lo que pasé con el Rey Don Juan. No lo descabellado de mi empresa, que no la tenía por tal, sino el precio que yo puse, le hacía dilatar el cumplimiento, mientras, por robarme lo mío, disponía una expedición secreta. Y ahora os pregunto yo a mi vez: ¿Qué tiene de más vuestro Cipango que mi Antilia?

—No ignoráis, Cristóbal, lo mucho y bueno que sobre el Cipango se ha escrito; y que cuando los Padres de la Rábida os enviaron a mí, tuvisteis que esperar mi vuelta de Roma; adonde entre lucros de comercio que siempre es bueno adelantar, yo adquiría nuevas del Cipango con cierto sabio de la Biblioteca Vaticana. También os confieso haber oído de algunas islas que habían de salirme al encuentro, y una de ellas puede ser vuestra Antilia.

—Así fue que pudiéramos llegar a un concierto.

—Y por eso yo os prometí y os di los medios materiales de la empresa (harto sabéis que no puede fiarse de señores, aun cuando se llamen Medina del Cielo o de más arriba) a trueque de que me ofrecierais seguir la derrota hasta el Cipango.

—Y por eso, Alonso, al mismo tiempo que pedí ser nombrado Virrey de las nuevas tierras por descubrir, consentí en traer conmigo, a fin de dejaros satisfecho, la Carta Real para el Gran Can de la India, por si en efecto arribamos a su reinado.

—Y yo, por mi parte, os confesé que, si más hubierais tardado, yo solo me hubiera hecho a la mar. Que ya tenía yo notadas y bien notadas las cartas del Pizzigano (1367), de Becaria (1435), de Bianco (1436), de Pareto (1455), de Benincasa (1482), donde todas esas islas figuran. Y os repito que todo se hubiera hecho antes, aparte de que el moro trajera ocupada a la Corte, si, en vez de prometer nuevas tierras, de que tenéis costumbre de hablar como si las trajerais guardadas en un cajón, hubierais prometido sencillamente nuevos y más cortos caminos hacia las riquezas ya conocidas.

—Verdad es, Alonso, que habéis tomado sobre vuestras

fuerzas el contratar a la gente y armar la expedición en Palos; que a mí, como a extraño, no me daban oídos. Y no por miedo al Mar Tenebroso, que estaba bueno para asustar a los del tiempo de Don Enrique, sino por lo poco que me creían, andaban remisos para embarcarse.

—Y también, Cristóbal, porque sospechaban que ibais en demanda de la Antilia, y ya en esas buscas se habían perdido los portugueses, y esto lo sabían los de Palos. Fue entonces cuando quise acudiros con familia, hermanos, recursos. Y tuve que convencer a todos de que íbamos por el Cipango y no por la Antilia, ofreciéndoles casas con tejados de oro, como en verdad espero encontrarlas. Pero ahora entre vos y yo, y con todo amor, os reconvengo. Soy vuestro y leal y no pienso poner a cobro los servicios que confesáis; y siempre os hablo, donde hay testigos, con todo el respeto que conviene al mejor gobierno del Rey, de quien al fin sois persona, y a que me estrecha la amistad que os profeso.

—Descubríos, Alonso, que siempre os he escuchado.

—Pues pasa que desde que salimos al mar vamos de tropiezo en tropiezo por seguir vos con vuestro tema. Ordenasteis navegar en la misma altura que se ha hecho. El día 17 de septiembre, a más de cuatrocientas leguas de las Canarias, me mandasteis buscar una isla que no existía: sin duda alguna patraña más del Perestrello y sus famosos papeles. Después cruzamos ese mar de sargazos de que os hablaba Vázquez de la Frontera, y allá por el día 24, según consta de vuestro diario, nuevamente nos desengañaron las islas esperadas. Llegamos, por fin, entre el 4 y 5 de octubre, al límite de las 750 leguas, donde, en un extremo de entusiasmo, ofrecisteis a la gente que hallaríamos tierra. Y, perdonadme que os lo recuerde: si no me atravieso en su furor, aconsejando a gritos que ahorcaseis a media docena de truhanes y los arrojaseis al mar, los hombres de la "Santa María" acaban con vos y con vuestros planes ambiciosos. Estos lasdrados se resisten ya a navegar sin término, temiendo que el viento, favorable hasta ahora, nos estorbe la vuelta. Por puntos he de repetirles que no habrá Palos si no hay Cipango, y que yo no vuelvo sin la tierra de que traigo demanda. Al cabo el 7 de octubre logré de vos que decliná-

ramos al Sudoeste, y ya veis por el indicio de las aves que la tierra no está lejana.

—Si es mi Antilia o es vuestro Cipango ya no lo sé yo mismo. Pero todavía pienso que la tierra que busco, tan extensa que habrá de ocupar de la Tramontana al Mediodía, bien puede encontrarse a pesar de la desviación al Sudoeste.

—No continuéis, que os tomarían por loco, y rendíos a la verdad. Marco Polo, a quien habéis estudiado, dice que el Cipango se halla a 1500 lis de la India, lo cual nos promete que ya no puede estar lejano.

—Haya tierra, y sea la que fuere. Que yo acá para mí no puedo con mis imaginaciones y sueños, y creo ver un inmenso reino desconocido. Pero sea en buena hora, que yo aprontaré mi carta y me guardaré mi Virreinato. Soy, pues, un embajador que llega por algún camino desusado a una tierra ya practicada.

—Tan cierto y claro como esa cadena que os pasó al cuello doña Felipa Monís.

—¡Dios me perdone! Cuando yo pasé esta cadena ya no existía la hija de Perestrello. Esta cadena me la ciñó aquella mujer cordobesa. Ya os lo he contado. Se llamaba Beatriz Enríquez. ¡Dios me perdone!

Aquí se produce un tumulto, se oyen voces, e irrumpen en el camarote atropelladamente el cosmógrafo Juan de la Cosa, capitán y dueño de la "Santa María", con los pilotos Bartolomé Roldán y Sancho Ruiz; los pilotos de la "Pinta", Francisco Martín Pinzón y Cristóbal García Sarmiento; y el joven Vicente Yáñez Pinzón, capitán de la "Niña", seguido de su piloto Pero Niño.—Y Martín Alonso:

—Nada digáis, señores, que todo lo veo pintado en vuestros rostros. Don Cristóbal, señor Almirante: esto es que habéis dado con la tierra y habéis descubierto por el Poniente el camino para las Indias Orientales que ofrecisteis al mundo.

16. En la cabeza de Colón

No es fuerza, por ingeniosa que ella parezca, el aceptar la hipótesis que nos hemos entretenido en trazar y escenificar

—y que bien pudiera resultar a su vez una leyenda *a posteriori*— para reconocer que en el origen del Descubrimiento hay una exacerbación mitológica. Si queremos darnos de ello cuenta cabal, entremos, por decirlo así, en la cabeza del Descubridor.

Tenemos, a una parte, las noticias de viajeros y aventureros que, por casualidad, habían tocado o visto de lejos las tierras de que ya Colón tenía vislumbres. Oviedo y Garcilaso el Inca cuentan del náufrago Alonso Sánchez de Huelva, que vino a morir en casa de Colón, legándole en gratitud sus apuntes y documentos. El piloto Pedro Velasco, en la Rábida, dio a Colón el derrotero aproximado de la Isla de Flores, a ciento cincuenta leguas de Fayal. El tuerto de Santa María y el gallego de Murcia hablaban de las naves que cayeron en Terranova o Bacalaos. Cierto marino de Madera, cuyos relatos parecían alucinaciones, juraba divisar, a cada viaje, unas tierras inexploradas. Y Vázquez de la Frontera, navegando al servicio de Portugal, había tenido también ciertos atisbos. Para apreciar tales testimonios más o menos vagos, téngase en cuenta que estos viejos marinos y pilotos navegaban como mercaderes y no como descubridores, y les importaba, no la gloria científica, sino el secreto de sus posibles medros, de suerte que preferían ocultar lo que sabían o lo que sospechaban. Colón llega a ellos animado ya por el espíritu humanístico del Mediterráneo, por el ansia de descubrir y de propagar lo que se descubre; de fundar en el descubrimiento geográfico, no sólo un posible medro privado, sino un ensanche de las generales relaciones humanas.

Pero dejemos aparte estos inciertos testimonios, así como los cálculos erráticos sobre la posible distancia entre la tierra ya conocida y la tierra desconocida. Atengámonos solamente a lo que había de imaginado e imposible en las concepciones de Colón. El cuadro, en verdad, es edificante.

Si la Carta de Toscanelli fue auténtica o fue forjada, por ella consta que Colón traía en la mente la preocupación de las tierras de Marco Polo. Del *Milione*, en efecto, proceden esas peregrinas descripciones de ciudades de mármol, oro, plata y piedras preciosas que se reflejan en los ríos majestuosos, y la idea de ese Catay deslumbrador donde la Edad

Media acumuló monstruos y endriagos.* La *Historia Rerum*, de Pío II, proveyó a Colón la materia de otras imaginaciones y sueños; y el Cardenal de Ailly le llenó la fantasía de grifos, dragones, basiliscos, unicornios, serpientes policéfalas, tarascas y quimeras y otros engendros que participaban de dos naturalezas, y que unas veces proceden de la Antigüedad clásica y otras de los *Bestiarios* medievales; figuras del infierno zoológico en que hay también algunas bellas creaciones, como el Ave Fénix —vieja como Heródoto— que renace de sus cenizas.

La utopía clásica de la Edad de Oro poco a poco se había convertido en el sueño del Paraíso Terrestre. La idea de que existe un reino de la felicidad donde los hombres son naturalmente buenos —lejano bosquejo del sueño filosófico de Rousseau— cunde por todas partes. Si, para unos, el Catay era vivero de criaturas satánicas, para otros era el asiento del propio Edén. Mandeville, Marco Polo. Cristina de Pisán popularizan esta creencia. Derivada de Dionisio de Halicarnaso, viene trasmitiéndose de autor en autor la noción de que el buen salvaje es un hombre cubierto de largos pelos, grave punto que todavía discuten los eruditos del siglo XVIII, y que inspiró, en tiempos de Carlos V, los disfraces del famoso Baile de los Ardientes. Brunetto Latini, el maestro de Dante, contribuye a la proliferación de supuestas tierras incógnitas. Y el Aliaco, suma autoridad de Colón, cree en la existencia de la gente beatísima, en los hiperbóreos casi inmortales, de que algunos suelen suicidarse hartos ya de felicidad y de vida; así como cree en los Pigmeos gigantescos, y en los Macrobios con cuerpos de león y garras de águila. Según él, hay los que comen peces crudos y sólo beben agua de mar, y hay los que aúllan como perros en vez de articular palabras; hay Cíclopes, hay Amazonas; hay los que tienen un solo pie que, cuando se acuestan, les sirve de sombrilla; hay hombres acéfalos y otros con los ojos en la nuca; y hay los dulces ribereños del Ganges que mueren al más leve olor repugnante y se nutren con el aroma de las frutas.

* Ver también M. Ferrandis Torres, *El mito del oro en la conquista de América*. Valladolid, 1933.

Educado en estas lecturas, Colón emprende el viaje, y no es extraño que, en su espíritu, las visiones fabulosas ocupen muchas veces el lugar de las realidades, como se ve por sus mismas relaciones y por todo el discurso de sus andanzas. Pudo, por ejemplo, habernos dejado alguna impresión verdadera de la naturaleza y la vida americanas. Pero no: la fábula se interpone, y el deseo de encontrar acá la verificación de sus prejuicios mitológicos nos priva de alguna descripción comparable a su vivacísima descripción de las tempestades marítimas.

Esta transposición mística aun parece que se va acentuando del primero al cuarto viaje, como si, al principio, la grandeza del hecho mismo lo tuviera en actitud algo humilde y espectante, y la audacia subjetiva se fuera desatando más y más con las ulteriores interpretaciones teóricas a que se entrega, deslizándose con menos reserva a atribuir a los lugares encontrados los nombres que había aprendido en los libros.

Ya hemos visto la posible función que ejercen, en la ideología del primer viaje, los mitos del Cipango y la Antilia. Pero tampoco faltan en esta jornada otros rasgos mitológicos accesorios, comenzando por la incertidumbre que siempre ha reinado respecto a la primera isleta de las Lucayas tocada por los descubridores. Colón, durante los tres meses que dura su recorrido por las Antillas, duda —entre aquellos árboles y aquellos hombres desnudos— si habrá encontrado el Edén bíblico, si más adelante quedarán los países de inmensas riquezas que Marco Polo le tiene prometidos. . . Quiere suponerse el fantasma con el objeto cierto, y de buena gana tuerce un poco los contornos de la verdad a fin de avenirla mejor con sus esperanzas. El Cipango, el país de los Antropófagos, el reino de las Amazonas comienza a huir ante su quilla, esquivándolo de una en otra isla como duende travieso.

El grupo de las Caribes, que Colón recorre en su segundo viaje, viene a ser para la imaginación de la época, según el ilustre testimonio de Pedro Mártir, la tierra de los Polifemos y Lestrigones. En cuanto a la Isla Española o Pequeña España (Hispaniola) —la Santo Domingo en forma de la hoja de la castaña, según Pedro Mártir—, pronto, a los ojos

del Almirante, se confunde con la tierra de Ofir, de donde provenían las riquezas que el Antiguo Testamento atribuye a Salomón, rey de Jerusalén: oro, sándalo y pedrería.

En el tercer viaje —"obra de un poseído" se ha llamado a este relato— Colón busca ya la Cochinchina, el Quersoneso áureo, Malaca, la Trapobana; y al dar con las bocas del Orinoco, declara su firme creencia de que anda en las cercanías del Paraíso, que sólo una enfermedad inoportuna le impide alcanzar.

En el cuarto viaje habla ya como un visionario, como un alucinado. Arrebata los mapas a su gente para que nadie sepa a dónde rumbea. La idea de una misión divina comienza a mezclarse con la quimera geográfica. Antes de embarcar, Colón se había ofrecido al Papa para la conquista del Santo Sepulcro. Ya este gran descubridor de tierras se nos está yendo de la tierra. En algunas relaciones cuenta haber recibido mensajes sobrenaturales: ha oído voces, como los elegidos y los profetas. Humboldt llega a preguntarse si las cartas del último viaje no revelan ya un comienzo de enajenación mental.

Paréceme que el cuadro anterior es edificante en cuanto a la eficacia de los espejismos. Una pequeña exageración, un toque caricaturesco no ofende seguramente el decoro de la historia: atrevámonos a decir que el descubrimiento de América fue el resultado de algunos errores científicos y algunos aciertos poéticos.

17. La "jettatura" de Colón *

En la transfiguración legendaria de Colón hay un aspecto desapacible. El mismo entusiasmo que deifica al Almirante decreta la infamia para todos sus compañeros.

Entre ellos los hay como Juan de la Cosa, "maestro de hacer cartas", que luego será el descubridor de Venezuela, cuyos mapas considera Pedro Mártir como los más recomendables, y quien por primera vez dibuja los contornos de Venezuela y reconoce el carácter insular de Cuba. Más tar-

* Se aprovechan aquí pasajes del artículo "Los viajes de Juan de la Cosa, descubridor de Venezuela", 2ª serie de *Simpatías y diferencias*, tomo IV de mis *Obras Completas*.

de, nos describirá también su recorrido de la costa colombiana y panameña. En sus ulteriores viajes hay cierta confusión, pues aunque parece que tenía la costumbre de trazar gráficas de todos sus paseos por la tierra, en cambio se olvidó de contarlos. Este, pues, Juan de la Cosa el Vizcaíno, comienza por suscitar las dudas de la erudición respecto a su identidad personal, pues algunos han querido dividirlo en dos como hicieron para Homero los "corizontes": a un lado, Juan de la Cosa propiamente tal, y a otro Juan Vizcaíno. Los que optan por la resultante única consideran que la partición es tan absurda como vender un gato y cobrar aparte la cola.

Pues bien, Juan de la Cosa era capitán y dueño de la "Santa María", y dado su crédito de cartógrafo y la autoridad que representaba en el primer viaje, nada tendría de extraño que confiriera con el Almirante algunos puntos de la navegación, aparte de que también aprendiera de éste un poco o un mucho. A bordo de la "Santa María" —que más tarde vino a perderse en la costa de Santo Domingo— navegaba el propio Colón, y consta por documentos de la época que éste iba haciendo cálculos y planos, y que "caminaba las derrotas con Cosa". Consta igualmente que Colón solía reñir a sus criados Salcedo y Arroyal porque comunicaban al Vizcaíno los mapas secretos. La discordia viajaba también, subrepticia todavía y de contrabando, en las carabelas del Descubrimiento. El viaje de regreso ya no es el viaje de capitanes animosos, transportados por un ideal, sino de hombres llenos de codicia y de mutua desconfianza.

Y si las glorificaciones anuales olvidan al modesto Juan de la Cosa, cada año oímos maldecir de nuevo a Martín Alonso Pinzón, el buen navegante, cuyo delito se reduce a cierta impaciencia de conocedor, y al haber viajado en la "Pinta" que era más velera que la "Niña" y la "Santa María".

¿Y qué se dice del amable florentino Américo Vespucio? Que sus viajes fueron imaginarios; que quiso robar la hija a Colón; que, ambicioso, logró dar su nombre a lo que de ninguna manera le pertenecía y, finalmente, que América debiera llamarse Colombia, a lo cual por lo demás nadie

se opondría si no fuera demasiado tarde. ¡Como si Vespucio tuviera la culpa de que la posteridad entendiera mejor en sus relatos los viajes de Colón y aun los posteriores de Juan de la Cosa, sea verdad o no que haya participado en todo lo que narra! Destino de la buena pluma y nada más.

Seguramente que no son de fácil acceso los muchos tomos que sobre estos puntos se han escrito, como el *Recueil de Voyages et de Documents pour servir à l'histoire de la Géographie, depuis le XIIIe siècle jusqu'à la fin du XVIe siècle.* Aunque no muy voluminosos, lo son ya demasiado para la levedad —digámoslo así— de la vida contemporánea; y aunque no muy caros, resultan caros para lo que hoy suelen y pueden los aficionados gastarse en libros. No ha sido, pues, fácil que se popularicen estas ni otras investigaciones en que se procura dilucidar estos extremos, ora la Carta de Toscanelli, ora las concepciones geográficas de Colón, ora la vida y los viajes de Vespucio, ora la relación y situación del Genovés frente a sus colaboradores, todo lo cual ahorraría la propagación escolar de muchas especies rectificadas.*

Colón posee aquel acometimiento creador de las fuerzas cósmicas. A primera vista, uno de esos italianos cosmopolitas y emprendedores, acaso un tanto quiméricos y arbitristas, sin más riqueza que la inspiración, y que se abren paso, no sin rudeza y sin locura, medio poetas y medio brujos, confusos y batalladores, díscolos y osados, descontentadizos, simuladores, tenaces, visionarios, llenos de groserías eficaces, a la vez mezquinos y sublimes. A última vista, y considerado por el saldo, es el Héroe, romántico animal del destino. Junto a este Héroe hay varios Discretos, que se encargan de reducir y precisar las audacias del inspirado, de insertar en la realidad práctica la esterilidad esencial del espíritu: el cartógrafo Juan de la Cosa, el narrador Américo Vespucio, los armadores Pinzones. Todos ellos representaron la garantía del éxito, la posibilidad de la empresa, la rectificación simpática y oportuna, o la expresión que haría asimilable a los hombres la intuición del descubrimiento, ya como hecho o ya como mera figuración literaria.

* Referencia a las investigaciones y tesis de Henri Vignaud—1950.

18. Epístola a los Pinzones

Martín Alonso, Vicente Yáñez, Francisco Martín:

Vuestras disputas privadas con Cristóbal Colón no perturban la gratitud de América. Y más cuando Martín Alonso, muerto al regreso del primer viaje, ni siquiera pudo justificarse. Vuestros personales defectos de carácter no importan a la historia. Las posibles confusiones de vuestra identidad hacen aún más arduo el dictamen y nos aconsejan suspender el juicio de lo que en efecto ignoramos. No sabemos a ciencia cierta si Martín Alonso, o Francisco Martín, andaba como teniente en la pretendida expedición del francés Jean Cousin que, según algunos, salió de Dieppe bajo las inspiraciones del Padre Descaliers, maestro de pilotaje, y fue a dar hasta la desembocadura del Amazonas, de donde, doblando para el África, pasó el Cabo de Agujas tocado ya antes por Bartolomé Díaz. Quieren éstos que Martín Alonso se haya portado con deslealtad, provocando a bordo un motín contra su capitán para arrebatarle la gloria de la empresa, por lo que, al regreso, fue procesado y sentenciado por el Tribunal Marítimo a perder las honras e inmunidades y desterrado para siempre del servicio de la ciudad. Y así explican la firmeza con que Martín Alonso logró calmar a la marinería amotinada de Colón, como hombre que ya conocía aquellos mares, la certeza con que aconsejó desviarse al Sudoeste —lo que los llevó tal vez a la Isla de San Salvador en vez de llevarlos a la Florida—, y aun la desobediencia con que, en Cuba, se alejó de Colón en secreto, para buscar infructuosamente y durante cuarenta y cinco días el ya practicado camino del Amazonas. Lo que sí sabemos es que, en cuanto hubo tierra a la vista, tierra que la carabela de Martín Alonso, por delantera, vio antes que nadie, comienzan a revelarse los defectos de éste, sus celos contra el Almirante improvisado que lo gobernaba, sus pretensiones de ser el verdadero descubridor. Lo que sí sabemos es que, en la vuelta, y a pesar de las desgarraduras de la "Pinta", Martín Alonso hace lo imposible, incluso bendecir el mar que se le había encabritado, para llegar el primero con las nuevas de la tierra encontrada y ganar así las primicias. Todo en vano, porque Colón pudo adelantársele. También se ha pretendido atribuir a Vicente

Yáñez propósitos aviesos, aunque nunca se alejó de Colón. Pero nada es poderoso a borrar los hechos consumados y las verdades averiguadas en punto a la cooperación de los Pinzones, que fue decisiva.

¡Triste destino el vuestro, Pinzones! Pasasteis la vida soñando en ser descubridores; erais marinos de profesión; os embarcasteis en todas las expediciones famosas de la época, comprometiendo crédito, dinero, familia y persona, y ninguno de vosotros ha quedado como descubridor de un solo islote. A Martín Alonso le tocó ceder el sitio a Colón. A Vicente Yáñez —que en 1500 arribará con cuatro carabelas al Cabo de Santa María de la Consolación (sea el San Agustín, sea Mucusipe o Cabo Norte), seguirá luego el litoral del Brasil dejando señales, asistirá al "pororoca" del Marañón en la desembocadura del Mearim y entrará hasta el delta del Amazonas— le tocará ceder el sitio a Cabral, que tampoco era un navegante y también descubrió el Brasil por acaso, tres meses después.

Lo que importa es tener muy en cuenta que Martín Alonso era un rico navegante, reputado por su pericia y su crédito, y no un advenedizo extranjero de quien la gente podía desconfiar; que tenía una familia numerosa, conocida y honrada; que era un estudioso bien relacionado entre los sabios de Roma, y cuando hacía falta, un hombre arrojado, como lo probó en acciones contra los portugueses; que de las tres carabelas del descubrimiento, dos eran suyas; que merced a su influjo personal, sus hermanos y Juan de la Cosa, probados en las artes del mar, se decidieron a ayudar a Colón; que todavía puso de su peculio la tercera parte del dinero para la expedición; y, finalmente, que sólo debido a su valimiento personal fue posible reclutar hombres para el viaje. Pues bien sabido es que, antes de que él se asociara a Colón, no pudo obtenerse un solo tripulante, a pesar de la real cédula que amnistiaba a todos los condenados que quisieran alistarse.

En efecto, he aquí cómo acontecieron las cosas. Firmadas las capitulaciones entre la Corona y Colón, se ordenó que la ciudad de Palos, importante emporio del tráfico ultramarino, proveyera a su costa dos carabelas. ¿Por qué esta or-

den? La Carta Regia nos hace saber que tal mandamiento era parte de una sentencia que, "por ciertas faltas cometidas", obligaba a la ciudad de Palos a servir al Rey durante un año con dos carabelas armadas. Se trataba, pues, de un castigo, y la liberalidad no corría ciertamente por cuenta del monarca. Pero la ciudad de Palos se hizo desentendida y Colón llegó a sentirse desamparado. La "Pinta" fue entonces secuestrada por la autoridad de Castilla y entregada a Colón. ¿Qué hacer, sin embargo, con una embarcación sin equipaje ni bastimentos? Colón se veía desairado. Fue entonces cuando el franciscano Fray Juan Pérez acude en su auxilio; y el auxilio consistió, ni más ni menos, en conciliar para la empresa a los hermanos Pinzones, sin los cuales la orden real, la protección de Medinaceli y la simpatía de Marchena hubieran sido impotentes.

A partir de ese momento, todo cambió. Acudieron los hombres, se encontraron las provisiones, víveres, armas, medicamentos, velámenes, cabos y la aguada indispensable para tan largo viaje. Y la expedición pudo aprestarse en un par de semanas. La "Pinta" ya no era un barco arrebatado violentamente, sino voluntariamente cedido. Vicente Yáñez contribuyó con la "Niña", y Juan de la Cosa con la "Calega", que vino a llamarse la "Santa María". Entre Palos y La Rábida era un ir y venir de gente. Además de los tres hermanos Pinzones, otros tres miembros de la familia se manifestaron dispuestos a embarcarse: el hijo de Martín Alonso, Arias Martín, Diego Martín el Viejo y Bartolomé Martín su hijo. ¿Qué mucho si los Pinzones reclamaban después para sí un poco de provecho y de gloria? La autoridad de Martín Alonso todavía se deja sentir en los testimonios del proceso, levantado veinte años después de su muerte. Y por cierto que en vida se dejó sentir de modo eminente, cuando la sublevación a bordo, provocada singularmente por el espanto que produjo la desviación de la brújula al acercarse al Ecuador, sublevación que pudo dar al traste con todo, y que ni Colón ni el enérgico Juan de la Cosa lograron aplacar por sí solos. Colón era el Almirante; Martín Alonso el ecónomo. Aquél era el jefe; éste, el técnico. Semejante dualidad, en que late ya la discordia, fue, sin embargo, lo que hizo po-

sible el Descubrimiento: la chispa del sueño había caído sobre el grano de pólvora de la realidad. Y el Descubrimiento, como todas las grandes cosas ibéricas, resulta en gran parte una obra de la iniciativa privada.

La iniciativa privada contribuyó poderosamente en la Reconquista contra los moros, cuyo héroe simbólico es el Cid Campeador: un "forajido", "fora exidó", echado fuera o desterrado del Rey; el Cid Campeador a quien el soberano manda cerrar las posadas en Burgos; que se provee de dinero dejando en prendas un cofre de guijarros; que recluta sus guerreros entre los desesperados y los menesterosos; que gana por su cuenta y riesgo a Castejón, Alcocer y el Poyo de Monreal, corre las tierras de Alcañiz y las del Conde de Barcelona, toma Murviedro y Puig, y al fin, siempre de propia autoridad, se adueña de Valencia; y todavía, de tiempo en tiempo, se da el gusto de enviar obsequios al monarca, buenos caballos y lujosos arneses, en parte por gloriosa jactancia y en parte por íntimo sometimiento, pues el individualismo español no era anárquico ni rencoroso.

Por un instante, con los Reyes Católicos —valga la paradoja a cambio de la rapidez de expresión— parece que la iniciativa privada sube al trono; y la monarquía casera, nacional, va adelantando la unidad del Reino en cierta medida. Pero Fernando e Isabel son desgraciados en su descendencia, y las monarquías exóticas que se suceden, o distraen un tanto el rumbo de la vida española —lo bastante para producir, con el tiempo, apreciable divergencia— o no aciertan con los puntos de conexión entre España y lo demás de Europa.

En el Descubrimiento, Pinzones, la iniciativa privada ha sido vuestra. En la Conquista, de Hernán Cortés, que empieza por emanciparse de Diego Velázquez y lanzarse a México bajo su propia responsabilidad. Y los adelantados ¿qué fueron sino unos empresarios privados, a quienes la monarquía sancionaba después del éxito, como el rey Alfonso iba sancionando las victorias del Cid, que a él no le costaban ni poco ni mucho? Cuando la guerra napoleónica, otra vez la iniciativa privada se echa a la calle, para salvar la nacionalidad, aun a despecho de los monarcas sumisos.

Esta onda cálida de acciones privadas, tan sensible en la historia peninsular, hace ya que los primeros vecinos de la Nueva España —fenómeno que tiene su equivalente en las demás colonias— se sientan distintos del funcionario metropolitano recién llegado, y asilen en su ánimo los gérmenes de la independencia futura. Hasta cierto punto —y aunque es verdad que el Imperio hispano mueve guerra al francés, al turco, al alemán, al flamenco, al marroquí y al británico, como alguna vez se nos ha objetado— seguimos creyendo que, en esencia, aquel Imperio no se mantiene tanto por obra de la administración siempre desajustada, ni de un poder marítimo que en rigor nunca fue absoluto, sino por la índole española, por la manera de ser de un pueblo que tiende naturalmente a trascender las instituciones con un desborde de energía personal. Milagro de escasa sustentación empírica, de fuertes apoyos ideales: la noción religiosa, la noción monárquica y la noción de la libertad. Obra de colonización deficiente, media España se traslada a América y empieza a vivir según su leal saber y entender. De aquí nuestras repúblicas; de aquí que el orbe hispano desborde con mucho los límites del Estado peninsular. Tal es el sentido profundo de la creación ibérica, creación del pueblo, creación del soldado desconocido que se llama, lisa y llanamente, Juan español.

19. Colón y Américo Vespucio

Llena de lagunas, la vida de Américo Vespucio sólo nos es conocida en sus grandes rasgos. Nace en Florencia al mediar el siglo XV y muere en Sevilla, febrero de 1512. Hijo de un notario, estudia de mala gana las letras con un tío suyo, y descuella, en cambio, en las matemáticas, la cosmografía y el comercio. Viaja por Francia. De regreso en su tierra, y al servicio de Médicis, negocia y trafica con los mercaderes españoles; y, finalmente, se traslada a España, donde se relaciona con los armadores sevillanos que fletaban barcos para las tierras descubiertas. Parece que hace uno o dos viajes a Indias, y después, por cuenta de Don Manuel de Portugal, su tercero y más famoso viaje. El cuarto, en el que intenta pa-

sar a Asia por el sur del Nuevo Mundo, pára en un fracaso. Y entonces, acaso un poco olvidado de Don Manuel, busca el amparo de los reyes de España, por los días en que también lo buscaban y se alejaban también de Portugal el armador Cristóbal de Haro, el astrónomo Ruy Falerro y el célebre Magallanes. Los asuntos de Colón andaban a la sazón revueltos. Colón se acerca a Américo Vespucio y solicita su apoyo ante la Corte. Allí, en Toro, Vespucio logra que se apruebe su antiguo proyecto de viaje por el Sudoeste del Nuevo Mundo, y comienza, con Vicente Yáñez Pinzón, los largos preparativos. Establecido en Sevilla, Vespucio se casa con María Cerezo y se naturaliza español. Continúan los preparativos, pero las pretensiones portuguesas, fundadas en la Bula de Alejandro VI, le salen al paso y obstruyen la realización de la empresa. Se supone que hizo todavía otros cuatro viajes, dos muy improbables y dos absurdos. Después, ocupa el puesto, acaso creado para él, de Piloto Mayor en la Casa de Contratación de Sevilla. Y muere allí como funcionario en la navegación de Indias, viendo ir y venir las embarcaciones desde su atalaya. Consideremos más de cerca las andanzas de este segundo italiano asociado al Descubrimiento.

Cuando, en 1497, emprende Vespucio su primer travesía marítima, Colón no había penetrado aún en el Golfo de México, y de la América sólo se conocían las Antillas. La expedición de que formaba parte Vespucio, entrando por el Golfo de Honduras, pasa la península de Yucatán y sube por el litoral mexicano hasta la Florida, o acaso hasta Georgia. Lo cual no obsta para que, algunos años más tarde, Juan Ponce de León descubra por segunda vez la Florida, buscando durante tres años la mitológica fuente Juvencia. Dos años después, Vespucio embarca como piloto en la expedición de Alonso de Hojeda. Llegados al Cabo San Roque, en el Brasil, recorren la costa en sentido ascendente hasta el golfo de Venezuela.* Pero Vespucio debe su celebridad al tercer viaje, en que paseó la costa brasilera, desde San Roque al Sur, pasando por la Bahía de Todos Santos y acaso por la actual región de Río de Janeiro, hasta la boca del Plata. Allí

* Hoy se acepta más generalmente que el viaje de 1497 debe confundirse con el de 1499, y que esta segunda fecha es la correcta.

tuerce rumbo al Sur y da en una tierra antártica no identificada, de donde vuelve al África. Este viaje acabó de convencer a Vespucio de que las nuevas tierras no podían ser asiáticas, y fue entonces cuando concibió el proyecto de pasar al Asia por el sur del Nuevo Continente. Pero acaso se figuró siempre que en las bocas del Plata acababa la tierra sudamericana. Y, en efecto, en su cuarto viaje se trata de pasar por el Sudoeste a aquella zona asiática vagamente designada entonces con el nombre de Las Molucas. Otros, convencidos también de que las nuevas tierras no eran asiáticas, buscaban el paso para Las Molucas por algún estrecho que pudiera haber más al Norte. Colón, aceptada ya la idea de que las nuevas tierras eran asiáticas, lo que buscaba era el paso para el golfo del Ganges, del que imaginaba estar cerca. Vespucio no; Vespucio concebía el plan que veinte años más tarde había de realizar Magallanes. Por desgracia, quedó separado de su capitán; y tras de recorrer algunas costas del Brasil que le eran conocidas por el viaje anterior, y hacer cargamento de maderas preciosas, vuelve a Lisboa. De los otros viajes no vale ocuparse en esta breve recordación.

Todo género de argumentos se ha esgrimido para demostrar, por lo menos, que alguno de los viajes de Vespucio fue imaginario. Para el primer viaje, por ejemplo, no hay más testimonio que el relato del interesado, de cuya honorabilidad se duda siempre en virtud de la "jettatura". Pero ¿acaso queda en los archivos de Barcelona documento alguno de la recepción que hicieron los Reyes Católicos al afortunado Genovés? Y, sin embargo, ello sucedió y nadie lo pone en tela de juicio. Otras veces se ha alegado que las relaciones de Vespucio son harto vagas para ser verdaderas, y que omiten circunstancias importantes, como el carácter peninsular de Yucatán y de la Florida, de que no parece haberse percatado. Notan unos que pasó junto a civilizaciones como la de Yucatán, sin decir palabra de ellas; que nada dice tampoco del Río del Norte, ni del Misisipí. Pero también Marco Polo estuvo en China y nada nos cuenta del té —grande novedad—, ni de la famosa Gran Muralla.* En cambio, los de-

* Eforo, historiador del siglo IV a. C., consideraba con recelo los relatos antiguos en que hay demasiadas precisiones.

fensores de los viajes advierten que el primero, el más objetable, no ha sido relatado en extenso, sino en extracto de una narración más amplia que se ha perdido; que, de una manera general, todo se explica mejor admitiendo la hipótesis de los viajes; que, por lo demás, quedan de ellos testimonios inapelables, como lo son ciertos mapas de la época, cuyos datos y nombres no pueden provenir sino de Vespucio, a menos que "se multipliquen los entes sin necesidad" y se admita la probabilidad de otros viajes amén de los ya conocidos; y, por último, que puestos a dudar, tampoco tienen más fundamento los viajes de Cabot, y pasan por reales y auténticos.

La falta de documentos, aplicada como demostración negativa, bastaría para borrar la mayor parte de la historia. Aparte de que el tiempo ha ido sacando a flote algunos testimonios que abonan la veracidad de Vespucio.

Si Colón —aunque antes tuviera otros vislumbres— murió rendido a la falsa evidencia de haber descubierto las costas de Asia, los hombres de ciencia sospecharon desde el primer momento que estos países no tenían nada de común con las Indias orientales. Pronto, en los documentos de los Reyes Católicos, se los empieza a llamar Indias Occidentales, con probable ánimo de rectificación o de duda. Colón solía llamarlos "Nuevo Mundo", sin dar ya a la frase más que un valor retórico. Pero los geógrafos, sus contemporáneos, convinieron poco a poco en que se trataba en efecto de un mundo nuevo. Las islas descubiertas estaban ciertamente muy cerca del África: aquello no podía ser el Asia, ni la descripción natural y social de las Antillas correspondía a las islas asiáticas. (Respecto a la América más septentrional, todavía se siguió manteniendo su continuidad con el Asia.)

Vespucio, no sabemos bien hasta qué punto, era un cosmógrafo más completo que Colón. Vespucio tenía consciencia de sus rumbos. Sus viajes por el litoral americano lo recorren en una extensión que nadie antes había abarcado, y —salvo la región ártica y antártica, así como la pequeña cintura del Darién— permitieron establecer el carácter continental de América. Si no realizó él mismo la contraprueba de Magallanes, al menos la dejó planteada. Su influencia en

la cartografía de la época resulta así mucho más trascendental que la de Colón.

Más profesional que éste, Vespucio era mucho menos capaz de empresas. Nunca llegó a jefe de expediciones, y todavía fracasó en sus intentos de rebasar al Sur la línea americana. Pero este modesto personaje —más Discreto, menos Héroe— poseía una ciencia definida y un estilo de narrador tan interesante como sus viajes mismos (si es que las narraciones realmente proceden de su pluma). En cuanto al hecho de que se haya dado su nombre al Continente, ni siquiera alcanzó él a saberlo. La rivalidad entre Colón y Vespucio es un error de perspectiva, un espejismo de la posteridad. Consta que medió entre ambos la mejor relación, y que el Almirante consideraba al Piloto Mayor como muy su devoto y "mucho hombre de bien". Fernando Colón no parece todavía presentir este error de perspectiva y, aunque conoció las famosas narraciones, no dijo una sola palabra contra Vespucio, aun cuando era tan susceptible a cuanto pudiera afectar la fama de su padre.

20. El bautismo de América

Quiere el genio mitológico que preside al Descubrimiento que el nombre mismo de América sea el resultado de una refracción.*

En la imperceptible ciudad de Saint-Dié, perdida en los Vosgos, se reunía al comenzar el siglo XVI una diminuta sociedad de estudiosos, que eran humanistas e impresores a un tiempo. El fundador de aquel pequeño Gimnasio e introductor de la imprenta, se llamaba Gauthier Lud (Gutierre Lud), y la imprenta se instaló en la casa de su sobrino Nicolás. Martín Waldseemüller, de Friburgo, vino a ser, a la vez que corrector de imprenta o "castigator", un colaborador eminente. El amable poeta Matías Ringmann —"Philesius" entre sus amigos— era otro de los socios. Había conocido al arquitecto veronés Giovanni Giocondo, y murió joven. Y

* Prescindimos de la hipótesis, tan curiosa como aventurada, de que el nombre "América" sea de origen indígena, y proceda de aquella región donde se esperaba descubrir El Dorado. Sobre otros extremos relativos al nombre de América: A. L. Pereira Ferraz, *Américo Vespucci e o nome da América,* Río de Janeiro, 1941.

Juan Basin, que era más bien un retórico, había compuesto un manual sobre el arte de escribir cartas.

No podían menos de llegar hasta Saint-Dié las preocupaciones geográficas del siglo; y los aficionados volvían los ojos a los libros de Tolomeo como a una base segura, antes de arriesgarse a leer los relatos de los últimos descubrimientos. Un día, el Gimnasio de los Vosgos pensó en publicar la Introducción a la Geografía de Tolomeo, seguida de los cuatro viajes narrados por Vespucio: el de Honduras a Florida o Georgia, por el litoral mexicano; el de San Roque a Venezuela, por el litoral brasileño; el de San Roque al Plata por el propio litoral, que llega a cierta tierra antártica y tuerce al África; y el fracasado camino por Sudamérica hacia Las Molucas. Waldseemüller se encargó de la impresión y añadió unas cartas complementarias, así como un prefacio-dedicatoria al emperador Maximiliano, firmado con el seudónimo "Martinus Hylacomylus".

La obra, *Cosmographiae Introductio,* salió de la prensa el año de 1507. Corrió con fortuna, porque difundía las noticias sobre una Tierra Firme distinta de la que Colón había hecho conocer. Colón, en efecto, había recorrido las Antillas, dando por establecido, bajo juramento, que su Isla Juana (Cuba) era Tierra Firme, y en cambio no había llegado a la concepción continental de la Tierra Firme que realmente alcanzó. Y repárese en que la identidad geográfica de las Antillas y el Continente Americano es una noción científica relativamente moderna, posterior en todo caso a la primera idea que se tuvo del Descubrimiento.

En la obra publicada por los eruditos de Saint-Dié aparece Vespucio dando cuenta por primera vez de países cuyas condiciones naturales comenzaban a atraer los ojos de todos. Se trataba de tierras paradisíacas que parecían realizar el sueño de los profetas. Se describían costumbres singulares, que por sí solas ofrecían un alivio y una esperanza a los hábitos mentales de la cansada Europa. Por primera vez se hablaba de la hamaca. Ahora bien, los editores anotaron algunos lugares de Tolomeo para concordarlos con los hallazgos recientes; y en dos capítulos de la obra soltaron, de paso, frases por el siguiente tenor: "A esa nueva parte de la

Tierra podemos hoy llamarle *América,* en memoria del hombre audaz que la ha visitado." El nombre, según esto, había de aplicarse, no al Archipiélago de Colón, sino a la Tierra Firme recorrida —o siquiera descrita e "interpretada"— por Vespucio.

Los autores de la magna Historia de Cambridge sugieren, acaso por elegancia de estilo, que la atribución del nombre se hizo mitad en burlas, mitad en veras. Mejor es decir: sin darle mayor importancia. El propio Waldseemüller parece haber olvidado del todo su ocurrencia en cierto mapa que publicó seis años después; es decir, cuando ya todos, menos el principal responsable, llamaban "América" al Nuevo Mundo. Como quiera, Vespucio murió sin enterarse del caso ni presumirlo siquiera. Puede decirse de un modo general que el siglo XVI aceptó el bautismo casual de los eruditos de Saint-Dié, y el siglo XVII comenzó la reacción, cubriendo de infamia el nombre de Vespucio, actitud de que todavía hay testimonios en los siguientes siglos (Bayle, Voltaire, etc.). Con todo, el nombre de América se fue imponiendo poco a poco, gracias en gran parte al interés y al encanto literario de aquellos relatos, y a pesar de los juiciosos reparos de Miguel Servet y de las airadas protestas que comienzan con Fray Bartolomé de las Casas. Los hombres de letras tienen motivo para enorgullecerse de este éxito, que en mucho se debe a la fuerza artística, al poder de difusión de unas narraciones bien contadas, ya se las considere como obras auténticas de Vespucio, o ya como redacciones ajenas y empedradas de descuidos, según la más reciente teoría de Magnaghi. El trabajo estuvo bien compartido: unos soñaron el Nuevo Mundo, otros dieron con él, otros lo recorrieron y trazaron, otros lo bautizaron, otros lo conquistaron, otros lo colonizaron y redujeron a la civilización europea, otros lo hicieron independiente. Esperemos que otros lo hagan feliz.

21. El destino de América

Ya tenemos descubierta a América. ¿Qué haremos con América? Comienza la inserción del espíritu: a la Cruzada Medieval sucede la Cruzada de América. A partir de este

instante, el destino de América —cualesquiera sean las contingencias y los errores de la historia— comienza a definirse a los ojos de la humanidad como posible campo donde realizar una justicia más igual, una libertad mejor entendida, una felicidad más completa y mejor repartida entre los hombres, una soñada república, una Utopía. América se anuncia con fuertes toques de clarín a la mente de los más altos europeos. ¡Qué primavera de sueños! En cuanto América asoma la cabeza como la nereida en la égloga marina, la librería registra una producción casi viciosa de narraciones utópicas. Los humanistas resucitan el estilo de la novela política, a la manera de Platón, y empiezan, con los ojos puestos en el Nuevo Mundo, a idear una humanidad más dichosa. Los dogmatismos se quiebran ante el espectáculo de las nuevas costumbres. Se concibe la posibilidad de otras civilizaciones más fieles a la tierra; y el "filósofo desnudo" de Pedro Mártir prepara ya al "buen salvaje" de Rousseau, tan lleno de virtud natural como están naturalmente llenos de miel los frutos del suelo. El exotismo americano —que Chinard, Dermenghem y otros han estudiado cuidadosamente— da nueva sazón a las literaturas. A diferencia del exotismo oriental, que fue puramente pintoresco o estético, este exotismo americano lleva una intención política y moral; es decir, que la literatura quiere comprobar, con el espectáculo de América, una imagen propuesta *a priori:* la Edad de Oro de los antiguos, el estado de inocencia natural, sin querer darse por entendida de lo que había de herético en esta noción. ¿Quién, entre los más nobles maestros del pensamiento europeo, pudo escapar al deslumbramiento? Adviértase la huella en Erasmo, en Tomás Moro, Rabelais, Montaigne, el Tasso, Bacon y Tomás Campanella. Si Juan Ponce de León delira por encontrar la surgente de la juventud eterna en la Florida, los filósofos piden al Nuevo Mundo un estímulo para el perfeccionamiento político de los pueblos. Tal es la verdadera tradición del Continente, en que hay el deber de insistir.

El testimonio de Montaigne es singularmente expresivo. En su alma se da el drama del Descubrimiento envuelto en aquella clara música de ideas que todavía nos conmueve.

Montaigne reconoce que el solo contraste entre el Antiguo y el Nuevo Mundo lo despertó a esa comprensión para todas las doctrinas que Bacon y Shakespeare aprenderán de él, ese perdón, esa caridad. Durante la juventud de Montaigne, América se iba ensanchando día por día, y la creciente gravitación de América parece irlo levantando sobre el nivel moral de su tiempo. Leía con avidez los relatos de los cronistas de Indias; y además, como funcionario de Burdeos, veía llegar y admiraba los efectos y productos de la nueva zona generosa. Un criado suyo había vivido diez años en el Brasil y le contaba las costumbres de los indígenas. Montaigne se interesa, traduce poemas y canciones de los caníbales. Dispuesto siempre a abrir la ventana de la paradoja, se le antoja preguntarse si, después de todo, la civilización acostumbrada no sería un inmenso desvío; *si el hombre de América,*

el preciosamente Inca desnudo
y el de plumas vestido Mexicano

—que diría Góngora—, no estaría más cerca del Creador; si las costumbres no tendrían tan sólo un fundamento relativo. Y acaba así por descubrir el refinamiento y el arte entre las poblaciones edénicas del Tupí-Guaraní. Es cierto, se decía Montaigne, que aquellos indígenas son caníbales, pero ¿no es peor que comerse a sus semejantes el esclavizar y consumir, como lo hace el europeo, a las nueve décimas partes de la humanidad? América tortura a sus prisioneros de guerra; pero Europa, piensa Montaigne, se permite mayores torturas en nombre de la religión y de la justicia. Y ved aquí brotar, en la mente de un europeo representativo, los prenuncios de los más avanzados y aun los más audaces puntos de vista que ofrece el espíritu moderno. El disgusto contra el error europeo se fue volviendo atmósfera. Contamina al protestantismo y al puritanismo, y mucho más al cuaquerismo, que acaba por instalarse en América. Pero, entre tanto, el catolicismo ha ensayado también sus utopías sociales en las Fundaciones mexicanas de Vasco de Quiroga, en las primeras misiones del Brasil, en el Imperio jesuítico del Paraguay.

¡Qué radiante promesa, el Nuevo Mundo, para todos los

descontentos y los reformadores! Mientras los mercaderes procuraban sus lucros, los apóstoles religiosos emprendían su obra de redención, y legiones de soñadores se movilizaban hacia la esperanza. América, puede decirse sin violencia, fue querida y descubierta (casi "inventada") como campo de operaciones para el desborde de los altos ímpetus quiméricos. Crearon, descubrieron a América los que tenían sed en el cuerpo o en el alma, los que necesitaban casas de oro para saciar su ansia de lujo, o conciencias libres donde sembrar e inculcar la idea de Dios y la idea del bien. Más tarde, América siguió siendo refugio del perseguido: ya es casa hospitalaria para religiones proscritas de hugonotes y puritanos, ya es tierra en que el ojo acusador da treguas a la regeneración de Caín.

Sobrevino la colonización europea. Durante unos siglos van a pesar sobre América los lentos procesos de la gestación, y entonces el ideal late dormido. Si la semilla cayó con el Descubrimiento, ahora, al canalizarse la energía espiritual en una administración de virreinatos, la semilla se calienta sordamente bajo la tierra. No está muerta: al contrario. A medida que las repúblicas se emancipan, el ideal se va despojando y definiendo, y se caracteriza por su universalidad. A lo largo del siglo XIX, los más ardientes utopistas —sean espiritualistas, socialistas o comunistas— tienden hacia el Nuevo Mundo como a un lugar de promisión, donde se realice la felicidad a que todos aspiran bajo diversos nombres. Hoy por hoy, el Continente se deja abarcar en una esperanza, y se ofrece a Europa como una reserva de humanidad.

O éste es el sentido de la historia, o en la historia no hay sentido alguno. Si esto no es, esto debe ser y todos los americanos lo sabemos. Podrán las contingencias inmediatas, las groserías exteriores desviarnos del camino un día, un año y hasta ciento: la gran trayectoria se salvará. La declinación de nuestra América es segura como la de un astro. Empezó siendo un ideal y sigue siendo un ideal. América es una Utopía.

Concluyamos. Antes de ser descubierta, América era ya presentida en los sueños de la poesía y en los atisbos de la

ciencia. A la necesidad de completar la figura geográfica, respondía la necesidad de completar la figura política de la tierra. El rey de la fábula poseía la moneda rota: le faltaba el otro fragmento para descifrar la leyenda de sus destinos. Ora se hablaba, como en la Atlántida de Platón, de un continente desaparecido en el vórtice de los océanos; ora, como en la Última Tule de Séneca, de un continente por aparecer más allá de los horizontes marinos. Antes de dejarse sentir por su presencia, América se dejaba sentir por su ausencia. En el lenguaje de la filosofía presocrática, digamos que el mundo, sin América, era un caso de desequilibrio en los elementos, de extralimitación, de *hybris*, de injusticia. América, por algún tiempo, parecía huir frente a la quilla de los fascinados exploradores.

Una vez descubierta América, la mente humana, incansable en sus empeños hacia la conquista del bien social, se da a imaginar, en el orden teórico, Utopías y Repúblicas Perfectas, a las que pudieran servir de asilo las nuevas regiones promisoras; y se da, en el orden práctico, a plantear empresas de ensanche político y religioso, que no cabían ya en los límites de la vieja Europa. El pretexto, la provocación del milagro, había sido una cosa humilde: la sublevación de las cocinas, privadas de las especias orientales por la caída de Constantinopla en poder del turco. El vehículo fue una cosa material y grosera: la explotación económica de las colonias, el afán de enriquecimiento inmediato. Pero, por encima de todo ello, el ideal se había puesto en marcha.

A partir de ese instante, entre las vicisitudes históricas, entre vacilaciones y acasos —puesto que la vida no procede nunca en línea recta—, América aparece como el teatro para todos los intentos de la felicidad humana, para todas las aventuras del bien. Y hoy, ante los desastres del Antiguo Mundo, América cobra el valor de una esperanza. Su mismo origen colonial, que la obligaba a buscar fuera de sí misma las razones de su acción y de su cultura, la ha dotado precozmente de un sentido internacional, de una elasticidad envidiable para concebir el vasto panorama humano en especie de unidad y conjunto. La cultura americana es la única que podrá ignorar, en principio, las murallas nacionales

y étnicas. Entre la homogeneidad del orbe latino y la homogeneidad del orbe sajón —los dos personajes del drama americano— la simpatía democrática oficia de nivelador, rumbo a la *homonoia.* Las naciones americanas no son, entre sí, tan extranjeras como las naciones de otros continentes. Tres siglos de elaboración; un siglo de azarosos tanteos, desatados por las independencias y las nuevas organizaciones; medio siglo más de coherencia y cooperación. Tal es, en su perspectiva general, la senda de América.

II. EN EL DÍA AMERICANO *

ENTRE personas de la familia, que habitan bajo el mismo techo, suelen suprimirse fórmulas de cortesía reservadas a los extraños. Los "buenos días" y las "buenas noches" se simplifican, y el no hacerlo así resultaría una afectación insoportable. —Amigos brasileños: me estáis acostumbrando tanto a considerarme como uno de los vuestros y a abrirme un sitio en vuestras fiestas espirituales, que ya comienza a parecerme afectado el insistir en la emoción con que correspondo a vuestra gentileza, y vosotros mismos tendréis la culpa si las expresiones de mi gratitud son cada vez menos aparentes. Después de todo, no hay mal en ello: ello significa que vamos sustituyendo la cortesía convencional por la fraternidad y la colaboración. Sin embargo, no puede menos de conmoverme que hayáis querido asociar a vosotros al representante de México precisamente en la celebración del Día Americano, símbolo de concordia entre nuestros pueblos, proporcionándome así esta brillante ocasión de explicarme en público sobre ideales que nos son igualmente caros. Sin duda os habéis acordado de que llevo muchos años combatiendo como el último soldado en los empeños de la inteligencia americana. Y entiendo aquí por inteligencia el mutuo conocimiento, base única de toda concordia. Y cuando evoco la idea de concordia americana, no puedo menos de asociar tácitamente a las antiguas metrópolis, descubridoras y colonizadoras, cuyo nombre late siempre en nuestra conciencia cuando hablamos de América.

Me permitiréis que, dirigiéndome a un auditorio como éste, dé por demostrada la ventaja de crear relaciones espirituales, de información, de conocimiento y de simpatía entre

* Leído en Río de Janeiro, 14 de abril de 1932, sesión de la Asociación Brasileña de Educación, Teatro Joao Caetano. Parcialmente aprovechado en el volumen: *Correspondance, I: Pour une Société des Esprits. Lettres de Henri Focilon, Alfonso Reyes, Miguel Ozorio de Almeida, Tsai Yuan Pei, Gilbert Murray, Salvador de Madariaga et Paul Valéry*, París, Institut International de Coopération Intellectuelle, 1933; de que hay también edición en inglés: *An International Series of Open Letters: A League of Minds*, 1933. Edición privada: Río de Janeiro, abril de 1932, 8º, 21 págs.

los pueblos, aun en el caso de que no existan entre ellos relaciones mercantiles actuales. Me permitiréis que considere el guarismo y el alfabeto como fenómenos de igual importancia, que se nutren y se alimentan mutuamente. En consecuencia, me permitiréis que no entre aquí en vaguedades y tautologías sobre la prioridad de la gallina o del huevo, a propósito de las concomitancias entre comercios y culturas. Hay, en nuestra inmensa familia americana, muchos países que hoy por hoy no cambian productos entre sí; no hay razón ninguna para que, por sólo eso, se abstengan de comunicarse sus ideas, sus hechos de cultura. Dejemos nuestras voluntades abiertas al soplo de lo desinteresado y lo gratuito. Que es tal la lealtad de la naturaleza, que ello ha de redundar a la larga hasta en provecho material propio. Prescindamos, pues, por un instante, de esa noción mezquina y utilitaria que en vano procura reducirlo todo al esquema de la compra-venta. Saludemos con todo respeto a los que cuidan de los intereses materiales del mundo, y entremos derechamente a lo nuestro, que son los intereses espirituales.

Mi experiencia de los medios culturales de América no es muy vasta, pero sí ha sido suficiente para revelarme la incomunicación que existe entre unas y otras de nuestras repúblicas. Todo el que, en América, fatiga una pluma, ha tenido alguna vez ocasión de enfrentarse con este mal y lamentarlo. No nos conocemos. La antología de los errores que, en materia de información precisa, cometemos al hablar unos de otros, avergonzaría al Continente. No digo errores de apreciación, o aquellas deformaciones inevitables de la perspectiva que siempre acontecen (y no siempre son perjudiciales) al mover el punto de vista. Sino errores brutos, de dato, de fecha y de nombre, de desconocimiento de las publicaciones, de los sabios o los escritores de otro país, y aun del mismo carácter del pueblo que tenemos al lado, pasando el río.

De tiempo a esta parte, es muy grato reconocerlo, se ha desarrollado una efervescencia de curiosidad mutua entre los escritores y los medios intelectuales de nuestra América. Singularmente, entre los literatos y los poetas, que son, de todos los trabajadores del espíritu, los que operan con valores más universales, los que abarcan mayores zonas del alma,

y también aquellos cuya labor es más vivaz y ostensible. Óiganlo bien los tartamudos que se vengan de la palabra declarándola impotente: este comienzo de solidaridad no ha sido efecto del comercio ni de la política, sino de la poesía, es decir: del espíritu. Esta virtud naciente puede apreciarse, por ejemplo, en la solidaridad con que se apoyan moralmente entre sí las juventudes universitarias de países americanos muy distantes. Los casos están al alcance de todo lector de periódicos, y revelan un nuevo estado moral en nuestra América. Las juventudes universitarias son, por esencia, en nuestras sociedades, las agrupaciones más alertas —en tanto que agrupaciones— a las corrientes espirituales que soplan por América. Son, además, los únicos organismos que, ligados profesionalmente a la vida intelectual, se encuentran en condiciones de ejecutar estos actos solidarios del espíritu. Y esto por dos causas: la primera porque conviven constantemente y están ya agremiados de antemano; la segunda, porque constituidos por gente joven, poseen el ímpetu, y hasta la osadía algunas veces, que, en el caso, se hacen indispensables.

Pero no nos deslumbremos: estos episodios universitarios, si bien son intentos de una nueva circulación del espíritu en nuestra América, distan mucho de ser la conquista última a que aspiramos. Tales hechos, si los miramos de cerca (prescindiendo de los meros desórdenes domésticos por razón de exámenes y programas, cosas todas de que por ahora no tratamos, y refiriéndonos sólo a los casos de verdadera trascendencia humana y continental), tales hechos tienen tanto de hechos culturales como de hechos políticos y, con frecuencia, este último matiz es el más acentuado. Vivimos una era política; la política se insinúa hasta los *templa serena* de la enseñanza, agita el espíritu de las juventudes y las arrastra muchas veces a servir de instrumento a pasiones ajenas a sus propios fines. En varios centros universitarios de América, estos últimos tiempos, hemos visto a las juventudes lanzarse apresuradamente a una campaña pública, y sacrificarse en ella de un modo inútil. Cerrar los ojos ante esta fase actual de la vida americana es un crimen. Desconocer esta desazón es descuidar el porvenir. El hombre de cultura, que, pasados los cuarenta años, sea incapaz de mirar

a la mocedad que anda en veinte, sin un sentimiento de amor y angustia paternales, ni será hombre de cultura, ni siquiera hombre, sino un mutilado moral de la especie más lamentable. Sobre toda juventud se cierne una esperanza. Y el primer deber de los hombres de cultura en nuestra América, que viven todos más o menos uncidos al carro universitario, sería tomar acuerdos comunes que formen una como muralla moral, para evitar por una parte que esas criaturas en vía de desarrollo desperdicien atrozmente la frescura de que, en bién de la sociedad, son depositarias, y para corregir por otra parte la forma en que se ha procurado reprimir esas explosiones que, como quiera, fueron muchas veces el estallido de ideales justos y legítimos. Cuando los estudiantes de hoy sean los catedráticos de mañana, habremos dado un paso más, porque esos catedráticos ya conocerán en carne propia, por una parte, la inutilidad de querer apoderarse de la realidad antes de conocerla y, por otra parte, el respeto que merecen el dolor y la indignación de la juventud, que algún día fueron sentimientos suyos. Por eso las noticias de las huelgas y descontentos en las escuelas, cuando tienen, repito, verdadera trascendencia humana, merecen nuestra atención más profunda, la más delicada, la más sensible.

Como veis, estas juventudes nos dan ejemplo, a su modo, de una comunicación espiritual entre los que pudiéramos llamar los hijos de la cultura. Y este ejemplo debiera ser imitado por los padres de la cultura, por los creadores y distribuidores de la cultura en nuestros pueblos. Tal comunicación entre los intelectuales tendrá necesariamente que producir también efectos políticos. Sería pueril disimularlo. Y ya es bueno que todos se convenzan de que la función política es una facultad general repartida entre todos los hombres. La política no es coto cerrado. Todo acto humano se refleja en la *polis* y todo redunda en bien o en mal de la convivencia entre los hombres. Cuando los intelectuales de América se hayan dado la mano, habrá cambiado fundamentalmente la vida política americana. Porque entre todas las energías del mundo, el espíritu es el transformador y modelador más activo: es el escultor que nos labra. ¿Cuál será, entonces, la fisonomía política de América? Es aventurado

decirlo, pero todos saben que la inteligencia es unificadora y aspira a organizar las acciones humanas en un sentido constructivo.

Pero esta marcha de las congregaciones intelectuales hacia la política no debe alarmarnos como nos alarma un poco el montón de chicos que se echan a las cuatro esquinas a recibir palos de los gendarmes. Porque, esta vez, el conocimiento habrá precedido al acto, y será la comunicación puramente espiritual la que provoque, en su decurso, efectos políticos y no viceversa. La evolución acontecerá entonces en una masa de hombres ya maduros, que ya saben luchar con más persuación y menos violencia, que tienen autoridad en su país y son escuchados en el extranjero, que por ser ya conocidos se encuentran defendidos mejor y que, en el peor de los casos, tienen ya sus cuentas bien saldadas con las felicidades terrenas. En tanto que, en la otra postura, la del arrebato ciego de las juventudes, los resultados han sido estériles o sólo fértiles en desastres, y crean en el hombre de mañana un complejo de amargura y cautela cuyas consecuencias ignoramos. Someto estas reflexiones a la buena voluntad de los maestros americanos, y de los que tienen hijos sobre todo. No consintamos que el año sea afligido en su primavera.

El asunto que aquí recorremos a grandes pasos es de una oportunidad terrible. Y no sólo a los americanos nos preocupa, sino a los intelectuales del mundo entero. Europa, la vieja Europa cuyas culturas gozan de un sistema ya tan elaborado de vasos comunicantes, experimenta ahora mismo la necesidad de perfeccionar la circulación del espíritu. ¡Cómo no hemos de experimentarla en América, donde apenas están en formación las venas y arterias del vasto cuerpo, donde entre una y otra *nación intelectual* hay grandes regiones de selvas vírgenes tan impracticables como las otras!

Precisamente en estos momentos, llega a los intelectuales de todo el mundo un llamamiento lanzado, ante el Comité Permanente de Letras y Artes de la Sociedad de las Naciones, por dos ilustres maestros —el poeta Paul Valéry y el historiador del arte Henri Focillon— llamamiento que se ha encargado de distribuir el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, también dependiente de la Sociedad de las

Naciones. E insisto en el carácter de este acto: no se trata de manifiestos descabellados o de una gritería de bohemios irresponsables, sino de problemas seriamente propuestos a la consideración de los hombres competentes por el instituto que reúne la mayor suma de representación de los gobiernos del mundo. Este llamamiento viene a decir que sin una sociedad de los espíritus no hay sociedad de las naciones; que en la época actual, cuando la magnitud y el prestigio de los problemas técnicos amenazan perturbar las conciencias y provocan graves inquietudes sobre el porvenir de la civilización, importa dar al cambio de pensamientos mayor energía, mejor organización y más constancia. Se contempla la posibilidad de provocar una correspondencia, un trueque epistolar, entre los más calificados representantes de la alta actividad intelectual, correspondencia semejante a la que existió siempre entre los duques del pensamiento en las épocas renacientes de la vida europea. Se habla de publicar metódicamente esta correspondencia, cuyos temas serían tan varios y graves como el desconcierto mismo de la humanidad contemporánea. Y se ataca desde luego el primer problema, sometiéndolo al examen de los intelectuales. He aquí el primer problema, cuyo enunciado es ya patético:

—¿Cuál es, cuál debe ser, en el estado actual del mundo, la función del orden intelectual? ¿Qué une, qué separa al orden intelectual y al orden político? Este orden intelectual no implica en manera alguna la odiosa y anticuada noción de clase, de casta o secta de iniciados. Hay intereses más generales e imperiosos que los intereses corporativos, hasta hoy materia exclusiva de la Sociedad de las Naciones. Por sobre los intereses de clases, de partidos y de países, están los intereses supremos del hombre, y son éstos los que quedan a cargo del orden intelectual. No contestar a esta cita de honor o convertir la discusión del tema en mero juego académico tanto sería como hacer dejación y abandono de la civilización en manos de la casualidad; equivaldría a confesar el antagonismo entre dos humanidades: la una que viviría conforme al espíritu y alejada de todo negocio como planta estéril, y la otra que viviría conforme al instinto, erigiendo arbitrariamente en doctrinas los apetitos más groseros.

Me ha tocado la honra de figurar entre los emplazados por esta generosa demanda, y quiero contestar que en América, en toda nuestra América, hay unos cuantos millones de hombres dispuestos a evitar, cada día con más empeño, que la casualidad nos maneje. Que, por suerte, la inteligencia no ha tenido tiempo entre nosotros de romper con los estímulos de la acción, como acontece en los países agotados por viejas civilizaciones, donde pueden edificarse torres de marfil y teorías estrafalarias conforme a las cuales el hombre de pensamiento que participe en la vida de su siglo viene a ser un "clérigo traidor".* Que, entre nosotros, los sabios tienen todavía que ser hombres públicos, y que de esta circunstancia, que pudo sernos desfavorable en otro momento de la historia (y sin duda lo es en el orden puro del espíritu), esperamos una ventaja. No para hoy ni para mañana en la tarde; estas evoluciones son largas. Aquí se trata de un proceso de maturación que no puede ser apresurado —¡casi digo que por desgracia!— con ayuda de la violencia. No: lo que en este proceso importa es la dirección adquirida, y esta dirección comienza ya a precisarse. Y la ventaja que esperamos será el que los hombres de disciplina espiritual, de cultura y de técnica —desde el filósofo hasta el artesano— los que se han castigado a sí mismos para adquirir un conocimiento o un adiestramiento verdaderos, los que han dado en consecuencia sus pruebas morales suficientes, empuñen algún día decididamente las riendas de la sociedad, para que el hombre americano sea más feliz y encuentre un orden plenamente responsable a quien acudir en su eterna brega. Porque sólo hay responsabilidad plena donde hay plena conciencia.

Entendámonos: un optimismo candoroso no pasa de ser una cobardía. Lo mejor para el intelectual absoluto, lo mejor para la inteligencia es conservarse en un término moderado respecto a la acción, y sólo participar en ella lo indispensable, reservándose un sitio de orientación y consejo. Pero, a la hora de los naufragios, también el capitán presta mano al timón, las bombas y las cuerdas. Habrá una o varias genera-

* Julien Benda, intelectual poseído del espíritu de justicia, no tiene la culpa de que su tesis haya sido con frecuencia tergiversada, unas veces por ignorancia y otras por dolo.

ciones de intelectuales sacrificados en el servicio de la nueva sociedad. Esperemos que se conceda a unos cuantos el privilegio —privilegio precioso a la humanidad— de aislarse un poco y conservar el tesoro de la cultura adquirida, salvándolo íntegro para las generaciones de mañana. Aun allá, en aquella Rusia que se retuerce en transformaciones que todo lo invaden y penetran, se deja, sin embargo, al investigador Pavlov bien guarecido contra la tempestad que a todos azota, para que siga, en beneficio de la futura ciencia, estudiando durante largos años un solo fenómeno de la fisiología: el reflejo de la salivación en los perros. Los demás, los que no sean Pavlov, que saquen de necesidad virtud y se echen a media calle. Quiero decir, que se abracen decididamente con la inquietud social de su época, y aporten sus luces y su voluntad, su teoría y también su práctica. No dejen que sólo el rencor, que sólo la desesperación dibujen los contornos de la sociedad de mañana. Ábrase paso la Inteligencia: reclame su sitio en la primera trinchera. Y los que sólo tengan costumbre de tratar con ideas y no sepan tratar con hombres, ésos, que acepten su dolor. Aquí os traigo el aforismo de Goethe: "No basta saber: hay que aplicar. No basta querer: hay que obrar."

Relacionad, pues, a vuestros hombres de pensamiento unos con otros. Sed ingeniosos e incansables; discurrid medios para crear los vasos comunicantes: labor de prensa, correspondencia, obligación de cambiar libros a través de ciertos organismos adecuados, exposiciones de arte, conciertos, viajes de profesores y de estudiantes, congresos de escritores, sistemas de investigaciones paralelas, ¡qué sé yo! La preocupación avizora os sugerirá los recursos. Lo que el primer día es quimérico, el segundo día ya es probable y el tercero se ha comenzado a realizar. Tal sea nuestra meditación, tal sea nuestro "ejercicio espiritual" para el Día Americano. El mejor tributo que podemos ofrecer a la memoria de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de todos los creadores de la independencia americana, es pensar con seriedad en el porvenir de nuestros pueblos. Lo que vosotros intentéis lo continuarán vuestros hijos y lo realizarán vuestros nietos. Desde aquí me parece oír sus bendiciones. Para eso hemos luchado.

III. EN LA VII CONFERENCIA INTERNACIONAL AMERICANA

Señor Presidente de la Asamblea Deliberante:
Señoras y señores:

Las diecinueve Repúblicas que, en la persona de sus delegados a la VII Conferencia Internacional Americana, disfrutan hoy de la hospitalidad uruguaya, tienen dobladas cuentas de gratitud con esta Asamblea Deliberante que, a pesar de los agobiadores cuidados y las graves responsabilidades que la preocupan, ha sabido abrir campo y sitio para recibir en su propia casa a los emisarios de la buena voluntad entre las naciones americanas. Por gracia y obra del genio orientador que disteis al mundo, preside a nuestros afanes el claro espíritu de Ariel, y nos inspiran los consejos que recogimos de labios de vuestro Jefe de Estado y vuestro Canciller. Conforta nuestra fe, señor Presidente, vuestra inquebrantable confianza en el destino de América; y todavía, por no sé qué acaso providencial, nos envuelve, nos acaricia y nos empuja la admirable atmósfera del pueblo uruguayo, tantas veces ejemplar en la historia cívica del Continente, tantas veces generoso en el ensanche de sus realizaciones políticas. Mala hora para los augures de catástrofes, si el sueño de Bolívar duerme íntegro bajo la estéril agitación de la crisis contemporánea, como duerme, bajo la costra del hielo invernal, toda una primavera en promesas.

Dejadme que por un instante os revele mi sentimiento íntegro. Si nuestra Conferencia hubiera de desarrollarse en una época de conformismo y quietud —esas épocas en que los hombres parecen arrellanarse sobre los divanes de una civilización conquistada, entre sobresalto y brega, por los duros abuelos—, acaso su inmediata eficacia técnica sería mayor, acaso las cuentas saldrían más cabales, las medidas más justas y los materiales se habrían hacinado sin esfuerzo. Pero lo que ganaríamos en la cantidad lo habríamos perdido en la calidad; sería menor la aportación de alma y el calor huma-

no que hoy por hoy estamos necesitando para levantar esta mole de esperanzas. Habríamos contentado el "espíritu de geometría", de que habla Pascal, pero no "el espíritu de finura". Y he aquí: andamos todavía por la tierra muchos hombres que seguimos creyendo en que la dignidad del acto se mide por el obstáculo vencido, y en que a mayores afanes corresponden siempre satisfacciones más intensas. La acción es la fiesta del hombre, decía Goethe. Y no cambiaríamos ciertamente ninguna vulgar comodidad por el gozo, loco y desigual, de luchar, como Jacob, a brazo partido con el ángel.

Pero ¿quién habla aquí de lucha? Todos, aun aquellos hermanos nuestros a quienes ensordece a estas horas la batalla, confesamos una y otra vez que nuestro enemigo natural es la guerra; que contra ella hemos concebido directa o indirectamente todo el programa de la VII Conferencia, así sean los esquemas jurídicos para prevenir conflictos internacionales, como los empeños para embarcar a la mujer en la general circulación de la vida; tanto los arreglos financieros y económicos, que sólo son medios y no fines, como los alivios contra la desesperación social siempre amenazante; lo mismo las facilidades al comercio intelectual, que las obvias ventajas de una comunicación más acabada por el territorio del Continente. De suerte que si todo el programa de labores hubiera de resumirse en una palabra, esa palabra sería el grito de Petrarca: *Pace, pace, pace!* Y sin embargo, hablamos de lucha, no ya en el sentido de los estrategas, claro está. Habéis dicho, señor Presidente, en frase impecable, que "la paz es una lucha constante y a veces heroica". Y ved con cuánta facilidad devolvemos su enigma resuelto al filósofo norteamericano: William James, conocedor de la humana naturaleza, reclamaba urgentemente, como gimnasia constante de la voluntad y el pensamiento, un equivalente moral de la guerra. Y ahora, por lo que nos cuesta seducirla y alimentarla, ya sabemos que el verdadero equivalente moral de la guerra no es más que la paz.

Confundido entre las narraciones egipcias, perdido entre las mitologías de la Atlántida, entrevisto por Séneca en su Última Tule, vislumbrado en las constelaciones que fulguran

en la *Divina comedia,* previsto ya por aquellos navegantes portugueses e italianos que eran a un tiempo humanistas y descubridores, el Continente americano, antes de ser una región geográfica reconocida, era ya un anhelo apremiante y casi una necesidad poética de las gentes. Se le ha llamado con todos los nombres de la fábula y aun se esperó volver a recobrar aquí el paraíso perdido. Siempre fue algún sitio quimérico y atrayente donde fundar los cimientos de alguna república perfecta. Operada un día la conjunción entre la creadora tenacidad de Italia y el inspirado furor ibérico, América saca la cabeza de las aguas para insuflar los sueños políticos de todos los utopistas europeos. Ved cómo, a medida que se agranda América, se alza Montaigne, a un nivel más alto para dominar el panorama de razas y civilizaciones. Ved cómo la sola aparición de América parece fertilizar la mente de los más agudos pensadores. Campanella, Tomás Moro, Bacon y tantos otros se atreven a pensar por su cuenta —sólo porque América está a la vista— en las condiciones ideales de la ciudad, de la agrupación humana, de la legislación y los hábitos. Desde entonces América ha recibido su bautizo, y con razón el señor Ministro de Relaciones Exteriores insistía en el concepto ya clásico de que América es el nombre de una esperanza humana. Fue el escape de la aventura o del ensueño, del afán místico o del simple afán de poder, que es como una forma primaria de virtud y como la roca en que la conducta habrá de tallar sus esculturas. Fue el refugio de la libertad de conciencia. Fue el semillero de los anhelos republicanos. Fue, es y será el sueño de Bolívar. Las vicisitudes históricas nunca igualan el ideal. Vivimos muy por debajo de nuestra esperanza. Pero, contestaba Rodó, hay un orgulloso "¡No importa!" que surge del fondo de la vida. El destino de América está en seguir amparando los intentos por el mejoramiento humano, y en seguir sirviendo de teatro a las aventuras del bien. O éste es el sentido del americanismo (esfuerzo para armonizar un continente, en servicio de la humanidad) o esta Conferencia no podría reconocerle ninguno.

La VII Conferencia apenas inicia sus trabajos. Hubiéramos deseado, y así lo declaró la delegación mexicana a la

faz de la opinión pública, que una como tregua de Dios —impuesta por el respeto a los propósitos de cooperación que todos declaramos por el solo hecho de presentarnos a la Conferencia— apaciguara la guerra entre dos pueblos merecedores de la paz,* ahora, en los precisos días en que todos los hogares de América se aprestan a íntimos regocijos y fiestas de familiar dulzura. Tal vez escondíamos la segunda intención de que, en ese ambiente favorable, cundieran con mejor fortuna los planes para una pacificación definitiva. Sea como fuere, las voluntades se juntan en este punto, aun cuando difieran los procedimientos propuestos. En tal sentido, puede asegurarse que la Conferencia no desoye el clamor de la calle. Nuestro deseo, señores miembros de la Asamblea Deliberante, sería el dejaros el recuerdo de una buena intención que se defendió hasta el fin e hizo frente a todos sus problemas, sin pretender escabullirlos con ningún subterfugio. Sabemos que la atención de América nos vigila, y que toda negligencia (no los errores involuntarios, triste patrimonio de nuestra especie) será señalada y castigada. No os ofrecemos la panacea de América, porque ello no cabría en los más ambiciosos congresos, mucho menos en un congreso técnico y de fines bien limitados. Respondemos, en cambio, de que esta Conferencia padece con el dolor de América. En el remedio a ese dolor ponemos nuestros empeños; y así, en la medida de nuestras fuerzas, puedo deciros sin rubor que, más que a la componenda fácil, aspiramos a la difícil gloria.

Os agradezco vuestra gentilísima atención, y agradezco a mis compañeros de la VII Conferencia la honra que me hicieron al conferirme su representación en este acto.

Montevideo, 7 de diciembre de 1933

* Bolivia y Paraguay.

IV. CAPRICHO DE AMÉRICA *

La imaginación, la loca de la casa, vale tanto como la historia para la interpretación de los hechos humanos. Todo está en saberla interrogar y en tratarla con delicadeza. El mito es un testimonio fehaciente sobre alguna operación divina. La *Odisea* puede servir de carta náutica al que, entendiéndola, frecuente los pasos del Mediterráneo. Dante, enamorado de las estrellas,

> *...Le divine fiammelle*
> *dànno per gli occhi una dolcezza al core*
> *che intender non la può chi non la prova,*

acaba por adelantarse al descubrimiento de la Cruz del Sur. Y asimismo, entre la más antigua literatura, los relatos novelescos de los egipcios (y quién sabe si también entre las memorias de la desaparecida y misteriosa era de Aknatón), encontramos ya que la fantasía se imanta hacia el Occidente, presintiendo la existencia de una tierra ignota americana. A través de los griegos, Europa hereda esta inclinación de la mente, y ya en el Renacimiento podemos decir que América, antes de ser encontrada por los navegantes, ha sido inventada por los humanistas y los poetas. La imaginación, la loca de la casa, había andado haciendo de las suyas.

Préstenos la imaginación su caballo con alas y recorramos la historia del mundo en tres minutos. La masa solar, plástica y blanda —más aún: vaporosa—, solicitada un día por la vecindad de algún otro cuerpo celeste que la atrae, levanta una inmensa cresta de marea. Aquella cresta se rompe en los espacios. Los fragmentos son los planetas y nuestra Tierra es uno de ellos. Desde ese remoto día, los planetas giran en torno a su primitivo centro como verdaderas ánimas en pena. Porque aquel arrancamiento con que ha comenzado su aventura es el pecado original de los planetas, y si ellos

* *A Nação* y *Jornal do Brasil*, Río de Janeiro, 22-X-1933.

pudieran se refundirían otra vez en la unidad solar de que sólo son como destrozos.

La Tierra, entregada pues a sí misma, va equilibrando como puede sus partes de mar y suelo firme. Pero aquella corteza de suelo firme se desgarra un día por las líneas de menor resistencia, ante las contracciones y encogimientos de su propia condensación. Y aquí —nueva ruptura y destrozo, segundo pecado— comienzan a alejarse unos de otros los continentes flotantes, según cierta fatalidad geométrica. Uno de los resultados de este destrozo es nuestra América.

Imaginemos todavía. Soñemos, para mejor entender la realidad. Soñemos que un día nuestra América constituyó, a su vez, una grande comunidad humana, cuyas vinculaciones salvaran mágicamente la inmensidad de los territorios, las murallas de montañas, la cerrazón de los bosques impracticables. A la hora en que los primeros europeos se asoman a nuestro Continente, esta unidad se ha roto ya. Quetzalcoatl, el civilizador de México, ha huído hacia el Sur, precisamente empujado por las tribus sanguinarias que venían del Norte, y ha dejado allá por Guatemala la impronta de sus plantas, haciéndose llamar Cuculcán. Semejante fenómeno de disgregación se ha repetido en todos los focos del Nuevo Mundo. Acaso hay ya pueblos des-civilizados, recaídos en la barbarie a consecuencia de la incomunicación, del nuevo destrozo o tercer pecado. Los grandes imperios americanos no son ya centros de cohesión, sino residencias de un poder militar que sólo mantiene la unión por la fuerza.

Todavía la historia hace un nuevo intento de reunificación, atando, ya que no a una sola, a dos fuertes razas europeas toda esta pedacería de naciones americanas. Sajones e iberos se dividen el Continente. Pero como todo aspira a bastarse a sí mismo, las dos grandes familias americanas que de aquí resultan se emancipan un día. El proceso de fecundación europea sólo ha servido, como un recurso lateral, para nutrirlas artificialmente, para devolverles la conciencia de su ser continental, para restaurar entre ellas otra vez el sueño de una organización coherente y armónica.

Y, en efecto, cuando los padres de las independencias

americanas se alzan contra las metrópolis europeas, bien puede decirse que se sienten animados de un espíritu continental. En sus proclamas de guerra se dirigen siempre a "los americanos", de un modo general y sin distinción de pueblos, y cada uno de ellos se imagina que lucha por todo el Continente. Naturalmente, este fenómeno sólo es apreciable en los países hispanoamericanos, únicos para los cuales tiene sentido. Luminosa imagen del planeta que ronda en torno a su sol, Bolívar sueña entonces en la aparición de la Grande América. Pero el tiempo no está maduro, y la independencia procede por vías de fraccionamientos nacionales.

En las distintas etapas recorridas, asistimos, pues, a un juego cósmico de rompecabezas. Los tijeretazos de algún demiurgo caprichoso han venido tajando en fragmentos la primitiva unidad, y uno de los fragmentos en partes, y una de las partes en pedazos, y uno de los pedazos en trozos. Y la imaginación —cuyo consejo hemos convenido en seguir para ver a dónde nos lleva— nos está diciendo en voz baja que, aunque esa unidad primitiva nunca haya existido, el hombre ha soñado siempre con ella, y la ha situado unas veces como fuerza impulsora y otras como fuerza tractora de la historia: si como fuerza impulsora, en el pasado, y entonces se llama la Edad de Oro; si como fuerza tractora, en el porvenir, y entonces se llama la Tierra Prometida. De tiempo en tiempo, los filósofos se divierten en esbozar los contornos de la apetecida ciudad perfecta, y estos esbozos se llaman Utopías, de que los Códigos Constitucionales (si me permitís una observación de actualidad) no son más que la última manifestación.

Así pues —y aquí volvemos a la realidad profunda de los mitos con que he comenzado estas palabras—, hay que concebir la esperanza humana en figura de la antigua fábula de Osiris: nuestra esperanza está destrozada, y anda poco a poco juntando sus *disjecti membra* para reconstruirse algún día. Soñamos, como si nos acordáramos de ella (Edad de Oro a la vez que Tierra Prometida), en una América coherente, armoniosa, donde cada uno de los fragmentos, triángulos y trapecios encaje, sin frotamiento ni violencia, en el hueco de los demás. Como en el juego de dados de los ni-

ños, cuando cada dado esté en su sitio tendremos la verdadera imagen de América.

Pero —¡Platón nos asista!— ¿existe en algún repliegue de la realidad esta verdadera imagen de América? ¡Oh, sí: existe en nuestros corazones, y para ella estamos viviendo! Y he aquí cómo llegamos a la Idea de América, idea que tiene de paradójico el que casi se la puede ver con los ojos, como aquella *Ur-Pflanze* o planta de las plantas (verdadero paradigma del reino vegetal) en la célebre conversación de Goethe y Schiller.

1934

V. EL SENTIDO DE AMÉRICA *

Río de Janeiro, 30 de junio de 1936.

Sr. Dr. D. Francisco Romero
Eduardo Costa, 2662.
Martínez. F. C. C. A., Argentina.

MUY ADMIRADO amigo: Hace mucho que quiero decirle cuánto agradezco las constantes señales de su amistad y con qué gustosa envidia sigo y acompaño sus trabajos en Buenos Aires. En usted, antiguo militar, se dio la polémica de las armas y las letras de una muy singular manera, y al fin, para nuestro bien, lo ganó del todo la filosofía. Desde entonces, su labor crece en trascendencia y fecundidad. Las palabras que usted consagraba a Morente, en cierta sesión del PEN Club Argentino, pudieran aplicársele a usted: también usted, ante una gran expectativa popular que quisiera transformar a los filósofos en profetas y pedirles el remedio inmediato contra las indecisiones y males de la humanidad y de cada uno de los hombres —expectativa característica de nuestros tiempos—, representa el esfuerzo de la "normalidad filosófica", para la que "no hay otra revelación que la que integran veinticinco siglos de indagación en torno a un puñado de temas capitales". Contra los que abren tienda para suministrar las verdades en inyecciones, hay los que enseñan con el ejemplo las condiciones del verdadero trabajo filosófico: disciplina, asimilación y superación. Pero cunde en nuestra época una dolencia, una verdadera epidemia cuyo análisis entrego a los instrumentos metafísicos que usted tan gallardamente maneja: padecemos de un mal agudo en el sentimiento del tiempo: no queremos dar tiempo al tiempo. Y por aquí, la continuidad se nos ha enfermado. Ayúdeme a preguntarme por qué rendijas de la percepción se ha colado este microbio, esta espiroqueta ontológica que se complace como en ir descabezando fenómenos, como en ir dejando tallos sin flores.

* *Monterrey.* Correo literario de A. Reyes, Buenos Aires, julio de 1937, núm. 14, p. 4.

En reciente carta me escribía usted:

> En una de mis lecturas he tropezado con un pasaje que acaso le interese, y que le comunico, corriendo conscientemente el riesgo muy probable de que usted ya lo conozca. Pertenece nada menos que al famoso libro de Francisco Sánchez, *Quod nihil scitur...* En la página 162 de la traducción castellana: *Que nada se sabe*, por el doctor Francisco Sánchez, médico y filósofo (con un prólogo de Menéndez Pelayo, Renacimiento) dice así: "En Italia, en Francia, en España ni por sueños había entonces un doctor; lo eran todo Mercurio y Júpiter. Ahora siéntanse aquí las Musas, y habita Cristo entre nosotros. Y en las Indias ¿cuánta ignorancia no reinó hasta hoy? Ya, ahora, hácense poco a poco más religiosos, más agudos, más doctos que nosotros mismos." Sánchez publicó su libro en 1581.

No, no conocía el pasaje de Sánchez que usted me comunica, y que me ha impresionado mucho. "Más religiosos, más agudos, más doctos que nosotros mismos." Y esto, cuando todavía no se completa el primer siglo de la colonización americana. ¿No habrá un poco de exageración en todo esto? ¿No la hay en Montaigne cuando contempla la vida de los caníbales del Brasil? ¿No la hay en el Dr. Juan de Cárdenas cuando se asoma a descubrir los *Problemas y secretos maravillosos de las Indias* (1591)? Esto da en qué pensar. Algunos espíritus selectos, al aparecer el hecho americano se apresuran a concederle un crédito moral, a ayudarle a nacer y a desenvolverse, empujándolo con todo el peso de su confianza. Se adelantan a la realidad y la hacen comprometerse en grandes ofertas. "Las cosas son sus tendencias", decía Aristóteles, y parece que los padrinos europeos se empeñaran en descubrirle a América sus tendencias, y las dieran provisionalmente por realizadas ya, con una cortesía constructiva semejante a la del graduado que llama y trata de colega al estudiante del primer curso.

Este empeño de solicitar la realidad hacia un estado más maduro es, después de todo, el esfuerzo característico de la política. Porque aquí, en el orden de la acción, sí que hay lugar a profecías y a recetas para mejorar, y la "normalidad política" está en ello precisamente, así como la "normalidad filosófica" estaba en mantenerse dentro de los cuadros de la pura investigación.

Y a este propósito se me ocurre una idea que le paso a usted por lo que valga. Esta manera de apoyarse en la esperanza ¿no descubre un cierto paralelismo entre la actitud de los que he llamado "padrinos europeos" y los que hoy llamamos "hombres de izquierda"? El confiar en América ¿no era por aquellos tiempos una manera de izquierdismo? Tomando la expresión —claro está— en su sentido más general y filosófico. Ninguno de los elementos esenciales del izquierdismo está faltando: por una parte, cierta sublevación, cierto disgusto contra lo que nos rodea, unido al propósito de mejorarlo; por otra parte —y esto es esencial— cierta fe en las cosas abstractas; en lo que, prácticamente hablando, todavía no existe. La derecha se apoya siempre en lo concreto, en lo histórico. Su naturalismo la lleva a dudar de que el hombre pueda ser mejor de lo que ha sido. La izquierda, que viene del espíritu, se alimenta en las abstracciones: la igualdad política, la justicia, la economía racional: lo que no nace de la historia, esa "pesadilla de un tigre".

Ya sabemos que América trajo a la mente europea una nueva carga de esperanzas. Los padrinos europeos fueron utopistas. A veces, como Tomás Moro, se dejaban cortar la cabeza en nombre de una abstracción. Para venir de Europa a América, había que viajar hacia la izquierda, hacia el Occidente. Tal es el bautismo de las Indias Occidentales. No nos engañe el aparato belicoso de la Conquista; no nos engañen los errores del tiempo. Los europeos, al aparecer América, se dieron a soñar —cada uno según su capacidad ética— en ser mejores. Todavía los destinos luchan a brazo partido para sacar adelante la promesa. Pero, en el orden humano, lo que existe se ha gobernado siempre por lo que todavía no existe. Francisco Sánchez tenía en su lente una refracción que adelantaba en varios siglos la visión del objeto. Eso es todo. Los que siguen concibiendo a América como un posible teatro de mejores experiencias humanas son nuestros amigos. Los que nos niegan esta esperanza son los enemigos de América.

Le desea buena salud y buen trabajo su amigo

A. R.

VI. NOTAS SOBRE LA INTELIGENCIA AMERICANA *

1. MIS OBSERVACIONES se limitan a lo que se llama la América Latina. La necesidad de abreviar me obliga a ser ligero, confuso y exagerado hasta la caricatura. Sólo me corresponde provocar o desatar una conversación, sin pretender agotar el planteo de los problemas que se me ofrecen, y mucho menos aportar soluciones. Tengo la impresión de que, con el pretexto de América, no hago más que rozar al paso algunos temas universales.

2. Hablar de civilización americana sería, en el caso, inoportuno: ello nos conduciría hacia las regiones arqueológicas que caen fuera de nuestro asunto. Hablar de cultura americana sería algo equívoco: ello nos haría pensar solamente en una rama del árbol de Europa trasplantada al suelo americano. En cambio, podemos hablar de la inteligencia americana, su visión de la vida y su acción en la vida. Esto nos permitirá definir, aunque sea provisionalmente, el matiz de América.

3. Nuestro drama tiene un escenario, un coro y un personaje. Por escenario no quiero ahora entender un espacio, sino más bien un tiempo, un tiempo en el sentido casi musical de la palabra: un compás, un ritmo. Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando

* La VII Conversación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual se desarrolló en Buenos Aires, del 11 al 16 de septiembre de 1936, sobre el tema: "Relaciones actuales entre las culturas de Europa y la América Latina." Participaron en ella G. Duhamel, P. Henríquez Ureña, J. B. Terán, L. Piérard, F. de Figueiredo, J. Maritain, B. Sanín Cano, A. Arguedas, E. Ludwig, Keyserling (por carta), F. Romero, R. H. Mottram, C. Ibarguren, W. Entwistle, A. Peixoto, J. Estelrich, A. Reyes, C. Reyles, E. Díez-Canedo, G. Ungaretti, J. Romains y S. Zweig. Duhamel abrió la plática a nombre de Europa, y las notas que aquí se publican representan la iniciación del tema a nombre de América, que nos fue confiada. La imposibilidad de agotar en tan cortas sesiones un tema tan vasto y seductor, nos llevó más tarde a reunirnos con Pedro Henríquez Ureña y Francisco Romero para continuar la conversación por nuestra cuenta. En varias reuniones, del 23 de octubre al 19 de noviembre de 1936, tomamos algunos apuntes de que tal vez podrá salir algún día una obra en colaboración. [En efecto, de aquí salió *La constelación americana*, Archivo de Alfonso Reyes, D. 3, México, 1950.] *Sur*, Buenos Aires, septiembre de 1936.

etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente. A veces, el salto es osado y la nueva forma tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de alcanzar su plena cocción. La tradición ha pesado menos, y esto explica la audacia. Pero falta todavía saber si el ritmo europeo —que procuramos alcanzar a grandes zancadas, no pudiendo emparejarlo a su paso medio—, es el único "tempo" histórico posible; y nadie ha demostrado todavía que una cierta aceleración del proceso sea contra natura. Tal es el secreto de nuestra historia, de nuestra política, de nuestra vida, presididas por una consigna de improvisación. El coro: las poblaciones americanas se reclutan, principalmente, entre los antiguos elementos autóctonos, las masas ibéricas de conquistadores, misioneros y colonos, y las ulteriores aportaciones de inmigrantes europeos en general. Hay choques de sangres, problemas de mestizaje, esfuerzos de adaptación y absorción. Según las regiones, domina el tinte indio, el ibérico, el gris del mestizo, el blanco de la inmigración europea general, y aun las vastas manchas del africano traído en otros siglos a nuestro suelo por las antiguas administraciones coloniales. La gama admite todos los tonos. La laboriosa entraña de América va poco a poco mezclando esta sustancia heterogénea, y hoy por hoy, existe ya una humanidad americana característica, existe un espíritu americano. El actor o personaje, para nuestro argumento, viene aquí a ser la inteligencia.

4. La inteligencia americana va operando sobre una serie de disyuntivas. Cincuenta años después de la conquista española, es decir a primera generación, encontramos ya en México un modo de ser americano: bajo las influencias del nuevo ambiente, la nueva instalación económica, los roces con la sensibilidad del indio y el instinto de propiedad que nace de la ocupación anterior, aparece entre los mismos españoles de México un sentimiento de aristocracia indiana, que se entiende ya muy mal con el impulso arribista de los españoles recién venidos. Abundan al efecto los testimonios literarios: ya en la poesía satírica y popular de la época, ya en las observaciones sutiles de los sabios peninsulares, como

Juan de Cárdenas. La crítica literaria ha centrado este fenómeno, como en su foco luminoso, en la figura del dramaturgo mexicano don Juan Ruiz de Alarcón, quien a través de Corneille —que la pasó a Molière— tuvo la suerte de influir en la fórmula del moderno teatro de costumbres de Francia. Y lo que digo de México, por serme más familiar y conocido, podría decirse en mayor o menor grado del resto de nuestra América. En este resquemor incipiente latía ya el anhelo secular de las independencias americanas. Segunda disyuntiva: no bien se logran las independencias, cuando aparece el inevitable conflicto entre americanistas e hispanistas, entre los que cargan el acento en la nueva realidad, y los que lo cargan en la antigua tradición. Sarmiento es, sobre todo, americanista. Bello es, sobre todo, hispanista. En México se recuerda cierta polémica entre el indio Ignacio Ramírez y el español Emilio Castelar que gira en torno a iguales motivos. Esta polémica muchas veces se tradujo en un duelo entre liberales y conservadores. La emancipación era tan reciente que ni el padre ni el hijo sabían todavía conllevarla de buen entendimiento. Tercera disyuntiva: un polo está en Europa y otro en los Estados Unidos. De ambos recibimos inspiraciones. Nuestras utopías constitucionales combinan la filosofía política de Francia con el federalismo presidencial de los Estados Unidos. Las sirenas de Europa y las de Norteamérica cantan a la vez para nosotros. De un modo general, la inteligencia de nuestra América (sin negar por ello afinidades con las individualidades más selectas de la otra América), parece que encuentra en Europa una visión de lo humano más universal, más básica, más conforme con su propio sentir. Aparte de recelos históricos, por suerte cada vez menos justificados y que no se deben tocar aquí, no nos es simpática la tendencia hacia las segregaciones étnicas. Para no salir del mundo sajón, nos contenta la naturalidad con que un Chesterton, un Bernard Shaw contemplan a los pueblos de todos los climas, concediéndoles igual autenticidad humana. Lo mismo hace Gide en el Congo. No nos agrada considerar a ningún tipo humano como mera curiosidad o caso exótico divertido, porque ésta no es la base de la verdadera simpatía moral. Ya los primeros mentores de nuestra

América, los misioneros, corderos de corazón de león, gente de terrible independencia, abrazaban con amor a los indios, prometiéndoles el mismo cielo que a ellos les era prometido. Ya los primeros conquistadores fundaban la igualdad en sus arrebatos de mestizaje: así, en las Antillas, Miguel Díaz y su Cacica, a quienes encontramos en las páginas de Juan de Castellanos; así aquel soldado, un tal Guerrero, que sin este rasgo sería oscuro, el cual se negó a seguir a los españoles de Cortés, porque estaba bien hallado entre indios y, como en el viejo romance español, "tenía mujer hermosa e hijos como una flor". Así, en el Brasil, los célebres João Ramalho y el Caramurú, que fascinaron a las indias de San Vicente y de Bahía. El mismo conquistador Cortés entra en el secreto de su conquista al descansar sobre el seno de Doña Marina; acaso allí aprende a enamorarse de su presa como nunca supieron hacerlo otros capitanes de corazón más frío (el César de las Galias), y empieza a dar albergue en su alma a ciertas ambiciones de autonomismo que, a puerta cerrada y en familia, había de comunicar a sus hijos, más tarde atormentados por conspirar contra la metrópoli española. La Iberia imperial, mucho más que administrarnos, no hacía otra cosa que irse desangrando sobre América. Por acá, en nuestras tierras, así seguimos considerando la vida: en sangría abierta y generosa.

5. Tales son el escenario, el coro, el personaje. He dicho las principales disyuntivas de la conducta. Hablé de cierta consigna de improvisación, y tengo ahora que explicarme. La inteligencia americana es necesariamente menos especializada que la europea. Nuestra estructura social así lo requiere. El escritor tiene aquí mayor vinculación social, desempeña generalmente varios oficios, raro es que logre ser un escritor puro, es casi siempre un escritor "más" otra cosa u otras cosas. Tal situación ofrece ventajas y desventajas. Las desventajas: llamada a la acción, la inteligencia descubre que el orden de la acción es el orden de la transacción, y en esto hay sufrimiento. Estorbada por las continuas urgencias, la producción intelectual es esporádica, la mente anda distraída. Las ventajas resultan de la misma condición del mundo contemporáneo. En la crisis, en el vuelco que a todos nos

sacude hoy en día y que necesita del esfuerzo de todos, y singularmente de la inteligencia (a menos que nos resignáramos a dejar que sólo la ignorancia y la desesperación concurran a trazar los nuevos cuadros humanos), la inteligencia americana está más avezada al aire de la calle; entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil. Esta nueva disyuntiva de ventajas y desventajas admite también una síntesis, un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador. Naturalmente que esto no anula, por fortuna, las posibilidades del paréntesis, del lujo del ocio literario puro, fuente en la que hay que volver a bañarse con una saludable frecuencia. Mientras que, en Europa, el paréntesis pudo ser lo normal. Nace el escritor europeo en el piso más alto de la Torre Eiffel. Un esfuerzo de pocos metros, y ya campea sobre las cimas mentales. Nace el escritor americano como en la región del fuego central. Después de un colosal esfuerzo, en que muchas veces le ayuda una vitalidad exacerbada que casi se parece al genio, apenas logra asomarse a la sobrehaz de la tierra. Oh, colegas de Europa: bajo tal o cual mediocre americano se esconde a menudo un almacén de virtudes que merece ciertamente vuestra simpatía y vuestro estudio. Estimadlo, si os place, bajo el ángulo de aquella profesión superior a todas las otras que decían Guyau y José Enrique Rodó: la profesión general de hombre. Bajo esta luz, no hay riesgo de que la ciencia se desvincule de los conjuntos, enfrascada en sus conquistas aisladas de un milímetro por un lado y otro milímetro por otro, peligro cuyas consecuencias tan lúcidamente nos describía Jules Romains en su discurso inaugural del PEN Club. En este peculiar matiz americano tampoco hay amenaza de desvinculaciones con respecto a Europa. Muy al contrario, presiento que la inteligencia americana está llamada a desempeñar la más noble función complementaria: la de ir estableciendo síntesis, aunque sean necesariamente provisionales; la de ir aplicando prontamente los resultados, verificando el valor de la teoría en la carne viva de la acción. Por este camino, si la economía de Europa ya necesita de nosotros, también acabará por necesitarnos la misma inteligencia de Europa.

6. Para esta hermosa armonía que preveo, la inteligencia americana aporta una facilidad singular, porque nuestra mentalidad, a la vez que tan arraigada a nuestras tierras como ya lo he dicho, es naturalmente internacionalista. Esto se explica, no sólo porque nuestra América ofrezca condiciones para ser el crisol de aquella futura "raza cósmica" que Vasconcelos ha soñado, sino también porque hemos tenido que ir a buscar nuestros instrumentos culturales en los grandes centros europeos, acostumbrándonos así a manejar las nociones extranjeras como si fueran cosa propia. En tanto que el europeo no ha necesitado de asomarse a América para construir su sistema del mundo, el americano estudia, conoce y practica a Europa desde la escuela primaria. De aquí una pintoresca consecuencia que señalo sin vanidad ni encono: en la balanza de los errores de detalle o incomprensiones parciales de los libros europeos que tratan de América y de los libros americanos que tratan de Europa, el saldo nos es favorable. Entre los escritores americanos es ya un secreto profesional el que la literatura europea equivoque frecuentemente las citas en nuestra lengua, la ortografía de nuestros nombres, nuestra geografía, etc. Nuestro internacionalismo connatural, apoyado felizmente en la hermandad histórica que a tantas repúblicas nos une, determina en la inteligencia americana una innegable inclinación pacifista. Ella atraviesa y vence cada vez con mano más experta los conflictos armados y, en el orden internacional, se deja sentir hasta entre los grupos más contaminados por cierta belicosidad política a la moda. Ella facilitará el gracioso injerto con el idealismo pacifista que inspira a las más altas mentalidades norteamericanas. Nuestra América debe vivir como si se preparase siempre a realizar el sueño que su descubrimiento provocó entre los pensadores de Europa: el sueño de la utopía, de la república feliz, que prestaba singular calor a las páginas de Montaigne, cuando se acercaba a contemplar las sorpresas y las maravillas del nuevo mundo.*

* Pensé que estas explicaciones bastarían para esclarecer el sentido que yo daba al concepto de la síntesis de cultura, síntesis para la cual nuestra América parece singularmente dotada. En los volúmenes publicados por el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual en español y en francés, y en Buenos Aires y en París, respectivamente, el año de 1937, donde aparece la reseña de las conversaciones a que estas notas sobre América servían de introducción,

7. En las nuevas literaturas americanas es bien perceptible un empeño de autoctonismo que merece todo nuestro respeto, sobre todo cuando no se queda en el fácil rasgo del color local, sino que procura echar la sonda hasta el seno de las realidades psicológicas. Este ardor de pubertad rectifica aquella tristeza hereditaria, aquella mala conciencia con que nuestros mayores contemplaban el mundo, sintiéndose hijos del gran pecado original, de la *capitis diminutio* de ser americanos. Me permito aprovechar aquí unas páginas que escribí hace seis años: *

La inmediata generación que nos precede, todavía se creía nacida dentro de la cárcel de varias fatalidades concéntricas. Los más pesimistas sentían así: en primer lugar, la primera gran fatalidad, que consistía desde luego en ser humanos, conforme a la sentencia del antiguo Sileno recogida por Calderón:

> Porque el delito mayor
> del hombre es haber nacido.

Dentro de éste, venía el segundo círculo, que consistía en haber llegado muy tarde a un mundo viejo. Aún no se apagaban los ecos de aquel romanticismo que el cubano Juan Clemente Zenea compendia en dos versos:

> Mis tiempos son los de la antigua Roma,
> y mis hermanos con la Grecia han muerto.

puede verse que Francisco Romero coincidía conmigo en apreciar cierto don de síntesis en la mentalidad americana, coincidencia que no era el resultado de un previo cambio de ideas, lo que la hace más expresiva. Pero, al hablar de "síntesis", ni él ni yo fuimos bien interpretados por los colegas de Europa, quienes creyeron que nos referíamos al resumen o compendio elemental de las conquistas europeas. Según esta interpertación ligera, la síntesis sería un punto terminal. Y no: la síntesis es aquí un nuevo punto de partida, una estructura entre los elementos anteriores y dispersos, que —como toda estructura— es trascendente y contiene en sí novedades. H_2O no es sólo una junta de hidrógeno y oxígeno, sino que —además— es agua. La cantidad 3 no sólo es una suma de $1 + 2$, sino que además es lo que no son ni 1 ni 2. Esta capacidad de asomarse a la vez al incoherente panorama del mundo y establecer estructuras objetivas, que significan un paso más, encuentra, en la mente americana, un terreno fértil y abonado. Ante el americano medio, el europeo medio aparece siempre encerrado dentro de una muralla china, e irremediablemente, como un provinciano del espíritu. Mientras no se percaten de ello y mientras no lo acepten modestamente, los europeos no habrán entendido a los americanos. No se trata de vulgares calificaciones entre lo que pueda ser superior o inferior en sí mismo, sino de puntos de vista diferentes sobre la realidad.

* *Monterrey.* Correo Literario de A. Reyes, Río de Janeiro, octubre de 1930,

En el mundo de nuestras letras, un anacronismo sentimental dominaba a la gente media. Era el tercer círculo, encima de las desgracias de ser humano y ser moderno, la muy específica de ser americano; es decir, nacido y arraigado en un suelo que no era el foco actual de la civilización, sino una sucursal del mundo. Para usar una palabra de nuestra Victoria Ocampo, los abuelos se sentían "propietarios de un alma sin pasaporte". Y ya que se era americano, otro handicap en la carrera de la vida era el ser latino o, en suma, de formación cultural latina. Era la época del *A quoi tient la superiorité des Anglo-Saxons?* Era la época de la sumisión al presente estado de las cosas, sin esperanzas de cambio definitivo ni fe en la redención. Sólo se oían las arengas de Rodó, nobles y candorosas. Ya que se pertenecía al orbe latino, nueva fatalidad dentro de él pertenecer al orbe hispánico. El viejo león hacía tiempo que andaba decaído. España parecía estar de vuelta de sus anteriores grandezas, escéptica y desvalida. Se había puesto el sol en sus dominios. Y, para colmo, el hispanoamericano no se entendía con España, como sucedía hasta hace poco, hasta antes del presente dolor de España, que a todos nos hiere. Dentro del mundo hispánico, todavía veníamos a ser dialecto, derivación, cosa secundaria, sucursal otra vez: lo hispano-americano, nombre que se ata con guioncito como con cadena. Dentro de lo hispanoamericano, los que me quedan cerca todavía se lamentaban de haber nacido en la zona cargada de indio: el indio, entonces, era un fardo, y no todavía un altivo deber y una fuerte esperanza. Dentro de esta región, los que todavía más cerca me quedan tenían motivos para afligirse de haber nacido en la temerosa vecindad de una nación pujante y pletórica, sentimiento ahora transformado en el inapreciable honor de representar el frente de una raza. De todos estos fantasmas que el viento se ha ido llevando o la luz del día ha ido redibujando hasta convertirlos, cuando menos, en realidades aceptables, algo queda todavía por los rincones de América, y hay que perseguirlo abriendo las ventanas de par en par y llamando a la superstición por su nom-

núm. 3, pp. 1-3, y *Sur*, Buenos Aires, 1931, núm. 1, pp. 149-158: "Un paso de América".

bre, que es la manera de ahuyentarla. Pero, en sustancia, todo ello está ya rectificado.

8. Sentadas las anteriores premisas y tras este examen de causa, me atrevo a asumir un estilo de alegato jurídico. Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación y de igualdad. Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros.

VII. EL ERASMISMO EN AMÉRICA *

En su prólogo a la obra de Silvio A. Zavala sobre *La "Utopía" de Tomás Moro en la Nueva España* (México, 1937), Genaro Estrada echa de menos un estudio minucioso de la influencia del roterdamense en América, y particularmente en México, lamentando que sólo exista sobre este último punto la contribución de Marcel Bataillon. Quien quiera emprender trabajo semejante deberá tener en cuenta las siguientes obras:

Américo Castro, *Erasmo en tiempo de Cervantes* (Madrid, *Revista de Filología Española,* tomo XVIII, 1931, pp. 229-390); Erasmo, *El Enquiridión o Manual del Caballero cristiano,* edición de Dámaso Alonso con prólogo de Marcel Bataillon, seguida de *La Paráclesis o Exhortación al estudio de las letras divinas,* edición y prólogo de Dámaso Alonso, traducciones españolas de ambas obras que datan del siglo XVI, acompañadas de apéndices entre los cuales tiene especial interés para nuestro asunto el de Bataillon sobre "*El Enchiridion* y la *Paráclesis* en Méjico" (anexo núm. VI a la *Revista de Filología Española,* Madrid, 1932); el corto ensayo de Bataillon a que aludía Genaro Estrada: *Erasme au Mexique* (Ex.: Deuxième Congrès National des Sciences Historiques, Société Historique Algérienne, 14-16 de abril de 1930, publicado en Argel, 1932); la importante obra del propio autor: *Erasme et l'Espagne, recherches sur l'histoire spirituelle du xvie siècle,* que acaba de aparecer en París (E. Droz); y finalmente, una contribución que Estrada parece no haber recordado; Pedro Henríquez Ureña, *Erasmistas en el Nuevo Mundo* (*La Nación,* Buenos Aires, 8 de diciembre de 1935). Este último ensayo, además de las contribuciones que aporta, ofrece la ventaja de plantear el problema hasta donde hoy es posible, pues el tema queda todavía abierto a la curiosidad de futuros investigadores.

* *Universidad de México,* I-1938, y *Revista de Historia de América,* México, III, 1938.

Desde Menéndez y Pelayo y sus Heterodoxos se habla del "erasmismo español". Luego vino la obra de Bonilla, *Erasmo en España* (1907). Los nuevos estudios han comenzado a desbrozar el campo en lo que a América se refiere, donde se encuentran todavía los encantos de la tierra incógnita.

A pesar de los esfuerzos oficiales de la Corona española para la unificación de la fe, pulularon, lo mismo en América que en Europa, las herejías provocadas por el Renacimiento, al lado de otras herejías aberrantes que no tienen forma definida, o que a veces ni siquiera fueron herejías, aunque en su tiempo así se las vino a calificar. Pedro Henríquez Ureña recuerda a este propósito, aparte de aquellas que la Inquisición consideró como brujerías indígenas, las manifestaciones de "la fe mosaica con vuelo místico". Tal Luis de Carvajal el mozo, en el México del siglo XVI, que acaba de dar asunto a una bella reconstrucción de Pablo Martínez del Río (*Alumbrado*, México, 1937). Tales las infiltraciones del luteranismo, que se aprecian, por ejemplo, en la quema de trescientas Biblias de Cipriano de Valera y Casiodoro de Reina, Santo Domingo, principios del siglo XVI.

Erasmo, sin ser heterodoxo, franqueó la puerta a la "peligrosa novedad". Sus obras, que inundan a España en el primer tercio del siglo XVI, acaban por ser prohibidas. La propagación del erasmismo en América no parece haber pasado de casos aislados. Es posible que ya haya gérmenes de erasmismo, un erasmismo tempranero y madrugador, en el padre Carlos de Aragón, que aparece por Santo Domingo a comienzos del XVI y que, en todo caso, era poco respetuoso con la escolástica. Pero sin duda hay ya erasmismo de pura cepa en el primer arzobispo de la Nueva España y columna de la Iglesia en las Indias, Fray Juan de Zumárraga, en quien se advierten las influencias del *Enquiridión* y la *Paráclesis*, y aun las del herético Ponce, aquel cuyos huesos serían quemados en Sevilla. Sobre estos extremos, deben consultarse el volumen de González Obregón, *Libros y libreros en el siglo xvi*, México, 1914; el opúsculo de Bataillon sobre Erasmo en México y el apéndice arriba indicado; la obra sobre Zumárraga del admirable mexicano García Icazbalceta,

que data de 1881, y la conocida monografía de Carlos Pereyra, *La obra de España en América.*

Cierto es que los libros de Zumárraga lograron salvarse del índice, pero ello se debió a que disimulaban sus fuentes.

En cuanto a Lázaro Bejarano, que vivió por tierras del Caribe y fue procesado en Santo Domingo, aunque nunca conoció más cárcel que su propia casa, era un espíritu abierto a las novedades del tiempo, algo mordaz y tocado de la musa burlona, y con esto, hombre de buen gobierno y caritativo señor.

Consta que el librero Alonso de Castilla fue perseguido en México, 1564, por vender, entre otros libros prohibidos, seis ejemplares del *Enquiridión* en lengua vulgar. Los *Adagios,* en cambio, no comprendidos en el índice del Gran Inquisidor Valdés (1559), tenían entrada libre. Y el teatino Alonso de Santiago poseía en su biblioteca un ejemplar latino de los *Coloquios.*

Antes de la reacción tridentina, la *Suma,* de Constantino Ponce —obra erasmista, refundida por Zumárraga o a su mandato—, pudo ser la pauta de la evangelización en México.

En el examen de estas cuestiones conviene tener presente lo que llama Bataillon, con expresión feliz "la profunda indecisión de la ortodoxia durante la primera mitad del siglo XVI", la cual se revela, por ejemplo, en la actitud ante la lectura de la *Biblia,* primero libremente recomendada a los fieles y luego terminantemente prohibida en las versiones vulgares. El caso hace crisis en Lázaro Bejarano, que era sentenciado en América a no leer más libros que la Biblia, el mismo año de 1559, en que el Índice de Roma y el español de Valdés prohibían tal lectura en lenguas modernas.

Hay que tener presente, además, que una cosa es el erasmismo definido y otra la atmósfera erasmista que se esparcía en el aire del siglo. Así, sin entrar en la controversia sobre si Cervantes pudo o no leer a Erasmo, conserva todo su valor la afirmación de Américo Castro: "Sin Erasmo, Cervantes no hubiera sido como fue."

Llevando el tema a su última consecuencia, puede decirse con Bataillon, en su prólogo al *Enquiridión,* que Erasmo representa "un radicalismo tolstoiano" en la aplicación de las

divinas palabras a la conducta humana. "Según Erasmo, el cristianismo no desempeña en el mundo el papel que le corresponde, porque *avemos querido meter un mundo en el christianismo;* resultado de una escandalosa 'traición de los clérigos' que *quieren torcer la escriptura divina hasta conformarla con las costumbres del tiempo.*" Por donde, inesperadamente, Erasmo se emparienta de lejos con Julien Benda y acaso con Jacques Maritain.

Buenos Aires, noviembre de 1937.

VIII. UTOPÍAS AMERICANAS *

EN EL Segundo Congreso Internacional de Historia de América realizado recientemente en Buenos Aires, el delegado chileno, doctor don Domingo Amunátegui y Solar, mantenía que, durante la dominación española y desde Carlos V hasta Felipe IV, el Nuevo Mundo se encontró sometido a un empírico socialismo de Estado. También he oído decir que López, del Paraguay, al captar toda propiedad en manos del gobierno, instituyó el primer socialismo de Estado en la América independiente. Creo, en todo caso, que conviene distinguir entre el procedimiento y el propósito. Las mismas tijeras sirven para cortar una capa y un sayo. Y el quid no está en la economía dirigida, sino en el punto a que se la quiere dirigir.

Continuando su exposición sobre los antecedentes del socialismo americano, el Dr. Amunátegui se refirió después al ensayo de comunismo jesuítico en el Paraguay.

La acción de la Compañía se extendió por la Guaira a fines del siglo XVI, creando diversos "reductos" —como se llamaron las fundaciones— y determinando, en 1606, el establecimiento de la primera Misión, foco de toda una cultura concebida en comunidad cristiana, a que puso término la expulsión del siglo XVIII, y que en pocos lustros la selva comenzó a reabsorber.

Los reductos servían de amparo a las poblaciones de indios, blandas y sumisas, que venían huyendo de los esclavistas desembarcados en el Brasil. En el centro del reducto, la ostentosa Casa de Dios (recuérdese el famoso altar de Yaguarón) servía de núcleo a las viviendas de los padres, los talleres y escuelas, los lazaretos y almacenes de provisiones, las huertas, las residencias de indios, espaciosas y concebidas para una familia numerosa. Luego venían las tierras de labor, las praderas, los ganados, los criaderos de caballos. Las carreteras, hoy desaparecidas, ligaban entre sí las varias mi-

* *Sur*, Buenos Aires, I, 1938.

siones. En cada reducto, dos jesuitas tutelaban a unas 2 000 almas, y la población total era de unas 30 000. La vida se regía a toque de campana y era modelo de organización. Aquel pequeño Estado utópico no poseía ni necesitaba dinero, y el que se obtenía mediante la venta de artículos o cosechas a los extraños, se invertía todo, al instante, en servicio de la comunidad.

Los paulistas caían una y otra vez sobre los reductos. Los jesuitas pedían protección a la Corona y de aquí las primeras rivalidades entre el Brasil y la Compañía.

Un día tuvieron que abandonar el Alto Paraná, transportando sus bagajes y sus fórmulas jurídicas a las regiones de río abajo, donde se sentían más seguros. Esta tremenda Anábasis sufrió todos los embates de una naturaleza impracticable y bravía, y de paso resistió la lucha con razas indígenas hostiles. Al fin, ya en tierra prometida, los supervivientes se establecieron en Candelaria, Corpus, Santa Ana y otros lugares de menor importancia. En la previsión de nuevos males, se creó por 1648 el Estado Jesuita Armado, que pronto dispuso de unos 3 000 hombres de tropa.

Por medio siglo creció y floreció la república cristiana, extendiéndose hasta la costa occidental del río Uruguay. En 1750, con las particiones entre España y Portugal, toda esta región —donde había cosechas, pero no minas, que eran el objetivo español— pasó a poder del Brasil, como parte de Rio Grande do Sul. A la sola idea de que los jesuitas tuvieran que abandonar el país, los pueblos se levantaron. Los jesuitas, envalentonados, encabezaron la lucha. Y así se mantuvo una existencia precaria, combatida y sobresaltada, hasta que sobrevino la expulsión de la Compañía. Los indios entonces, entre medrosos y reacios, huyeron y se reintegraron poco a poco en su antigua vida silvestre.*

* Antes, en el Brasil, los jesuitas habían intentado crear una organización semejante. A mediados del siglo XVI, con el primer gobernador, Tomé de Souza, llegaron a Bahía seis jesuitas, Nóbrega al frente, quien era todo un estratega y un consejero del gobierno civil. Cuando Nóbrega pensó en establecer el primer colegio, no escogió la capital política de Bahía, sino que recorrió el territorio y prefirió la región de Piratininga (São Paulo), la cual ofrecía a los jesuitas, además de otras ventajas geográficas, la posibilidad de no confundir su sede con la sede de los poderes. "Lo que ellos pretendían —a sabiendas o inconscientemente— no fue solamente la formación de una colonia portuguesa entre tantas otras, sino de una comunidad teocrática, una organización estatal nueva, independiente de las fuerzas del dinero y del poder, tal como más tarde

Mientras en Buenos Aires un grupo de investigadores era, así, invitado a considerar la utopía política de los jesuitas entre los indios guaraníes, en México andaban todavía por la prensa los últimos ecos de una discusión sobre otro intento semejante que Vasco de Quiroga llevó a buen término entre los indios de la Nueva España.

El joven y ya autorizado historiador Silvio A. Zavala acababa de publicar, en el núm. 4 de la Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas que dirigía Genaro Estrada, un folleto de apretada sustancia que inaugura en forma metódica el estudio de la filosofía jurídica mexicana en el siglo XVI. Tal estudio —como dice el prólogo de Estrada— tiene que partir de la Bula de Alejandro VI y tomar en cuenta los *Tratados* de Las Casas, además de la *Recopilación de Indias,* y se injerta en el gran tronco hispánico de Vitoria, Vázquez Menchaca, Soto, los Covarrubias.

El folleto de Zavala —*La "Utopía" de Tomás Moro en la Nueva España y otros estudios,* México, 1937— consta de tres monografías enlazadas: *1)* la influencia de Tomás Moro en Vasco de Quiroga; *2)* la doctrina de Palacios Rubios sobre la conquista de América, y *3)* la teoría escolástica de la guerra justa en Hernán Cortés. Sobre este último punto, y casi por los mismos días, se reproducía también en México el ensayo del catedrático chileno don Mario Góngora del Campo (*Ábside,* núms. 5 y 6, mayo y junio de 1937).

Ahora bien, como por ahí se recuerda que R. W. Chambers, en su obra fundamental *Thomas More* (Nueva York, 1935), declara que a la lectura de la *Utopía* debe su vocación y carrera cierto ministro británico, y asegura además que la conversión socialista de William Morris debe más a Moro que a Karl Marx, el tema adquirió una actualidad mordiente: repercutió en cierta conferencia de Justino Fernández y en

procuraron fundarla en el Paraguay... De ello se percató desde un principio el gobierno, que los utilizaba agradecido, pero sin dejar por ello de vigilarlos con leve desconfianza; de ello se percató la curia, que no estaba dispuesta a compartir su autoridad espiritual con nadie; de ello se percataban también los colonos, que se sentían trabados por los hermanos de la orden en su desconsiderada rapiña. Precisamente por no pretender una cosa visible, sino la imposición de un principio espiritual, idealista y por lo mismo incomprensible para las tendencias de la época, encontraron desde los comienzos una resistencia continua, a la cual, por último, debían sucumbir, expulsados del país en el que dejaron, a pesar de todo, depositada la semilla." (S. Zweig, *Brasil,* trad. A. Cahn, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942, pp. 36-37.)

cierto ensayo de Edmundo O'Gorman, que poco después se publicaron en el mismo folleto (*Santo Tomás Moro y la "Utopía" de Tomás Moro en la Nueva España,* México, "Alcancía", 1937), y aun se derramó por los diarios, según puede verse en los artículos de Ermilo Abreu Gómez (*El Nacional,* 3 de mayo) y Juan Franco (*Excelsior,* 4 de mayo), favorable el primero y opuesto el segundo a que se destaque el pregusto de socialismo que hay en la *Utopía* de Moro y en las fundaciones de Quiroga.

Dos resultados se han obtenido: que la figura de don Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán, resulte mejor situada en el punto de intersección de la tradición cristiana y la renovación renacentista; y que se conozca la singular hazaña de realizar la "Utopía" entre los indios de México, hazaña de éxito increíble cuando se considera que los "hospitales" se sostuvieron por un par de siglos más o menos.

Vasco de Quiroga era conocido como apóstol, gobernante, jurista, pero hasta ahora no se habían puesto en claro la pauta de su obra social y el verdadero sentido de su reforma. Trazó su biografía Juan José Moreno (1766); Riva Palacio (*México a través de los siglos,* II) juntó en dos páginas un acertado resumen de su labor; Nicolás León, en 1903, aportó algunas precisiones documentales. Cierto es que ya Moreno había dicho, refiriéndose a las "Ordenanzas" de Quiroga: "Según este plan, en estos pueblos habría aquella igualdad de bienes que se vio en la primitiva iglesia, y que tanto deseaban Solón, Licurgo y Platón." Faltaba decir —y probarlo— que Vasco de Quiroga encuentra la idea platónica de la república perfecta, como en comprimido, en la *Utopía,* y la transporta y vincula de hecho en nuestra América, campo que siempre pareció propicio a los renacentistas para nuevos ensayos en busca de una sociedad más feliz. El solo descubrimiento de América produjo, como todos saben, una proliferación de sueños políticos entre los pensadores de Europa.

Vasco de Quiroga, jurista eminente, antiguo miembro de la Audiencia de Valladolid, poseía a su muerte más de seiscientos volúmenes que legó al Colegio de San Nicolás, en Michoacán (el primer seminario mexicano que él mismo fun-

dó y por el cual había de pasar más tarde D. Miguel Hidalgo), y sus escritos revelan una vasta cultura en autores sacros y profanos, propia de los letrados de la época. Nueve años después de la conquista, por 1530, Quiroga viene a ser Oidor en la segunda Audiencia de la Nueva España, que estaba empeñada en enderezar los desmanes de la anterior. Al año siguiente, envía al Consejo de Indias un "Plan" sobre la creación de poblaciones agrícolas bajo la tutoría de los frailes. Después, mandó un "Parecer", que se ha perdido, donde descubre por primera vez el utopismo fundado en Moro. Más tarde, en cierta "Información en Derecho" (1535), completa y refunde su proyecto, y opone su paraíso agrícola a "la confusión e infierno de las minas". Y nótese aquí, como en los jesuitas del Paraguay, el propósito —característico también de nuestra última política— de insistir en las ventajas de la agricultura, contra la absorbente codicia de los conquistadores. No de otro modo el cura Hidalgo —padre virgiliano de la Independencia— luchaba contra el poder español para implantar en México los dulces cultivos de la vid y la seda. En esta "Información", el mismo Quiroga declara las inspiraciones que ha recibido de las *Saturnales*, de Luciano (la visión de la edad dorada y la teoría pre-rousseauniana del "buen salvaje"), y varias veces afirma expresamente que sacó de Moro la idea de su "Parecer". Quiroga quiere aprovechar la sustancia plástica, la sustancia candorosa del indio, para modelar con ella una sociedad mejor, y no quisiera que los españoles traigan al Nuevo Mundo su "decadencia de Occidente", los males de la edad de hierro venida a menos. Más tarde todavía, ya en la vejez, redactó las "Ordenanzas" de sus "hospitales" o poblaciones, precioso documento que Moreno desenterró en el Archivo de la Catedral de Valladolid, de Michoacán; cuerpo de reglamentaciones en que enfoca y reduce a términos prácticos el ambicioso sueño de las 54 ciudades imaginadas en la *Utopía*. Finalmente, en su "Testamento" (1565), manda cumplir las "Ordenanzas" para que sirvan siempre de norma a sus centros hospitalarios. Tales son los cinco testimonios de su obra: "Plan", "Parecer" (perdido), "Información", "Ordenanzas" y "Testamento".

Pero el testimonio real quedaba en los "hospitales" mismos. La verdad es que su convencimiento lo hacía impaciente y, sin esperar la respuesta del Consejo de Indias, se lanzó al experimento por cuenta propia, para lo cual comenzó por comprar, con ahorros y sacrificios, unas tierras a un par de leguas de México, donde fundó el primer "hospital" de Santa Fe. En 1533, fue a Michoacán en funciones de Visitador, y allí estableció un segundo centro. Cuatro años más tarde, siendo ya Obispo de Michoacán, encontró facilidades para crear todo un sistema de pueblos que cambiaban entre sí sus industrias. En el "Testamento" se declara satisfecho del resultado obtenido durante treinta años. Moreno afirma que los "hospitales" aún se mantenían en pleno siglo XVIII; y en el siguiente todavía se veneraba entre los indios michoacanos el nombre y recuerdo del piadoso reformador. Aquellos indios conservan todavía las industrias que aprendieron de "Tata Vasco".

Zavala procede a un minucioso cotejo entre los principios de la *Utopía* y las "Ordenanzas", en materia de organización comunal, familias, campo y ciudad, distribución de frutos, oficios útiles, moderación de costumbres, jornada de trabajo, magistratura familiar y electiva. Como en Platón, como en la doctrina tomista, como en Moro, en los "hospitales" de Quiroga la propiedad es comunal, y sólo son privados el usufructo en ciertos casos y la administración en general, rasgo que, por lo demás —en los orígenes de la Colonia al menos— la Corona española se esforzaba por conservar, a través de la autoridad eclesiástica, entre las poblaciones indígenas donde de antiguo existía, oponiendo así una defensa colectiva contra la voracidad individual de los conquistadores y sus descendientes. El usufructo es hereditario bajo ciertas reglas, y los fondos raíces inalienables. Las agrupaciones familiares son extensas y se rigen por la antigüedad paternal. Los varones pueden casarse a los 14 años; las mujeres, a los 12. Entre la población urbana y la rústica se admiten rotaciones. El oficio agrícola es obligatorio, y a éste se añaden, por libre elección, los demás. Si hace falta, el tiempo consagrado a la agricultura se descuenta de las horas consagradas a la doctrina, pues "esto es también doctrina y moral de buenas cos-

tumbres". Las niñas, a más de hender la tierra, aprenden los que llamaría Gracián "oficios muliebres", en lana y lino, algodón y seda. El turno bienal de vida campesina puede prolongarse con licencia de los regidores. Así como los urbanos cuentan con huertos privados para su recreo personal, los campesinos tienen sus cultivos de fruta, hortaliza, lino, cáñamo, trigo, maíz y cebada; pero las grandes labores campestres son comunales. En los recesos del cultivo, se saca piedra, se raja madera, se busca grana o cochinilla, que es como decir que "se descansa haciendo ladrillos". Se siembra cada año más de lo necesario, y sólo se enajena el sobrante cuando hay la seguridad de un año fértil. Los frutos se reparten equitativamente. El trabajo sólo debe consumir un esfuerzo tolerable y plácido. Los excedentes de la ganancia se destinan al alivio de mutilados y enfermos, huérfanos, viudas y ancianos desvalidos. Se descartan los oficios de lujo. La jornada útil es de seis horas diarias. El reposo es libre para cualquier diversión o ejercicio lícitos. En punto a religión, Moro es tolerante, y por eso advertía Quevedo que "no han faltado lectores de buen seso que han leído con ceño algunas proposiciones de este libro, juzgando que su libertad no pisaba segura los umbrales de la religión". Ya se comprende que Quiroga, en cambio, se preocupa de consolidar la fe católica y arrancar las viejas idolatrías. Ya se comprende también que, al igual que Moro, Quiroga rechaza la comunidad platónica de mujeres, y combate la poligamia indígena. También rechaza la esclavitud, todavía aceptada por Moro. Se prescriben las fiestas y celebraciones religiosas, los banquetes y regocijos en común. Hay enfermerías y despensas, almacenes, cofres del tesoro social, colegios, magistraturas jerarquizadas, desde la base familiar hasta el tribunal popular, con votación calificada. Fuera del rector, jefe supremo que debe ser siempre un sacerdote español, la población es exclusivamente indígena. Después del rector, vienen el principal y los regidores, cargos de elección periódica. Todos se reúnen en un ayuntamiento, y en esto como en el sistema de jurados, Quiroga redibujaba a Moro de acuerdo con la tradición democrática hispana de municipios y concejos. Los pleitos se deciden entre el rector y los regidores,

sin trámites ni procedimientos, conforme a la sola equidad. Se admite el destierro del indeseable y pernicioso.

De tal manera resulta luminoso el cotejo entre Quiroga y Moro, que, como han declarado a una voz los críticos, asombra que nadie haya reparado hasta ahora en un hecho tan manifiesto. Cada día hay nuevas sorpresas. Moro, en cierta epístola, habla de un hombre tan virtuoso que merecía ser nombrado obispo de Utopía. He aquí que el legítimo y verdadero obispo de Utopía andaba por tierras de América, y apenas lo hemos averiguado. Pero ¿quién ha dicho que América ha sido descubierta? *

Buenos Aires, 4-XII-1937.

* Consúltese también S. Zavala, *Ideario de Vasco de Quiroga,* El Colegio de México, 1941; prólogo de E. Ímaz al volumen *Utopías del Renacimiento,* México, Fondo de Cultura Económica, 1941, y su nota sobre las Utopías y América en el *Noticiero Bibliográfico,* México, II, núm. 50, octubre de 1941; y S. Zavala, *Letras de Utopía,* en *Cuadernos Americanos,* México, núm. 2, marzo-abril de 1942, carta al autor de este libro, en la que recuerda que Moro habla de "dos personas que ardían en el deseo" de pasar a la isla utópica. Si puede decirse simbólicamente que una fue Quiroga, la otra —dice Zavala— bien pudiera ser el primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, tocado de erasmismo y anotador de Moro.

IX. PAUL VALÉRY CONTEMPLA A AMÉRICA

PAUL VALÉRY es un caso desconcertante de movilización intelectual. A toda hora y en todo momento está dispuesto a proyectar una idea, una idea vivida y experimentada en su mente, por dondequiera que se le ataque. Al revés de muchos otros, en quienes ha llegado a ser vicio el no poder "escribir-para", el no poder crear sino en libre juego desinteresado y sin objetivos a la vista, Valéry tiene la acción literaria vinculada con la necesidad, y él mismo ha dicho que, si no le pidieran que opinara sobre esto o sobre lo otro, nunca hubiera escrito. Habría dejado dormir sus versos y se hubiera concentrado, como "Monsieur Teste", en el paladeo de sus reflexiones solitarias. Aun la volubilidad y fluidez de su habla revelan en él esta capacidad inmediata de pensamiento: cuando habla (mientras fulguran los ojillos garzos desde donde Atenea, sin duda alguna, nos acecha), se desliza sobre las palabras —acuaplano o trineo acuático— arrastrado por su velocidad mental. Al requerimiento de *Síntesis,* contestó a vuelta de correo. Plenitud excelsa, y también paralelismo justo con la realidad circundante, se concentra unos segundos —¡y salta la respuesta! No tiene más que interrogarse a sí mismo: su microcosmo abarca en miniatura todo el macrocosmo. Así esas cartas que se esconden, reducidas fotográficamente, en el secreto de la sortija. No necesita más que amplificar un poco la página o "acostarla sobre el papel", como también se dice en su lengua. Es una pistola de pelo. Tiene la pluma militar, siempre pronta a disparar sobre el blanco que se le proponga. Militar he dicho: ¿no habéis advertido la naturalidad con que entran, de pronto, en sus discursos, las máximas de Napoleón? Por lo demás, el mariscal Pilsudski ha dicho que nada se parece tanto al hombre de acción como el poeta.

Valéry contempla a América. Es un giro de "universales" de magnífico tornasol. Analicemos, ligeramente sus palabras:

1º La idea antropomórfica de nación y la actual delimitación de las naciones —producto de una erosión histórica ciega— en pugna con las necesidades y características de la humanidad moderna. La urgencia de que todo ello se corrija en una armonía racional, económica.

2º Ante el actual dolor de Europa, del mundo, la esperanza de América, proyección de Europa a través de una selección natural que permite el traslado de las especies más viables o transportables desde el suelo europeo al americano.

3º La esperanza de que la especie europea se fecundice con el injerto de lo autóctono americano (caso México). El arte clásico fue siempre un resultado de injerto.

4º La esperanza consoladora de que, ante una destrucción bélica de Europa —presa, hoy, de la brutalidad—, Europa, en cierto modo, siga sobreviviendo en América.

Veamos el tejido por el revés: lo primero es socialismo; lo segundo, utopismo; lo tercero, americanismo; lo cuarto, humanismo. Lo primero es el problema político contemporáneo; lo segundo, la colonización de América y el sueño de un mundo mejor que la inspiraba y la acompañaba; lo tercero, la fe americana de traer una nueva contribución al mundo; lo cuarto, el sentido de continuidad en las conquistas humanas, persistencia en que reside la dignidad misma del espíritu. Lo primero es el escenario del problema: el espacio. Los otros tres puntos nos dan el tiempo distribuido de la siguiente manera: lo segundo, el pasado o creación de América, factoría o sucursal de Europa; lo tercero, el presente, la América de la independencia que aporta su palabra propia; lo cuarto, la continuidad de la resultante, el porvenir.

A esta captación, que es completa, añádase —como dibujo interior— otra modalidad del tiempo: el *tempo*. El ritmo, la celeridad americana, noción vital y no ya puramente intelectual, en la que reside el sabor de América —de América, que ha tenido que vivir a salto de mata, cortando atajos, reventando cabalgaduras, encimando procesos a medio desarrollar, para emparejarse con la historia. Lo cual le da una movilidad y adaptabilidad humana característica (sus hombres necesitan servir en todos los oficios), unos rasgos de improvisación que a veces resultan rasgos de inspiración,

y cierto impulso de síntesis, de aprovechamiento de saldos culturales, de pronta e impaciente verificación práctica. Hasta hoy, para emparejarse con la historia. Mañana, de hoy en adelante quizá, para cubrir la dotación de su arca y empujarla sobre el diluvio, cargada con los símbolos de alguna futura creación.

México, mayo de 1938.

X. CIENCIA SOCIAL Y DEBER SOCIAL *

Se ha dicho que todo el hombre es vida social. Los esfuerzos teóricos para concebirlo en aislamiento sólo tienen un valor de acertijo y son una prueba "apagógica" o por reducción al absurdo. Así, el Robinsón infantil no hace más que esforzarse por sustituir el alimento social de que se ve privado, demostrando por la negativa lo indispensable, lo precioso de semejante alimento. Y los Robinsones metafísicos, desde Aben-Tofail a Gracián y sus imitaciones, no son más que ejemplos fecundos de cómo el solitario camina, a tientas, hacia la meta de la vida social. Como el tema del río es el mar, el tema de Robinsón es la sociedad, en la que se afana por desembocar algún día.

Si todo el hombre es vida social, la ciencia social comprende el registro de todas las posibles disciplinas humanas, y en ella todas se confunden. La economía del espíritu la obliga, sin embargo, a recortar tan imperiales fronteras, reduciendo convenientemente sus técnicas a lo que pudiéramos llamar el delta del río, y dejando para otras ciencias las peripecias anteriores de la corriente. Después de todo, la realidad es continua y todas las cosas y todos los conocimientos se entrecruzan: viven de su mutua fertilización. Pero como la inteligencia humana no alcanza los ensanches angélicos, procede según el *Discurso del Método,* reparte en porciones la dificultad, y encomienda a sendos oficiales el cultivo de cada región determinada.

¡Pero ay de la ciencia que olvida la integración de sus destinos humanos, y particularmente si ella es la ciencia social! Esta integración se llama ética. El especialista —y hoy todos lo somos, por la multiplicación de los conocimientos y las técnicas— nunca debe abandonar los universales, a riesgo

* Se aprovechan pasajes y conceptos del breve artículo "El problema y la angustia de América", aparecido en *La Nueva Democracia,* Nueva York, y en *Repertorio Americano,* San José de Costa Rica, agosto de 1940, reproducido en otras revistas de México, La Habana y Río de Janeiro. *La Prensa,* Buenos Aires, 7-IX-1941.

de engendrar monstruos y de dar pábulo a los crímenes. La cultura de la Antigüedad jamás perdió de vista sus destinos sociales. La tarea de edificar y conservar la Polis —la "defensa de los muros" que decían los líricos y los filósofos— era su punto de imantación. Produjo las más portentosas obras de arte, al grado que muchas veces se ha pretendido interpretarla conforme al criterio puro del estetismo, y casi de la sensualidad. Pero a la hora de juzgarse a sí misma, la Antigüedad sólo aplicó tablas de valores religiosos, éticos y políticos. Por eso era una cultura; es decir, una integración. La cultura de la Edad Media, en su intensa referencia a Dios, no dejaba resquicio por donde se fugaran las energías de su sistema, y transportaba derechamente al hombre en sus brazos, por la cuesta de la salvación. La cultura moderna se nos fue volviendo un mosaico, por falta de nexo, por enmohecimiento de la brújula. Cada pieza nos aparece mucho mejor trabajada en sí misma que los ladrillos, algo toscos, de la época anterior. Pero ya las piezas no encajan fácilmente en el rompecabezas, por falta de un plan de conjunto. Digamos en honor de Comte que se afanó por sustituir el antiguo misticismo por un misticismo del servicio humano. Pero las desatadas corrientes científicas y filosóficas asaltaron por mil partes su improvisada ciudadela hasta que no la hicieron pedazos. Dígase lo mismo para los sueños de los llamados "socialistas utópicos". Y hoy por hoy ¿qué es esta crisis que padecemos, sino un disparate de la especialización que ha perdido el norte de la ética? En vano el inventor sueco quiere demostrarnos que la dinamita se fraguó para servir a la industria, al bienestar de los hombres. En vano deja el testimonio de su filantropía instituyendo premios a las ciencias y a las artes. El especialista sin universo usa de la dinamita para matar hombres. ¡Triste destino el de nuestros descubridores contemporáneos! Yo estaba en Río de Janeiro cuando, una mañana, Santos Dumont apareció colgado en su casa. Y no se ha repetido suficientemente que aquel precursor del hombre aéreo dejó escrita una carta en que pedía perdón a los hombres por haber lanzado al mundo una máquina que resultaba ser, por excelencia, el arma de todas las destrucciones.* ¿Queréis una rápida caricatura de la enfermedad

* "En vano la superior atención separó las naciones con los montes y los

que hoy padecemos? Pues imaginad al fisiólogo que sólo piensa y obra como fisiólogo, y abre las entrañas de su hijo para estudiar sus palpitaciones secretas; imaginad —contemplad mejor— un Estado que mata a sus hijos para sólo alimentarse con ellos, porque sólo piensa en fines abstractos, y ha olvidado que nació para servir al hombre. Estamos enfermos de una dolencia extraña: se ha vuelto loco aquel recóndito pulso del alma en que reside el sentido de la orientación. Estamos heridos en el rumbo, estamos cercenados del Norte.

Si en todas las ciencias el deber social se impone hoy como nunca, mucho más en la ciencia social, cuyo asunto mismo es el problema político, altamente considerado; es decir: el problema de la convivencia del hombre con el hombre, camino de su felicidad. Problema de tal magnitud rebasa con mucho las posibilidades de los hombres de ciencia reunidos en este Congreso, por muy eminentes que sean, puesto que no podríamos abarcar desde esta sala la humanidad entera. Pero, como Goethe decía, si cada uno barre el frente de su casa, entre todos habremos limpiado toda la ciudad. El problema, por otra parte, ante la inminencia de los actuales peligros, parece que incumbe más bien al despacho de los gobernantes que no al laboratorio de los sabios. Pues señores, los gobernantes, por educación, por deber y por oficio no pueden considerar las cuestiones en esos cuadros panorámicos que llamamos campos científicos. Los distrae el incidente diario, que exige su diaria resolución. Por mucho que hagan, por mucho que se desvelen, está en la naturaleza de las cosas el que los árboles mismos les estorben para ver el bosque. No sucede así con los hombres de ciencia, libres de todo compromiso administrativo y de todo apremio burocrático, y adiestrados ya en esta contemplación a larga vista, que es la esencia de los estudios históricos. Y ha llegado la hora de que los hombres de ciencia fuercen la puerta de los gobernantes y se hagan oír. Al fin y al cabo ellos no piden prebendas ni disputan puestos, sólo reclaman la función de consejeros que por derecho les corresponde, y que ya Platón les asignaba en una célebre carta, desde el momento, decía,

mares, si la audacia de los hombres halló puentes para trasegar su malicia." Gracián, *El Criticón*, I, 1.

en que no puede realizarse el sueño de que los filósofos sean monarcas. La humanidad está ya cansada de que la dirijan la casualidad y la improvisación, que son los inevitables caminos por donde se ve obligado a marchar el que tiene que proponer, para los males de cada día, panaceas de efecto instantáneo. Si los gobiernos quieren cumplir su difícil, su tremenda misión, en esta hora aciaga del mundo, tienen que escuchar a la ciencia. Si los hombres de ciencia no quieren pasar por monstruos aberrantes, talladores de cabezas de alfiler sin respeto para las cabezas de los hombres, tienen la obligación de hacerse escuchar por los directores políticos.

Armados de este criterio, acerquémonos ahora a nuestro mundo americano. De tiempo atrás, América viene dando señales de inquietud ante la descomposición de Europa, que primero ensayó en España la virulencia de sus armas para luego entregarse abiertamente a su deporte hoy favorito: el destruir todo lo que construye.

Maestra civilizadora de larga proyección imperial, he aquí que Europa vacila y pierde el juicio. Los americanos, siempre acusados de inquietos y hasta de sanguinarios, han visto con estupefacción que sus mismas revoluciones endémicas aniquilan menos vidas en dos lustros que las asonadas europeas en una semana, para no hablar de los combates.

Dígase si se quiere que ello es efecto de las formidables máquinas de guerra de que por acá no "disfrutamos". Pero los hechos son los hechos: junto a aquellos crímenes colectivos, las últimas reyertas americanas resultan torneos caballerescos, donde los caudillos se citan al lance en campo abierto, lejos de mujeres y niños. Hasta es conocido el rasgo, santamente cómico y más en este siglo XX, de cierto sublevado que renunció al éxito y se detuvo a las puertas de alguna ciudad sudamericana "a petición de las familias", o el rasgo no menos expresivo de una provincia alzada contra la capital que prefirió rendirse —como decía el parte de guerra— "para salvar el patrimonio" de la región.

Ahora, ante la locura de Europa, se da el caso patético de un Continente que quiere defenderse con un cordón sanitario. Nada hay más terrible en la Historia. Hay que remontar hasta la Mitología, donde encontramos a Gea, hembra

recelosa, escondiendo a sus crías en el seno para sustraerlas a la demencia devoradora del padre Cronos.

América puede enorgullecerse de una tradición jurídica de conciertos continentales que se han mantenido desde hace cincuenta años, lo que nunca ha alcanzado Europa. No importan los errores, las deficiencias, los tropiezos: el gran ideal se ha conservado y ha ido rindiendo algunos frutos. Más de un conflicto bélico ha podido atajarse por medios pacíficos. Y cuando una guerra ha estallado, la conciencia americana la consideró como un dolor inevitable, no como un motivo de orgullo. En este acento de intención se funda toda la dignidad ética del espíritu público.

Dígase si se quiere que todo esto pudo lograrse gracias al común denominador ibérico de nuestras naciones, que íntimamente las acerca a la comprensión hasta por ese vehículo intuitivo de las hablas afines. Pero los hechos son los hechos, afortunados efectos de la circunstancia que hacen posible una orientación de concordia, al menos como resultante, como último saldo.

El espíritu internacional, la educación internacional, han podido prosperar con relativo éxito donde las fronteras aparecen como convenciones políticas, sobre las cuales el hombre lanza una mirada familiar al otro territorio.

Y cuando en el Norte se habla de panamericanismo —desprendiendo la palabra de todas sus adherencias oficiales y generalizándola como noción pura— debe tenerse muy en cuenta que tal armonía reconoce por fundamento la homogeneidad iberoamericana; la cual, siendo tan vasta en sus ensanches, acaba por desbordar hasta las fronteras étnicas que parecían más infranqueables.

Así se puede crear un sentido continental en el que importa insistir por decoro del Nuevo Mundo, sin abdicar por eso de los mutuos respetos elementales: antes, al contrario, se funda en ellos. Pues si por desgracia la menor ambición imperial empeñara en algo tales respetos, al instante todo el edificio se vendría abajo. Entonces repetiríamos aquí el lamentable cuadro de Europa, con la desventaja de que aquí interpretaríamos "a la criolla" ciertos procedimientos que, si por allá causan estragos, por acá los causarían peores.

Ahora bien: política defensiva, precauciones armamentales, cordón sanitario, son arbitrios de la contingencia, pero no son soluciones científicas. Benditos sean tales arbitrios si siquiera nos ayudan a parar el golpe inmediato. Después de todo, primero es ser que filosofar, como dice el proloquio clásico, y ante la ofensa inmediata se opone la defensa inmediata. Pero éstos no pasan de ser recursos desesperados, para atajar de momento un mal, sembrando al paso nuevos males futuros. Mientras los gobiernos se mantienen en guardia en la primer trinchera, la ciencia debe trabajar denodadamente en la segunda trinchera, preparando alivios más trascendentales. A los gobiernos americanos, que se juntan una y otra vez para afrontar como quiera algunos remedios urgentes, no podemos pedirles que planteen las cuestiones en toda su integridad científica. Agradezcámosles en buenhora que se sientan inspirados en el grande ideal de un Continente que, desde su aparición en la historia, siempre ha anhelado ser el teatro donde se ensaye una humanidad más justa y feliz. Agradezcámosles que abran crédito y confianza a los fugitivos de Europa y sepan decirles: "Hombres de Europa, traed a nosotros, como Wilhelm Meister, vuestros ímpetus para las empresas del bien; no traigáis acá vuestros rencores." Pero, entretanto, ayudemos a nuestros gobiernos, desde la retaguardia, para evitar que la nueva paz, o lo que resulte del actual conflicto, encuentre a nuestra América, último reducto humano, en el lamentable estado de impreparación en que la paz de Versalles sorprendió al mundo, estado de impreparación cuyas consecuencias todavía estamos purgando.

Las soluciones a larga vista, la preparación para el mundo nuevo con que pronto hemos de enfrentarnos —pues no esperéis que el pasado se reproduzca, porque la vida no es reversible— incumben a la ciencia. La educación, última instancia de la función política, tiene que inculcar pacientemente los nuevos hábitos mentales que hagan posible la existencia a la juventud y la conservación del decoro humano. Y la ciencia social tiene que investigar este caos en que ahora nos debatimos, abrir veredas, jardinar la maleza, y dictar así los preceptos en que ha de fundarse la educación.

Para no quedarnos en buenos propósitos y vaguedades,

permitidme que dé algunos ejemplos y señale algunas intenciones concretas.

Sea, ante todo, lo que puede considerarse como el problema general de América. Lo que América es, lo que representa en este vuelco de la historia que presenciamos, debiera constituir una preocupación diaria y constante de todos los americanos: de los estadistas, de los escritores, de los maestros, de los directores de pueblos en el más amplio sentido de la palabra, de las juventudes universitarias llamadas a dar las orientaciones futuras, de las mismas masas infantiles a quienes, como ejercicio espiritual, debiera proponerse todas las mañanas una pequeña meditación sobre el sentido humano y los destinos del Nuevo Continente.

Es quimérico pensar que la humanidad se desarrolla por compartimentos estancos, y mucho menos en nuestro tiempo. La era de las civilizaciones que se ignoran ha pasado definitivamente; empezó con la prehistoria y se cerró, en concepto, con el descubrimiento de América. Y lo que era ya verdad en concepto, lo que era ya desde el siglo XVI una posibilidad teórica, poco a poco se resolvió en una realidad práctica merced a la Física, honor del pensamiento occidental, que gradualmente fue metiendo como en un puño el tiempo y el espacio terrestres. Hoy el suceder histórico es común a toda la tierra y es, en cierto modo, simultáneo.

Así pues, ante hechos como los que estamos presenciando, cuyo foco principal es Europa, cuyo foco secundario es Asia, y cuyo reflejo inmediato afecta al África, ¿pueden las medidas políticas unilaterales salvaguardar a América? ¿O en qué grado se la puede, al menos, inmunizar relativamente contra los inevitables trastornos generales, siquiera para evitar que alcancen también entre nosotros los caracteres de catástrofe?

Este problema se descompone en varios problemas parciales, que resultan del modo en que el acontecimiento general afecta a los distintos grupos funcionales de América. De Norte a Sur, en el sentido de los paralelos, encontramos zonas bien discernibles: el Canadá y los Estados Unidos; México y el Caribe hasta la frontera de Colombia; la América bolivarina; la América lusitana; la América platense. Todavía

pueden discernirse, en la multiplicación política de Sudamérica, ciertos matices en el sentido de los meridianos, de Oriente a Occidente: la faja atlántica, la faja interior, la faja pacífica. Y claro es que estas grandes zonas de distinta relación geográfica y de distinta vinculación intercontinental aún podrían dividirse en otras regiones circunscritas. Por ejemplo, en torno a las cuencas de los grandes ríos.

Pues bien, ¿con qué intensidad los acontecimientos extraamericanos afectan a cada una de estas regiones, y hasta dónde puede cada una operar de momento la desarticulación sanitaria? ¿Afectan lo mismo el orden o el desorden europeo o asiático a las diversas zonas longitudinales y transversales de América? ¿Y hasta qué grado la repercusión de lo extraamericano en cada zona determina una reacción inevitable en las demás zonas vecinas o lejanas? ¿Hasta qué grado, por ejemplo, los Estados Unidos dependen del orbe británico o "pertenecen a la paz británica"? ¿Hasta qué punto depende de ellos el resto de nuestra América, y si esta dependencia es total, o si es graduada a su vez según las diferentes zonas? ¿Hasta qué punto la zona platense depende del sistema comercial británico? ¿Cómo se gradúan y cómo pueden resolverse las intrincaciones británicas y norteamericanas en zonas de influencia mixta, como el Brasil?

Todavía falta preguntarse, para admitir en los supuestos del problema todas las posturas mentales posibles, si es o no preferible para América ofrecer resistencia; si no debería simplemente dejarse invadir de modo pasivo por la onda que barre a Europa. Pero desechamos al instante este punto de vista, porque lo que en Europa sucede es hasta ahora una destrucción y no una reconstrucción; y de aquí a que Europa comience su reconstrucción, habríamos perdido un tiempo precioso, y aun nos habríamos colocado, con punible imprudencia, en una situación de retroceso con respecto al estado de relativa "incontaminación" en que por el momento nos encontramos.

Todavía habría que considerar, junto al aspecto crudo de los intereses materiales, el de los intereses espirituales. Es más urgente la solución del primer punto, pero es más trascendente la del segundo. Hay que atender desde el primer

instante a lo material y a lo espiritual. Y aquí entra desde luego la consideración de lo que América debe al concepto democrático tradicional y lo que puede esperar del nuevo concepto totalitario, aun suponiendo que éste no se encontrase actualmente desviado o polarizado hacia la sola pugnacidad bélica, lo que ya supone un grave extremo de saneamiento previo.

He aquí el programa para los trabajadores de la ciencia social, que no parece, por cierto, indigno de sus instrumentos y de sus capacidades. ¡Como que se trata, en una palabra, de orientar el huracán! Ya no es posible desvincular a América de la Tierra, hacer que las fuerzas desordenadas lleguen hasta nosotros en forma relativamente atenuada, en forma que admitan ser dirigidas en lo posible y, si los sueños fueran más que sueños, hasta aprovechables.

¡Quién sabe! América está esperando su hora y sintiéndola prefigurarse en los vaivenes del mundo. Algo prematuramente es llamada a su alto deber, su deber de continuadora de civilizaciones; pero alguna vez había que empezar y más vale pronto que tarde. En duro momento es convocada América a realizar su misión, pero todos los pueblos señalados para proseguir la historia lo fueron igualmente a causa de un desastre. El vuelo comienza contra el viento, no a favor del viento. La paloma de Kant se remonta gracias al obstáculo.

No hay tiempo de preguntarnos ya si estamos maduros para recoger la herencia de una cultura y transportarla definitivamente a nuestros cauces; para así, salvando la herencia, salvarnos de paso nosotros mismos. Al fin y a la postre, sin conciencia de la responsabilidad el adolescente no se transforma en hombre. Basta que sintamos la responsabilidad y que abriguemos en nuestro pecho la voluntad de responder al destino. Este querer es sin duda el impulso determinante de la madurez que ya nos reclama. En cierto modo, la catástrofe europea ha venido a ser un aviso providencial que nos despierta de la infancia. Entre las ruinas se columbra, así, nuestro sino de creación positiva. Los peligros esclarecen la conciencia de las culturas. Hijos de la cultura europea, nuestros países, a través de sacudimientos, han

ido revelándose a sí propios su autenticidad histórica, y hoy por hoy podemos ya decir que nuestra América no quiere imitar, sino que aplica las técnicas adquiridas de Europa a la investigación de los fenómenos propios, lo cual, al mismo tiempo, le va revelando la posibilidad de nuevas técnicas americanas. Y ésta es la operación en que nuestra ciencia debe insistir ante los sucesos mundiales. Es innegable que tales sucesos nos perturban. Posible es que alcancen a perturbarnos todavía más. Pero no creo que nos arrastren necesariamente hasta impedir lo que hemos llamado la madurez americana. ¡Al contrario! Hay que decirse y repetirse que ha llegado el momento ¡Ahora o nunca!

De este fenómeno general descrito a grandes rasgos para nuestra América, México, por los antecedentes de sus transformaciones sociales últimas y aun por su temperamento nacional y su sensibilidad política, que lo empujan nerviosamente a atacar todos los problemas a la vista, es, como si dijéramos, un testigo privilegiado: lo que se da para toda nuestra América en estado más o menos observable, aquí adquiere relieve de sobresalto. El testigo privilegiado, no quiere decir el testigo afortunado o feliz. La dignidad histórica se adquiere con sufrimiento. Quiere decir esto que el alumbramiento de lo americano, aunque tal vez se produzca aquí antes que en otra parte, tiene que costarnos redoblados padecimientos.

Pero volvamos a las consideraciones generales sobre América y sigamos con los ejemplos problemáticos. Seguramente que en las tradiciones del pensamiento jurídico americano, a que ya nos hemos referido, está la preocupación por crear un organismo de la paz. Hay, en tal sentido, mil esfuerzos dispersos y se han firmado varios tratados. Las partes signatarias coinciden y son las mismas para algunos de ellos. De unos a otros, ciertos preceptos se repiten y otros no ajustan del todo en un sistema teórico completo. Estos miembros desarticulados debieran reducirse a un cuerpo común, si es que han de ser eficaces. De lo contrario, todo es tropiezos y cruce de caminos que a veces se estorban unos con otros. Cabe a México la honra de haber sugerido dos veces ante los congresos interamericanos la creación de un Código de la

Paz que concierte y concilie las conclusiones de todos nuestros pactos parciales, en una gradación sistemada, automática y comprensiva: la conciliación, el arbitraje y la justicia internacional. De este Código existen dos textos, redactados por los delegados mexicanos. En la primera versión (Montevideo, 1933) me tocó colaborar con el Lic. Manuel J. Sierra. En la segunda (Buenos Aires, 1936), con el Lic. Pablo Campos Ortiz, y en ella se unifica el lenguaje y se recogen algunas nuevas nociones más eficaces para coordinar los métodos de paz. El Código mexicano ha sido objeto de toda clase de recomendaciones teóricas y manifestaciones de aprecio. Pero siempre se consideró complicado el pedir de veinte repúblicas que acepten el revisar todo su sistema contractual. Y sin embargo, es fuerza que algún día se haga. El internacionalista Manley O. Hudson ha expuesto lúcidamente el laberinto en que se encontrarían, en nuestro actual régimen, dos países americanos en conflicto, aun suponiendo —lo que dista mucho de suceder— que ambos hubieran ratificado ya previamente todos nuestros actuales instrumentos de paz y tuvieran la mejor voluntad de someterse a las prescripciones pactadas ("The Inter-American Treaties of Pacific Settlement", en *Foreign Affairs*, Nueva York, octubre de 1936). Entrego a nuestros hombres de ciencia la sugestión de esta nueva e indispensable estructura.

Otro ejemplo más: varios intentos se han hecho, entre México, Buenos Aires, Río de Janeiro, etc., en la campaña que pudiéramos llamar "la paz por la historia": la revisión de los textos escolares de historia, no para falsearla, sino para dar a las informaciones un espíritu de mayor comprensión internacional y más auténtica cordialidad humana. Han intervenido algunas sociedades científicas; se han firmado algunos tratados bilaterales, a los que después han accedido nuevos países; los Ministerios de Educación han anunciado concursos al efecto. Hasta ahora, labor dispersa. El punto es digno de un congreso americano entre los hombres de ciencia. Los resultados, a primera generación, se harían sentir.

La campaña de la paz por la historia ha tenido cuatro manifestaciones principales: 1ª, las iniciativas privadas; 2ª, las Conferencias Interamericanas; 3ª, las Conferencias Inter-

nacionales de Historia de América, y 4ª, los Tratados especiales. El reseñar las iniciativas privadas daría materia a un volumen, en que no podrían olvidarse antecedentes tan ilustres como *El crimen de la guerra,* de Alberdi; las excitativas de educadores e historiógrafos como Gilberto Loyo, Ricardo Levene, Rómulo Zavala, Enrique de Gandía, y aun del Club de Rotarios de Valparaíso, todas las cuales fueron tenidas en cuenta en el proyecto Cestero-Cohen-Cisneros-Reyes, presentado a la Conferencia Interamericana de Montevideo (1933), y en los Tratados Argentino-Brasileño y México-Brasileño (1933). En las Conferencias Interamericanas y las que de ellas derivan, el asunto ha reaparecido varias veces, ya en forma directa, ya soslayado entre otros temas conexos como en la resolución núm. 49 de Chile (1923), que propone "cursos de fraternidad continental". Por primera vez el asunto fue considerado con amplitud en el ya citado proyecto de Montevideo (1933), el cual insiste en la creación de un Instituto, con sede en Buenos Aires, para la enseñanza de la historia en las Repúblicas Americanas. Allí la delegación uruguaya presentó otro proyecto afín, con referencia a las conclusiones del Primer Congreso de Historia (Montevideo, 1928). El delegado peruano A. Solf y Muro ofreció una iniciativa para la "formación de la conciencia panamericana". Tres años más tarde, la Conferencia de Buenos Aires para la Consolidación de la Paz resucitó la cuestión. Como antecedentes europeos, deben recordarse el Congreso de La Haya (1932), en que Lapierre y Emery cambiaron puntos de vista encontrados; el de Praga (1935), en que se confrontaron el criterio objetivo y el criterio propiamente pacifista; el de París (1937), entre profesores de historia franceses y alemanes, que Albert Mousset calificaba de "*gentlemen's agreement* pedagógico". (*Les Nouvelles Littéraires.* París, 2, octubre, 1937.) *

Consigno aquí los anteriores apuntes para tentar a los aficionados, y paso a una consideración de mayor alcance, y que se refiere a uno de los males crónicos del pensamiento americano. Os aseguro que en las siguientes consideraciones no me inspira una preocupación exclusivamente literaria. No,

* "Doctrina de Paz", en *Futuro*, México, abril de 1938, y recogido en *Tentativas y orientaciones*, pp. 222 *ss.* de este mismo tomo.

no soy víctima de la deformación profesional, cosa contra la que siempre me he sublevado. No me guía solamente el amor y el cuidado que a las palabras concedemos, al fin como a materia prima de nuestro oficio literario. Tampoco queremos hacer retruécanos con el significado del vocablo "verbo", cayendo una vez más en aquello de que al principio de todas las cosas era el verbo, o sea la palabra. Mucho menos deseamos ofrecer alegorías filosóficas como aquella de Renan, según la cual el universo es un diálogo entre el Padre y el Hijo, donde el diálogo es el Espíritu Santo que va encarnando en realidades. En suma, la creación como fenómeno lingüístico. Por supuesto que si nos empeñáramos en defenderlo, no faltarían razones; ahora mismo podríamos movilizar en nuestro auxilio ejércitos mecanizados de ideas, o sea sistemas filosóficos, y patrullas de paracaidistas, o sea argumentos llovidos del cielo. No, nuestro fin es mucho más modesto, y sólo queremos sintetizar en breves sentencias lo que todos saben: que la palabra, la denominación que se da a las cosas, influye en los actos; que el lenguaje engendra una conducta. Así se explica que Talleyrand, tan realista que llegaba al cinismo, concediera singular atención a los nuevos términos de moda en política, a las nuevas denominaciones que el fenómeno social acarrea consigo. Y aquí tocamos el punto neurálgico a que queríamos llegar. América no ha creado su lenguaje político, sino que adopta el europeo. Esto trasciende mucho más allá del lenguaje. Ello ha tenido consecuencias en las soluciones europeizantes que hemos procurado para nuestros negocios. Mientras no aparezca en América el genio que descubra las fórmulas de nuestro lenguaje político, semejante mal será inevitable; y las realidades americanas, torcidas en la traducción, hasta resultarán muchas veces inútil y artificialmente empeoradas.

Así aconteció en la Independencia, violentamente prohijada al calor de la filosofía política francesa, filosofía para adultos que parecía destetar con ajenjo a la criatura, cunada hasta entonces en el régimen del absolutismo y que carecía de la indispensable educación previa. Ved en cambio cómo la evolución del Brasil se operó casi insensiblemente desde la colonia a la autonomía y desde el imperio a la república. Lo

cual no quiere decir que aplaudamos en modo alguno los imperios insensatos, sin tradición institucional ni arraigo en la vida, que quiso implantar en nuestro suelo un día un aventurero, y otro día un conquistador disimulado. Otro ejemplo nos lo da la violenta adopción del federalismo norteamericano, que provocó aquel famoso "discurso de las profecías" de Fray Servando, quien encontraba esta innovación del todo ajena a los inveterados hábitos nacionales. Lo propio ha sucedido —todos lo saben— con muchas otras veleidades que han atravesado la vida americana. Nuestra última transformación social, por falta de un lenguaje propio, se refractó al vertirse en las fórmulas de las transformaciones europeas. Entiéndase bien que sólo hago apreciaciones históricas sobre el pasado, y en modo alguno declaración de simpatías sobre el porvenir, pues no sería ésta la ocasión.

¿Queréis apreciar de cerca cómo funciona el reflejo inverso de las palabras sobre el sentimiento de los actos? Veámoslo sobre ejemplos tomados de las nociones sociales y de los nombres que reciben. El que comete un homicidio es un homicida. La sola calificación de homicida da un sello de fijeza, de permanencia a lo que, en la conducta del hombre, ha podido ser una contingencia desgraciada, un tropiezo de su carácter moral. Pero, en adelante, lo vemos ya como un hombre cuya inclinación permanente es matar al prójimo. De aquí que el mismo Derecho tiene que introducir rectificaciones en la denominación general: atenuantes y hasta exculpantes. Esta calificación penal tiene por objeto escapar a la trampa fijadora de la palabra, y es la que esgrimirá el defensor. En cambio, el acusador tendrá que apoyarse en la función fijadora de la palabra: muerte ha habido, y el que la causó es un homicida.

Hay más: entre unas y otras palabras se crean constelaciones, que a veces no proceden de ninguna necesidad psicológica, sino de una reiteración de hechos, de un hábito. Nuestros Estados americanos tienen régimen presidencialista. Pero en los países parlamentarios, la modalidad parlamentaria del régimen se ha trabado con la noción de la democracia, al punto que muchos censores del parlamentarismo se llevan de paso, en sus argumentos, a la democracia misma, como si

ésta no tuviera otros medios posibles de operación, y confunden así una filosofía política con uno de sus procedimientos ensayados. Y si la palabra democracia pudiera humanamente aplicarse en todo su sentido, el pueblo sería un solo ser, sin partirse nunca en individuos ni grupos, y el gobernante y el gobernado se confundirían en su seno. Mas la realidad no lo consiente. Clemenceau, en una salida de mal humor, decía: "¿Por qué atacan la democracia los adversarios, si hasta hoy no la han visto realizada?" La democracia, entonces, viene a significar una intención o tendencia, que resulta clara por el contraste con la aristocracia, y que en principio comporta principalmente dos cosas: 1º, la preferencia para la opinión pública, y 2º, la rotación de los grupos gobernantes, de acuerdo con aquella opinión, testimoniada en las mayorías.

Mientras se dijo "liberalismo", imperó el *laissez-faire,* y la noción económica y la noción política se confundieron en una. Como el *laissez-faire* condujo al predominio de los grupos pudientes y determinó una explotación injusta de los demás, entonces se dijo "control de Estado", "Economía dirigida", etc. Estas nuevas denominaciones significan y a la vez impulsan una nueva tendencia; la cual, si olvida el imperativo democrático que insiste en el bienestar del pueblo, puede derivar hacia la peor tiranía. Nótese que también las monarquías brotaron de la alianza entre un capitán y el pueblo, para acabar con el privilegio de los señores, y nótese cómo derivaron hacia el absolutismo.

Cuando aparece una nueva denominación política, es porque aparece otra tendencia. En sus orígenes puede ser modesta, hasta ridícula: ya son unos cuantos desterrados rusos que divagan en torno a la mesa de un café de París; ya son unos cuantos ilusos que se juntan en la cervecería de Munich. Pero la nueva denominación significa ya, por sí sola, la expresión de otra coagulación del pensamiento político, y lleva en potencia una prédica, una propaganda.

Habría que revisar minuciosamente toda la historia para apreciar el tanto de impulso conveniente y de impulso deformador que la nomenclatura europea haya producido entre nosotros. Y todavía para esta revisión sería muy difícil en-

contrar aquella mente impasible, capaz de distinguir la pura observación de las preferencias temperamentales. Y todavía en este caso afortunado, habría que saber si la realidad del fenómeno admite distingos entre la pura razón y las inspiraciones de la emoción humana.

El maestro uruguayo Carlos Vaz Ferreira reclama, en materia de filosofía política, el derecho de pensar con ideas y no con vocablos. Sin duda le incomoda el ver que las palabras, por su automatismo, echan a correr, adaptándose más o menos a la contingencia histórica, por cauces que desvirtúan la doctrina. Así, cuando se hablaba de liberales y conservadores, se veía en España a Sánchez Guerra proceder unas veces con la mano del absolutismo violento, y otras implantar las únicas reformas verdaderamente liberales que se dieron en varios lustros. Así, Chesterton advertía: Si soy conservador, necesito por fuerza ser revolucionario: para que se conserve blanco aquel poste de la esquina, tengo que repintarlo constantemente. Así, en nuestro tiempo, las izquierdas y las derechas no siempre concilian su acción con su filosofía. Y es que el estatismo de la noción, presa en la palabra, mal corresponde a la fluidez de la vida. Vaz Ferreira propone un ejemplo: imaginemos una escuela o partido de astrónomos que sostienen que los planetas carecen de satélites: serían los "asatelistas"; otros sostienen que cada planeta posee un satélite: serían los "monosatelistas"; otros, que cada uno posee varios, y serían los "polisatelistas". Y ninguno de ellos tiene razón: sólo están en la verdad aquellos que no tienen nombre y admiten las tres posibilidades. Bien está así para el filósofo. Pero el político tiene que escoger todos los días en vista de sus problemas actuales, y decidir si estamos ante un satélite, o varios, o ninguno. ¡Qué duda cabe que el tener a mano una noción, con su denominación propia, ayuda su trabajo mental! No todos pueden pensar sin palabras y aún está por averiguar si alguno lo logra, o hasta qué punto puede lograrlo.

Creo que las anteriores dilucidaciones describen suficientemente el problema. No es de hoy, es de siempre. Y si algún problema social merece los honores de ser profundamente

estudiado por los hombres de ciencia, es seguramente el que apuntamos.

Por lo que a nuestro país respecta, cierto semanario mexicano propuso hace meses tres preguntas que me parecen un nuevo índice de cuestiones sociales. Me referiré a tales preguntas sin resolverlas. No hay aquí tiempo, ni creo que se las pueda atacar sin detenida investigación previa. La primera pregunta se reducía a saber si existe ya en México una verdadera conciencia nacional. Lo cierto es que la filosofía rompe lanzas para averiguar si existe un ente nacional. Si entramos hasta el subsuelo del problema, el problema desaparece en la homogeneidad de la raza humana. Mantengámonos en el suelo histórico. Las naciones aparecen aquí como seres cambiantes, aunque en torno a núcleos resistentes, y en constante elaboración dentro de procesos espirituales en marcha (religión, cultura, lengua) y de procesos naturales algo más estables (limitación histórica y limitación geográfica). La nación es un movimiento orientado. A veces, desorientado por las contingencias. La conservación del ser nacional se dibuja por las fronteras de sus peligros. Los dos peligros de una nación, a que todos los demás se reducen, son la imperfecta respiración internacional y la imperfecta circulación interior de la propia savia. La respiración internacional sólo se regulariza mediante la regularización del mundo internacional. No podemos esperar que ésta se haya logrado en instantes de crisis humana como el presente. La regularidad de la circulación interior supone una completa unificación en la representación del mundo y en los intereses que posee un pueblo. Aún no hemos logrado esta unificación, pero, por encima de las vicisitudes, se percibe que ella está en marcha a lo largo de nuestra historia. Hay en México varios niveles inconexos de cultura, de raza, de conciencia del mundo y religión, de lengua, de vida económica. No se trata sólo de indios y blancos: esto no es más que un aspecto transversal de la cuestión, puesto que muchos blancos viven como indios y muchos indios, como blancos. El equilibrio en marcha que significa una conciencia nacional es difícil de definir aun para naciones de muy larga elaboración sociológica. Mucho más para naciones como las nuestras. ¡Y considérese que, en

América, bien puede México estar satisfecho de ser la cuna más antigua! Sufrimos, además, una sacudida histórica cuyos resultados pudieran ser desorientadores; pero, si nos empeñamos en ello, serán orientadores. El que México saque elementos para su conciencia nacional de la crisis presente, depende de una magnetización de su voluntad en tal sentido. Hay que fomentarla. Alguna vez me atreví a decir que, cuando un pueblo no tiene una misión, habría que inventársela. Este símbolo literario quisiera yo que se interpretara a la luz de las consideraciones anteriores.

La segunda pregunta se reducía a saber cuál es el contenido de nuestra conciencia nacional. Confieso que me encontró un poco atónito, acaso por su vastedad misma. No soy capaz de describir en tres palabras lo que considero como el contenido de la conciencia mexicana en elaboración. Necesitaríamos volver a leer toda nuestra historia, y sospechar todos los ensayos de psicología nacional que hasta la fecha se han escrito. Evidentemente, México, como todos los países de la América ibera, por la misma naturaleza de su origen nacional, ha adquirido la práctica de la vida internacional. También la de buscar en todo el panorama humano las formas de su cultura. La experiencia de tratar con pueblos americanos que están tan cerca de nosotros, y la de estudiar todo el pasado de la cultura humana como cosa propia, es la compensación que se nos ofrece a cambio de haber llegado tarde a la llamada civilización occidental. Estamos en postura de hacer síntesis y de sacar saldos, sin sentirnos limitados por estrechos orbes culturales como otros pueblos de mayor abolengo. Para llegar a su conciencia del mundo, el hijo de un gran país europeo casi no necesita salir de sus fronteras. Nosotros hemos ido a buscar las fuentes del conocimiento por todos los rumbos humanos. Lo que llamo nuestra postura sintética nos ahorra también la necesidad de revivir procesos intermedios, que para Europa, por ejemplo, han sido meras contingencias históricas, pero que en modo alguno son necesidades teóricas de los problemas humanos. Conviene que nos penetremos de esta levedad, de esta facilidad para el salto. Después de todo, la historia de América ha sido una serie de carreras por atajos, para ponernos al día en menos tiem-

po. El trazo de nuestra figura nacional, supuestos los anteriores antecedentes, pudiera reducirse, en términos muy generales, pues no me atrevería yo a entrar en detalles, al nervio del sentimiento autóctono e hispano-latino, robustecido por todos los nuevos elementos y nuevas técnicas aprendidas en otras tradiciones, complementados con las técnicas que resultan de la investigación de nuestro propio suelo. El descubrimiento de estas técnicas propias puede llevarnos hasta la sustitución de alguna técnica heredada. En tal caso, no deberíamos vacilar en sustituirla. Tenemos que procurar la perpetuación de ciertas normas que se reducen a lo que llamaba Pascal "el espíritu de fineza", pero sin negarnos por eso a recibir la fertilización del "espíritu de geometría". Tenemos que conversar mucho con los pueblos americanos, afines o diferentes del nuestro.

Por último, la tercer pregunta quedaba formulada en estos o parecidos términos: Puesto que toda conciencia nacional desprende de sí una misión ¿cuáles son los medios para realizar nuestra misión nacional? Sobre el punto ejecutivo de la misión mexicana, ya se desprende de lo dicho anteriormente que considero indispensable un plano de absoluta sinceridad en el diálogo entre los países de América. Se dirá que esto no depende de una sola de las personas del diálogo. Yo creo que sí depende en gran parte. La orientación ética, el deseo del bien y la justicia humanos tienen que inspirar cuanto se haga. Es un caso de voluntad (y vuelvo aquí sobre el punto de la primer pregunta), mucho más que un caso de intelección pura. La enumeración de los medios ejecutivos la dejamos a los políticos, y a los políticos de última instancia, que son los educadores. Yo me limitaría a aconsejar un deseo de entendimiento humano. Me percato de que mis respuestas son vagas y teóricas. Pero las preguntas, que aquí he querido recoger por su trascendencia, podrían constituir todo el programa de este Congreso de Ciencias Sociales. El hombre es particular por naturaleza, decía Aristóteles. El hombre se enfrenta con problemas concretos y cotidianos. En estas condiciones, lo que nos importa es robustecer la voluntad hacia el bien. Lo demás, nace de cada circunstancia.

En suma, reduciendo la antigua doctrina helénica, podemos decir que hay dos actitudes frente al mundo: la Teórica, visión del mundo, y la Poética, que es la obra y la intervención sobre el mundo. Pues bien: los especialistas de las ciencias sociales deben, hoy por hoy, mezclar la Teórica y la Poética; estudiar y obrar, abandonar el reposo de las ideas puras, y salir con ellas a media calle. Sólo así podremos salvarnos.

Congreso de Ciencias Sociales convocado por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. *México, julio, 1941*

XI. VALOR DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA *

EL PANORAMA de nuestras literaturas no es fácil de abarcar. Los manuales de que disponemos, entre los cuales cuentan algunos beneméritos libros extranjeros, no han logrado contentarnos del todo. Carecen de perspectiva y sentido de las jerarquías en el mejor de los casos. En el peor de los casos, su información es defectuosa y trazan cuadros arbitrarios. La buena doctrina y la buena documentación andan dispersas entre veinte o más monografías relativas a un país o a un género determinados. Y todavía cuando se llegara al apetecible manual hispanoamericano, faltaría conjugarlo convenientemente con el manual español, dando a la literatura de nuestra lengua una organización de conjunto.

Por eso, para el que de veras desee conocernos, el mejor camino es acudir a las fuentes, al trato directo con nuestras obras fundamentales. Después de todo, los esquemas históricos sólo recogen la sombra del fenómeno literario y nunca podrían sustituirlo. Si es una verdad general que el conocimiento de una literatura no puede comunicarse de modo automático, como en extractos de vitaminas, sino en alimentos vivos que han de pasar por el paladar, o en suma, por la conciencia del lector, esta verdad general se agudiza para nuestra América, por lo mismo que el panorama, la guía, el organismo crítico total está todavía en elaboración.

Por suerte toda literatura admite el ser estudiada en torno a unos cuantos nombres eminentes, los cuales sirven de puntos de concentración o puntos de arranque a las cohortes, las generaciones, las pléyades. En el caso de Hispanoamérica, por ejemplo, se disciernen, dentro de la gran familia, unos cinco grupos lingüísticos y, cuando menos, otras tantas zonas de matiz literario característico. Cada grupo, cada zona, tie-

* Inauguración de los programas de Literatura Hispanoamericana en la Radio-Escuela del Columbia Broadcasting System, bajo los auspicios de la Secretaría de Educación Pública, Palacio de Bellas Artes, México, 15 de agosto de 1941. *La Prensa*, Buenos Aires, 12-X-1941.

ne sus héroes, sus inventores o intérpretes máximos; y junto a ellos, sus coros de propagación o de precipitación. Pues bien: para un primer contacto, bastaría con mostrar las páginas culminantes de estas grandes figuras, sumariamente comentadas. Los educadores que logren realizarlo y ofrecer así a los pueblos amigos las coordenadas de nuestro mapa, habrán prestado un servicio eminente a la causa de las Américas, que hoy se confunde con la esperanza humana.

La literatura, en efecto, no es una actividad de adorno, sino la expresión más completa del hombre. Todas las demás expresiones se refieren al hombre en cuanto es especialista de alguna actividad singular. Sólo la literatura expresa al hombre en cuanto es hombre, sin distingo ni calificación alguna. No hay mejor espejo del hombre. No hay vía más directa para que los pueblos se entiendan y se conozcan entre sí, que esta concepción del mundo manifestada en las letras. Tal es el sentido, tal es el alcance de los programas literarios de radio que ahora se inauguran.

Pero estos programas no podrán realizar sus fines si se entregan a la audacia de quienes no se hayan familiarizado largamente con nuestros hábitos mentales y con nuestra tradición escrita. Si es ya un pecado contra el espíritu que el simple turista se atreva a generalizaciones y juicios sociológicos sobre nuestros pueblos, tras un raudo viaje de ocho días, cortado por breves estancias en posadas u hoteles donde solamente llegan los ecos estilizados y convencionales de nuestra vida; sin siquiera conocer nuestra lengua y sin haberse preocupado de adquirir antes una preparación suficiente —lo que limita este género de relatos a la modesta proporción de un recuerdo de familia, de cuyo seno nunca debieran salir—, mayor pecado sería entregar la exposición de programas sobre nuestra cultura a los practicones sin criterio; y máxime a través del radio, donde la inmensa difusión aumenta el concepto de la responsabilidad.

En el estado actual de las cosas, sólo las autoridades reconocidas, los críticos eminentes de nuestros propios países pueden correctamente encargarse de semejantes programas. Algunos extranjeros nos conocen y entienden: aun ellos, sólo podrían ser acompañantes y asesores en esta obra de educa-

ción, pero ninguno de ellos podría dirigirla a satisfacción de nuestros públicos que, bueno es saberlo, son exigentes.

Este problema, como todo problema de cambio, se divide en dos: una oferta y una demanda. Me referiré primero a la oferta y luego a la demanda; me enfrentaré primero con los propios, y luego con los extraños.

¿Cómo se ofrecen al extranjero nuestras literaturas? Los iberoamericanos que han frecuentado otros medios literarios saben bien que el verdadero obstáculo para que los extranjeros se informen sobre nuestra América está en los libros. No quiero decir una paradoja, me explicaré. Por una parte, el obstáculo está en la falta de guías generales, como ya lo he dicho; y por otra, como consecuencia de lo anterior, en la superabundancia de libros inútiles o sólo en parte aprovechables con que queremos anonadar al que desea documentarse.

¿Cómo pretender que un lector o un escritor extranjeros, que encuentran en su propio ambiente los elementos de su formación espiritual acostumbrada y el estímulo acostumbrado de su vida mental, se den tiempo todavía, cuando sienten el deseo de conocer nuestros países, para leerse los sesenta o cien volúmenes de nuestras colecciones de clásicos nacionales? Tiene sus clásicos América, y ellos debieran estar en la memoria de todos. Pero en las recopilaciones particulares andan confundidos muchos otros que no lo son, aun cuando puedan poseer indiscutible valor casero. ¿Qué pueden, por ejemplo, importar al mundo todos esos libros que, en el mejor supuesto, sólo merecen llamarse "materiales para la historia"? Todo esto es asunto de especialistas, de investigadores, de quienes esta vez no tratamos. Al mundo no debemos mostrar canteras y sillares, sino a ser posible edificios ya construidos. De lo contrario tendremos que resignarnos a ser mal entendidos; o a que los extraños nos hagan el edificio conforme a perspectivas desviadas; o lo que es peor, a que este edificio pretendan levantarlo los supernumerarios de las culturas extranjeras, los que no encuentran ya cabida dentro de su propio terreno literario, como ha ocurrido algunas veces.

El fárrago, el fárrago es lo que nos mata. Cuidémosle a

nuestra América la silueta; pongámosla a régimen; depurémosla de adiposidades. Todos estamos convencidos de que ha llegado para nuestra América el momento de dar, en el mundo del espíritu, algo como un gran golpe de Estado. Conviene, pues, que estemos ágiles y bien entrenados. Yo no recomendaría en los seminarios y gimnasios otro ejercicio que el despojar la tradición.

Pues no todo lo que ha existido debe conservarse, por la sencilla razón de que, como todo tiene sus efectos, hay masas enteras de hechos y actividades que han quedado del todo resumidas, vaciadas, aprovechadas en un resultado compendioso. Y este resultado viene a ser entonces lo único que establece tradición; es decir, lo que crea una porción viva a lo largo del ser histórico que somos. A los americanos de hoy, la posteridad ha de juzgarnos por el mayor o menor acierto con que hayamos dado en esos pulsos, en esos puntos latientes de nuestra existencia.

Ya hemos abierto los ojos; ya no nos dejamos adormecer con letanías de la rutina y con enumeraciones mecánicas de grandes hombres. Nuestros manuales históricos ofrecen una verdadera superabundancia de padres de la patria; nuestros manuales literarios, una superabundancia de padres del alfabeto y desbravadores del arisco potro del espíritu. Hay que jardinar esta maleza; hay que someter a geometría y a razón tanto plano desordenado. Los extranjeros nos ponen en un grave apremio cuando nos piden los seis o diez libros indispensables para conocer nuestro país.

Estas y otras reflexiones parecidas me empujaron, hace unos diez años, a convocar voluntades, desde una revista personal, para emprender lo que me pareció justo llamar "el aseo de América". Propuse entonces la creación, en cada una de nuestras Repúblicas, de una colección representativa, una Biblioteca Mínima (la B. M.), que se ofreciera al viajero y al escritor no especialista; que pudiera consultarse en las Direcciones del Turismo, en las sedes diplomáticas y consulares; que los comisionados oficiales llevaran siempre consigo en su equipaje; que se obsequiara a las bibliotecas extranjeras, a los clubes, a las escuelas de los países amigos; que formara parte de nuestros programas primarios como

capítulo de educación cívica. La B. M. sería nuestro pasaporte por el mundo, nuestra moneda espiritual.

Soñaba yo con que un gran editor prohijara la idea; y de antemano aconsejaba el defenderse contra el afán de lucro o contra la desmedida afición erudita que, multiplicando los entes sin necesidad, resultarían aquí en una agitación tan estéril como la pereza, pues la B. M. original iría soltando colas y apéndices hasta desvirtuarse del todo. Y concluía con estas palabras: "Ningún esfuerzo más digno de la inteligencia que aquel que se traza de antemano sus límites. Hay sacrificio en ello, sin duda; pero también sacrificamos algo de la generosidad natural en eso de uñas y cabellos, y no los dejamos crecer como ellos quieren. Todo por el aseo de América: ésta sea nuestra divisa." (*Monterrey*, Río de Janeiro, diciembre de 1931.)

Recibí preciosas comunicaciones de varios países, índices posibles de las distintas B. M. nacionales. Y hoy contamos con la excelente Biblioteca de Cultura Peruana, en trece pequeños volúmenes, de Ventura García Calderón, que sin duda persigue nuestros mismos propósitos y que pudiera servir de ejemplo a otras Repúblicas. En cuanto a monografías históricas de literaturas particulares, tras el intento interrumpido de la *Revue Hispanique*, ha comenzado a aparecer la serie del Instituto de Cultura Latinoamericana de Buenos Aires, y pronto aparecerá otra en México.

Enfrentémonos ahora con la demanda. El interés por nuestras literaturas, ¿es sólo un interés accidental de la hora que atravesamos, o debe ser entendido como un interés humano permanente? Si sólo fuese lo primero, ya sería bastante atendible; pero, además, es lo segundo. Veamos de explicarlo.

Las literaturas hispanas, de Europa y de América, no representan una mera curiosidad, sino que son parte esencial en el acervo de la cultura humana. El que las ignora, ignora por lo menos lo suficiente para no entender en su plenitud las posibilidades del espíritu; lo suficiente para que su imagen del mundo sea una horrible mutilación. Hasta es excusable pasar por alto algunas zonas europeas que no pertenecen al concepto goethiano de la Literatura Mundial. Pero pasar

por alto la literatura hispánica es inexcusable. El que la ignora está fuera de la cultura.

Por lo que a España se refiere, no es necesario remontarse hasta las cimas del genio; ni siquiera hace falta recordar que la imaginación de Cervantes ha dominado el pensamiento. No: la literatura española, en su acarreo total, ha creado formas mentales y formas de expresión sin las cuales sería inexplicable la historia literaria en conjunto, y el proceso que conduce hasta la hora presente carecería de algunas articulaciones indispensables. El romance viejo español es, en su género, una creación artística tan excelsa como los coros de la tragedia helénica. Y sin la comedia del Siglo de Oro o sin la novela picaresca, el panorama de las letras europeas se deshace como una tela sin mallas.

La interpretación hispánica de la vida es una función integrante en el descubrimiento de la realidad por la mente. A tal punto que quien nunca se ha asomado a ella —sea un hombre o sea un pueblo— hace figura de arribista en la especie, de insolente recién llegado, cuya sensibilidad está todavía cruda y no se ha dorado en el fuego de la experiencia, no ha alcanzado aún la saturación de ingredientes que le comunique el sabor humano pleno y cabal.

Los pueblos hispánicos poseen una perspicacia singular para descubrir esta condición de crudeza y de inexperiencia. Desde lejos ventean al bárbaro. Esto suelen ignorarlo los extranjeros, y es bueno y útil y hasta es piadoso que se les diga. Los pueblos hispánicos, además, son lo bastante conscientes para no dejarse nunca aturdir por otras grandezas que no sean las de la verdadera afinación del espíritu. Admiran al que llamaba Gracián "el hombre en su punto", y la masa humana sin cocción y sin condimento les parece nada más materia prima, sin derecho a mayor estimación que aquella que la materia prima merece.

Hasta aquí sólo he tomado en consideración, por lo que se refiere a la demanda, a España y no a las Américas. La orgullosa declaración que hago respecto a España, ¿es igualmente aplicable a las Américas? Sin duda que sí.

Por lo que respecta a la concepcción del mundo, el sentimiento hispánico, al derramarse sobre América en onda co-

lonizadora, fue sometido a un debate heroico, a una crisis suprema de transporte hacia un medio nuevo y de injerto con elementos exóticos. En suma, ha sido castigado en una prueba de vitalidad. El estudio y conocimiento de esta magna experiencia de resultado positivo para la historia, mal podría ser indiferente a la integración de la cultura. España no ha hecho solamente colonias ni se quedó en protectorados de explotación, como otros pueblos imperiales que todavía no maduran su ciclo hasta llegar al desprendimiento del fruto, sino que hizo gérmenes de naciones nuevas que ya salieron a la autonomía política y a la mayoría suficiente. La única experiencia comparable por estar ya acabada, la de Roma, resulta estrecha junto a ésta: su derrame fue menor en el espacio, menor en la audacia, menor en la creación de un patrimonio cultural definido.

Por lo que respecta a la sola literatura, hay que analizar de cerca el fenómeno. Nuestra América no ha producido *todavía* un Dante, un Shakespeare, un Cervantes, un Goethe. Nuestra literatura, como conjunto, ofrece un aspecto de improvisación y también de cosa incompleta. No nos detengamos a saber por qué. Preguntémonos simplemente si puede una literatura en tal estado aspirar a ser indispensable en el cuadro de la cultura humana. No dudamos en afirmarlo.

Hay culturas que, por su misma orientación eminentemente espiritual, pueden vivir entre la incomodidad, el sobresalto y la pobreza, que a otros pueblos —no dotados de semejante orientación— los habrían atajado en su camino y aun los habrían conducido rápidamente a la barbarie. Nuestra organización social deficiente obliga al literato a ser, ante todo, un hombre como los demás, en lucha con los contratiempos, y sólo escritor a ratos perdidos. No hay alojamiento reservado para él; vive a la intemperie, sin poder especializarse del todo. Y si nuestra cultura ha logrado, no sólo sobrenadar, sino adelantar visiblemente por entre vicisitudes semejantes, el resultado de la prueba por la negativa es tanto más honroso, y el conocimiento y estudio de esta magna experiencia tampoco aquí podría ser indiferente a la integración de la cultura.

Nuestras escuelas y universidades son pobres, nuestras bi-

bliotecas desorganizadas, nuestros recursos editoriales, casi primitivos, irrisoria nuestra compensación para los trabajadores del espíritu. A pesar de eso, la cultura atmosférica que en nuestras repúblicas se respira es, por término medio, superior a la que encontramos en países más afortunados. Nuestros jóvenes graduados salen de las casas de estudios a ganarse la vida porque no les queda otro remedio; pero han acabado generalmente su carrera pensando en que ella sea un medio de sustento. Entregados a su inclinación natural, preferirían la vida de creación pura, intelectual, o preferirían la acción heroica. "Tierras de poetas y generales", decía Rubén Darío. Y ya el Mariscal Pilsudski observaba profundamente que no hay dos temperamentos más afines que el de la acción y el de la poesía. Entiéndase por acción la creación, no la repetición: el oficio del artista, no el del artesano.

Hay, por acá entre nosotros, una herencia acumulada, impresa en los estratos del alma, que hace hasta del analfabeto un hombre evolucionado por la sola sensibilidad. En el modo de dar los buenos días de un castellano viejo, como de un gaucho argentino o de un ranchero mexicano; en el solo continente y en la mirada de nuestros desiertos campesinos, aunque a veces apenas sepan deletrear, hay varios siglos de civilización en compendio. Los extranjeros deben percatarse de que el hombre hispanoamericano los sopesa y los juzga desde que les echa encima los ojos.

Hemos carecido de eso que se llama las técnicas. Somos los primeros en lamentarlo y en desear corregir las deficiencias que la fatalidad, y no la inferioridad, nos ha impuesto. Pero podemos afirmar con orgullo que hasta hoy nuestros pueblos sólo han conocido y practicado una técnica: el talento.

Hay más aún. El que a ciertos valores sumos de nuestras letras no se haya concedido hasta hoy categoría internacional es triste consecuencia del decaimiento político de la lengua española, no de que tales valores sean secundarios. Tanto peor para quienes lo ignoran: Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Sierra, Rodó, Lugones, pueden hombrearse en su línea con los escritores de cualquier país que hayan merecido la fama

universal, a veces simplemente por ir transportados en una literatura a la moda. Y entre los centenares que dejo de nombrar, hay obras aisladas que podría envidiar cualquier literatura.

No es eso todo. La experiencia de nuestra cultura tiene un valor de porvenir, que asume en estos instantes una importancia única. Hemos llegado a la vida autónoma cuando ya nuestra lengua no dominaba el mundo. Los que se criaron dentro de un orbe cultural en auge, o siquiera dentro de una lengua que aún sostenía su fuerza imperial, por eso mismo han vivido limitados dentro de ese orbe o de esa cultura. Nosotros, en cambio, hemos tenido que buscar la figura del universo juntando especies dispersas en todas las lenguas y en todos los países. Somos una raza de síntesis humana. Somos el verdadero saldo histórico. Todo lo que el mundo haga mañana tendrá que contar con nuestro saldo.

En cuanto a lo que significa la América hispana como personaje en el diálogo de los intereses materiales y comerciales del Continente, ello es tan obvio que no vale la pena de detenerse a subrayarlo.

En resumen: no somos una lengua muerta para entretenimiento de especialistas. El orbe hispano nunca se vino abajo, ni siquiera a la caída del imperio español, sino que se ha multiplicado en numerosas facetas de ensanches todavía insospechados. Nuestra lengua y nuestra cultura están en marcha, y en ellas van transportadas algunas simientes de porvenir. No somos una curiosidad para aficionados, sino una porción integrante y necesaria del pensamiento universal. No somos pueblos en estado de candor, que se deslumbren fácilmente con los instrumentos externos de que se acompaña la cultura, sino pueblos que heredan una vieja civilización y exigen la excelencia misma de la cultura. Nos importa más el resultado inteligente de todo trabajo que el método con que se lo realice, y nos reímos del método cuando el resultado es mezquino. Las papeletas bien clasificadas nos dejan fríos cuando el libro pára en una sandez.

No nos sentimos inferiores a nadie, sino hombres en pleno disfrute de capacidades equivalentes a las que se cotizan en plaza. Y por lo mismo que han sido muy amargos nuestros

sufrimientos; y por lo mismo que hoy nos defraudan los maestros que nos enseñaron a confiar en el bien, recibimos con los brazos abiertos, y con la conciencia cabal de nuestros actos, al que se nos acerca con una palabra sincera de entendimiento, de armonía y de concordia. Nuestro júbilo es grande cuando esa palabra nos viene de la gente que ha hecho del respeto humano su actual bandera.

México, agosto de 1941.

XII. SIGNIFICADO Y ACTUALIDAD DE "VIRGIN SPAIN" *

1. Base estética

Cuando Waldo Frank confiesa que su obra *Virgin Spain* es una Historia Sinfónica, nos da a la vez la mejor interpretación de su libro y la clave de su temperamento artístico. Hay dos concepciones fundamentales del fenómeno literario. La una, de funestas consecuencias para la estética y que produjo las peores aberraciones del "retratismo", procede del poeta Platón: tal es la comparación de la poesía con la pintura que, al situar violentamente la poesía en el orden óptico o especial, acaba por declararla una decadencia de la realidad en tercer grado. Y esto, tras de haber exaltado a la poesía como una manifestación directa de Dios, casualmente precipitada en el corazón de cualquiera de los mortales, así sea el insignificante Tínico. La otra concepción procede de Aristóteles, el no poeta, quien se acerca mucho más a la verdad al situar la poesía, junto a la música, en el orden temporal o acústico.

Platón, que por una parte es el mejor exégeta de la inspiración, olvida su admirable justificación del "furor poético", y degrada al poeta por debajo del zapatero. Aristóteles, que ni siquiera se ocupa de la génesis artística ni de la belleza, sino que las presupone, para darse a la disección de la poesía entendida como producto exterior y ya hecho, apenas en algún rincón de su Poética advierte que algunos trágicos no necesitan crear sus caracteres mediante la observación de la realidad, sino que los engendran por inmersión intuitiva. En un caso, hay un momentáneo y lamentable olvido de la esencia de la poesía, tanto más injustificado cuanto que Platón era el más dotado de los hombres para definir tal esencia, según lo demuestra en otros pasajes. En el segundo

* *Cuadernos Americanos*, México, núm. 1, I a II, 1942. La versión inglesa en prólogo de la 2ª edición de W. Frank, *Virgin Spain*, Nueva York, Duell, Sloan and Pearce, 1942.

caso, hay una desatención manifiesta para la esencia de la poesía, un propósito consciente y expreso de dejarla de lado; bien que justificado pragmáticamente desde el momento en que Aristóteles sólo ofrece la descripción de las partes o fases genéricas que integran el poema trágico, y a lo sumo, también de su función catártica sobre el público. Pero tanto allá como acá, la teoría de la inspiración queda fuera del fenómeno poético, y no llega a ser conciliada ni con la tesis de la poesía-pintura, ni con la tesis de la poesía-música.

Ahora bien, por falta de esa conciliación, la tesis de la poesía-música queda incompleta; y el famoso "animal perfecto" que era el poema resulta un animal muerto, partido en miembros sobre la mesa anatómica. La poesía aparece emparentada con la música como una serie de sonidos lineales, pero no como un flujo vital en curso; y otra vez tropezamos, por inesperado camino, con aquella incapacidad para comprender el movimiento, con aquel empeño de reducirlo a puntos estáticos. Lo cual hacía caer a los antiguos filósofos en la trampa de "Aquiles y la tortuga", por confusión entre la marcha y su trayectoria sobre el suelo. La insistencia en la dinámica vital, en la inspiración, hubiera demostrado fácilmente que el parentesco entre poesía y música no es simple metáfora de lo sucesivo, sino también una expresión directa de lo simultáneo. Pues sólo hay simultaneidad donde hay movimiento. Y la poesía, como la música, en sus crecimientos interiores y yuxtaposiciones de motivos, no sólo es sucesión de notas, sino que además es melodía; no sólo es melodía, sino que además es "sinfonía", integración de acordes y unidades instantáneas, ironía contra el perecer del tiempo; y así, la poesía deja en la conciencia un sabor de perennidad, de totalidad viva y presente a la vez en todas sus partes.

Así como la sinfonía se desarrolla en el tiempo para recogerse en una unidad anímica, así la *Virgin Spain* de Waldo Frank se tiende sobre el tiempo, en cuanto es "historia", para reintegrarse toda en el instante poético, en cuanto es "sinfonía". Y la cinta que va del Sahara a Vizcaya se recompone en un grande acorde: las posibilidades de la confianza humana, la fe en la humana virtud.

2. Sentido del viaje

En un discurso de Buenos Aires, oí también confesar a Waldo Frank el propósito fundamentalmente poético de su obra: si estudia, si analiza, si examina los rasgos dispersos de la realidad humana, es porque quiere integrarlos, recomponerlos; en suma, "hacerlos", que es —como explica Juan Bautista Vico— "entenderlos": ¡"Poíesis" pura! No de otro modo, por el estímulo de completar las "configuraciones" mentales, explican los especialistas el milagro del descubrimiento y del invento. El objeto de esta generosa reconstrucción humana es esclarecer y definir el propio punto de vista; en el caso: esclarecer a América. Los escritores de esta generación americana —Waldo y yo somos contemporáneos estrictos— nunca nos hemos resignado, ni en uno ni en otro lado de la frontera lingüística, a considerar el mundo americano como un acaso de la historia y de la geografía, sino que le hemos encontrado un sentido en cierto modo profético. Lo hemos visto con una aspiración en los destinos de la sensibilidad y la cultura; aspiración prefigurada ya en la fantasía de los humanistas, los poetas y los navegantes desde antes del Descubrimiento, y proyectada hacia el futuro como una promesa de síntesis mejor, como sueño de una tierra más propicia para la familia de Adán. Y éste es, en efecto, el sentido del viaje espiritual de Waldo Frank.

Por todas partes ha ido juntando los haces diseminados de la Utopía. Necesitaba, claro está, comenzar por su propio país. Pero para entender su América del Norte, era indispensable someterla al único lenguaje intelectual de la época: a Europa. Tomó, pues, a Europa por sus zonas sensibles de confrontación —Alemania y Francia—, cuidándose de filtrar, en cada caso particular, la posible utilidad americana. Pudo, así, volver los ojos a su propio pueblo con una disciplina crítica ya madura, que se revela en ensayos y novelas.

Y habiendo comprendido entonces que a América no le importa tanto lo que ya es como lo que puede ser todavía, buscó en España los pulsos virginales de esta voluntad de futuro, de este querer no agotado todavía por las vicisitudes históricas, de esta aspiración trascendente. La aplicación visible, palpable, de semejante trascender vino entonces a dár-

sela una nueva confrontación con América, lo que redundó en un redescubrimiento de América; y la misma América Hispana le entregó sus secretos, porque no la visitaba en su superficie exterior, sino en su intimidad genética, gracias al previo entendimiento de España.

Ignoro si el mismo Waldo Frank se da cuenta de la coherencia, de la homogeneidad de destino artístico que hay en el proceso de su obra y sus viajes. Ello es que ha venido a ser, gracias a este bien trazado destino, uno de los personajes trágicos más eminentes en el diálogo de las Américas. ¡Grande orgullo para los que, en cierto modo, hemos tenido la suerte de llevarle la réplica y de acompañarlo un poco en sus etapas!

3. Encuentros anecdóticos

A esta modesta función de deuterogonista quiso Waldo Frank referirse al dedicarnos su *Primer mensaje a la América Hispana,* en que generosamente recoge el recuerdo de nuestra primera entrevista. Hoy, al correr los años, me parece que nuestros sucesivos encuentros, fundidos también en una sinfonía de amistad, han ido cobrando para ambos un significado imperioso, al menos en nuestra concepción de los destinos americanos. Y por eso, y porque no quiero dar a mis palabras la frialdad de un comentario crítico, sino el calor de un mensaje de respuesta, de una manifestación de concordia humana mucho más extensa que la mera relación literaria que le sirve de pretexto, me atrevo a descubrir el velo de las memorias personales.

Era en Madrid, por 1924, cuando se fraguaba el libro *Virgin Spain.* Natural que, viendo a Waldo tan interesado en España —lo que ya era para mí de muy buen augurio—, se me ocurriera decirle: "No olvides que España es el camino para nuestra América." El salto directo entre las dos Américas parecía entonces un atletismo difícil. ¡Cuánto hemos ganado desde entonces! Más tarde, nos hemos encontrado en casi todas nuestras "residencias en la tierra", en el Antiguo y el Nuevo Mundo. Nuestra amistad tiene varios actos, cada uno en una ciudad distinta.

El primer acto, como he dicho, acontece en Madrid.

Waldo traía para mí una carta del pintor Ángel Zárraga, que vivía en París. A mí me pareció natural esta asociación entre dos hombres que tienen cierta afinidad: la intención pura de la vida, el aire juvenil, esa manera apenas definible de ser valientes sin perder la dulzura, la fraternidad de su mirada y su mano abierta. Diez años antes yo había llegado a Madrid con Ángel Zárraga, y éste me había hecho cesión de sus amigos. Desde entonces le debo algunas de mis amistades más preciosas, y singularmente la de Enrique Díez-Canedo. De aquel primer encuentro resultó una misiva de Waldo Frank para los escritores mexicanos, que yo traje personalmente y que fue el inicio de sus relaciones con la América Hispana.

El segundo acto fue en Nueva York, a principios de octubre del propio año. Waldo Frank me condujo a una terracita, en casa de unos editores, pequeña isla de conversaciones literarias, sumergida en un verdadero circo de paredes altísimas, negras y melancólicas. Y hablamos de nuestro tema ya predilecto: de nuestra España y nuestras Américas.

El tercer acto fue en París, acaso en un cuarto de hotel. Nuestra amistad había crecido en la ausencia corriendo como un Guadiana subterráneo. Forjamos planes sobre el mejor entendimiento mutuo entre nuestros respectivos compañeros literarios. El sueño de dos escritores resulta ahora una indiscutible necesidad humana.

La primera vez, yo estaba para salir de España. La segunda, yo iba de paso para Europa. La tercera, regresaba yo a México. Hasta ahora, habíamos charlado siempre entre maletas, instantes de viaje en que toda conversación se parece tanto a un testamento, a una última voluntad. Por eso mismo, nos apresuramos a decírnoslo todo y a ser sinceros. Cada encuentro fue un nuevo pacto. Nos acercaban viejos impulsos de cordialidad humana, y la fe en el sentido propio de América. Nos acercaba esa misteriosa implantación en la cifra del tiempo, superstición de que he hecho siempre mucho caso: ambos somos del 1889. Cedo la palabra a los astrólogos.

Yo no estoy ahora en servicio activo, y es bueno que algún día se diga lo que hacían dos hombres de buena voluntad, sin acuerdo de las Cancillerías. Un día, la discusión

de arduos intereses internacionales se volvió desapacible y amarga. Yo telegrafié a Waldo Frank, de París a Berlín: "Habla, amigo mío, en nombre de nuestros comunes ideales." Waldo Frank me contestó una carta que conservo con emoción: "Carezco aún de autoridad —decía más o menos— para mezclarme en negocios que desconozco. Pero confía en mí. Si yo me he aproximado a España, es porque quiero entrar en la América Hispana por el camino real de la historia." Y lo ha cumplido. Aprendió español. Estuvo en México. Fue hasta la Argentina.

Y aquí comienza el cuarto acto. Yo, que estaba en Buenos Aires, fui hasta Montevideo a recibirlo. Y juntos, a bordo del "Voltaire", llegamos a la gran capital porteña, contemplando las fulvas aguas arcillosas del Plata, haciendo recuerdos y augurios, y sacando el cómputo cabalístico de todos los signos y coincidencias providenciales que acompañaron siempre a nuestra amistad, y que nosotros deseábamos ver como un símbolo de las amistades americanas.

Este cuarto acto me parece todo resumido en una escena casi campestre: el almuerzo en aquella tranquila morada de Vicente López, donde Waldo se había refugiado a escribir una novela, y donde me ofreció las mejores y más frescas legumbres de que tengo recuerdo: propia mesa del justo, que hacía venir a mi memoria aquellos tercetos de oro de la *Epístola moral:*

> Donde no dejarás la mesa ayuno,
> cuando te falte en ella el pece raro,
> o cuando su pavón nos niegue Juno.

Su obra en Buenos Aires —como antes en México, en Chile, en Bolivia, en el Perú o en Cuba— fue toda de excitación cordial. Waldo Frank demostraba, andando, la posibilidad de una "inteligencia americana", mucho más allá de todas las ramplonerías de la política. Daba precisión a esa inquietud que todos sentíamos por lograr que nuestra América llegara a ser lo que debe ser. Nos provocaba a una cofradía del deber americano y nos hacía sentirnos hermanos. Abrir la esperanza: ésta era su incumbencia.

Gabriela Mistral dividía una vez a los maestros en maestros de facilidades y maestros de dificultades, todos de la

misma dignidad. Waldo Frank venía a ser un maestro de facilidades, que desbrozaba los caminos a golpes de hacha —o de intuición— para que, tras él, los maestros de dificultades, los críticos de las carreteras, las calcen y cimenten como conviene. Pues cada uno debe buscar a América dentro de su corazón con una sinceridad severa, en vez de tumbarse paradisiacamente a esperar que el fruto caiga solo del árbol. América no será mejor mientras los americanos no sean mejores. Nadie pretenda arreglarlo todo con las Leyes del buen querer, los Manifiestos de la arrogancia o los Gremios de la discolería, que eso es perder el centro de gravedad. El bien no vendrá a llamar a nuestra puerta, como la fortuna en Horacio, mientras estamos durmiendo. Tiene que salir de lo privado a lo público, de lo individual a lo colectivo, de los pocos a los más.

Waldo Frank no quiso esperar: fue a la montaña. Pronto publicó su *Primer mensaje*, y todas nuestras juventudes estuvieron de acuerdo en que los viajes y conferencias de Waldo Frank —humanista trashumante como aquellos del Renacimiento— representaban un paso efectivo hacia la realización de esa América potencial: ésa en que esperamos que la raza humana goce y disfrute íntegramente la misma luz de alegría y belleza. América aparece allí como el terreno más propicio para heredar y fundir las culturas anteriores, en un sentido de universalidad hasta hoy no alcanzado. En procurarlo está la norma evidente de nuestra conducta.

4. Obra americana

La influencia de tal predicción, robustecida en el reciente viaje a México de Waldo Frank —donde aconteció el quinto acto de nuestra amistad, cuando ya el mundo estaba nublado, sin nublar por eso nuestra esperanza—, sólo se ha detenido ante aquellos que, muy atareados todavía en aderezar y acicalar el utensilio técnico, aún no tienen tiempo ni experiencia para preocuparse por los resultados humanos de toda obra de pensamiento: en suma, ante ciertos estados de adolescencia estética y estetista. También puede ser que se haya detenido ante otra categoría de espíritus: los eméritos del Especialis-

mo, los fatigados de pulir cabezas de alfiler, que no pueden ya recobrar el sentido de las proporciones generales, el valor de lo universal. Y acaso también, ante otra casta menos noble: los que piensan que la capacidad humana tiene un estrecho límite, y que ese límite ha sido ya alcanzado.

La obra americana de Waldo Frank, a la vez que de artista —título que él alega con tanto derecho—, tiene que resultar una obra de moralista. Necesariamente, divide a los hombres en dos bandos. Prescindiendo de los casos abyectos, hay hombres que se sienten predestinados para servir al concepto puro, y creen rebajar su pensamiento si escuchan el rumor de la calle: los "clérigos" en el peor sentido del término, y no como lo ha entendido Julien Benda. Los hay, por otro lado, que se creen nacidos para algo que confusamente llaman la acción, y éstos —los "laicos" en el más bajo sentido— se creen autorizados a no tomar en serio al poeta. El divorcio entre la teórica y la práctica es gran pecado, y es lo que está purgando el mundo. Afortunadamente, todos somos cerebro y manos, y participamos a la vez de ambas naturalezas. Pensar y obrar son cosas sólo gramaticalmente distintas; separarlas en el orden humano es perder el tiempo en separar voces flatas. La verdadera traición contra la especie está en entregar la suerte del mundo a los ignorantes y a los violentos. Esta abstención de los mejores es causa de la osadía de los peores, que hoy por hoy hacen su fiesta de sangre. No es menester que, por darles gusto, "tomemos partido" al modo como ellos lo entienden. Nuestro partido está ya tomado: es el de la probidad espiritual, el de la verdad. Y ese honor tan grande nos trae desvelados y anhelantes, y no nos permite entregarnos a la "onfaloscopia". Negarse a bajar con la verdad a la calle es tanto como desconfiar de la verdad.

Todo esto nos hace pensar el *Primer mensaje,* y quedamos emplazados para el ya urgente Segundo mensaje, en que Waldo Frank recoja sus experiencias ulteriores, y dé respuesta a las objeciones que América le haya ido proponiendo. En este Segundo mensaje, Waldo Frank tendrá ya que operar como maestro de dificultades. ¡Atención, Waldo, porque hay por el cielo de América un desconcierto de doctrinas y dogmas, nube en que van tronando juntos todo el bien y el

mal! Waldo Frank sabe muy bien que, entre las agitaciones del alumbramiento, nuestras juventudes se apresuran desordenadamente hacia la belleza y pasan por tránsitos de fealdad: escepticismo, autonegación y rudeza. A veces, aun parece que los fascina la Fuerza Oscura. Pero yo confío en que el periplo americano de Waldo Frank será la historia de una fe que crece con la pugna y se nutre con el obstáculo.

Y le agradezco que haya querido arrastrarme en este viaje hacia la mejor América, y al ver mi nombre en la dedicatoria de su *Mensaje* y ahora en el proemio de *Virgin Spain*, me pregunto algo confundido si no haré la figura de la mosca que decía, desde el testuz del buey: "Andamos arando."

5. La verdadera España

"Malos mestureros" —como dice el Cid— perturbaron a España, a nuestra España, que ha llegado a ser el nombre de una esperanza humana. Bajo la metralla y la sangre, España esconde todavía sus virtudes primaverales. Por eso es tiempo de resucitar el libro *Virgin Spain*, respuesta a las hienas y a los sedientos de malas noticias. Este libro viene a decirnos: "¡Buena noticia! ¡España renacerá Inmaculada!"

¿No la había deshecho ya y enterrado en vida la llamada "leyenda negra", desquite del resentimiento contra su antiguo dominio imperial? Y lo singular es que, cuando este antiguo dominio acabó de venirse abajo, de tal modo su ruina era necesaria y saludable, que no dejó en los vencidos el rencor de una derrota, ni en los vencedores la jactancia de la victoria. En España, la guerra de Cuba provocó una benéfica reacción: la efervescencia revisionista de la "generación del 98", antecedente inmediato de la Segunda República.

Porque una cosa es el sentido hispano de la vida —hasta hoy jamás derrotado, sino lanzado siempre a nuevos rumbos en busca de otras aventuras— y otra cosa es la configuración jurídica que se llama el Estado español, y que ha vivido secularmente en continuo vaivén de pérdidas y ganancias, como acontece con todos los Estados.

De todas suertes, la noción de la decadencia de España —confusión entre lo espiritual y lo constitucional— vino pe-

sando por varios lustros y ensombreciendo a los escritores españoles de nuestra época, que se preguntaban con angustia, sin duda porque aún no se asomaban a América o aún no tenían confianza en América: "¿En qué estriba la decadencia de España que los demás nos echan en cara? ¿Cuándo empezó y a qué se debe?" Y justo es decirlo: nuestra América, que estrenaba apenas la toga pretexta, y en quien todavía no maduraba la serenidad de su independencia política, contribuía no poco en la acusación y en el denuesto. La lucha, manifiesta o tácita, entre los indigenistas y los hispanistas de nuestra América se prolonga prácticamente por todo el siglo XIX, y todavía asoma bajo apariencias nuevas, como si la combinación de las especies espirituales se hubiera retrasado unos cuatro siglos respecto al mestizaje de sangres.

Sobre el tema de la decadencia de España ha caído un Iguazú, un Niágara de tinta. Algunos la situaban en la triste hora en que los Reyes Católicos, los reyes caseros, desgraciados en su descendencia, dejan el paso a monarquías exóticas. Otros, en su irónica amargura, llegaban a preguntarse si tal decadencia no coincidía con el nacimiento mismo de España. . .

Y es que el problema está mal planteado. Generalmente se considera que la balanza oscila durante los dos siglos en que reina la Casa de Austria, de modo que la primera mitad sería de grandeza —más bien por el arrastre adquirido— y la segunda de decadencia, prolongada hasta nuestros días. Ya Cánovas atribuía la decadencia a una desproporción quijotesca entre los medios y las pretensiones; otros, a la esterilidad de las tierras, antes juzgadas feraces y luego tan áridas, que el lector desprevenido se desconcierta al encontrar descripciones de la Castilla fértil en páginas de la Pardo Bazán. Otros atribuyeron el mal a la intolerancia religiosa, que sacrificó todo en aras del Catolicismo, con consecuencias tan deplorables para la riqueza nacional como la expulsión de los judíos en el siglo XV y la de los moriscos más tarde. Otros lo achacaron a las continuas guerras en que creen ver a España empeñada contra media Europa, sin considerar que aquellas expediciones profesionales de los príncipes no eran todavía luchas de pueblos. Otros lo atribuyen a la coloniza-

ción de América y la consiguiente despoblación de la Metrópoli. Otros, a la pecadora absorción del oro y la plata americanos, que llevó al abandono del trabajo y la industria y al consiguiente empobrecimiento del pueblo, hecha cuenta de las piraterías de los Draques de todos tiempos, que mermaban el tesoro de los galeones, y hecha cuenta de las sutiles succiones por la vía legítima del comercio. Así nuestro Ruiz de Alarcón se hace eco de semejantes quejas en pleno siglo XVII:

> ...con su "holanda", el extranjero
> saca de España el dinero
> para nuestros propios daños.
>
> (*La verdad sospechosa,* I, iii, 266-68.)

En todas estas consideraciones pesimistas hay, como hemos dicho, una confusión entre lo hispánico y el organismo político que hoy llamamos España. Pues tal organismo cuenta en la actualidad doscientos veintiséis años, ni más ni menos —suponiendo que lo actual sea lo mismo que dejó Alfonso XIII—, y dista mucho, desde el nacimiento de América, de ser la única promesa de lo hispano en el mundo. Comenzó, exactamente, tras una larga guerra de sucesión, en el reinado de Felipe V. Hasta entonces, sólo hubo en España un conglomerado de Estados independientes, aunque bajo un soberano común, los unos peninsulares y extrapeninsulares los otros, todos divididos por rivalidades y recelos. Así bajo Carlos V y bajo Felipe II y sus sucesores, hasta la muerte de Carlos II. El que los Reyes Católicos hayan realizado la unidad nacional es un modo de decir. El descubrimiento de América se hizo "por Castilla y por León", y a Aragón no se lo menciona ni por cortesía. El concepto actual de la unidad nacional sólo se populariza con la invasión napoleónica, que se llamó de modo elocuente "guerra de independencia". Es la primera vez en que todos los pueblos de la Península obran de común acuerdo y por una causa común. La confusión viene de mirar las cosas pasadas a la luz de las nociones recientes. Durante los dos siglos de la dinastía de los Austrias —aunque por sesenta años toda la Península estuvo reunida bajo un cetro— no hubo una España en el sentido jurídico que hoy entendemos. Aquel amasijo de pueblos

contaba, en el interior, con Castilla, Aragón, Portugal, Navarra, etc.; y en el exterior, con Flandes, Holanda, Zelanda, Sicilia, Nápoles, Milán, el Franco Condado, etcétera. ¿Qué decadencia puede significar para lo hispánico el que le fueran arrancando miembros tan artificial y violentamente atados? ¿Es que se piensa solamente en las colonias unidas bajo el poder de un monarca? Pues entonces habría que añadir al monstruo político los nombres de Alemania, bajo Carlos V, e Inglaterra, durante los breves años que Felipe II fue rey consorte. Y, en cambio, nadie repara en los accesos de Valencia, Aragón, Cataluña, por lo mismo que siguen formando parte del Estado español. Esta cuenta de partidas y contrapartidas es tan complicada como inútil para el entendimiento de lo hispano. Bajo Felipe II, por ejemplo, España "pierde" las Provincias Unidas, pero "adquiere" Portugal. Siguen las pérdidas bajo los otros dos Felipes, no sólo en Europa y en América, sino en la misma Península, como Portugal. Los desmedros territoriales continúan bajo Carlos II. Y por igual tenor se acostumbra seguir contando las pérdidas personales de los príncipes como si fueran otras tantas pérdidas para España: las de Felipe V por la Paz de Utrecht, y aun las recientes de Asia y América que, a la luz del derecho internacional, son completamente distintas.

Pero esta España adiposa y envenenada por cuerpos extraños, o por gérmenes que ya merecían la vida autónoma; esta España de los poderíos imperiales, sujeta a todas las vicisitudes casuales de los cuerpos colectivos, no es la nuestra, ni es de la que trata Waldo Frank. La nuestra no es ese cuerpo provisional, sino aquella alma perenne, la que encierra todavía fuerzas virginales: *The Soul of Spain*, como ya decía Havelock Ellis, uno de los pocos que se acercaron a ella con simpatía e inteligencia, y quien —dejando aparte sus títulos en las disciplinas psicológicas— se planta así en la tradición de Borrow y de Théophile Gautier y viene a ser un precursor fortuito de *Virgin Spain*.

En los Estados Unidos de América es ilustre la tradición de los amigos de España y de lo hispano, tradición que puede resumirse en Prescott y en Washington Irving, quienes encuentran su contrafigura en un buen entendedor de la Re-

pública del Norte, como sin duda lo fue don Juan Valera. Miguel de Unamuno, que entre sus recuerdos infantiles conservaba muy vivo el de cierto álbum con fotografías de los creadores de América, donde aparecían lado a lado Abraham Lincoln y Benito Juárez, solía decirme: "Si yo fuera joven, me iría a América." No pensaba Goethe de otro modo, y lo realizó simbólicamente a través de su Wilhelm Meister. Y si Unamuno hubiera sobrevivido, seguramente que a estas horas lo tendríamos ya en estas tierras, donde ahora se expande el alma de España. Después de su primer viaje a la Argentina, José Ortega y Gasset —que ya antes había declarado que América era el mayor honor y la mayor responsabilidad histórica de España— me confesó que le agradaría ser apodado "Ortega el Americano", como se dijo en la Antigüedad: "Escipión el Africano."

Volviendo ahora a Prescott y a Irving, acaso no se sabe lo suficiente que ambos, igualmente seducidos por lo hispano en la Península y en el Continente, se vieron en el trance honroso de competir a propósito de la historia de México. Irving había comenzado ya su obra cuando tuvo noticia de que Prescott emprendía un trabajo semejante, y se apresuró a cederle todos sus materiales: "Entiendo —le decía en una carta ejemplar— que no hago más que cumplir un deber, dejando que uno de los más espléndidos temas de la historia de América sea tratado por quien levantará con él un monumento imperecedero a la literatura de mi país." Y así fue, en efecto; pero es lástima que el cuentista de la Alhambra no haya continuado su libro, pues la distinta índole de uno y otro escritor hubiera hecho imposible la redundancia. En 1915, se descubrió el fragmento que Irving había ya redactado. En vez de la historia didáctica de Prescott —la mejor de cuantas se habían escrito hasta entonces, según lo reconocía en 1854 García Icazbalceta, maestro del humanismo mexicano—, Irving daba a nuestra historia el encanto de un cuento árabe, de un poema épico —que por cierto nos falta—, donde el fuego de la fantasía realza la interpretación de los hechos y nos presenta nuestras vetustas tradiciones como una aventura humana, temblorosa y profunda. ¡Oh, manes de Washington Irving! ¡Y pensar que el gran román-

tico andaba escaso de dinero cuando renunció a su proyecto, por deferencia para el autorizado Prescott!

6. La España Virgen

La nueva edición de esta Sinfonía Histórica aparece a su hora. España ya no es un fragmento de tierra, sino un jirón del alma humana. Su entendimiento permitió a Waldo Frank inaugurar el diálogo de la cordialidad americana. Insistir en las reservas de sonrisa y gravedad, de virilidad y de gracia, que nuestra España guarda todavía como tónico y bálsamo para los estragos del mundo, es atravesar con un rayo de sol la cerrazón de los horizontes actuales. ¡Bienvenida, *Virgin Spain!* Nuestra España es esperada como la novia: "Esforzadme, rodeadme de vasos de vino, cercadme de manzanas; que enferma estoy de amor." *

México, septiembre de 1941.

* Salomón, versión de Fray Luis de León.

XIII. PARA INAUGURAR LOS "CUADERNOS AMERICANOS" *

La cálida palabra de León Felipe ha evocado ya el fondo de emoción humana que informa el acto que hoy nos reúne. Al hacerlo así, lo ha expresado todo. Lo que ha dicho en nombre de la poesía no se contesta, porque la poesía no propone: impera. Y aun cuesta trabajo contestarle, desde nuestro punto de vista mexicano, sobre lo que ha dicho desde su punto de vista de español, porque nos negamos a distinguir lo uno de lo otro, y porque él mismo tiene que resignarse ya a que lo veamos como un gran mexicano. Lo que de él afirmo, lo afirmo también de los españoles unidos a nuestras campañas del bien.

Sólo añadiré algunas consideraciones para mejor destacar el hecho de que la empresa que hoy se inaugura no es una empresa literaria más, sino que ha sido determinada por un sentimiento de deber continental y humano. La mayoría de los que a este fin nos hemos reunido ha pasado ya la feliz edad en que el solo acto de escribir y publicar son por sí mismos un placer suficiente. Ahora obedecemos ya a otras voces más imperiosas. Entendemos nuestra tarea como un imperativo moral, como uno de tantos esfuerzos por la salvación de la cultura, es decir, la salvación del hombre.

La cultura no es, en efecto, un mero adorno o cosa adjetiva, un ingrediente, sino un elemento consustancial del hombre, y acaso su misma sustancia. Es el acarreo de conquistas a través de las cuales el hombre puede ser lo que es, y mejor aún lo que ha de llegar a ser, luchando milenariamente contra el primitivo esquema zoológico en que vino al mundo como enjaulado. La cultura es el repertorio del hombre. Conservarla y continuarla es conservar y continuar al hombre.

Ahora bien, los pueblos magistrales abandonan ahora este empeño fundamental; los unos porque, fascinados sa-

* *Cuadernos Americanos*, núm. 2, III a IV, 1942.

tánicamente por la sangre, vuelven con frenesí a los estímulos de la bestia; los otros porque, heridos en su ser mismo, no pueden filosofar. Y he aquí que ha caído en nuestras manos la grave incumbencia de preservar y adelantar la religión, la filosofía, la ciencia, la ética, la política, la urbanidad, la cortesía, la poesía, la música, las artes, las industrias y los oficios: cuanto es lenguaje que guarda y trasmite las conquistas de la especie, cuanto es cultura en suma.

América es llamada algo prematuramente a tal incumbencia. Pero ni es tiempo ya de preguntarnos si estamos prontos para el llamado del destino, ni la historia nos ofrece un solo ejemplo de pueblos que no hayan sido forzados y llamados antes de tiempo para hacerse cargo de una herencia. El bien ha sido imprevisor: sólo para el mal, sólo para deshacer los patrimonios han tomado algunos imperios precauciones previas. En nuestro caso, tenemos que afrontar el peligro con armas de fortuna, tenemos que mostrarnos capaces del destino. Después de todo, si un sentimiento de responsabilidad, sin un propósito definido de maturación, ni los pueblos ni los hombres maduran: el solo persistir y aun el solo crecer no son ya madurar.

Pero América tiene que desenvolver esta obra de cultura en forma y manera de diálogo. América no está organizada según una sola concepción del mundo. Tiene que haber un cambio y una nivelación axiológica. ¿Cuál es la parte del diálogo que toca a nuestras repúblicas? Sin duda la elaboración de un sentido internacional, de un sentido ibérico y de un sentido autóctono.

Para la herencia internacional estamos dichosamente preparados. El hecho de haber sido convidados algo tarde al simposio de la cultura, de haber sido un orbe colonial y de haber nacido a la autonomía al tiempo mismo en que ya se ponía el sol en los dominios de la lengua ibérica, nos ha adiestrado en la operación de asomarnos a otras lenguas, a otras tradiciones, a otras ventanas. Para llegar a Roma tuvimos que ir por muchos caminos. No así el que vive en Roma. Buscamos nuestras direcciones fundamentales a través de toda la herencia de la cultura, y no nos resulta violento el seguirlo haciendo. No así los pueblos magistrales que, por bastarse

a sí propios, han vivido amurallados como la antigua China, y mil veces nos han dado ejemplo de la dificultad con que salen de sus murallas. Es entre nosotros un secreto profesional que el europeo medio se equivoca frecuentemente en las referencias a nuestra geografía, a nuestra historia o a nuestra lengua. Además, en un orden más técnico, América ha vivido por un siglo en régimen de confrontaciones y cambios, mucho antes de que Europa soñara en crear organismos jurídicos para un objeto semejante, y esto con mayor continuidad y perseverancia que la misma Europa. Finalmente, la formación misma de nuestras poblaciones ha eliminado entre nosotros los prejuicios de abolengo y de raza, al punto que nuestra intuición no percibe otro abolengo que el abolengo humano, ni otra raza que la raza humana, cuyas monedas todas, altas y bajas, van troqueladas con el mismo sello de su dignidad trascendente. Estamos aptos para la vida internacional.

En cuanto a la herencia ibérica que nos fue otorgada como un don de la historia, mucho habría que decir. Podría en rigor prescindirse de algunos orbes culturales de Europa que no han hecho más que prolongar las grandes líneas de la sensibilidad o del pensamiento. De lo ibérico no podría prescindirse sin una espantosa mutilación. De suerte que lo ibérico tiene en sí un valor universal. No se lo confunda con tal o cual Estado institucional, con tal o cual régimen o gobierno que, como todos, ha gozado apogeos y ha padecido decadencias políticas. Lo ibérico es una representación del mundo y del hombre, una estimación de la vida y de la muerte fatigosamente elaboradas por el pueblo más fecundo de que queda noticia. Tal es nuestra magna herencia ibérica.

Por lo que hace a las tradiciones autóctonas, nos corresponde el incorporar a inmensas masas humanas en el repertorio del hombre y distinguir finamente lo que en tales tradiciones hay de vivo y de perecedero, de útil y hermoso y de feo e inútil. Pues no todo lo que ha existido funda verdadera tradición, y los errores, tanteos y azares de la naturaleza y de la historia no merecen necesariamente el acatamiento del espíritu. Tal es la fase más delicada de nuestra misión terrestre.

Esto es lo que representamos, esto es lo que aportamos al diálogo de América. Penétrese el interlocutor de que no somos, pues, una mera curiosidad turística. El conocimiento de nuestro sistema del mundo ni siquiera es una mera conveniencia política del momento, para llegar a la loable e imprescindible amistad de las Américas y al frente único de la cultura. Somos una parte integrante y necesaria en la representación del hombre por el hombre. Quien nos desconoce es un hombre a medias.

Así, penetrados de este sentimiento de solidaridad, penetrados del pleno sentido humano que representamos, estamos prontos a entablar el diálogo entre iguales. Y para este fin, y en la medida de nuestras fuerzas, salen hoy, en México, los *Cuadernos Americanos,* mediante la cooperación de un puñado de hombres de buena voluntad. No pretendemos llevar la voz: igual honor correspondería a cualquiera de nuestras repúblicas. Sólo deseamos fijar un sitio en que se congreguen las voces dispersas. Tal empeño nos ha parecido un deber. Nos negamos a admitir que el mundo de mañana, el que nazca del conflicto, pueda ser únicamente el fruto de la exasperación, de la violencia, del escepticismo. No: tenemos que legar a nuestros hijos una tierra más maternal, más justa y más dulce para la planta humana.

México, 30 de diciembre de 1941.



II

TENTATIVAS Y ORIENTACIONES

Noticia

A) Edición anterior

Alfonso Reyes // Tentativas y orientaciones // México: Editorial Nuevo Mundo // 1944. 8º, 224 págs. e índice.

B) Indicaciones bibliográficas y otras, en notas al fin de los respectivos ensayos o discursos.

I. DISCURSO POR VIRGILIO *

Tu duca, tu signore, tu maestro.

1

Es PROPIO de las ideas fecundas crecer solas, ir más allá de la intención del que las concibe, y alcanzar a veces desarrollos inesperados. La verdadera creación consiste en esto: la criatura se arranca de su creador y empieza a vivir por cuenta propia. Los poetas lo saben bien, ellos que trabajan su poema como quien va cortando las amarras de un barco, hasta que la obra, suficiente ya, se desprende, y desde la orilla la vemos alejarse y correr las sirtes a su modo. Reflexionando, pues, sobre el Acuerdo que encarga celebrar en México solemnemente el segundo milenario de Virgilio, no temo, por mi cuenta y riesgo, añadir propósitos al propósito del Presidente; no temo, al traer mi testimonio personal, sacar un poco de cauce la cuestión o torcerla un poco según mi manera de ver. Todos fuimos llamados a construir esta torre del homenaje, y la torre habrá de ir subiendo con las piedras que cada uno acarree. A menos que, sin percatarme, no haga yo más que recorrer descriptivamente el terreno de antemano acotado, pues en verdad encuentro difícil abarcar más de lo que abarcan estas simples proposiciones: "En el corriente año se conmemora el segundo milenario del poeta Virgilio, gloria de la latinidad, y México, mantenedor constante del espíritu latino, no debe permanecer indiferente." No quede, pues, lugar a duda. Se trata de un acto de latinidad. Se trata de una afirmación consciente, precisa y autorizada, sobre el sentido que debe regir nuestra alta política, y sobre nuestra adhesión decisiva a determinadas formas de civilización, a determinada jerarquía de los valores

* *Monterrey*. Correo Literario de A. Reyes, Río de Janeiro, III, 1932, pp. 1-2 y 1933, p. 1. Y a continuación del ensayo principal, en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, 1937.

morales, a determinada manera de interpretar la vida y la muerte.

2

Curioso que la oportuna excitación caiga en un mundo universitario que comenzaba ya a "perder sus latines". El Positivismo reinante en nuestras escuelas fue, a sabiendas o no, descastando en ellas toda planta de Humanidades. Ya los estudiantes de mi tiempo no aprendimos latín. Había que conformarse con los latinajos del Seminario, y esto para los contadísimos hombres a la vista que pasaron por Seminarios, como llamamos en México a los colegios regentados por sacerdotes. Los que seguimos el camino real del liberalismo mexicano —y somos inmensa mayoría entre la gente universitaria— pasábamos de una en otra escuela laica sin tropezar nunca con el latín, que ciertamente nos parecía antigualla de iglesia. Y aun daba pena, en la Escuela de Abogados, encontrar, a guisa de limosna, una miseria de Derecho Romano que, ya en mi tiempo, el emérito maestro Eguía Liz enseñaba como quiera a los pocos que voluntariamente concurrían al curso, sin fe, sin latín y casi sin Derecho Romano.

—¿De dónde eres, pelón?

—De Puebla, maestro.

—*P-u-e-b-l-a:* son seis letras. A ver: abre el libro en la página seis y léeme lo primero que encuentres.

Y el muchacho, como podía, leía dos o tres frases latinas que para él estaban en copto.

En cambio, los viejos, los de antes... He aquí un fragmento de cierta carta del filólogo español Américo Castro (Madrid, enero de 1930): "Pasé noches en casa de García Pimentel, rodeado de incunables. Los contertulios sabían todos latín. Discutimos sentidos en la poesía virgiliana. Para ciertas dudas, comparecía Luis Vives en sus comentarios. Aquello parecía el ambiente del ensayo de Montaigne: *Sur des vers de Virgile.* Las erratas latinas de mi obra sobre Cervantes, me fueron amablemente señaladas en México, en cuya Universidad nadie se ocupa del latín."

3

Pero ¿quién ha dicho que el espíritu de la gran poesía queda limitado a los contornos de una sola lengua? ¿Quién ha dicho, sobre todo, que una gran civilización no puede volcarse como el agua misma en vasijas diferentes? No sólo nosotros recibimos la sustancia latina a través de España, evidencia que nadie niega. Sino que los mismos pensadores británicos —ellos que ven el paisaje desde la otra orilla de lenguas y de razas— no dudan a veces en reconocer que, en los cimientos de su formación nacional, las piedras fundamentales han venido de Roma. El concepto de la civilización latina es ancho y elástico. No sólo salta barreras de religión, puesto que tan latinas son las ruinas del Foro pagano como la cúpula católica de San Pedro. Porque toda civilización adelanta modificándose, y las aguas que entran al mar no son ya las mismas que habían bajado con los deshielos de las cumbres. ¡Y todas son el mismo río! Acrecido al paso con afluentes, batido con otras sales del suelo, alterado con otros regímenes de climas y lluvias, pero siempre —en el saldo de su corriente y las erosiones que traza por la tierra— el mismo río.

4

¡Gran tarea para el educador de mañana que, abandonando resueltamente influencias exóticas y que nunca se aclimataron muy bien en México; desoyendo toda esa pedagogía barata que hace cirujanos por correspondencia; salvando todo el caudal de ciencia que la gran reforma de Gabino Barreda trajo para siempre a nuestra cultura, rescate también los olvidados tesores de una tradición con la que se andan perdiendo algunas de las más preciosas especies del alma mexicana! Volver a lo propio, a lo castizo. ¡Hacer nuestro y derramar a todos ese secreto de humanidades que de tiempo atrás se viene refugiando entre las clases derrotadas de la política! ¿Cuántos son los universitarios de México que conocen la historia de los esfuerzos científicos mexicanos, puesto que decir "la ciencia mexicana" sería una paradoja? ¿Cuántos los que están al tanto del gran desarrollo de los estudios latinos en México, que la expulsión de los jesuitas en los días

de Carlos III, vino a cortar? ¿Dónde se estudia, en México, la historia de la cultura mexicana? ¿Qué médico —salvo por afición personal de autodidacto— conoce los tanteos y afanes de la medicina mexicana, o ha inquirido en curso especial los secretos de la farmacopea indígena, que a veces nos vienen a enseñar los extraños, como acontece para el *peyote?* ¿Qué nos dicen, por ejemplo, los nombres de Cristóbal de Ojeda, Cristóbal Méndez, Pedro López, médicos de la Nueva España a fines del siglo XVI, o el de Fray Lucas de Almodóvar, que tenía don de curar y a cuya muerte dice Mendieta que se vieron señales? ¿Qué ingeniero de minas se encontró nunca con un texto escolar consagrado a los antecedentes de nuestra minería y nuestra química? ¿Qué abogado nuestro se ha visto en la necesidad de saber quién fue Mariano Otero y de dónde sacó la idea del *juicio de amparo?* No digo que todo esto se ignore: afirmo que no se cultiva como obligación general, como parte del saber universitario. Sólo los maniáticos de erudición conocen los capítulos de Icazbalceta sobre los orígenes de nuestras ciencias e industrias. Andamos ya bien, en principio al menos, de escuelas rurales, rudimentales, populares y de oficios primos; pero falta fortalecer el núcleo, el corazón mismo de la enseñanza, que es el que ha de lanzar su sangre a los extremos del cuerpo.

Y decir que todo esto no importa al pueblo es tan pueril como querer otra vez que la ciencia sea privilegio de una casta sacerdotal; como esperar que el pueblo aprenda sin tener maestros que lo enseñen; como pretender que el pueblo abandone las urgencias vitales para inventar por su cuenta la cultura; como soñar que las grandes orientaciones nacionales hayan de caer solas sobre la muchedumbre, desde las alturas de no sé qué fabuloso Sinaí, sin la obra de investigadores que consagren a buscarlas y a interrogarlas sus estudios, sus vigilias, su vida toda.

5

Quiero el latín para las izquierdas, porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las

Humanidades como el vehículo natural para todo lo autóctono. Lo autóctono —de que también nos alejaba, y también sin darse cuenta, la escuela de mi tiempo— puede entenderse en dos sentidos. A veces, es aquella fuerza instintiva, tan evidente que defenderla con sofismas es perjudicarla, y querer apoyarla en planes premeditados es privarla de su mejor virtud: la espontaneidad. El que dice: "voy a ser instintivo", no puede serlo ya. El que dice: "voy a hacer arte subconsciente", está perdido y no sabe lo que está hablando. A tal punto es espontánea y hasta inevitable esta originalidad de lo autóctono, que muchas veces opera en contra de los propósitos conscientes del artista. Los Modernistas americanos se abrieron a las influencias del Simbolismo francés, y sin embargo, y muchas veces sin quererlo ellos mismos, produjeron una obra original y peculiarísima, renovando —a vueltas de algunos inevitables errores— las riquezas de nuestra sensibilidad y de nuestro lenguaje poético.

Lo autóctono, en otro sentido más concreto y más conscientemente aprehensible es, en nuestra América, un enorme yacimiento de materia prima, de objetos, formas, colores y sonidos, que necesitan ser incorporados y disueltos en el fluido de una cultura, a la que comuniquen su condimento de abigarrada y gustosa especiería. Y hasta hoy las únicas aguas que nos han bañado son —derivadas y matizadas de español hasta donde quiera la historia— las aguas latinas. No tenemos una representación moral del mundo precortesiano, sino sólo una visión fragmentaria, sin más valor que el que inspiran la curiosidad, la arqueología: un pasado absoluto. Nadie se encuentra ya dispuesto a sacrificar corazones humeantes en el ara de divinidades feroces, untándose los cabellos de sangre y danzando al son de leños huecos. Y mientras estas prácticas no nos sean aceptas —ni la interpretación de la vida que ellas suponen— no debemos engañarnos más ni perturbar a la gente con charlatanerías perniciosas: el espíritu mexicano está en el color que el agua latina, tal como ella llegó ya hasta nosotros, adquirió aquí, en nuestra casa, al correr durante tres siglos lamiendo las arcillas rojas de nuestro suelo.

En cuanto a decir, con algunos, que el preocuparse del

latín es poner a declinar durante años a los chicos del campo —quienes por ahora sólo necesitan arado, alfabeto y jabón—, sería una burda caricatura, un desconocimiento completo de la jerarquización de estudios que exige toda educación nacional, y de la flexibilidad que necesita todo sistema aplicable a un pueblo heterogéneo; una cabal ignorancia de las transformaciones que el tiempo opera sobre los niveles culturales en un país sometido a un régimen acertado. Tal actitud conduciría, en suma, a decretar la abolición total del saber humano, por mal entendida piedad para los analfabetos que antes y ahora han abundado en la tierra. Funesta confusión y sensiblería ridícula todo ello. Consiste nuestro ideal político en igualar hacia arriba, no hacia abajo.

6

Estamos en una lejana isla del Pacífico, orilla donde caen de arriba los náufragos de la vida europea, los traficantes aventureros, los desesperados de la civilización, cambiándose sus maldades y contagiándose enfermedades y vicios. El calor sube a tal extremo, que cuando hay un leve descenso los hombres tiritan en temperaturas que resultan cálidas para la vida europea, y la naturaleza misma se equivoca haciendo que la bebida se enturbie en las botellas. Junto al mar hay un vagabundo que ha vuelto las espaldas a su nombre, rodando de fracaso en fracaso. Tiene en las manos en pequeño volumen, y parece leer sin hacer caso del desamparo que por todas partes lo rodea. El vagabundo lee su Virgilio.

> Más de una vez, el *Virgilio*, que no era posible trocar por una comida, lo había consolado del hambre. Lo repasaba tendido a lo largo y con el cinturón bien apretado, en el suelo de la antigua prisión que le hacía de refugio, buscando en el libro pasajes predilectos o descubriendo nuevos encantos *que sólo le parecían menos bellos porque les faltaba la consagración del recuerdo.* O se detenía en sus vagabundeos inacabables por el campo, se sentaba junto a una senda mirando, al otro lado del mar, las montañas de Eimeo, y luego abría la *Eneida* al azar, buscando suertes. Y si el oráculo, como es costumbre de los oráculos, respondía con palabras ni muy precisas ni muy alentadoras, al menos sugerían un tropel de vi-

siones de Inglaterra en la mente del desterrado: la bulliciosa sala del colegio y el perenne rumor de Londres, la chimenea familiar, la cabeza blanca de su padre. Que es el sino de esos grandes, sobrios autores clásicos, con los que entablamos forzado y a veces penoso conocimiento en las aulas, diluirse en nuestra sangre y penetrar en la sustancia misma de la memoria. Y así acontece que una frase de Virgilio no nos hable tanto de Mantua y de Augusto como de rincones de la tierra natal o memorias de la propia juventud ya irrevocablemente perdida. (Robert Louis Stevenson, *La resaca.*)

7

De propósito escogí este amable clásico del Episodio, escocés por añadidura y no latino de origen, para que mis armas sean más legales. Es toda la imagen de un Robinsón moral que reconstruye su edificio de emociones partiendo del verso virgiliano. Otra vez los sentimientos que zozobraban van entrando a su círculo. La armonía se recompone, y el orbe latino devuelve al hombre su lugar en medio del ya apaciguado concierto de la naturaleza y, en el corazón sobreagitado del hombre, devuelve a la voluntad racional su antiguo trono.

Pero tal parece que el milagro fuera imputable al solo calor de las asociaciones juveniles, y que igual prodigio pueden obrar otros versos u otros libros cuyo trato ande, en la memoria, trabado con los recuerdos del hogar y la infancia. Y es claro que así tiene que ser. Y, sin embargo, nunca podremos pedir a la enfermiza sentimentalidad —mitad ñoñería y mitad truculencia— de ciertas *lecturas escolares*, como el *Cuore*, la tónica moral, la honda ráfaga confortante —rica de semillas de historia; de altos ejemplos que siempre inspiraron a los hombres; de nombres propios que, a fuerza de frecuentarlos la imaginación, tienen ya el poder de remover lápidas en las tumbas; de hechos y figuras con cuyo contraste se miden las virtudes—, que brotan de una sola página de la *Eneida*. Alimento de hombres, hierro para varoniles templanzas, donde hay también ocasión a las caricias del sentimiento y también hay lágrimas para los dolores; heroicidad de talla humana; senda medida a nuestro paso. ¡Con razón

Virgilio parece, siempre y para los hombres de todas las tierras, una voz de la patria! Allí aprendemos que las naciones se fundan con duelos y naufragios, y a veces, desoyendo el llanto de Dido y pisando el propio corazón. En las aventuras del héroe que va de tumbo en tumbo salvando los Penates sagrados, sé de muchos, en nuestra tierra, que han creído ver la imagen de su propia aventura, y dudo si nos atreveríamos a llamar buen mexicano al que fuera capaz de leer la *Eneida* sin conmoverse. El sentimiento nacional, que todavía en Homero es un esquema o boceto, ha comenzado aquí a ceñir los contornos y las colinas del paisaje; es una relación precisa entre un estado de alma y una visión de los ojos, entre una onda de calor ideal y un dato de los sentidos. Pero al paso que esto sucede, el sentimiento nacional de Virgilio se va robusteciendo hasta que, por su concentración, se emancipa: abandona el modesto signo local que le dio pábulo, vuela y se torna abstracto, se hace idea, como lo es ya para la mente moderna, y entonces se vuelve transportable: así las mismas divinidades de Troya que Eneas escondió bajo su manto para salvarlas de la catástrofe, yendo a sembrarlas otra vez en la tierra de sus providenciales naufragios. Los educadores no deben ignorar que la lectura de Virgilio cultiva —para todos los pueblos— el espíritu nacional.

8

La lectura de Virgilio es fermento para la noción de la patria, y a la vez que modela su ancho contorno, lo llena con el contenido de las ciudades y los campos, la guerra y la agricultura, las dulzuras de la vida privada y los generosos entusiasmos de la plaza pública, dando así una fuerte arquitectura interior al que se ha educado en esta poesía. Llevando un *Virgilio*, se puede bajar sin temor a los infiernos. Nuestro vagabundo buscaba en aquellos versos latinos el último suelo de su alma, ya repasando pasajes predilectos o ya "descubriendo nuevos encantos que sólo le parecían menos bellos porque les faltaba la consagración del recuerdo".

¡La consagración del recuerdo! La música conocida es más música, y la oreja, como la va presintiendo, parece que la disfruta dos veces. El verdadero amor, más que en el encuentro aventurero, está en el cultivo, en la adaptación de los hábitos, en el rebusco cuidadoso a lo largo del tiempo, cuando se llegan a bañar con luz igual el acto, su espera y su regusto. Incorporar una fuerza en la rueda de la costumbre es darle todavía más fuerza. Dotar a los niños con Virgilio es alimentarlos con médulas de león. Y considérese que, todavía encima, tenemos la suerte de que la lengua de Virgilio esté en el origen de nuestra lengua, y que cada palabra suya excite como en su centro y por el cordón del ombligo cada una de las palabras nuestras, aumentando así su peso de significación, su eficacia connotativa, sus calorías de alimento espiritual. ¿No es este alimento, no es este vaho nutricio de la etimología, este sustentarse con las raíces de las palabras —sustrato de las experiencias mentales de toda una civilización, y carga presa como en cápsulas explosivas de toda la historia espiritual de una familia étnica—, lo que Vico descubría ya en su *De antiquissima italorum sapientia;* lo que más tarde Fichte, inspirado también por Herder, proponía en sus *Discursos a la nación alemana,* como disciplina y ejercicio de la dilatación patriótica? Sí, esto era: este descenso a los pozos ocultos de nuestra psicología colectiva; esta inmersión en los vasos comunicantes de la subconsciencia, donde cada hombre es injerto de antepasados y, sin abdicar nuestra dignidad de individuos, todos nos sabemos atados en igual tronco, del mismo modo que las hojas, sin dejar de ser la sola unidad vegetal, el órgano por esencia del árbol, se sienten atadas en su árbol.

9

Hace años, desde la terraza de Chapultepec, un Presidente mexicano me exponía el sistema de las Escuelas Centrales de Agricultura, donde se congrega a los niños de los pueblos indios y, en poco tiempo, se los capacita para las tareas del campo. Yo recordé entonces las dos grandes empresas agrícolas que el cura Hidalgo quería implantar en México: el

vino y la seda. El Presidente, que conoce de cerca el campo y sus hombres, al instante se apoderó de la idea, y me hizo ver la posibilidad de plantar vides en ciertas regiones de la República donde el clima lo permite, y lo fácil que sería hacer cuidar las uvas por los niños de las escuelas agrícolas, mientras las familias de éstos, y las mujeres sobre todo, para quienes parece más adecuado este menester, podrían ocuparse de la oruga, en los cercos de morera que dividirían unos de otros los campos de labranza. El Presidente me exponía con toda objetividad una noción política hija de las necesidades de nuestro suelo, no leída en libros, sino aprendida en la experiencia; y haciéndose eco de la preocupación general, insistía en la urgencia de enseñar las ventajas y los placeres de la agricultura a nuestra gente campesina, enviciada primero por la exclusiva atención que la Conquista Española dio al laboreo de las minas, y amedrentada después por la esclavitud práctica a que la reducía el sistema de las grandes haciendas. Y lo que menos le ocurría pensar era que, con elementos de la realidad mexicana más inmediata y apremiante, estaba glosando las *Geórgicas,* y entraba por propio y natural derecho en el reino del gran latino, cuyo nombre —en una continuidad expresiva —otro Presidente acaba de evocar para proponerlo a la meditación de sus conciudadanos. Es así como el espíritu de Virgilio parece latir entre las más vivaces inquietudes de México e iluminar el cuadro de nuestra política agraria. Y nada tendría de extraño que, como otro acto más de la adhesión mexicana a los fastos de Virgilio, se recomendara en las escuelas agrícolas —y de modo general en las escuelas primarias— la lectura de las *Geórgicas* para despertar en la mente de los niños la vocación del campo, vocación que hoy casi se confunde con la vocación de la patria. Por fortuna no faltan en nuestra lengua versiones como la de Ochoa, que bastaría para este fin, sobre todo si se toman en cuenta las indicaciones de Herrasti. Y si faltaran, Herrasti, Silva y otros latinistas mexicanos tienen autoridad para ponerse al empeño. Y la lectura se acompañaría con fragmentos de nuestras *Geórgicas,* o sea la *Rusticación mexicana* de Landívar (traducida en prosa por Loureda y en verso por Escobedo), para hacer sentir así, de un

modo palpable, cómo el espíritu clásico puede acercársenos y hasta tener utilidad nacional. Yo recomendaría de paso la antología literaria de la agricultura, que compuso el catedrático español Juan Dantín Cereceda. Podría ser el "libro de lectura" por excelencia: desarrolla en el niño, a la vez que el sentimiento del amor al trabajo, el sentido de la buena poesía, y al paso que da consejos útiles, educa la sensibilidad. Y, para propiciar los manes del poeta, quemaríamos un ejemplar de Niebuhr.

10

No puedo nombrar al padre Hidalgo, en ocasión que de Virgilio se trata, sin detenerme a expresar el encanto de héroe propiamente virgiliano que encuentro en su figura. Verdad es que era un hombre de letras, un erudito, un reformador de los estudios, y hasta él llegaban los soplos del espíritu jacobino que paseaba por el mundo. Sus amigos le llamaban "el afrancesado", lo que en aquel tiempo equivalía más o menos a lo que hoy sería llamarle el avanzado, el izquierdista, el hombre de nueva sensibilidad. Estaba al tanto de las emociones de Europa, y Abad Queipo, escandalizado, encontró un día sobre su mesa de escritor unos cuantos libros peligrosos, de esos que nos traían las corruptoras novedades del Viejo Continente. Pero ¿acaso los pastores de las *Bucólicas* no eran también gente de letras, y entre sus sencillas alusiones a las cosas del campo, Dametas y Menalcas no mezclan el nombre del letrado Polión, amigo de las novedades, y la mención satírica de los malos poetas pasatistas Bavio y Moevio? En lo demás, y visto de cerca, un párroco afable, no muy severo con el prójimo ni muy exigente con la humana naturaleza, buen cristiano en suma. Era el cura Hidalgo un hombre de amenas tertulias, un filósofo aldeano, un conversador, un estudioso, lleno de curiosidades intelectuales y hasta de espíritu de empresa, y creo que también de habilidades manuales, de esas que parecen la prenda de un alma sana en un cuerpo sano. Los errores del sistema económico y jurídico de la Colonia atajaron su libertad para llevar a cabo sus bellos proyectos de agricultor. En vano quiso implantar en México el cultivo de las vides, la indus-

tria vinícola y la cría del gusano de seda. Acaso la oposición que encontró por parte de la metrópoli española le fue abriendo los ojos sobre el sentido de un malestar público que, en el fondo, era ya el impulso de la autonomía nacional. Así sucede que al Padre de la Patria lo mismo podemos imaginarlo con el arado que con la espada, igual que a los héroes de Virgilio. No nos engañe su dulzura: un fuego interior lo va consumiendo, que pronto habrá de incendiar la comarca entera. La historia, en una sonrisa, ha querido poner, en lo más sagrado de nuestro culto nacional, la imagen del hombre más simpático, más ágil de acción y de pensamiento, amigo de los buenos libros y de los buenos veduños, valiente y galante, poeta y agricultor, sencillo vecino para todos los días y héroe incomparable a la hora de las batallas. A través de los amplios párrafos de Ignacio Ramírez, donde nuestra admiración infantil empezó a conocerlo, lo vemos pasear entre las "vides que le sonreían desde los collados" y las moreras donde "los gusanos de seda que le donaban sus regias vestiduras", o ya se nos aparece, en el episodio de oro de nuestra epopeya mexicana, congregando a la medianoche y a toque de campana a sus feligreses, que acuden armados con hachas y con picos, y precipitando —ante el aviso providencial de una ilustre dama prisionera— la hazaña que había de llevarlo a la muerte y a la gloria.

Este maridaje virgiliano de agricultura y poesía ¿no fue acaso el sueño de Hidalgo, el sueño del padre de la patria? No lo hemos realizado aún. Pero al procurar para el pueblo el vino de la justicia y la seda del bienestar, ya vamos luchando lo posible para que la tierra sea más grata a los hombres.

11

Pero venimos haciendo profesión de latinismo histórico, de latinismo evolutivo, y esto nos obliga a aclaraciones:

¿Dónde nació esta egolatría, esta manía geográfica que a todos nos tiene contaminados, y que nos lleva a considerar con exagerado respeto los datos de latitud, longitud y altitud, como si ellos condicionaran de modo absoluto el ser de la gente? Es fácil trazar la historia de las ideas en Francia,

donde el ambiente está ya hecho. Data allí, acaso, tal preocupación geográfica, del día en que Michelet hizo preceder su *Historia* del célebre *Tableau de la France*. Ya es dicho y sabido que Renan utilizó el método con brío, Taine lo llevó a punto de granazón, y un político sentimental, Barrès, lo puso al servicio de sus propios deseos y de las ambiciones de su país. Todo crítico, todo estadista —dice Grenier—, justifican ahora sus opiniones con unas cuantas medidas topográficas.

Junto a esta fórmula viene a funcionar la de la llamada psicología de los pueblos. Muchas ideas arrumbadas como inservibles, y que parecían ya derrotadas antes de la guerra europea, pero que entonces fue conveniente resucitar a manera de armas de ataque, han recobrado con creces su antiguo honor. Por el camino real que conduce desde Gobineau a Keyserling, a través de Frobenius y Spengler, entró la filosofía perspectivista y comenzó a lanzar trazos para triangular y medir el contenido de las razas y las culturas. Y aquí vino también a juntarse el auge singular de la etnografía, del *folklore* y de la arqueología, que a los penetrantes ojos de Ortega y Gasset se ha presentado como la recién nacida en la familia de las bellas artes. Quien niegue que la planta humana se matiza diversamente en la diversidad de tierras y climas, será ciego y sordo. Quien niegue su importancia fundamental a este hecho cuando se trata de pueblos primitivos y aislados, de cunas de civilizaciones, será ignorante. Quien partiendo de ese solo dato vegetal quiera establecer una historia del pensamiento moderno, se equivocará groseramente. Y mucho más se equivocará si se empeña en fundar una política *moderna*, es decir, un sistema de preceptos de inmediata aplicación, sobre evoluciones geográficas cuyo ritmo milenario es tan lento que escapa completamente a la utilidad social. Aparte de que lo propio del animal que somos es reducir cada vez con más éxito la importancia de los impulsos pura y exclusivamente animales, educándolos y conduciéndolos a determinados fines que no han venido desde afuera, sino que han brotado de la conciencia centrífuga. ¡Si hasta la determinación de la forma humana, fruto del trabajo y control de las hormonas retardatarias sobre la ma-

teria del Calibán primitivo, sería, en las autorizadas teorías de Bolk, el efecto de una fuerza interior contenida ya en la semilla de nuestra especie, y no el resultado de modelaciones causadas por el medio ambiente.

El hecho de la intercomunicación humana es cada vez más dominante. El hombre es un nivelador de la geografía, y parece que hubiera traído al mundo el encargo de pulir y aislar la bola de billar que es la tierra. "Ya no existen los Pirineos", es nuestro grito del corazón. El ideal de la raza humana es —etimológicamente hablando y sin sombra de intención eclesiástica— un ideal católico, que quiere decir universal. Todas las agrupaciones cerradas, diferencias y fronteras nos parecen meras necesidades impuestas por las leyes de la economía, por la gravedad de las masas sociales, por la gran regla de la repartición del trabajo. En punto a pequeña industria popular y curiosidades regionales —sarapes, bordados de pluma, primores de colorines y todo eso que un valiente pintor de México llamó una vez "el jicarismo"—, todos estamos dispuestos a robustecer el desarrollo del matiz local, porque al fin se trata de adornos graciosos que la cultura se cuelga al pecho. Pero cuando pensamos en los verdaderos ideales de la cultura, ¿quién va a pretender que nuestra verdad científica sea diferente de la verdad científica de otro pueblo? ¿Qué diría Platón del mexicano que anduviera inquiriendo una especie de bien moral sólo aplicable a México? La poesía, que tanto se acerca a las contingencias del momento, tampoco alcanza toda su talla cuando se detiene en la diferencia humorística. "¡Qué importan a la posteridad —decía Stevenson— mis pañuelos llenos de sangre!" La más alta poesía es aquella que más contempla al hombre abstracto, y mucho más que al accidente que somos, al arquetipo que quisiéramos ser. Y las mismas artes plásticas, sujetas por necesidad a los encantos inmediatos de la materia, van —jeroglíficamente—, a través de arcilla o mármol, hierro, cemento, aceite y agua, a buscar una satisfacción de orden moral: sea utilidad, sea contentamiento, sea entusiasmo.

12

Así, cuando se habla de la hora de América —hora en que yo creo, pero ya voy a explicar de qué modo— no debemos entender que se ha levantado un tabique en el océano, que de aquel lado se hunde Europa comida de su polilla histórica, y de acá nos levantamos nosotros, florecientes bajo una lluvia de virtudes que el cielo nos ha ofrendado por gracia. No: de tan ingenuas concepciones ya se burlaba hace muchos años don Juan Valera, poniendo en labios del 'Pedro Lobo' de su *Genio y figura* los más chistosos discursos que pudieran sazonar juntas la ignorancia y la indigestión de noticias, y que parecen arrancados a muchos ensayos contemporáneos. No: hora de América, porque apenas va llegando América a igualar con su dimensión cultural el cuadro de la civilización en que Europa la metió de repente; porque apenas comenzamos a dominar el utensilio europeo. Y hora de América, además, porque este momento coincide con una crisis de la riqueza en que nuestro Continente parece salir mejor librado, lo cual hará que la veleidosa fortuna se acerque al campeón que mayores garantías físicas le ofrece. Pero para merecer nuestra hora, hemos de aguardarla con plena conciencia y humildad. Hemos de saber que hace muchos siglos las civilizaciones no se producen, viven y mueren en aislamiento, sino que pasean por la tierra buscando el lugar más propicio, y se van enriqueciendo y transformando al paso, con los nuevos alimentos que absorben a lo largo de su decurso. Mucho menos se equivoca y mucho mejor entiende la continuidad y la complicación del fenómeno quien ve en el cristianismo la prolongación histórica, la metamorfosis de edad del paganismo, que el que se figura ver entre una y otra noción del mundo una manera de lapso, un parpadeo en que desapareciera, como en el Diluvio, una raza de hombres para dar lugar a otra raza súbita. La intercomunicación, la continuidad es la ley de la humanidad moderna. Eso del Oriente y el Occidente sólo quiere decir que el vino y el agua han comenzado a mezclarse, es decir, que la nivelación de la tierra al fin se va logrando. Y todavía hay que reconocer que es el Occidente quien se ha interesado por el Oriente, quien lo ha desenterrado de las ruinas en que dor-

mía y le ha concedido nueva vitalidad. Para conocer las filosofías asiáticas, los asiáticos van a doctorarse a París. El Japón aprendió las armas en Europa. Los dieciséis principios del mundo occidental que agrupa Waldo Frank en el prólogo de sus *Salvos*, concedo —para mejor entendernos— que hayan sido rectificados; pero, en todo caso, tú me concederás, amigo Waldo, que han sido rectificados por los mismos occidentales. ¿Qué pensaríamos del historiador que, al ver estallar el Renacimiento, profetizara la muerte de Europa sólo porque Europa se renovaba, y declarara que era llegado el gran día de Grecia, cuando sabemos que Grecia no fue más que un pretexto? Cierto que ahora es lícito considerar a Asia como algo más que un pretexto. Todos alcanzan algo de la "marea de las razas de color", la "hora gris del mestizo" y demás frases expresivas que corren ya por los periódicos, y que parecen las nietas de aquella frase del Kaiser Guillermo sobre los amagos del "peligro amarillo". Pero esta alta marea de los pueblos postrados —aunque se opere conforme a la ley de un combate— será una incorporación. El vencedor absorberá las virtudes del enemigo muerto como sucedió entre Grecia y Roma, cumpliéndose así la pintoresca superstición del salvaje. Del salvaje hoy tan a la moda, aunque ahora con otro espíritu, como lo estaba en los días de Rousseau. Y no veo la necesidad de que, desde América, insistamos en la división del Oriente y el Occidente, el Atlántico y el Pacífico —haciendo así bizquear sin objeto nuestra inteligencia— cuando los dos grandes elementos se están fundiendo en buena hora, para nuestro uso y disfrute americano, en un solo metal sintético. Tomar partido es lo peor que podemos hacer. Es mucho más legítima la esperanza en la "raza cósmica" de Vasconcelos; la fe en la "cultura humana" de Waldo Frank. Adoptémoslo todo y tratemos de conciliarlo todo. Aquello en que no haya conciliación será equivocado, y de ello podremos prescindir a la izquierda y a la derecha. ¿Que no hay todavía criterio fijo para proceder a esta síntesis sobrehumana? Es cierto, y por eso la humanidad tiene que vivir en crisis por más de un siglo. Pero ya hay signos de amalgama, y un caso notorio es la desobediencia del Gandhi, acto positivo que nada tiene que ver con el

orientalismo soñoliento. Sólo el tiempo logrará juntar los ingredientes sometidos a un fuego que no nos es dable intensificar. En el crisol de la historia se prepara para América una herencia incalculable. Pero será a condición de vivir alerta, de aprovechar y guardar todas las conquistas, como dije al principio, y de no tomar partido prematuramente. Vale la pena de ser cauteloso. Está en juego un alto interés humano y no una mezquina ambición. Lo que ha de salir no será oriental ni occidental, sino amplia y totalmente humano. De nosotros, de nuestros sucesores más bien, dependerá el que ello, por comodidad de expresión, pueda llamarse, en la historia, *americano*. Saber esperar es lo que importa. "Ser hombre de espera" —decía Gracián. ¿A qué nos conduciría otra cosa? ¿A seguir frivolidades a la moda y, por ridícula confusión sentimental, odiar a Europa, que "nos conquistó", y querer asiatizar nuestras tierras? ¿Y qué significaría asiatizar? ¿Aprender la interpretación de Asia que ahora ha querido darnos Europa? Porque eso no sería asiatizar, sino ponernos a tono con la gran cultura europea, llámese occidental en buena hora. ¿O asiatizar significaría imitar acá, en la salubre y pujante América, a los secos contempladores que se duermen de meditación junto a un río de lepra? ¡Oh, nunca! Yo aconsejaré para México las ventajas del desarme cuando todos los pueblos de la tierra convengan en desarmarse a un tiempo. Yo predicaré a los míos las ventajas de la pura meditación y de los brazos cruzados, cuando todos los demás crucen los brazos. Y aun entonces, ¿cómo desoír esa voz natural que nos empuja a modificar las cosas, a quererlas diferentes de como las encontramos, a procurar corregirlas conforme a nuestra idea, a pasarlas por el tamiz humano, a humanizarlas? Sobre la melancolía y la postración del indio, al que es nuestro deber sacudir, despertar a la alegría de la vida que ya tenía olvidada, incorporar a nuestro mundo de ideas y de anhelos, ¿vamos todavía a volcar las perezas del nirvana y las ociosidades de la plegaria como fin en sí? "Ayúdate y yo te ayudaré." No queremos hacer de México un pueblo de esclavos. Alerta los hombres de buena voluntad. Hay que dar un ideal de victoria, no hay que acostumbrarse ni engreírse con las visiones del venci-

miento. Virgilio se enfrenta con su patria: "¡Oh, romano: acuérdate de que has venido a regir los pueblos con imperio!" Acordémonos —porque también los ideales del gran poeta han sido superados— de que hemos venido a abrazar a todos los pueblos en una amistad provechosa. Y no hay amistad donde no hay fuerza, donde no hay salud ni hay esperanza.

13

Si todo esto es cierto, si nuestra conducta de americanos está en acoger todas las conquistas, procurando con todas ellas una elaboración sintética; si validos de nuestro leve peso histórico y hasta de haber sido convidados al banquete de la civilización cuando ya la mesa estaba servida —lo cual nos permite llegar a la fiesta como de mejor humor y más descansados—, queremos aportar a la obra ese calor, esa posibilidad física que haga al fin de ella un patrimonio universal, ¿qué sentido tiene hablar de latín, de latinidad y de latinismo? Toda solución de elementos necesita un vehículo. Nuestras aguas —hemos dicho— son latinas. De aquí partimos. Desde aquí esperamos. Aquí será el centro de todas nuestras exploraciones. Éste es el punto de referencia. Aquí clavamos la bandera, para no perdernos en vagabundeos incoherentes. El espíritu latino ha dado ya sus pruebas al mundo y ha demostrado su resistencia como continente de culturas. Sirva una vez más, y sométase ahora, en nuestra América, a la experiencia definitiva: tal es la fórmula, a la vez tan amplia y tan modesta, que desde el principio vengo buscando. Basta, para dar con ella, aceptar la realidad sencilla y severa. Figurarse que, para abrir cauce a nuevas inquietudes, hay que cegar un río y practicar otro por otro lado —trabajando así contra natura— sería olvidar la historia. La misma alma latina transportó a los hombres desde el paganismo al cristianismo, y es seguro que mañana los habrá transportado a otro sueño de felicidad más completo. No rompáis el instrumento precioso: os quedaríais desarmados, en medio de la transformación del mundo. En buena barca bogamos: ¡haya tormentas!

14

Todos sabemos lo que es la ciudad y todos sabemos lo que es el campo, pero si se nos pide el concepto distintivo entre ambas nociones, comienza el confundirse y el querer sustituir la idea escueta con la prolija descripción. En la ciudad domina el hecho de la relación entre el hombre y el hombre; en el campo, la relación entre el hombre y la tierra. Allá, el acto social; acá, el acto agrícola. La vida del hombre es una referencia continua al medio natural, un viaje incesante entre el hombre y la naturaleza exterior. Si en este viaje ponéis etapas y obstáculos adecuados para ir, por decirlo así, haciendo serpentear el arroyo y sangrándolo en el camino, entonces florece la ciudad. Si dejáis al viaje toda su velocidad de línea recta y su caudal íntegro, entonces florecen los campos. Cuando el viaje es inmediato, es mayor también la apropiación que la naturaleza hace de su viajero. El ejemplo clásico está en la inmigración. Mientras los inmigrantes, en la ciudad, a través de calles y casas y palabras, van a arrinconarse formando abscesos políticos y minorías étnicas, en la gran plaza silenciosa del campo se entregan y son absorbidos fácilmente: el aire libre, el agua viva y la tierra híspida y desnuda se encargan de nacionalizarlos. También en las grandes crisis nacionales los pueblos tienden a buscar, espontáneamente, un alivio en el campo. El bálsamo de la agricultura mitiga las llagas de la política. Sobre la comarca recién desgarrada por las guerras civiles, como alta predicación de concordia, de unidad y de amor al trabajo, ruedan las ondas cordiales de las *Geórgicas*. También entre nosotros, después de las luchas interiores, se impone la necesidad de la política agraria para crear la nueva riqueza nacional y devolver a los pueblos el contentamiento con la tierra. Los gobiernos reconstructores quieren que se deje oír la voz de Virgilio: "la voz —decía Columela— que sabe prestar a la agricultura toda la potencia de la poesía".

Y para ser todavía más nuestro, Virgilio es el cantor de los pequeños labradores, de los modestos propietarios rústicos, de la parcela independiente que él veía, de niño, cultivar a su padre. El gran hacendado, el gran señor que tiene, más que casa de laboreo, museo y palacio de placer en mitad del

campo; el hombre, en suma, que evocaría a nuestros ojos las fabulosas riquezas de Luis Terrazas y las botas fuertes con tacones de plata de nuestro Francisco Velarde, es más bien Terencio Varrón en su *De Re Rustica.* Allí las poblaciones de esclavos campesinos, entre labradores, pastores, pescadores, pajareros y cazadores. Allí los viveros de salmonetes y anguilas, los cotos de ciervos y jabalíes, el rico palomar de Casino y las crías de zorzales que rinden al año pingües rentas. Allí el bosque artificial de ruiseñores y mirlos que servía para los banquetes, y en medio del estanque, la isleta y la mesa giratoria que iba ofreciendo a la gula y a la sed de los huéspedes su variada ofrenda de vino y fruta. En Virgilio no, que teme como buen patriota los extravíos del lujo y los riesgos de la molicie. En todas las *Geórgicas* no hay mención de un solo intendente o de un solo esclavo —lo que serían para nosotros el capataz y el peón— y así sólo encontramos en él la imagen del campo más poético: el campo poseído por el mismo que lo cultiva. Utopía de los filósofos, sueño del hombre libre.

15

¡Virgilio me ha llevado tan lejos! La ausencia y la distancia nos enseñan a mirar la patria panorámicamente. Los que en ella viven y trabajan saben de cada fatiga diaria, y de la pena que rinde cada hora. Si a ellos la vecindad de los árboles no les deja ver el bosque, el que anda fuera corre el riesgo, a su vez, de pasar por alto tanto escollo y tantos abismos. Yo sólo quise celebrar a Virgilio haciendo para él una tosca imagen de mi barro. Quise ofrecerle, como el mejor sacrificio, algunas de mis inquietudes nacionales. Quise comprobar en mí mismo que también es mío su recuerdo, también es mío el patrimonio de su poesía y todo el arrastre de cultura que ella supone. Desde el fondo de dos mil años sube un estrépito de armas, alternando con un suave rumor de lágrimas y canciones. ¿Acaso ese murmullo, ese ruido de hombres, que brota de los versos latinos, no es el mismo que llega hasta mí desde la historia? Para todas nuestras alegrías y nuestras penas encontramos en Virgilio aquel don de simpatía humana que lo mismo abraza, en su inmensa órbita,

las evoluciones de los astros que la diminuta vida perfumada de las abejas, y sabe acariciar, de paso, la bestia abatida por la epidemia, con una piedad y una melancolía ya cristianas. También las desgarraduras de Roma y el gran optimismo agrario que acude a consolarlas nos conmueven como cosa propia. "Otra vez los campos filípicos vieron, con iguales dardos, luchar al romano contra el romano, y los dioses tuvieron por bueno que segunda vez nuestra sangre viniera a abonar el ancho cementerio. Un día el labrador, al mover la tierra, sentirá que la azada choca y suena contra los cascos huecos y la reja escarba entre venablos oxidados. E inclinado sobre los sepulcros abiertos, contemplará los gigantescos despojos. . ."

Detengámonos a celebrar esta hora de trabajo y concordia. He aquí que, como en los comienzos de la *Eneida,* una mano de bendición acaba de cerrar otra vez el templo de Jano, y en el cortejo de la Agricultura se acerca la Guerra, las manos atadas a la espalda.*

Rio de Janeiro-VIII-1930.

* *Homenaje al poeta Virgilio, en el segundo milenio de su nacimiento,* México, Secretaría de Educación Pública, 1931, págs. 385-410; en *Contemporáneos,* México, II-1931, págs. 97-131 (y tirada aparte), y *Boletín de la Academia Argentina de Letras,* págs. 5-35.

APÉNDICE SOBRE VIRGILIO Y AMÉRICA

VIRGILIO es decididamente el poeta de todos los pueblos. A la vez que aparece la obra de T. J. Haarhoff, *Vergil in.the Experience of South Africa* (Oxford, Blackwell) —cuya tesis no tiene nada de caprichoso, al acercar hasta el alma de los boers ciertos ideales virgilianos— algunos, en México, hicimos un esfuerzo por demostrar que Virgilio también a nosotros nos pertenece. Por mi parte, y en mi medida, tomé la materia virgiliana, que lleva dos mil años de elaboración en la mente de los hombres, como una zona del pensamiento, y me atreví a ver a través de ella, como a través de una lente, el espectáculo de México. Mi punto de vista recibe la confirmación más hermosa en estas palabras de Valery Larbaud:

París, 10 de noviembre de 1931.

Sí, la *Eneida* es el poema de la Conquista: en ella podrían insertarse las ilustraciones de aquellos libros de los siglos XVI y XVII que se refieren a los viajes y empresas de los conquistadores, a las entrevistas con los caciques, las guerras con los indios, la penetración por vía fluvial de países desconocidos. Todo es transportable del Mediterráneo y del Lacio al Atlántico, a las Antillas y a Tierra Firme. Por ejemplo, he aquí un epígrafe para una descripción de México, o del Perú, antes de la llegada de Cortés, o de Pizarro:

Nunc age, qui reges, Erato, quae tempora rerum,
Quis Latio antiquo fuerit status, advena classem
Quum primum Ausniis excersitus appulit oris
Expediam...

Préstame ahora tu auxilio, ¡oh, Erato!, para que diga cuáles fueron los reyes, cuáles los remotos sucesos, cuál el estado del antiguo Lacio, cuando un ejército extranjero arribó por primera vez en sus naves a las playas ausonias. A decir verdad, los hechos relatados en la *Eneida* son de corto alcance, en comparación con la Conquista de América, pero el tono épico los magnifica. Y la igualdad poética es completa entre Colón, el Adelantado, Ojeda, Balboa, Cortés, etc., y Eneas; así como lo es entre los caciques del Lacio y los de la Hispa-

niola o los emperadores de México y el Perú. En cuanto a las *Geórgicas*, es el poema que muestra cómo se da valor a los territorios conquistados, una vez pasada la "fiebre de oro" de los primeros momentos, y tal poema es aplicable dondequiera que haya valles y fértiles llanuras. Acaso Virgilio y la parte lírica de la Biblia (los *Salmos*, el *Cantar de los Cantares*), en Sor Juana Inés de la Cruz, y, hasta cierto punto, Ovidio, estén en la base de la lírica del Nuevo Mundo.

La comparación se puede llevar mucho más lejos. En cierto artículo publicado en 1930 ("México en una nuez") *Norte y Sur*, ya había yo señalado de paso la semejanza entre la actitud del Emperador Moctezuma para con Cortés y la actitud del Rey Latino ante Eneas.

En el libro VII de la *Eneida*, el héroe llega hasta la desembocadura del Tíber y se acerca a los dominios del Rey Latino, como Cortés se acercó a los de Moctezuma. Latino, como Moctezuma, era un monarca imbuido de religión y que consultaba sus decisiones con los oráculos y los augurios. Los oráculos le habían predicho, como a Moctezuma, que llegarían de lejos unos hombres aguerridos para adueñarse de sus tierras y desposeerlo de su reinado. Los extranjeros han sido anunciados al viejo monarca como varones ingentes, corpulentos, que traen vestimentas desusadas. No de otro modo los correos de Moctezuma anunciaban a los hijos del Sol. El ánimo con que Latino recibe a los cien embajadores de Eneas es el ánimo con que Moctezuma recibe a los españoles: han llegado los dominadores, los amos; nada se puede contra la voluntad divina manifestada en la aparición del cometa: hay que someterse. "Ya os conocíamos antes de que vinierais: ya os esperábamos", dicen uno y otro monarca. Y, como la contemplación de las cosas espirituales ha relajado en ambos los resortes de la acción, encuentran absurdo oponerse al curso de los destinos, y ambos se entregan sin combatir al conquistador extranjero. Quédese la reacción nacionalista para Turno y Cuauhtémoc, los representantes del buen sentido popular, los caudillos no sofisticados por los excesos de la superstición. Ni Latino ni Moctezuma se sienten capaces de salvar a su pueblo. Moctezuma, cautivo voluntario, es apedreado al fin por sus súbditos. Y Latino, oculto en la sombra de su palacio, se niega a declararse en

hostilidad contra los troyanos. Alzando los brazos al cielo, lanza entonces aquella increpación que también parece dirigida a Cuauhtémoc, el último defensor de los aztecas: ¡"Oh, Turno! ¡A ti te espera un triste suplicio!" El señor Procurante, en el *Cándido*, se conforma con llamar a Latino "el imbécil Rey Latino". Para juzgar al decadente Emperador Moctezuma, todos, más o menos, se sienten Procurantes.

El *In hoc signo* que Cortés llevaba en la cruz de sus estandartes, le da cierto parecido con la misión sagrada de Eneas, que se reduce toda a buscar un asilo definitivo a sus dioses penates. Es decir: que en ambas empresas hay, aunque mezclada con otros impulsos, una idea religiosa.

¿Y no sería mucho exagerar hablar del elemento femenino de la Conquista, como se ha hablado del elemento femenino en la *Eneida?* Entre el odio de Juno por los troyanos y el amor de Venus para Eneas, como entre otras nuevas Escila y Caribdis, corre el poema de Virgilio, cuyos movimientos y grandes peripecias quedan determinados por Dido, Amata y Camila, mujeres que vienen a ser escollos o polos de imantación en la corriente épica. Cortés tiene junto a sí a la Malinche, su manceba indígena, consagrada con el nombre de Doña Marina. A través de ella, Cortés tiende sus redes. Ella, con la comunión de su cuerpo, le da la unción providencial, el contacto íntimo con la tierra por vencer, el secreto del triunfo. A través de ella se establece el trato, la conversación con los caciques indios, enemigos del imperio azteca. Y ya se sabe que fueron estos caciques quienes, a la inspiración de Cortés, hicieron la Conquista.

Todos conocen el emblema de México y saben más o menos que se funda en remotas tradiciones indígenas: el lago, el peñón, el nopal, el águila, la serpiente (fauna, por otra parte, predilecta de la heráldica: véase el motivo que inspira la fuente pública, frente a la actual prefectura de la ciudad brasileña de Petrópolis), indican el sitio señalado por los oráculos al jefe de las siete tribus migratorias —el mitológico sacerdote Huemán, de las manos largas, que viene a ser un Agamemnón, que manda a lo lejos— para fundar lo que, andando el tiempo, sería la capital mexicana.

Y sin sacar las cosas de quicio ni dar a una semejanza

fortuita más importancia de la que tiene, he aquí esta curiosidad que encuentro en la *Eneida,* XI-751 a 758:

> ...Y como cuando el águila fulva se remonta, llevando presa una serpiente en la que clava sus garras, ésta, herida, se repliega y enrosca en espirales, eriza sus escamas y silba, alzando la cabeza, y no por eso la atenaza menos el águila con su corvo pico, a la vez que azota los aires con las alas —no de otro modo el triunfante Tarcon arrebata su presa a los batalladores tiburtinos.

Aun cuando el combate del águila y la serpiente no aparece en presencia, sino en manera de comparación, ¿no es verdad que el fragmento virgiliano nos da la figura exacta del blasón de México, tal como se le ve en nuestras armas nacionales? Cierto es que la lucha del águila y la serpiente es lugar común de las literaturas, y anda también en el canto XII de la *Ilíada,* en el *Ión* de Platón, etc. Monseñor Lunardi, Nuncio Apostólico en Bolivia, se inclina a creer que el águila del blasón mexicano corresponde a la familia heráldica de la Arpía. Los mitólogos mexicanos piensan que nuestro escudo representa la transformación de ciertos jeroglifos astronómicos.*

Rio, 1937.

* Sobre el combate del águila y la serpiente (*Ilíada,* XII, 200 *ss.*), hay una reminiscencia en un oráculo de *Los caballeros,* de Aristófanes.

II. ATENEA POLÍTICA

1

TODOS LOS viajeros lo saben: la manera más segura de marearse es fijar los ojos en el costado del barco, allí donde baten las olas. Y el mejor remedio contra esta atracción del torbellino es levantar siempre la vista y buscar la línea del horizonte. Las lejanías nos curan de las cercanías. La contemplación del rumbo da seguridad a nuestros pasos. Cuando yo hacía mi práctica militar, el sargento instructor solía gritarnos: —¡Para marchar en línea recta no hay que mirarse los pies; hay que mirar de frente!

Sin duda lo sabéis vosotros, señores estudiantes. Entre el cúmulo de preocupaciones inmediatas —estudios y cursos, programas y reformas, exámenes y reválidas, y aun lo que os afecta del estado general de las cosas públicas en el vuestro como en todos los países—, preocupaciones que quisieran acaparar toda vuestra atención, levantáis la vista al horizonte y buscáis a lo lejos un punto que os lanza desde allá, a modo de polo magnético, sus inagotables corrientes de simpatía. Y, tal vez, movidos por mis recientes manifestaciones en el Día Americano, me invitáis para que inaugure vuestras pláticas, a mí que represento ante vosotros en cierto sentido —no naturalmente en el de la amistad y aun la compenetración de ideales— una manera de lejanía. Lejanía, por cuanto soy un emisario venido de tierras muy distantes. Lejanía también, por cuanto, en el coro de vuestros veinte años florecientes, represento ya esa hora de la reflexión que ataja de golpe, adentro de nosotros mismos, el torrente de la juventud y comienza a exigirle cuentas.

¡Cómo os habéis arreglado para encontrar una lejanía cercana! Este mensajero de otra edad os queda muy cerca, porque no alimenta mayor afán que el de salvar, a lo largo de su viaje, lo más que pueda de la curiosidad avizora, el entusiasmo alerta y la divina plasticidad que son prendas de

la juventud. Este mensajero de una zona distante viene de un país que, por misteriosa ley de simetría geográfica, corresponde expresivamente a la fisonomía del vuestro. —Hablemos así, confiadamente, distantes y cercanos a un tiempo, como de balcón a balcón y por encima del ruido de la calle.

2

Deseáis, según tengo entendido, que conversemos sobre la idea del cambio universitario entre nuestros países. Si os parece, también aquí introduciremos cierto elemento de lejanía. Marcharemos en retroceso hacia la idea más próxima anterior, lo cual nos permitirá apoderarnos mejor de nuestro asunto. La vida universitaria es sólo un capítulo de la vida intelectual. Y la vida intelectual es, a su turno, el capítulo esencial de la vida humana, puesto que lo característico del hombre entre todas las demás cosas y criaturas es participar en la inteligencia. Preguntadlo, en la Antigüedad, a Aristóteles; en la Edad Media, a Santo Tomás; en la Edad Moderna, a Descartes y, en nuestros días, a cualquiera de los representantes de la filosofía contemporánea, tan preocupada toda ella, precisamente, por fijar la situación del hombre en la vida que es, por eso mismo, una filosofía trágica. Todos os dirán en diferentes palabras que, ante las piedras, las flores, las aves y las estrellas, el hombre es el náufrago caído en el océano de la inteligencia —porque es el juguete de ella y no su señor— y algunos os dejarán entender que las culturas son otros tantos sistemas natatorios. El hombre de los filósofos es el 'Segismundo' de Calderón que, consciente ya de sus cadenas, alza los ojos a los poderes celestes para implorar:

¿Qué delito cometí
contra vosotros naciendo?

Interrogación que cada sistema se encarga de contestar a su modo, en nombre del cielo. —Porque la chispa intelectual que le dio al hombre la conciencia de sus fines, le dio también la conciencia de su incapacidad para saciarlos. Único ser que se siente huésped de la naturaleza, y no parte de

ella, es más intensamente él mismo mientras más se aplica a aquello que lo distingue de sus hermanos menores. El orden intelectual es, pues, el orden genuinamente humano. La obra del hombre sobre su materia prima, que es la tierra, se confunde con la obra de la inteligencia y consiste, como ella, en unificar.

Hemos dicho: unificación. Antes de seguir adelante, hay que hacer un discrimen. Separemos de una vez la idea, que es blanca, y la sombra de la idea, que es negra. La unificación no significa la renuncia a los sabores individuales de las cosas, a lo inesperado, y aun a la parte de aventura que la vida ha de ofrecer para ser vida. Sólo significa una circulación mejor de la vida dentro de la vida. Unificar no es estancar: es facilitar el movimiento. Unificar no es achatar las cosas haciéndoles perder su expresión propia, sino establecer entre todas ellas un sistema regular de conexiones. Una vida es tanto más vida cuanto mayor es la relación entre las diferentes partes del ser. Pero la plena vivificación no adormece el sentido heroico: al contrario, trae consigo un riesgo elevado a la potencia máxima. La lagartija, que apenas vive, escapa cómodamente dejando la cola en la mano de su captor, y lo mismo deja el cangrejo la pata o la pinza desarticuladas, cuando se apoderan de ellas los palpos del calamar. En cambio, al hombre —que vive plenamente— se le lastima de lejos con un gesto y se le mata hasta con una palabra. Así pues, la vida unificada es la vida en toda su dignidad y también en todo su peligro. El aeroplano y la radio son nuestros mayores instrumentos de unificación, por lo mismo que son nuestros más activos transmisores. Y el día que nos montáramos en el rayo de luz —la mayor velocidad que alcanza la física— habríamos unificado el universo en la gozosa proporción del relámpago. La unificación no sugiere, pues, imágenes de inmovilidad: propone, a la inversa, el pleno frenesí de la vida. La tierra no unificada, en que hoy vive una humanidad partida en discordias, es un organismo con la circulación entorpecida: la sangre no llega a todas partes y, por sólo ese hecho, se producen asfixias e intoxicaciones. La más grande felicidad conquistada por la historia europea, la fraternidad cristiana, hace veinte siglos

que anda dando rodeos, y todavía no puede bañar a todos los hombres.

3

Ahora, ya tranquilos respecto a la idea de unificación, examinémosla en su cuerpo y en su alma. Desde aquí declaro que me atendré a los argumentos de lo humano y lo humanístico, prescindiendo de lo sobrehumano. El usar lo sobrehumano ni me corresponde ni convencería a los descreídos Y a los creyentes no habría para qué predicarles, porque de antemano están ganados a la causa de la armonía divina que preside a las cosas humanas; de suerte que, para ellos, cuando se dice Dios ya se ha dicho todo y no hay que añadir una palabra. Me planto, pues, en más humilde terreno.

El proceso unificador de la inteligencia tiene un cuerpo y tiene un alma. El cuerpo se llama la geografía humana. No en el sentido descriptivo de razas y costumbres, que por lo pronto no nos hace adelantar un palmo, sino en el sentido de la acción física del hombre sobre su planeta. ¿Y el alma? El alma es aquel soplo de coherencia y concordia que aletea sobre los pueblos. Ideal tan impaciente y activo, que cien veces se destroza a sí mismo en las batallas de la historia, las cuales algún día serán consideradas, al impulso de una orientación más noble, como accesos de celeridad en la exploración misma hacia la unificación anhelada.

En cuanto al cuerpo.—Todo el materialismo histórico, en largo cortejo de mitología agraria y económica, y con ruidosa impedimenta metálica de arados y armas, comercios e industrias, labora en la sobrehaz de la tierra como una energía de nivelación, como una erosión secular que igualara montes y valles —o los taladra y los salva, que es lo mismo—, llenara oquedades y hondonadas —o les tiende puentes encima, que a eso equivale—, se esforzara por conjurar la lluvia para armonizar el régimen de las aguas con la conveniencia de las cosechas, fertilizara el desierto y sometiera a ritmo medido la feracidad de la selva virgen, acudiera con los cestos llenos de la ofrenda adonde se alargan los brazos ansiosos de la demanda, acercara prácticamente lo que está alejado, y se entrometiera, con un ralantí metafísico, por las

hendeduras de lo que está muy junto, para crear en ello algo de respiración y desahogo. Esta labor sólo se limita, en el espacio, hasta donde llegan los límites mismos de la vida. Es decir: *en la dimensión horizontal,* hasta donde el muro blanco de los hielos o el macizo verde de la vegetación tropical cortan el paso al hombre —y todavía entonces las quillas de los exploradores polares rompen el suelo de los mares cuajados, o el hacha de los banderantes troza los nudos de los bosques, tratando unos y otros de ensanchar el teatro del hombre; *y en la dimensión vertical,* hacia unos cuantos pasos por encima y unos cuantos pasos por debajo del nivel de las aguas, que difícilmente suman un total de veinticinco kilómetros (prácticamente, catorce) —y todavía aquí la ciencia procura agrandar el espesor de la faja en que se perciben los efectos del acto humano—. Esta obra de arquitectura terrestre confiada a la raza de los hombres, si la vemos ahora desde arriba y como veía el Diablo Cojuelo las casas de la ciudad, se reparte —teoría de Brunhes— en tres grupos de hechos esenciales, cada uno de los cuales se divide en dos tipos:

1º Los hechos de ocupación improductiva del suelo. A saber: habitación y camino. Aquella granosidad que le nace a la piel del planeta y que va desde la choza de paja hasta el rascacielos de acero, y aquella red de cintas artificialmente esterilizadas con que el hombre mata la vegetación o la evita, al estampar su huella en la marcha.

2º Hechos de conquista vegetal y animal. A saber: campos de cultivo y domesticación de animales. Aquella tonsura, aquel peinado y aquella cosmética que imponemos al suelo, fomentando, agrupando y distribuyendo sus productos: flavos escuadrones de trigo, fresco rastrojo, morado varejal de membrillos, olivares cenicientos, cafetales de hondas emanaciones, naranjales gustosos y agresivas tropas de cactos, horticultura, jardinería. Y, por otra parte, la captación de animales por la mano del hombre, desde los tropeles que mugen en las hecatombes helénicas, o la "hacienda" que graba sus cascos en la dulce pampa argentina, hasta la abeja que criaba el fabuloso Aristeo, o el canario gorjeador de la ingrata Fílida, sobre el cual madrigaliza el rimador decaden-

te. ¡Qué digo! Hasta las pulgas vestidas que se venden en las ferias de indios mexicanos.

3º Hechos de economía destructiva. A saber: explotaciones mineras y devastaciones vegetales y animales. De un lado, lo que se ha llamado el "rapto económico", comparando con el rapto de Eurídice la audacia del hombre que baja a la entraña de la tierra para arrebatarle su tesoro: aquel rascar la corteza terrestre que empieza con la cantera y acaba en la mina, que es en sí mismo una destrucción del suelo y que pára siempre en un agotamiento del lecho, la veta o el filón. De otro lado, el leñador, el pescador, el cazador, que ejercen también un oficio de aniquilamiento y sacan de la tierra lo que no le devuelven.

Rompiendo por estos cuadros metódicos, la inventiva humana se atraviesa y la psicología hace de las suyas. Créanse necesidades artificiales y satisfacciones imprevistas. A la hora de pagar, las paga la tierra. Véase un caso:

La ganadería de Miura, la que usa en Madrid divisa verde y negra y en provincias encarnada y negra, la más reputada por su bravura en todos los pueblos hispánicos e hispanizados donde hay corridas de toros, necesita, por decirlo así, su campo de entrenamiento. El toro de lidia debe tener las pezuñas duras. Ahora bien, las pezuñas duras se obtienen con un ejercicio diario de trote. Pongamos que el ejercicio diario sea de unos dieciséis kilómetros, y creo que me quedo corto en la cifra. El señor Miura necesita poseer unos buenos ocho kilómetros de tierra inutilizada y dura, entre los corrales y los aguaderos donde las reses sacian su sed: de este modo, a la ida y a la vuelta, está asegurado un trote mínimo diario de dieciséis kilómetros para la afamada ganadería de Miura.

Imaginad —soñemos con Brunhes— lo que sería poder apreciar esta gesticulación de la tierra bajo el cincel del hombre, en una de esas cintas cinematográficas que abrevian en media hora todo el desarrollo de una planta y —haciendo todavía más efímero lo efímero, para que nuestra capacidad nerviosa pueda apreciarlo— convierten la flor de un día en flor de un minuto. Comparad, por ejemplo, los grabados de Río de Janeiro y sus alrededores a través de distintas épocas.

¡Cuando pienso que la Rua das Laranjeiras, donde viví, era, en el siglo XVI, un campo de cañas de azúcar, y la casa en que habité era, hace poco más de medio siglo, el centro de una espaciosa quinta, el núcleo de una célula que después se diferenció en cuadrículas urbanas! Pues figuraos ahora que todos esos sucesivos grabados os fueran exhibidos un día, concatenados en una ilusión de movimiento, mediante un truco óptico, en cualquiera de las salas del barrio Serrador. Apreciaríais entonces la enormidad de esta escultura geográfica que procede de los cinco dedos —y sobre todo del pulgar oponible— siempre y cuando los inspire la inteligencia.

4

Hemos examinado la labor unificadora de la inteligencia humana en su proceso físico sobre la redondez de la tierra. A esto hemos llamado el cuerpo. Dijimos que este proceso de unificación también tiene un alma. Considerémosla ahora.

En cuanto al alma.—Para ir de prisa, tenemos que reducir la idea de unificación a la idea de cosmopolitismo. Y como esta palabra —cosmopolitismo— aunque expresa una noción blanca, proyecta también, como la de unificación, su sombra negra, comencemos por establecer que aquí, esta tarde y en esta sesión, cosmopolitismo no significará para nosotros ninguno de esos amagos disolventes que alarman a la policía y hacen temblar a los padres de familia, sino que significará solamente un mejor entendimiento entre los pueblos, facilidad humana total para atravesar todas las naciones y aclimatarse en cualquiera de ellas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Tranquilizados ya respecto a la idea de cosmopolitismo, interroguemos con ella la historia. La historia nos contestará con teorías, es decir: literatura; y con hechos, es decir: política. Percibiremos entonces que la literatura se adelanta a la política al ir forjando ideales unificadores, y que la política viene caminando detrás con gran retardo, con incontables tropiezos, y de tiempo en tiempo se atasca como carro en pantano, o se clava de cuatro patas como mula en ladera, y no hay poder que la haga

avanzar. No es extraño que así acontezca, ni es humillante para los políticos.

El escritor, que sólo tiene que habérselas con papel y pluma, corre con más libertad en pos de sus creaciones; la transformación social se opera en su cabeza y, desde su mesa de trabajo o en tertulia con sus colegas, arregla alegremente el mundo en un parpadeo. Su acto llega hasta donde alcanza su talento. No es un mero juego: pensar seriamente una utopía política gasta, más o menos, las mismas energías que cuesta levantar una pirámide egipcia o mexicana. Lo que hay es que el pensamiento trabaja aquí con su propia y unificada sustancia, tiene asegurada la circulación, y toda la energía empleada se aprovecha. No es tampoco un dulce pasatiempo: los que escriben utopías políticas suelen pagarlo con su vida. Pero, en todo caso, el político, que maneja la más compleja de las realidades, aquella en que todas las otras se resumen —la realidad social—, se enreda, da traspiés, y de cuando en vez se viene abajo con partido y con plataforma: así Palinuro se fue al agua, llevándose consigo el timón y parte de la popa. Sin embargo, como el ideal expresado por el escritor y procurado a veces por el político es un ideal genuino y cierto, estas manifestaciones de la idea cosmopolita, aunque fracasen o se deshagan en el aire, van siendo parcialmente absorbidas por el ambiente. No creo en el progreso necesario: puede ser que el riego en tierra seca resulte escaso y se pierda íntegramente. No importa: lo que importa es la persistencia del impulso unificador, el cual otra vez florece, como la ruda de mi tierra, aunque le pasen las caballerías encima.

La historia, pues, nos presenta dos tipos de empresa cosmopolita:

1º El primer tipo consiste en unificar dominando, y es el imperialismo. Hasta hoy conocemos dos modos de imperialismo: uno de ellos, más guerrero en esencia que el otro, quiere gobernar por gobernar, aun cuando de paso explote y aproveche sus conquistas, y es el imperialismo jurídico de los romanos: "Acuérdate, romano —dice Virgilio— de que te incumbe regir el imperio de los pueblos." Este imperialismo nace en las guerras y perece en las guerras. El otro

modo de imperialismo es el económico, el de factorías, protectorados, colonias y mercados amigos, y lo hemos visto desarrollarse en nuestro tiempo. Aun cuando la guerra enseñe aquí su puño de hierro —¡y ya sabemos en qué medida!— es mucho más filosófico asegurar que este imperialismo nace y muere con el sistema económico que le ha servido de vehículo. Sus capitanes, cuando la Bolsa empieza a temblar, se suicidan. Hay, por último, casos mixtos: tal fue el imperialismo ibérico, mezcla de codicia y gloria, de religión y de hazaña. Este imperialismo se deshizo por crecimiento y distribución del trabajo, fenómeno ayudado, claro está, con su sazón de revoluciones y su abono de héroes. Murió como muere lo homogéneo al realizarse, al fertilizarse en lo heterogéneo. Y dejó en el corazón de la metrópoli ibérica un desengaño provechoso. A partir de las emancipaciones americanas, comienza en la antigua metrópoli una revisión de valores, una siembra de rejuvenecimiento, cuyos frutos vamos apreciando poco a poco. Ya se entiende que al recorrer así, a grandes pasos, la historia, sólo puedo ver las trayectorias, y me desentiendo de mil trastornos interiores y mil dolores domésticos que son otras tantas vacilaciones a uno y otro lado de la senda. Cualquiera que sea su suerte, los imperios dejan herencia: la dejó el jurídico, la dejará el económico. El imperio ibérico, que podemos llamar místico, considerándolo como una cruzada que se realizó, engendra vida, crea naciones. El elemento pasajero de dominio político queda eliminado naturalmente, y sólo resta la ganancia obtenida, la novedad histórica: el orbe ibérico. Como se habla de la civilización latina, y en igual sentido de vastedad y magnitud y fecundidad, sólo de la civilización ibérica puede hablarse. Para acabar con la idea imperial, no nos disimulemos que los imperialismos de todo género parecen haber entrado, a estas horas, en franca liquidación.*

2º El segundo tipo de la empresa cosmopolita —perfectamente respetuoso de la libertad y autonomía interiores— sólo quiere facilitar la circulación del hombre dentro del mundo humano, desarrollar el conocimiento y la comprensión entre los pueblos, la coordinación de los intereses com-

* ¡Ay! (1938).

plementarios y la lenta disolución de las fricciones, procurar la concordia y estorbar la discordia. Inútil añadir que este cosmopolitismo es el que aquí nos interesa y al que deseamos porvenir. Por su esencia misma, es mucho más fácil seguirlo en sus manifestaciones ideológicas o literarias, aunque se haya acompañado también de concomitancias políticas, que ya son acción que corrobora o ya reacción que contrarresta. Este cosmopolitismo ha hecho cuatro intentos en la historia:

I. El primer intento es el cosmopolitismo cristiano y caballeresco de la Edad Media, cuando la catolicidad o universalidad se erige como dogma de la iglesia que llamamos, por antonomasia, Iglesia Católica. La fe religiosa, el ideal de hermandad humana, la herencia de la unidad latina —que todavía queda en estado de *saudade*—, el inmenso fondo común de leyendas pías y tradiciones populares y caballerescas, alimentan una suerte de cosmopolitismo cuyos heraldos son —ya lo sabéis— los clérigos, los intelectuales de entonces, comprendiendo en la palabra "clérigos", como entonces se hacía, a los sacerdotes y a los letrados. Pero esto, por antítesis, nos hace pensar en los ingenios legos, los "juglares" que, cantando por las ferias y lugares de peregrinación, como el camino de Santiago o camino francés, contribuían también, a su manera, a difundir entre la gente extraña las creencias y las tradiciones, los cultos hagiográficos e históricos de su pueblo.

II. El segundo intento de cosmopolitismo sobreviene con el Renacimiento humanístico. El siglo XVI predica el retorno a las dos antigüedades clásicas, aviva el interés por el hombre mismo en cuanto es criatura de la tierra, y nutre un ideal de armonía ya menos asido a la caridad y más afirmado en la cultura que el de la Edad Media. Sus heraldos son ya intelectuales a nuestro modo. (¡Ojalá, en otro sentido, nosotros lo fuéramos al de ellos!)

III. El tercer intento de cosmopolitismo, en el siglo XVIII, es clásico y filosófico. Brota del afinamiento cultural y se establece como un común denominador sobre la lengua francesa, que sucede al griego y al latín entre los letrados del mundo: —Las luces, la Enciclopedia, y la Razón, que ya es

soberana, y muy pronto —cuando se crea diosa— comenzará a cortar cabezas.

IV. El cuarto intento o intento romántico, en la primera mitad del siglo XIX, es por una parte consecuencia de revoluciones, guerra, emigraciones y destierros. Verdaderos ejércitos de pensadores y escritores franceses, españoles, portugueses, italianos, polacos, acarrean influencias entre este pueblo y aquel pueblo. Por otra parte, favorecen este movimiento las ciencias históricas y filológicas, que buscan la tradición y contaminación de temas folklóricos, de imágenes comunes a la fantasía de todos los hombres. Es la invasión del Romanticismo: ya sabéis lo que esto significa.

Éste sería el sitio de injertar el reflejo que tales movimientos hayan tenido en nuestra América, pero ello merecería una investigación especial. El siglo XIX ve nacer los nuevos Estados americanos. Anímalos una subconsciente aspiración al ser colectivo. Pero esta aspiración no se realiza: la independencia americana resulta, al contrario, un fraccionamiento. La literatura, de un modo general, sigue reflejando aquel sueño de Bolívar: la Grande América. Y se da la bifurcación entre los europeizantes, que insisten en la conservación de las técnicas europeas, y los autoctonistas, que se aplican sobre todo a la busca de lo criollo y lo indígena. Se esboza una conciliación. Diríase, pues, que para dar ser propio a las Américas, la fuerza se partió en porciones: la tabla rasa del antiguo imperio hispánico se llenó de compartimentos como un tablero de ajedrez. Más tarde, robustecidos ya los retoños americanos, comienza —con el afán de conocernos mejor unos a otros y de entendernos mejor— una maniobra inversa, bien que no aspira ya a la vinculación política en el antiguo sentido, sino a la vinculación espiritual.

Ya vemos, pues, que la idea cosmopolita se rehace cada vez que fracasa, y coincide con las épocas mismas de nuestra historia. A los cuatro intentos de que hablan los tratados, podemos añadir aquel en que ahora vivimos, y que merece el nombre de cosmopolitismo político.

V. El cosmopolitismo político contemporáneo no borda ya sobre un ideal religioso, humanístico, racionalista o ro-

mántico, sino sobre el cañamazo del hombre abreviado en su expresión mínima: el hombre en su primer función, que es la de vecino del hombre. Y el problema de la vecindad entre los hombres es, ni más ni menos, el problema político. De tal nueva especie de cosmopolitismo, las actuales revoluciones económicas son el síntoma aventurero y bravío. Nuestra literatura es su expresión viva: lo sufre y lo alimenta a la vez. La Sociedad de las Naciones es su más alta sanción en el orden de lo institucional y lo admitido. Las Conferencias del Desarme, aunque a sabiendas sólo esperen realizar sus fines parcialmente, representan el ataque orgánico a este problema, el ataque que viene de adentro del propio complejo de la historia, cuyo éxito, por escaso que fuere, será bienvenido. El Instituto Internacional de Cooperación Intelectual descubre, hasta por su nombre, el motor que anima estos empeños: la inteligencia.*

Notaréis que este cuadro registra tácitamente un paulatino advenimiento al poder de las clases que ahora se llaman clases universitarias. El ideal de unificación ya da más francamente la cara y no se sonroja de sí mismo. Se le llama ideal de paz, y es la más noble conquista de la inteligencia. Porque, aunque hablando con toda la crueldad de la filosofía, el ser del Estado se confunda en última instancia con el ser del ejército, nadie ha dicho que lo que se engendró en la guerra tiene que seguir siendo bélico. Sobre todo cuando, como en el caso, la necesidad bélica no es su fundamento. Al contrario, en apaciguar y convertir a más altos fines los impulsos atávicos está el sentido de la humanidad. También hay sociólogos que nos demuestran, con metáforas biológicas, que el hombre es originariamente un animal de rapiña: tiene —dicen— los ojos de frente para fascinar a la presa, como todos los seres que se alimentan con la vida de los demás; en tanto que los animales no rapaces viven de plantas y yerbas, y tienen los ojos de costado, a la defensiva,

* Aquí, como en mis palabras del Día Americano, recogidas en *Última Tule*, sólo cito las instituciones oficiales para que se vea que las nuevas aspiraciones de que vengo tratando de tal modo invaden ya nuestro ambiente, que no sólo se manifiestan en las zonas renovadoras de la oposición, sino que han fundado ya cuarteles en el centro mismo de la zona conservadora. El comopolitismo, que por un extremo es perseguido por la policía como elemento disolvente, por el otro extremo recibe, en Ginebra, el acatamiento de los Estados.

para ver venir la amenaza y escapar a tiempo. Concluir de aquí, como lo hacen estos sociólogos, que el hombre debe procurar desarrollar en sí mismo su rapacidad prehistórica, no pasa de ser una chabacanería lamentable. Yo sé que la biología debe entrar con mucha cautela y pisando de puntillas en el terreno de la sociología. También nos enseña la historia natural que las alas de las aves pueden haber sido, en un principio, meros órganos respiratorios, como las branquias de los peces. Suponed que la mano —me avergüenza decirlo— os haya sido dada para matar. Habéis hecho de ella —sea en buenhora— el menestral de todas las artes y el ministro de la amistad.

5

Hasta aquí hemos recorrido la vida y fortunas de la inteligencia en su proceso físico y en su proceso espiritual de unificación, cuando trabaja sobre la materia natural o sobre la materia histórica: sobre la tierra o sobre el hombre. Pero la inteligencia trabaja también como agente unificador sobre su propio ser inefable, sobre la inteligencia misma, y entonces se llama cultura. Ya no es el proceso físico —nivelación geográfica—, ya no es el proceso histórico —cosmopolitismo—; ahora es el proceso intelectual de la inteligencia (si se me permite esta expresión algo alambicada), el cual se desarrolla en el pasado, se recoge en el presente y se orienta hacia el porvenir. La continuidad que así se establece es la cultura, la obra de las Musas, hijas de la memoria. Este punto, aparentemente, no necesita mayor desarrollo que su simple enunciado. Todos, en efecto, estamos convencidos de que asegurando el presente afirmamos el porvenir y, en cierto sentido, satisfacemos aquel anhelo de perpetuación y perennidad que está escrito en nuestras almas. Todos debiéramos estar convencidos de que la manera de asegurar el presente es asimilar el pasado. ¿Lo estamos de veras?

Comencemos otra vez por alejar la intrusa sombra que acompaña y a veces esconde a cada pensamiento. Asimilar el pasado no es ser conservador sistemático, ni retrógrado en el sentido vulgar de la palabra. Os habla el ciudadano

de una república que no dudó en ponerse a sí misma en tela de juicio para esclarecerse a sus propios ojos, para darse a luz. La transformación mexicana, al disiparse el humo de los combates, descubre frente a sí el espectáculo del ser mexicano, de la tradición nacional, de la cual las vicisitudes históricas nos habían venido alejando insensiblemente al correr del siglo XIX. Hablo aquí de tal transformación como un fenómeno total, superior a los gustos individuales, a los partidos y a las personas, superior a sus directores. Lo que ha salido a flor de patria —la gran preocupación por la educación del pueblo y el desarrollo incalculable de las artes plásticas y la arqueología— son movimientos de perfecta relación histórica, que rectifican un titubeo anterior de descastamiento: se afianzan sobre el pasado vetusto y trascendente, recogiendo cada nota de la melodía que dan los siglos; se inspiran en él, lo aprovechan como resorte del presente y, sobre este resorte, saltan con robusta confianza sobre el mar movible del porvenir. Recientemente, en un diario madrileño, "Azorín" comentaba con lucidez las palabras del Jefe del Gabinete Español, don Manuel Azaña: "Soy el español más tradicionalista que hay en la Península"; y hacía ver que, entre los tres órdenes políticos que hoy emplean en España la palabra tradición con singular frecuencia —el carlista partidario del absolutismo, el monarquista constitucional alfonsino, ambos conservadores, y por último el Gobierno republicano surgido de la revolución—, es éste, es el revolucionario Azaña quien abarca en su visión nacional mayor cantidad de historia, de pasado, de ser español. Todo esto es para deciros que la idea de continuidad, de cultura, de unificación de la inteligencia en el seno de su propia sustancia, nada tiene de común con lo que la gente llama pasatismo, derechismo, reacción u otras nociones de este jaez que hemos dejado a media calle antes de llegar a esta sala, por que ellas pueden corresponder a realidades inmediatas, pero no tienen cara filosófica con que presentarse. No se trata aquí de querer traducir el presente hacia el pasado, sino, al contrario, el pasado hacia el presente. El aprovechamiento de una tradición no significa un paso atrás, sino un paso adelante, a condición de que sea un paso orientado

en una línea maestra y no al azar. Por lo demás, no todo lo que ha existido funda tradición. Si así fuera, la historia sería una ciencia matemática: un asunto de cómputo cuantitativo y no, como lo es, un asunto de selección cualitativa. Y repito ahora mi pregunta. Aun purificada así la idea, ¿estamos seguros de creer que, tamizando y cerniendo finamente el pasado —porque en todo hay que separar el grano de la paja—, hacemos un servicio al presente? Debiéramos estar seguros, no cabe la menor duda. Pero ello es que no lo estamos. Tal es, y no la crisis exterior, la mayor dolencia de nuestra época. Hablemos con sinceridad: hoy se nos repite mucho que el pasado está en quiebra y que toda la humanidad, antes de nosotros, se ha equivocado. Un placer de la ruptura histórica preside a estas apreciaciones. Ello merece analizarse.

Sin duda es cuestión de temperamentos. Hay quienes se sienten más impresionados por las semejanzas de las cosas, y hay quienes se confiesan más afectados por sus diferencias. Aquella primer tendencia, que es la tendencia clásica, se alarga en un comentario de veinticuatro siglos en torno al principio aristotélico de que la naturaleza nada hace por saltos. Visión de la vida que no deja de tener placidez, ella contempla los hilos que teje y desteje la creación, con la confianza de que no puede haber ruptura en la hamaca que nos sostiene, y nunca hemos de precipitarnos en la nada mediante un asesinato cosmogónico, ya administrado a pequeñas dosis de discontinuidad, o ya en un rapto de impaciencia divina que cerrara todo el universo como se cierra un grande abanico. De aquí cierto optimismo metafísico superior a nuestras desgracias individuales, que fácilmente alcanza la temperatura de la mística: la contemplación de la armonía lleva al éxtasis, anula el sentir personal en términos que confunden el placer de la vida y el placer de la muerte. Porque la muerte, de cierta manera apreciada, como el Prometeo de Goethe la describe, puede también atraer, a modo de oasis. En esta misma imagen del mundo se inspira el sentimiento de la evolución: no digo la teoría de Darwin o la retórica descriptiva de Spencer, que han dejado de prestar servicios a la ciencia y a la filosofía, sino la noción pura-

mente lógica de la evolución, que equivale ya a la armonía. Los fenómenos son una cadena de manos enlazadas, y se puede ir de uno a otro por la línea recta de la derivación. En el orden de la naturaleza, esta imagen del mundo informa el concepto de la "coordinación biológica", concepto que ha venido a sustituir a los antiguos de variación sin plan, adaptación sin plan y lucha por la vida sin plan.

La otra tendencia, aquella que insiste en las diferencias de las cosas, en los contrastes de las centurias o de los instantes sucesivos, está, en nuestro día, al alcance de todas las fortunas, desde que la guerra europea nos dio la sensación de un vasto hundimiento. Abra histórico donde desaparecieron millones de hombres, esta zanja parece dividir naturalmente dos épocas, a tal grado que muchos se figuran que los de allá y los de acá nos damos la espalda, que de poco o nada nos sirven las anteriores conquistas, y que la actual crisis —crisis del mantenimiento de nuestra especie sobre la tierra, crisis de la vida del hombre en medio de sus semejantes— ofrece caracteres de novedad para los cuales es fuerza sacar remedios nuevos punto menos que de la nada. Con una exasperación que llega, en sus desvaríos, a asumir perfiles de regocijo orgiástico, las nuevas generaciones se educan al grito: —¡Nada tengo de común con la historia! Y me pregunto si no será tiempo de que sus maestros, que tanto han insistido en la discontinuidad y en la diferencia, comiencen ya a insistir en la ley de continuidad, ley de cultura.

Tanto recrearse en la desvinculación aparente de las cosas me temo que sea un pecado del espíritu, una delectación morosa a lo metafísico, y que se purgue y se pague al fin como los demás pecados. En el argumento se ha introducido confusión pintoresca. Se confunde arbitrariamente la idea de continuidad con la idea de lentitud, y por aquí se la hace odiosa. Spengler describe la aparición del hombre en la tierra como un caso súbito semejante a un cataclismo geológico, y luego añade: "Las variaciones lentas y flemáticas corresponden al modo de ser inglés: no a la naturaleza." Pero nadie ha dicho que la continuidad sea modorra, ni nadie aconseja el andar perezoso de la tortuga de preferen-

cia a la estética del salto, grata a las almas jóvenes. Y aquí comenzamos a hablar del salto en un sentido ya no aristotélico. El salto, que nos seduce como una manera de heroicidad en el movimiento, no es tampoco una interrupción. Aquíles, de alígeros pies, salta y no lo vemos sino antes y después del salto. No diremos de Aquiles que ha dejado de existir durante el salto: simplemente, supera nuestra sensación psicológica del momento, la décimasexta parte de un segundo. Pero Aquiles, visto en cámara lenta, es perfectamente continuo. Sea otro ejemplo —de uso frecuente, puesto que se encuentra en la *Ilíada*—: el dardo parece morir en las manos del que lo lanza, cuando ya renace otra vez vibrando en el pecho del enemigo; pero los ojos veloces de una diosa han reducido este rayo a un tren de ondas, y su mano ha tenido tiempo de atravesarse, rauda, a medio viaje, y desviar el golpe mortífero. Los que adulteran, a sabiendas o no, el concepto de la continuidad, juegan con el coeficiente del tiempo. *En lo inmenso*, nos amenazan con la ruina de las culturas. ¡Como si éstos fueran acontecimientos apreciables a la planta humana! * ¡Como si pudiéramos organizar nuestra actitud ante la vida —ante el trecho de vida que nos incumbe— en vista de fenómenos que, o caen tan fuera de nuestro radio como el enfriamiento progresivo del mundo, o sólo tienen una realidad interpretativa! Y *en lo diminuto*, nos amenazan con la misteriosa interrupción de los electrones al saltar de una órbita a otra. ¡Como si esto fuera pura deficiencia de nuestro cálculo, o bien falsa traducción del lenguaje que llama discontinuo a lo rítmico o llama espacio a lo que ya no es espacio! ** Y todavía, en su sadismo filosófico, porque otro nombre no merece, ¿qué porvenir nos

* No niego que puedan ser filosóficamente "apreciables" sino moralmente "utilizables".

** Partiendo de Roupnel, Gaston Bachelard nos habla ya de la autonomía absoluta del instante. Nuestra sensación de continuidad temporal sería una mera ilusión cinematográfica. Aquí no es sitio para entrar en esta discusión, que más que a la realidad del fenómeno se refiere al lenguaje con que lo expresamos. Bástenos decir que el solo hecho de que el hombre capte la realidad bajo especie de continuidad, indica que la continuidad es el orden humano. Aquí hablamos sólo del hombre como sujeto de conducta: no como contemplador pasivo del universo, sino como actor. Ensaye cualquiera una acción —así sea imaginativa— que no esté fundada en el supuesto de la continuidad: ensáyela, si puede. Acaso la conducta humana pueda precisamente definirse como un imperativo de continuidad lanzado sobre el mundo.

ofrecen si aceptamos la inminencia de un vuelco absoluto de la vida? ¿Nos ofrecen una vida mejor, o lo que vale más, de mayor dignidad humana? No: nos convidan al suicidio consciente. Nos proponen, con hueca grandilocuencia, el ejemplo de aquel soldado romano "cuyo esqueleto se ha encontrado delante de una puerta de Pompeya, y que murió porque, al estallar el Vesubio, olvidáronse de licenciarlo". ¡Como si el hombre no estuviera dotado para adoptar y sortear estos acasos, de acuerdo con la valentía de la vida! Estas metáforas soberbias —desconfiemos— explotan el gusto literario más a ras del suelo, y halagan la vanidad vulgar. Resultamos héroes a nuestros propios ojos, por el solo hecho de existir en estos tiempos de Dios. Además, nos sentimos incitados a la pereza, lo cual parece que es muy agradable: si nada nos enseña el pasado ¡a cerrar los libros! Así se distrae a la juventud del ejercicio y el estudio que han de ser toda su defensa para mañana, con la consoladora perspectiva del fin del mundo, propio consuelo de cobardes. Así echan cada cinco minutos el pito de sirena de los incendios, que hace abandonar las aulas y salir a la calle. Así amenazan a toda hora con el "¡Guarda, el lobo!" de la fábula, hasta que, de hartos, ninguno preste atención si de veras se nos acerca el lobo. Y —rasgo característico— son los más eruditos, los más culturizados, los que más deben al pasado y a la tradición, quienes se proponen para caudillos en esta nueva campaña de la ignorancia. Tras de haberse nutrido con el acervo de la historia, vienen a capitanear una campaña antihistórica.

Pero no se puede jugar así, indefinidamente, con el espíritu de las nuevas generaciones. El soldado de Pompeya, o estaba embriagado como solían, o se adormeció doblado sobre su lanza como acontece al centinela, o no pasaría de ser un imbécil sin el sentido de las categorías, sin discernimiento ni cerebración, y hasta sin el sano instinto que salva de los terremotos a los pobres ratones. Yo tengo una contrafigura para el soldado de Pompeya, y es aquel admirable aventurero español que, abandonado por una primera expedición en las costas mexicanas, no quiso seguir a los hombres de Cortés cuando éstos después se presentaron a rescatarlo. Gon-

zalo Guerrero, que así se llamaba este valiente, se encontraba bien hallado como jefe de indios, y tenía mujeres trigueñas que le daban hijos encantadores: la primera prole mestiza de que haya mención en nuestra América. Para él cambiar de civilizaciones venía a ser como cambiar de camisa. No veía el objeto de morirse por tener que taladrarse el lóbulo de la oreja o tener que estamparse en la cara un estupendo tatuaje en rojo y negro —cosas, después de todo, que hacen más o menos nuestras damas. Y aunque no sabría de coro las dos antigüedades, de seguro había cortado en la España de su infancia el fruto verdadero de las culturas que es, en suma, la resistencia moral para los reveses y casualidades exteriores; es decir: la fuerza de continuidad, el valor para "seguir adelante sobre las tumbas", como suspiraba Goethe; para el "impávido pisar sobre ruinas", como cantaba Horacio.

6

No son de ahora los predicadores de catástrofes. Un cierto instinto pitagórico hace que se consideren los números redondos como cifras fatídicas. Así fue el año de Mil, así será el de Dos Mil: se va acabar el mundo. Un cierto instinto de que todo lo insólito es un aviso del destino alimenta la superstición de los eclipses y los cometas: se va a acabar el mundo. Ya un cometa —quizá os lo han contado— le costó a la raza de Cuauhtémoc la conquista de México. El Emperador Moctezuma estaba convencido de que la aparición del cometa en el cielo de Anáhuac era una conminación divina para entregarse con armas y bagajes al conquistador blanco, al hijo del sol. Y se le entregó, en efecto, como el rey Latino de la *Eneida* se entregó a los troyanos. Y aunque después el pueblo se opuso en una revirada instintiva, otra hubiera sido su suerte si, bien conducido por su monarca, cierra desde el primer instante su muralla de paveses, y descarga sobre el invasor, no digamos ya la tempestad de sus flechas, sino su numeroso empellón de carne humana.

Pero volvamos a las catástrofes irremediables, a las ruinas de civilizaciones. Si le llamo civilización al uso del triciclo, me cuesta poco trabajo demostraros que la civilización

está, por su esencia misma, destinada a morir en término más o menos lejano. Pero —si ateniéndome a lo fundamental— le llamo civilización a la rueda, la veo girar por toda la historia como un radioso disco solar que todo lo ilumina, o como aquella serpiente que se muerde la cola, imagen de la continuidad adorada en todas nuestras mitologías.

Días pasados, cayó casualmente en mi mesa un artículo del *Harper's Weekly*, revista norteamericana, del cual entresaco estos párrafos:

"El presente es un momento sombrío en la historia. Por muchos años, ni en el curso de la vida de los que leen esta revista, ha habido tan profunda y grave preocupación humana; nunca ha sido el futuro tan incierto como hoy. En nuestro mismo país existe pánico y depresión comercial, y miles de nuestros más pobres conciudadanos están en la calle sin empleo y sin la menor perspectiva de obtenerlo.

"En Francia, la caldera política hierve y bulle con incertidumbre; Rusia, como siempre, es la amenaza de una nube negra y silenciosa sobre el horizonte de Europa; mientras que todas las fuerzas y energías del Imperio Británico están duramente probadas en contener en la India una insurrección de vastas y mortales proporciones y, además, la posibilidad de complicaciones internacionales en China.

"Es éste un momento solemne, y no se puede permanecer indiferente ante tales acontecimientos. Nadie puede pronosticar ni ver el fin de nuestras propias perturbaciones. . ."

Así dice el artículo de la revista norteamericana. No se puede describir mejor lo que ahora estamos presenciando. Se me olvidaba decir —pequeña confesión al oído— que este artículo del *Harper's Weekly* no acaba de publicarse ahora, sino que procede de un número que apareció, exactamente, el 10 de octubre de 1857. Hace setenta y cinco años que debimos haber perecido como el soldado de Pompeya, y todavía no hemos perecido. Y estamos afrontando una nueva crisis, aunque sea más grande que la otra. Y yo os invito con todo mi ánimo a que todavía no os deis a la derrota. El que persiste acaba siempre por tener razón. Aceptad las renovaciones que el tiempo traiga, y abrid el pecho a los ventarrones de la vida.

7

La palabra "cambio universitario" sólo nos sirvió de peldaño para subir una escalera que ahora tendremos que bajar. Pero ya sabemos todo lo que en esa palabra hay escondido. Dejemos la técnica del cambio a los que tienen, en nuestros países, el gobierno de las escuelas. Quizá otro día os describa algunos aspectos de este concepto —lucha de unificación entre las conciencias tiernas de América— tal como yo lo entiendo y lo veo. Por ahora sólo quise libraros de un mareo, ayudaros a mirar la línea del horizonte, para curaros un poco de las pequeñas inquietudes que todos los días os visitan, en vuestro trato con programas de estudio, libros de texto, catedráticos o directores de la enseñanza. Si logro que volváis ahora a vuestros afanes estudiosos algo confortados con la contemplación de la Atenea Política, de la inteligencia que fabrica ciudades, habré correspondido a la invitación con que me honrasteis. Ninguna podía conmoverme más: soy un estudiante cuarentón, estudiante fui ayer y estudiante seré mañana. Tengo algún derecho a aconsejaros la vida de la cultura como garantía de equilibrio en medio de las crisis morales. Traigo bien provistas de experiencia mis alforjas de caminante. No olvidéis que un universitario mexicano de mis años sabe ya lo que es cruzar una ciudad asediada por el bombardeo durante diez días seguidos, para acudir al deber de hijo y de hermano, y aun de esposo y padre, con el luto en el corazón y el libro de escolar bajo el brazo. Nunca, ni en medio de dolores que todavía no pueden contarse, nos abandonó la Atenea Política.

No quiero despedirme sin recordaros que esta divinidad tiene muchos nombres, no contando el que Zeus le prodiga en el poema homérico ("querida ojizarca") que más bien es un apodo paternal cariñoso. Repetir los nombres de las divinidades es una forma elemental de la plegaria. Orar quiere decir hablar con la boca. Oremos: Atenea, además de Polías o política, se llama Promacos, que viene a ser campeón en las armas, diosa campeadora; se llama Sthenias o poderosa. Areia o de bélica naturaleza. Y todo esto significa que nunca deja enmohecerse su tradición, sus victorias pasadas, sino que a cada nueva aurora madruga a combatir por ellas. Atenea

se llama también Bulaia, porque asiste y juzga con los consejos, porque sofrena la cólera del héroe tirándole oportunamente por las riendas de la cabellera; y se llama Ergane, maestra de artesanos, por donde la escuela y el taller se confunden. Por último, Atenea es Kurótrofos, nutriz de los retoños, diosa que alimenta los nuevos planteles de hombres. Protectora de los muchachos, ella os defienda y os ampare, ella os guíe, ella os fatigue y os repose.*

Río de Janeiro, 4-V-1932.

* Leído en su fecha en el Club Reforma, Facultad de Derecho (Palacio del Tamaraty), apareció en folleto privado, 8°, 42 págs. Segunda edición, Santiago de Chile, Editorial Pax, 1933, precedida de una carta facsimilar al editor, que dice así:

Sr. Dn. Carlos Cesarman.

Mi estimado amigo:

He querido corresponder a su amable sugestión dejando en sus manos un ejemplar de cierta conferencia que leí el año pasado a un grupo de jóvenes universitarios cariocas. La *Atenea Política* acaso merezca ser presentada al gran público chileno, en edición popular, por ser una obra de buena fe, destinada a corregir —al menos para mí mismo, si es que no lo logra en los demás— el abuso de ciertas nociones que, esgrimidas de un modo puramente metafórico o trasladadas del terreno ideológico, en que hallan natural acomodo, a otro terreno en que son del todo impertinentes, oscurecen, a los ojos de los incautos o los no prevenidos el verdadero sentido del acto humano y de la conducta en general.

Quisiera insistir sobre todo en aquella nota en que me atrevo a decir que acaso la conducta humana pueda definirse como un imperativo de continuidad lanzado sobre el mundo. Bien está que el investigador físico descubra (si es que se trata de un descubrimiento definitivo y no de una hipótesis más, rectificable como tantas otras que la historia de las ciencias deja caer en el camino) la hendedura de lo discontinuo en lo infinitamente pequeño o en lo infinitamente grande. A esto el investigador psicológico podrá contestar siempre que, en este mundo de las dimensiones medias que es el mundo humano, el espíritu ha hecho irrupción como una energía de continuidad. Hemos venido a atar cabos, a enlazar especies. Prolongue cada uno esta noción, y bañe con ella todo el campo de las conclusiones morales y estéticas.

Me seduce dejar a mis amigos chilenos un pequeño recuerdo de mis días en Santiago, donde siempre me acompañaron los mejores augurios: un aire templado y tónico, en que se respiraban ya los primeros halagos de la primavera, y la conjunción de Júpiter y Venus en el cielo nocturno. No hay como el poder y el amor cuando se juntan y acuerdan; es decir, la fuerza amorosa, el anhelo de creación en el bien.

Perdone sus divagaciones a este mitólogo impenitente, y crea en el agradecimiento de su amigo

A. R.

III. HOMILÍA POR LA CULTURA *

1

HONRA A esta asociación el propósito de fomentar en su seno los estímulos de la cultura. Esta conciliación entre la Económica y las Humanidades contenta ciertamente nuestros viejos anhelos platónicos, acariciados desde la infancia, y hasta nos convida a soñar en un mundo mejor, donde llegue a resolverse la antinomia occidental entre la vida práctica y la vida del espíritu. Todo empeño por partir artificialmente la unidad fundamental del ser humano tiene consecuencias funestas: arruina a las sociedades y entristece a los individuos. Por encima de todas las especialidades y profesiones limitadas a que nos obliga la complejidad de la época, hay que salvar aquella que Guyau y Rodó han llamado la "profesión general de hombre". Aparte de que el hombre de varios recursos está mejor armado para los vaivenes de la suerte; porque el que sólo tiene un recurso, es como el ratón de un solo agujero que decía, hace cuatro siglos, la *Celestina:* "No hay cosa más perdida, hija que el mur que no sabe sino un horado; si aquél le tapan, no habrá dónde se esconda del gato." Stendhal, llamado a escalar las tempestuosas montañas de la novela romántica, en cierto momento de su vida cuelga la espada de subteniente y se hace especiero en Marsella. Y el más alto poeta vivo de mi país, Enrique González Martínez —que por cierto fue Ministro en la Argentina hasta hace pocos lustros—, para sobrellevar el naufragio cuando lo azotó la fortuna y tenía, como dice la gente, "el santo de espaldas", abrió tranquilamente un expendio de jabón y otras mercancías humildes, pero limpias, al que puso como nombre y enseña el título de su más famoso soneto: *La muerte del cisne.*

* Conferencia en la Asociación Bancaria de Buenos Aires, publicada primeramente en *El Trimestre Económico*, México, Fondo de Cultura Económica, IV a VI-1938, pp. 80-102. *Cf.* "El Brasil en una castaña" ("Norte y Sur", *Obras Completas*, IX, p. 187); *Introducción al estudio económico del Brasil, 1936* (Archivo de A. Reyes, D. 1, México, 1938).

Querer encontrar el equilibrio moral en el solo ejercicio de una actividad técnica, más o menos estrecha, sin dejar abierta la ventana a la circulación de las corrientes espirituales, conduce a los pueblos y a los hombres a una manera de desnutrición y de escorbuto. Este mal afecta al espíritu, a la felicidad, al bienestar y a la misma economía. Después de todo, economía quiere decir recto aprovechamiento y armoniosa repartición entre los recursos de subsistencia. Y el desvincular la especialidad de la universalidad equivale a cortar la raíz, la línea de alimentación. Cuando los especialistas, magnetizados sobre su cabeza de alfiler, pierden de vista el conjunto de los fines humanos, producen aberraciones políticas. Cuando los hombres lo pierden de vista, labran su desgracia y la de los suyos. El otro día, en el film *Tiempos modernos,* Chaplin nos daba la caricatura, más trágica que risueña, de la enfermedad a que conduce la continuada ocupación de apretar tuercas en las máquinas. Cuidemos, sí, cuidemos de apretar la tuerca que representa nuestro oficio práctico, pero no olvidemos la otra tuerca, la que nos prende al universo. Si el universo —decía Pascal— nos contiene por el espacio, nosotros contenemos al universo por el espíritu. Como "hay tiempo para llorar y tiempo para reír", debe haber tiempo para la acción y tiempo para la contemplación. Un baño frecuente en los universos devuelve su elasticidad a nuestra acción limitada y le presta nuevo vigor. Dicen que basta ver una vez al día, de pasada y aun sin darle importancia, la imagen del Gran San Cristóbal, para evitar accidentes y desgracias. Los chauffeurs en estos países suelen llevar consigo una imagen del milagroso santo. Nuestro Gran San Cristóbal debe ser este sentido de lo universal que se llama la cultura: un vistazo diario al reino de la cultura, desde nuestra humilde ventanita, nos libertará de accidentes y desgracias.

Platón, en uno de aquellos diálogos que varias veces han dado la vuelta al mundo, destaca, bajo la apariencia de un símbolo poético, una profunda verdad ideal. Asegura que los humanos no fueron siempre lo que hoy son: que eran unos seres mixtos —hoy decimos mixtos o dobles, pero habría que decir completos— en que la pareja hombre y

mujer estaba fundida en una sola unidad biológica que se bastaba a sí misma. Otro símbolo nos ha dicho que Eva estaba intrínseca en el cuerpo de Adán: brotó de su costilla, como el retoño brota en el tronco. Y la historia natural nos enseña que esta partición o bifurcación es uno de los modos elementales de reproducirse los seres. Así, en la célula viva —examinada al microscopio— acontecen revoluciones muy semejantes a los cismas políticos: el núcleo engorda y se rompe, y cada pedazo se va a su rincón, convertido, a su turno, en pequeño sol de un diminuto sistema planetario de puntitos y bastoncitos; hasta que la célula original se divide en varias células nuevas. De igual modo el ser andrógino de Platón se partió un día en sus dos elementos, el masculino y el femenino. Y aquí comienza el gritar y el rechinar de dientes, porque cada fragmento se acuerda (esto de "acordarse" tiene una gran importancia en la filosofía platónica), se acuerda —digo— de la unidad armoniosa que antes era, y se echa por la vida a buscar, afanosamente, "su media naranja".

Pues imaginemos ahora que la cabeza del hombre, continente filosófico para una imagen del universo, también haya sido partida en dos cotiledones, catástrofe botánica de que aún parecen quedar vestigios en los dos hemisferios cerebrales, tan semejantes a los granos de ciertas plantas, dobles y simétricos con respecto a un eje central. Imaginemos que un pedazo de la cabeza se llevó toda la teoría y el otro toda la práctica; aquél toda la contemplación, éste toda la acción. ¡Ay! ¿Qué harían el uno sin el otro? ¿Cómo no habían de anhelar por juntarse y ayudarse entre sí, al igual de los seres bifurcados de que hablaba Platón? Aspiran a coordinarse las partes, aspira a recomponerse el rompecabezas (que aquí propiamente podemos llamarle así) para que una y otra porción sumen sus flaquezas y deficiencias y arreglen un compendio de energía cabal. Así la especialidad sin la universalidad es una mutilación; así el bancario sin la cultura, como cualquier otro oficial de otro oficio cualquiera. Por eso, en aquel soneto de Quevedo, el ciego —que anda y no ve— presta sus piernas y pide sus pupilas al cojo —que ve y no

anda— para entre los dos sacar un dechado armonioso, una figura de viabilidad suficiente.

Y ya que nos hemos lanzado por este firmamento de los símbolos, recordaremos la fábula egipcia de Isis y Osiris: Osiris, despedazado entre todas las estrellas del cielo nocturno, aparece recompuesto en el cielo diurno, y eso es el Sol. Y el secreto es que Isis, la Luna, junta cada noche, estrella a estrella, los millones de fragmentos y trizas de su esposo. El mito de Isis nos inspire: pensemos que la realidad cotidiana, en sus mil embates, se empeña siempre en destrozarnos. Y reconstruyamos, con una voluntad permanente, nuestra unidad necesaria. Ésta y no otra, amigos míos, es la tarea de la cultura.

La cultura es una función unificadora. La concebimos bajo la especie geométrica del círculo, la figura total y armoniosa. La función unificadora tiene un cuerpo y un alma. En el orden individual o moral, todos lo entienden. En el social o político, el cuerpo es la geografía (necesidad) y el alma es la concordia (libertad). La voluntad de concordia, de coherencia, de intercambio, procura, en todos los pueblos y a través de todas las tierras, nivelar y anular las desigualdades geográficas, para que la circulación humana sea más plena y regular en la tierra. Se trata de hacer de la tierra natural —accidente de la geografía— una tierra humana, fruto de nuestra iniciativa hacia el bienestar y el mutuo entendimiento.

La cultura es una función unificadora. Los fenómenos se *estudian* y se *describen* por partes, pero *existen* en manera de continuidad. Lo aislado no se da ni en el espíritu ni en la naturaleza. El aislar un objeto de acción o de conocimiento no es más que una operación transitoria y provisional. Y he dicho bien una operación, porque tiene algo de treta operatoria, de ligadura de una vena para evitar una sangría, mientras se procede a una intervención. La inteligencia, en su proceso físico sobre nuestra habitación terrestre, unifica nivelando y comunicando entre sí las partes de la tierra. La inteligencia, en su proceso político sobre el ser de nuestras sociedades, unifica creando el entendimiento internacional. Cuando la inteligencia trabaja como agente unificador so-

bre su propia sustancia, produce la cultura.* Los conocimientos, las ciencias y las artes, se cambian constantes avisos entre sí, viven de la intercomunicación.

Caso heroico el de la matemática, y por eso va a servirnos de ejemplo. La matemática, que los bancarios tienen obligación de practicar y conocer como a persona de la familia, parece, por su abstracción misma, una disciplina sin atmósfera social, un conocimiento neumático. Y, sin embargo, está afianzada, como la yedra, al muro de la vida. Desde luego, su abstracción misma la hace abrazar todos los fenómenos, considerados bajo cierto aspecto, el aspecto cuantitativo. Esto nos explica ya su continuidad con todas las demás especies del conocimiento. Y, por paradójico que a primera vista parezca, también los fenómenos de orden cualitativo se dejan interpretar, sondear y captar por la matemática: esta red envuelve todos los peces. Vamos a explicarlo con un caso concreto.

Al principio hemos recordado a Pascal. Pascal solía decir que por un lado marchaba el espíritu de fineza (orden cualitativo) y por otro el espíritu de geometría (orden cuantitativo). La verdad es que hay entre ambos unos vasos comunicantes. Escojamos una de las cosas más aparentes: nada hay más aparente que la luz; la luz, madre de los colores. Pues he aquí que los colores lo mismo se prestan al conocimiento psicológico o cualitativo, que al conocimiento físico o cuantitativo. Un día se produjo una controversia ilustre en la historia de las ciencias. Ella está representada por dos sabios: uno Newton y otro Goethe, el autor del *Fausto*, que era también un hombre de ciencia. Newton prendía la interpretación cuantitativa de los colores; Goethe se aferraba en la cualitativa. Cada uno tenía la mitad de la razón. Newton abría el ciclo de investigaciones que, poco a poco, habían de llevar a la ciencia a la explicación de los colores como efectos de velocidades distintas en la onda luminosa; y esta teoría ha sido fecunda para la física. Goethe insistía en la autonomía cualitativa de cada color, en la sensación del color, y su análisis de esta sensación no había sido superado hasta entonces. El hecho visual del verde y el rojo no puede

* Ver, en este mismo volumen, *Atenea política*, pp. 182 *ss*.

sustituirse por dos números que representen dos velocidades de ondas diferentes; y, sin embargo, a través de este lenguaje, la matemática opera y realiza resultados con una cosa que parece serle tan ajena como lo es la sensación que tenemos de los colores. De suerte que una cifra algebraica puede, para ciertos efectos, hacer las veces de un lienzo del Veronés, vibrante en su doble llama de azul acero y anaranjado.

Hay más: ni siquiera está desasida la matemática de la realidad social de cada época. No me refiero sólo al progreso de las nociones o de los instrumentos. El estado social en el aspecto más cualitativo y emotivo, en el sentido de estado político, afecta profundamente la historia de la matemática. El desarrollo y el ejercicio de este conocimiento no son impermeables, por ejemplo, a la noción de clase social. La matemática del antiguo Egipto, con ser tan asombrosa, nos resulta hoy envuelta entre artificiales misterios de castas, que no tienen ya a nuestros ojos más valor que el de un estado transitorio en las sociedades. El sacerdote, el iniciado, era el único que tenía derecho a la fórmula para medir el nivel de las crecientes del Nilo (y de las bajantes, para ser actual); * y esta circunstancia, a la vez que trascendía a la vida general de aquel pueblo, se reflejaba en la vida de la matemática.

No necesitamos retroceder en los siglos para encontrar yerbas adventicias de antropomorfismo en el campo de la matemática. Los ejemplares sociales de todas las épocas conviven en las distintas capas humanas de cada época. Hay quien vive todavía en la Edad Media, y hay todavía gente primitiva. Ciertos pueblos africanos de hoy en día sólo tienen nombre numeral para las decenas, y completan las unidades sobrantes con gestos de la cara y señas de la mano. En la oscuridad, no pueden comunicarse un cómputo. Para decir: "He visto cuatro cabras cruzar el arroyo", tienen que decir: "He visto cruzar el arroyo ¿cuántas cabras?", y aquí la mímica, el gesto o el ademán que corresponden al cuatro en un como lenguaje de sordomudos.

Para quien vive en el nivel contemporáneo de la cultura,

* Por los días en que se leyeron estas páginas, un fuerte viento occidental produjo una bajante en el río de la Plata, perjudicando por algunas horas los servicios de agua en Buenos Aires.

hoy la matemática es lo que es y parece ya del todo higienizada, pasteurizada contra toda influencia antropomórfica. No estamos, sin embargo, muy seguros de que nuestra matemática parezca igualmente pura a la humanidad del año tres mil. Entre los mismos sabios de nuestra época se nota una pugna de criterios, pugna que precisamente se resuelve en una fundamentación más humana de las ciencias exactas. De un lado, aquella tradición que arranca de Descartes (cuyo *Discurso del método* está recordando la gente universitaria de nuestros días, al cumplirse el tercer centenario de su aparición) y que remata con los logísticos contemporáneos, tiende a considerar la matemática como una disciplina formal, como una síntesis lógica, lo que hace decir a un matemático de la otra escuela que también hay arquitectos que, por usar del cemento para juntar sus materiales, quieren construir todo su palacio con cemento. De aquel lado, hay otros que consideran que en la matemática hay un acto de invención humana, el cual puede representarse simbólicamente en el instante de elección de las fórmulas, de que han de resultar las teorías y las conclusiones, y que es este punto de vista el que ha permitido los grandes adelantos del siglo pasado y del presente. Como veis, la matemática vive del cambio con el estado general de la mente, con la cultura. Aun la invención y la imaginación tienen que ver con ella. Y cuando la célebre manzana cae sobre la cabeza de un hombre, se desata, dentro de esa cabeza, un proceso de asociaciones que lo llevan hasta la formulación de algunas leyes físicas fundamentales, proceso que anda mezclado con muchas cosas que no son puramente abstractas y que hasta participa de los caracteres del proceso poético.

Y ya que hemos llegado a la física, ¿quién ignora la historia de los arrepentimientos de Galileo, arrepentimientos de dientes afuera a que le obligó la policía de su época? ¿Quién negaría entonces la trabazón social que envuelve a la historia de esta ciencia exacta? No hay sólo una trabazón social, hay también una trabazón emocional y sensible. Considérese solamente el esfuerzo que hace el hombre medio de nuestros días (esfuerzo comparable al del contemporáneo de la gran revolución copernicana, que de pronto se sintió expulsado

del centro del universo) para aceptar íntimamente las nociones de una geometría no euclidiana, un mundo de cuatro dimensiones, un continuo de espacio-tiempo, un rayo de luz que —por la naturaleza misma de las cosas— recorre una trayectoria en redondo y, tras de millones de milenios, regresa a su punto de partida y, por decirlo así, se muerde la cola. No sólo las ciencias se armonizan entre sí como las distintas partes de un organismo, sino que este organismo, el organismo de la cultura, está empapado y vivificado por la misma sangre de emoción que penetra todas las cosas humanas.

2

Una de las mujeres más extraordinarias que han nacido en América, la monja Sor Juana Inés de la Cruz —a quien en su tiempo, el siglo XVII, llamaron la Décima Musa y que, a más de poetisa, era una mente filosófica y lo que hoy diríamos un carácter—, había descubierto algo que constituye a la vez el secreto de la cultura y el secreto del estudio. En sus afanes por entenderlo todo, en su incontrastable sed de conocimiento que rayaba en la heroicidad, luchando con los obstáculos que nuestras sociedades han opuesto de todo tiempo a las mujeres que quieren embarcarse en el mismo barco de los hombres, y que hacían de la colonia un medio singularmente impropicio para su formación intelectual; desvelándose a solas, como decía la pobre, sin más maestro que un libro ni más condiscípulo que un tintero insensible con quien departir sobre las verdades que iba adquiriendo; se había dado cuenta de esta intercomunicación que existe entre los distintos órdenes del saber; había comprobado por sí misma que unas disciplinas ayudan a las otras, y que aquello que no alcanzaba directamente en la teología, a lo mejor venía a entenderlo a través de la matemática; y lo de aquí con ayuda de la música, y lo de más allá con la historia. Esta colonización interior entre unas y otras provincias; este riego que, por pendiente natural, parece escurrir de unos a otros lechos vegetales, fertilizándolos inesperadamente, es un fenómeno espontáneo, pero se produce con más facilidad y frecuencia cuando lo ayudamos con un poco de iniciativa. La

atención orientada como que abre las compuertas, los vasos comunicantes.

A este propósito, voy a contaros una modesta experiencia personal. Inclinado por vocación y estudios a las cosas de la literatura: algo tocado de poesía o, como se dice en mi tierra, "picado de la araña"; pero obligado, por otra parte, al estudio de las cosas sociales, en virtud de los encargos que desempeño, siempre —al revés de lo que muchos pretenden— he procurado persuadirme (y aquí de la orientación voluntaria a que antes me refiero) de que este mi trabajo que llamaríamos oficial no desvía mis personales aficiones, antes las nutre y enriquece. En el Brasil me encontré en el caso de documentarme sobre la historia económica de aquel país inmenso y asombroso. Y he aquí que, a medida que se completaba en mi mente la figura de ciertos hechos sobre el desenvolvimiento y etapas de la riqueza brasileña, paralelamente se iba precipitando en mi interior la concepción de una obra teatral de cuyo trazo os doy las primicias. Sé que esta exposición desequilibra un poco las proporciones de mi charla, pero me parece oportuna ante un auditorio de trabajadores de la economía nacional. Tal vez no escribiré nunca el drama soñado. Narrando las grandes líneas del proyecto, habré cumplido hasta cierto punto con mi conciencia.

Se trata de un drama de materialismo histórico. El héroe individual queda sustituido por la multitud: la estadística, el saldo general, importan más que los actos de un protagonista determinado. A esta concepción literaria, que en nuestro tiempo Jules Romains ha bautizado con el nombre de "unanimismo", se acercaban ya Cervantes en la *Numancia* y Lope de Vega en la *Fuenteovejuna*, donde el verdadero héroe viene a ser la voz popular.

El Brasil, enorme territorio político, va siendo paulatinamente captado por el aprovechamiento económico de los colonizadores portugueses, holandeses, franceses, que luchan entre sí para quedarse con la tierra recién descubierta. De uno a otro punto del litoral se tienden poco a poco líneas de colonización; y del litoral hacia el interior avanzan las banderas de los exploradores. La frontera económica está en marcha, para llegar a coincidir con la frontera política.

La bandera adelanta como una tribu de la Biblia, llevando consigo sus familias, sus sacerdotes, sus jueces y jefes militares. Algunos se quedan en el camino y van formando los "sertões" o poblaciones interiores: el río de sangre hace charcas aquí y allá, y se va coagulando en la tierra donde ha caído. Los "bandeirantes" tienen algo de los "condottieri" italianos y son una transformación sudamericana del aventurero europeo que produjo el Renacimiento. Éste, el movimiento general. Y ahora las sucesivas etapas.

La economía del Brasil se desenvuelve en una serie de monoculturas extensivas. Ellas dominan un tiempo los mercados, y luego se hunden bajo la competencia de las culturas intensivas, mejor pertrechadas, que van apareciendo en otras partes del mundo. Cada uno de estos monopolios naturales en torno a lo que se llama un "leading article" o artículo principal, coincide con el aprovechamiento de nuevas áreas, con un avance de la frontera económica, y determina un auge y hasta un tipo nuevo de civilización. Y cada auge, al final del acto, acaba en una crisis producida por la competencia exterior; en una desbandada de los pueblos hacia una nueva región donde acaba de aparecer otra riqueza; la cual, a su turno y por algún tiempo, regirá en señora absoluta los mercados.

La primera etapa es la civilización del azúcar. Colón trajo la caña a las Indias Occidentales en 1493. En 1532, la caña fue importada de Madera al Brasil. Cultivóse en San Vicente y luego en Pernambuco y Bahía, la Virginia sudamericana, y no la Roma negra como exagera Paul Morand. Hasta fines del siglo XVII, domina en los mercados el azúcar brasileña, que luego cede el paso a las Indias Occidentales y a Europa. En aquel siglo alcanza importancia mundial y es el producto por excelencia del tráfico ultramarino. La colonización holandesa, bajo el conde de Nassau, en el nordeste del Brasil, vive del azúcar. La expulsión de los holandeses, en 1655, redunda en la decadencia del producto, que poco a poco desciende a la categoría de industria doméstica. Pero no es ésta la única causa del menoscabo. Hay otra causa interior: desde mediados del XVII, las minas de oro y de diamantes han comenzado a atraer el capital y el trabajo

hacia otras zonas del país. Los "fazendeiros" y los esclavos emigran hacia Minas Geräes o Rio de Janeiro, gran centro de lavaderos de oro. La civilización del azúcar, para cuya pintura Oliveira Lima nos prestaría su pluma incomparable, conoce todavía algunos altibajos ocasionales: el sistema continental de Napoleón afectará el mercado azucarero; la rebelión de esclavos en Haití destruye los ingenios; los Estados Unidos se abren como nueva e importante plaza, lo que determina un relativo renacimiento de Pernambuco a principios del XIX. Pero a mediados del siglo recibirá otro golpe, con la revolución técnica y la lucha entre la caña y la remolacha. El ferrocarril tiende a convertir los plantíos dispersos en magnas empresas. En vano se procura adoptar el sistema cubano de las Centrales. La abolición de la esclavitud (1888) deja la industria sin manos. La guerra mundial trae otro pasajero auge. São Paulo ha comenzado también a producir azúcar y en Rio Grande do Sul también se cultiva la caña. Matto Grosso se empeña en lo mismo, aprovechando sus bocas naturales que están en Paraguay y Bolivia. El Brasil produce lo bastante para su propio consumo, y el café —que los brasileños endulzan mucho— vehicula la venta del azúcar. Se la aplica ya a la creciente industria de la fruta en conserva. Y así, entre ondas históricas, se desarrolla el acto de la civilización del azúcar.

En el siglo XVIII domina el oro, que cede el paso después ante el auge de California, Sudáfrica y Australia. Buscado ansiosamente desde los orígenes de la colonización —cuando los reyes portugueses mandan escudriñar, como decía el poeta Claudio Manoel, "os thesouros que occulta e guarda a terra"—; descubierto provisionalmente en San Vicente y luego en Catagua (1560) y en otras regiones de Minas Geräes; procurado con afán en el XVII por los exploradores paulistas que se internaban hasta Minas cazando indios, sólo a fines de aquel siglo puede decirse que se convierte en riqueza, al afortunado hallazgo de la bandera de Rodrigues Arzao (1693). Aparecen las minas de São João d'El-Rei y de Goyaz. De todo el mundo acuden los aventureros, al grado que por el valle de San Francisco (Bahía) nace una actividad ganadera subsidiaria, para alimentar a los busca-

dores de oro. En cambio, se abandona la agricultura. A la fábula del Potosí sucede la fábula de la Villa Rica. En Goyaz, se repueblan establecimientos ya medio descuidados, alguno de los cuales da origen a un centro ganadero todavía floreciente. Nacen las ciudades de Donna Marianna, Villa Rica, Duro Preto, São João d'El-Rei. Por todos sitios apunta el oro, que hoy sólo queda en Minas (Passagem, Morro Velho). La onda crece hasta 1760. Al comenzar el siguiente siglo, un amigo de Goethe a quien éste solía encargar diamantes brasileños, el barón von Eschwege, organiza científicamente la extracción. En 1824 aparece la primera irrupción del capital extranjero: The Imperial Brazilian Mining Association. "Gran parte del oro brasileño —escribía Adam Smith— viene anualmente a Inglaterra." La Gran Bretaña, que tenía muy viejas alianzas con Portugal (acaso las más antiguas de Europa, puesto que datan de las Cruzadas); que ya en el siglo XVII podía considerar el comercio portugués como un comercio británico bajo el pabellón de Braganza; que con el tratado de Methuen (1703) se había asegurado la plaza portuguesa; que al sobrevenir las guerras napoleónicas había sugerido y costeado el traslado de la corte de Lisboa al Brasil, queda en calidad de intermediaria, no sólo entre el Brasil y el resto del mundo, sino también entre el Brasil y la antigua metrópoli. Logra que sus créditos contra Portugal sean transferidos al Brasil, deudor todavía virgen; y así, bajo su tutela, lo lanza algo prematuramente a la experiencia de las deudas internacionales. El primer banco del Brasil suspende un día sus pagos en metálico (1821), porque el almacén de oro del mundo se ha quedado sin oro. Y empieza la larga historia del papel de Estado irredimible, con vaivenes hacia el metalismo y recaídas inevitables; con episodios como la crisis del "xem-xem" o moneda falsa de cobre; hasta que, en 1918, sobreviene la prohibición de exportar el oro, que debe entregarse al tesoro nacional. Una escena aparte, que abriera un compás de espera en nuestro drama, podría mostrarnos aquí las vicisitudes de los bancos centrales, en los países enormes sembrados de plazas pequeñas y sin comunicación entre sí. Legendario pasado, presente pobre, futuro indescifrable: tal es la civilización del

oro en el Brasil. Ella deja ostentosas huellas artísticas, y el recuerdo de las favoritas paseadas en andas por las calles, tras las aclamaciones de la muchedumbre. Al fondo, las joyas labradas, la rica arquitectura eclesiástica del "Aleijadinho", la más importante del Brasil.

A fines del XVIII, el algodón brasileño domina en la plaza londinense, pronto arruinado por el invento de los almarraes, y deja el sitio a los Estados Unidos. Bahía, Pernambuco y Maranhão inician con la colonia este tipo o civilización del algodón; surten primero a sus distritos, y acaban por producir para todo el mundo. Hay fábricas de tejidos en Minas desde mediados del XVIII. El siguiente siglo conoce el auge de Ceará, aunque ya se deja sentir la competencia norteamericana. Por 1822 hay, en Europa, una caída de precios. La guerra de secesión de los Estados Unidos da otra vez juego libre al algodón brasileño. Pero, rehecha aquella gran república, pronto prima sobre la producción del Brasil esta producción casera, paternal e idílica de ingenios de esclavos. Y otra vez la abolición de la esclavitud (1888) reduce de pronto la industria a límites domésticos. La dislocación fue aquí más grave que en el caso del azúcar. El caucho, que aparece en el Norte, imanta hacia allá las energías. La guerra mundial trae, como de costumbre, una bonanza pasajera. La tarifa proteccionista de 1914 tiende a desarrollar la industria más de prisa que la producción. Las fábricas, acosadas, distribuyen semillas entre los plantadores. Los mercados vuelven del exterior al interior: industriales de São Paulo, Minas y Rio consumen el producto; ahora el Norte provee al Sur. En los últimos tiempos, São Paulo y Rio Grande do Sul se han hecho productores en tal medida, que despiertan el interés del Japón, cuyas misiones comerciales proyectan posibles transferencias al Brasil de sus compras en los Estados Unidos. Y con esta ceremoniosa aparición de los asiáticos se cierra el acto de la civilización algodonera.

El siglo XIX, como era de esperar, ofrece un cuadro más complejo y variado; los movimientos se aceleran y también las sustituciones de las monoculturas, que se pisan unas a otras. Entonces la supremacía de un producto accesorio —el cacao, pronto derrotado por el Ecuador y luego por Vene-

zuela y Colombia— casi se ahoga entre el apogeo fantástico del caucho, del que habrá de dar cuenta el Asia. Y se desarrolla el artículo por excelencia, el café, que, entre el rejuego de calidades y precios, sufre los tremendos embates del género fino de Colombia, de Venezuela y Centroamérica. La naranja ayuda subsidiariamente a los cafeteros, obligados a suspender las labores del principal artículo. Veamos primero el caso del caucho y luego el del café.

Sólo el oro nació en el corazón del Brasil. Azúcar, algodón y caucho vinieron del Norte. El caucho se da por la cuenca del Amazonas. Imagínese lo que sería la representación de la selva amazónica en un escenario bien montado. Los "seringueiros", casi sin medios de comunicación, entran por los bosques, temerosos como feraces, dando tajos con sus cuchillas para recoger en los troncos el precioso sudor, que a esto se reduce toda su técnica. Conocido el caucho brasileño desde el siglo XVI —los indios lo usaban para muchos fines—, sólo entra en la vida ostensible en el XIX, desde la industrialización de MacIntoch (1823). La edad dorada corresponde a los años 1905-1910, época en que todo se abandona en el Norte por seguir la suerte del caucho: café, algodón, cacao, arroz, tabaco, nueces del Pará. El Sur se ve obligado a proveer a las crecientes poblaciones del Norte. Pero el caucho plantado va minando al caucho silvestre. Británicos y holandeses irrumpen con su artículo perfeccionado y sus precios más atractivos. Wickham se había llevado al Oriente la semilla amazónica por 1876. De 1910 en adelante, Ceilán y Malaya han conquistado las plazas. A los dos años, el caucho brasileño ha perdido su lugar de honor. En vano la guerra mundial lo alivia un poco. El auge del caucho es un cuadro semejante al del oro: fantástica atracción seguida de bruscas desilusiones; una marcha más de la frontera (la adquisición del territorio del Acre, por el tratado de Petrópolis, 1903) y un nuevo progreso de la colonización interior: después de varios días de navegación por entre la selva primitiva, se alza, inesperada como en un cuento árabe, la ciudad de Manaos. La misma política internacional ha entrado en juego, y hay conflictos con el Perú y Bolivia, problemas con relación a las concesiones norteamericanas de

Ford, a las concesiones japonesas y a los intereses de los navieros británicos. Y la caída es aquí todavía más trágica que en los otros casos. En 1921 se llega a la máxima depresión. Y en vez de avanzar, la misma frontera económica parece que retrocede entonces: por las márgenes del sagrado río, se ven pueblos abandonados; un perro, vuelto silvestre, aúlla largamente entre las ruinas.

En cuanto al café, eje de la economía nacional en nuestros tiempos, ha sido llevado por el Amazonas y Pará allá en 1723. Pronto se traslada a Rio de Janeiro el principal cultivo, y a comienzos del siglo pasado, a São Paulo, que vendrá a ser el centro. Hasta 1830, las Indias Occidentales habían dominado el artículo, a través de Londres. De entonces hasta los años del sesenta, pasa el turno a Java, a través de Amsterdam y Rotterdam. En el setenta, al Brasil. Hasta 1887, las plazas son Nueva York, El Havre, Hamburgo, y el café de Santos lleva la palma. En la actualidad, las plazas son Santos, Rio de Janeiro, Nueva York. Como la planta sólo se cosecha a los cinco años y la tierra roja es costosa —esa tierra roja de los cafetales que pinta deliciosamente Portinari—, la inversión de capital es mayor; y esto nos da un tipo de economía y de vida muy diferentes que en los otros artículos. Junto al pequeño "fazendeiro", el grande nos aparece ya como un comerciante urbano. Entre las alternativas de esta agitada historia, veremos batallas contra otras potencias cafeteras (Sielcken y Arbuckle Bros., por ejemplo), y cautelas contra la sobreproducción como las de Java en la primera mitad del siglo XIX. El imperio, en sus postrimerías, intenta la regulación por el monopolio. En 1902 se restringen las plantaciones en São Paulo. Las tentaciones del privilegio llevan al exceso de especulación. A veces la valoración del café revela una pugna entre los vastos planes nacionales de São Paulo y los modestos planes locales del gobierno federal. El café adquiere carácter de moneda. Las mismas defensas y protecciones inauguradas en 1906 hacen del café una empresa financiera en magna escala. El peso de esta economía gravita sobre la política que, de 1889 en adelante, aparece regida por el café en mucha parte, bajo la hegemonía creciente de São Paulo. Lo

que no se pudo para el azúcar, se logra para el café: transformar en institución permanente el sistema de defensas. En 1924 funciona ya un Instituto del Café con banco especial. Las facilidades que alcanza São Paulo despiertan la rivalidad de otras regiones. La catástrofe se cierne ya, y los cafeteros de São Paulo hablan todavía en tono satisfecho y ufano, en vísperas del año terrible de 1929. La crisis hace posible la revolución de octubre de 1930, e inaugura la segunda república. Ésta, llamada a repartir entre todos los Estados de la nación la antigua hegemonía paulista, procura también, para en adelante, salvar al país de las convulsiones de la monocultura, orientándolo hacia la policultura, más estable de suyo.

Y toda esta epopeya del esfuerzo humano se desenvuelve sobre escenarios deslumbradores: el descubrimiento; la colonización y conquista; las luchas por la posesión exclusiva entre varios pueblos europeos; la aventura de los hugonotes de Villegagnon; la fastuosa colonia; el traslado del Rey D. João VI, el hombre de las iniciativas, que llega un día con su corte, su peluquero Monsieur Catilino y su costurera Madama Josefina; el franqueo de puertos que Inglaterra comienza por asegurarse en pacto secreto y que luego se abren al mundo; el regreso de la corte a Portugal, que barre consigo todas las reservas del Estado, puesto que en suma el monarca veía como patrimonio privado el tesoro público; los esfuerzos para restaurar la economía con impuestos, impuestos hasta sobre la confesión de los fieles; la célebre cabalgata de D. Pedro I para anunciar la independencia a su pueblo; el imperio dorado y dulce; D. Pedro II, filósofo en el trono; las guerras del Sur; la república. Pasan las figuras de Tiradentes, de Caxias, de Ruy Barbosa. Y los actores del drama: el explorador y guerrero que se va cambiando en "sertanejo"; éste, que deriva hacia el "fazendeiro"; y el nieto o biznieto que es ya paulista, financiero urbano, empresario moderno. Y por los abiertos brazos del litoral, la inmigración que irrumpe sin freno, y a la que sólo la última Constitución impone gradaciones y filtros.

Este rapidísimo desfile no tenía más fin que el recordaros el pleno contenido humano —total, integralmente huma-

no— que se esconde bajo la armadura de una ciencia al parecer abstracta. No tenía otro objeto que el demostraros cómo un simple aficionado a las letras puede hallar también su alimento en los cuadros estadísticos, las listas de precios y los conocimientos de embarque. Ni siquiera faltaría en el drama la nota de humorismo patético. También la encontré un día entre los papeles que andaba revolviendo. Sabréis, en efecto, que el espíritu bancario y de asociación, inspirado en el sansimonismo, hizo presa en el Brasil por obra, sobre todo, de aquel formidable vizconde de Mauá, cuya penetración financiera lo mismo se hacía sentir en su país que en Europa y en el río de La Plata. Los años medios del siglo XIX fueron la época de los bancos privados. Pues bien: al estudiar la crisis que, en 1857, vino a arruinar a tantas firmas particulares, sirviéndoles de prueba de resistencia, y dio al traste, singularmente, con el célebre banco de J. A. Souto e Cia., averigüé con sorpresa que la quiebra de esta institución sacudió a tal punto hasta los rincones más escondidos del Brasil, que todavía a principios de este siglo, entre los "sertões" y pueblos apartados, era posible comprar loros (los loros, como sabéis, viven muchos años) que repetían mecánicamente el siniestro grito: "O Souto quebrou! O Souto quebrou!"

Así pues, una sola rama del saber puede conduciros al más ancho contacto humano, a poco que nos mantengamos en el propósito de abrir los vasos comunicantes.

Y, finalmente, cuando ya se hayan agotado todas las operaciones del análisis racional, entra la loca de la casa, la imaginación, electricidad esencial del espíritu que todo lo enciende y vivifica. ¿Cómo evitar que la imaginación nos transporte hasta nuevos mundos, partiendo de un dato científico y hasta de una cifra? ¿Ni por qué evitarlo, sobre todo? Al joven Humboldt, empleado en una casa de comercio (bancario, podemos decir), las columnas de números se le figuraban ejércitos de piratas; y así la imaginación lo iba empujando, desordenadamente, hacia aquella vocación de descubridor y viajero que ha de convertirlo en el fundador de la moderna geografía americana.

Yo mismo ando revoloteando hace rato, a vuestros ojos,

en alas de la imaginación. Conviene frenar. Sólo he querido, en esta charla sin pretensiones, excitaros a las desinteresadas delicias del espíritu, que nos consuelan de la diaria labor y nos vigorizan para mejor cumplirla. Ya veis cómo, desde la más modesta tarea de la contabilidad, podemos lanzarnos hasta el cielo puro de las ideas.

Buenos Aires, 27–X–1937.

IV. DOCTRINA DE PAZ *

Un presidente de República acaba de lanzar, ante un congreso de obreros, la idea de emprender, entre las clases trabajadoras del mundo, una verdadera huelga contra la guerra. Esta plausible iniciativa provoca algunas consideraciones.

Trabajosamente se va abriendo paso por la humanidad el impulso ético que procura sustituir la antigua noción del honor guerrero por la nueva noción del honor fundado en la paz, fundado en el servicio del pueblo. Hay, en esta lenta evolución, constantes ofuscaciones. Ellas resultan fundamentalmente de la defectuosa economía del mundo, que suelta los intereses desenfrenados en competencias de verdadero canibalismo. De paso, estas ofuscaciones se acompañan siempre de pueriles teorías seudocientíficas que harían las delicias de Swift. Tales teorías se reducen a afirmar, más o menos —con Spengler y otros— que el hombre es y debe seguir siendo un animal de presa, puesto que tiene los ojos implantados de frente, para magnetizar al adversario, y puesto que sus manos (merced al propio pulgar oponible, que filósofos mejor intencionados consideraron como el factor mínimo y natural de las artes y de las industrias, de la paz en suma) obedecen a la figura geométrica del apoderamiento, y fueron dibujadas por un creador cruel y feroz, para el principal y nobilísimo objeto de agarrar a la víctima. ¡Vergüenza y oprobio todo ello!

A medida que las amenazas bélicas se acercan, un profundo instinto agrupa a los pacifistas en sus nobles empeños. Quieren, en suma, que el hombre no siga siendo el lobo del hombre, ya que el lobo mismo nos da ejemplo, porque nunca ha sido el lobo del lobo. El instinto combativo individual es una cosa (y, por cierto, cosa reprimida por todas las leyes de los pueblos civilizados), y otra cosa muy distinta es la

* *Futuro*, México, IV-1938.

guerra, la guerra entendida como procedimiento histórico legítimo y recomendable, como creadora de derechos, verdadera aberración característica de la especie humana.

Ahora bien, si la política, en su función más inmediata y urgente, tiene que aplicarse a la actualidad, la política en su más alta función tiene que velar por la preparación del porvenir. Los pacifistas trabajan para ese porvenir mejor. Frente a los que fundan todos los postulados de su conducta en el realismo histórico, y consideran que los errores son justificados por el solo hecho de existir, se alzan los que saben que el motor de las cosas humanas está en "lo que todavía no existe"; que el sentido utópico y el afán de perfectibilidad son los que mueven a los hombres y gobiernan a las sociedades, las cuales, aunque empujadas muchas veces por el peso de la tradición, son siempre atraídas por el imán de las aspiraciones ideales.

La cuestión presenta, ante todo, un interés psicológico. Se trata, como he dicho, de sustituir la vieja noción del honor de la guerra por la nueva noción del honor de la paz. Ya decía William James, el filósofo del pragmatismo, que era indispensable dar a los pueblos un equivalente moral de la guerra. En 1933, ante la Conferencia Panamericana de Montevideo, me atreví a opinar que, a juzgar por el trabajo que cuesta imponer la noción pacífica, el equivalente moral de la guerra no es más que la paz, Hay que dar al hombre un mundo más allá de la guerra, en que las aventuras de la paz construyan poco a poco un nuevo código de caballería y descubran a la vida un nuevo sentido, en el alto empeño de servir a los demás. Con este afán, hay estadistas y pensadores que llegan al extremo contrario y, como los extremos se tocan, no se percatan de que, amando ciega y desenfrenadamente la paz, no hacen más que atizar las guerras. Valery-Radot les ha llamado pintorescamente "los furiosos de la paz". Son los pacifistas contra la paz.

Henry Wickham Steed, en su libro *Vital Peace, A Study of Risks*, escribe así:

> Una condición indispensable, si no una causa actual de las guerras, es esa especie de éxtasis en que caen —o se levan-

tan— los hombres y los pueblos, cuando piensan en la guerra como en un medio de *conquistar su sitio bajo el sol,* o de afirmar su igualdad con otras naciones, o de extender su civilización y su cultura. Hay aquí algo de exaltación religiosa, que ofrece un escape de las relatividades e indecisiones en que vivimos, hacia un estado de rapto que parece sumergir los cuidados e intereses mezquinos del individuo en la marea de una gran cruzada. Y ninguna de las condiciones psicológicas de este impulso hacia la guerra es más importante que aquel fomento que la educación y la propaganda prestan a los sentimientos capaces de alcanzar ese éxtasis.

Pero nadie ha dicho que ese éxtasis no pueda alcanzarse a través de un sentimiento orientado a la edificación de un mundo más justo y más feliz.

En las anteriores palabras de Steed encontramos la siguiente enumeración de motivos bélicos: 1º, conquistarse un sitio bajo el sol; 2º, afirmar la propia igualdad con otras naciones; 3º, extender la propia cultura y la civilización. En verdad, nos sentimos más inclinados a la enumeración siguiente: 1º, motivos psicológicos de educación tradicional, exaltación del instinto agresivo, noción estrecha y unilateral del valor y la bravura, sentimiento arrebatador de la aventura peligrosa, etc.; 2º, motivos existenciales y apremiantes de pueblos oprimidos, países coloniales exasperados por la explotación imperialista, etc.; 3º, motivos de ambición imperial, sed de conquista, etcétera.

Sobre el primer motivo tiene que trabajar un plan de educación que abarque todos los grados de la enseñanza y la prédica; que use todos los medios lícitos de la disciplina, de la difusión de ideas, del entrenamiento práctico, y que se refiera a todas las clases sociales y a todas las edades del hombre. Que la poesía de la paz absorba gradualmente toda la sustancia de la poesía de la guerra; que se entienda lo que hay de arrebatador y peligroso en trabajar para el bien; que quede bien claro que ningún arrobo místico de la agresión puede ser superior al de la armonía y al de la construcción de sociedades felices; finalmente, que se vea con los ojos mismos —ya lo permiten así las artes modernas— cómo la pintura de batallas, que todavía causaba los entusiasmos líricos de Robert de la Sizeranne, ha cedido el paso

a un cuadro de horrores dantescos, repugnante y cobarde, en que desaparece la dignidad humana, se anula el valor y sólo sobrenadan las náuseas de la disolución biológica y el triste espectáculo de la putrefacción, grato a las hienas. Este plan de educación no es lineal, como lo es un plan escolar, sino arborescente, múltiple y vario, cambiante y movedizo, y debe quedar abierto a todas las sugestiones útiles que se propongan y se inventen. Bajo este concepto caen todas las iniciativas del cambio cultural y turístico, la conferencia, la prensa, el cine y la radio; todos los recursos de la propaganda, de cuyo alcance nos dan ejemplo la política eclesiástica y la civil; el empleo de los deportes como derivativo de energía aplicada a mejores fines, etc. Aquí queda comprendida también la revisión de textos escolares sugerida por varios congresos internacionales e incorporada en algunos tratados americanos.

El segundo motivo, la desesperación de los pueblos oprimidos, que también ha sido objeto de pactos, instituciones y acuerdos más o menos eficaces, se refiere a la defensa de las sociedades débiles, coloniales o semicoloniales, y es el único motivo de guerra justa, debiendo en este sentido rectificarse el concepto escolástico que con tanta precisión analizaba recientemente nuestro historiador Silvio Zavala al examinar las doctrinas de Hernán Cortés. Inútil decir que esta guerra justa, mal necesario, desaparecería en cuanto desapareciera el daño de que son objeto los pueblos oprimidos.

Sobre el tercer motivo o motivo imperial por excelencia, cabe hacer un pequeño análisis para descubrir los pretextos con que generalmente se le enmascara:

a) El primer pretexto de la conquista imperial es el pretexto moral o civilizador. La historia está llena de ejemplos. Esta disculpa es irrisoria y contraria a la humanidad y el derecho. El caso más atenuado es, tal vez, el de los antiguos incas, quienes hacían pequeñas guerras "civilizadoras" entre los pueblos bárbaros del Sur y, cuando éstos no se sometían, abandonaban el empeño, lamentando el que aquellos infelices no quisieran participar en los beneficios de la cultura. Las manifestaciones más crueles de este pretexto están a la vista y todos las conocen.

b) El segundo pretexto imperial de la conquista es la teoría racial, anticientífica por todos aspectos, conforme a la cual corresponde a determinado tipo humano, y es su mayor incumbencia histórica, el gobernar a los demás. Se la encuentra, como mero alarde poético y patriótico, en una palabra de Virgilio. El falso espíritu de Gobineau la vuelve a poner de moda, aunque ya no como privilegio del romano, sino del escandinavo rubio; Nietzsche le presta su genio para la concepción de la "bestia blonda"; cierta política se la apropia, adaptándola y adulterándola a su talante (discurso de Munich, 27 de enero de 1936); y por la más cómica de las paradojas, esta pretendida verdad, construida por y para la raza blanca, opera milagros en Manchuria y en China, esgrimida por los amarillos japoneses. Por donde se ve que, en el fondo, el disparate racial no se refiere a raza ninguna, sino que sólo sirve para justificar la explosión de los imperialismos, de cualquier color que ellos sean.

c) Otro pretexto imperialista, con más visos o apariencias científicas, es el pretexto de la sobrepoblación. Según esto, las grandes naciones necesitan salida para su plétora humana. Lo curioso es que los apóstoles de esta doctrina, mientras por un lado la predican, por el otro insisten en la urgencia de medidas para evitar que la proporción anual de nacimientos pueda decrecer con el desarrollo de los refinamientos ciudadanos, e instituyen premios para las parejas que den más "soldados a la patria". Es también muy digno de notar que las zonas coloniales más disputadas por los imperios son siempre las mejor pobladas y, en consecuencia, las menos propias para el pretendido desahogo de la superpoblación nacional. Y es que, en el fondo, sólo se trata de apoderarse de las tierras más ricas. En cierta conferencia pacifista, decía agudamente Sir Arthur Salter que, por mucho que haga el Japón en Manchuria, nunca mandará allá en diez años lo que le nace en seis meses dentro de su propio territorio; nunca Italia mandará para Abisinia en diez años lo que le nace en un par de meses; y el crecimiento de la población italiana en un año supera con mucho a la cifra de europeos establecidos durante más de un cuarto de siglo en todas las colonias del África Central. Dondequiera que

aparece el mal de la sobrepoblación, es atribuible a los defectos del sistema económico y comercial en que vivimos.

d) El cuarto pretexto imperialista se funda en la necesidad de la materia prima que las grandes naciones industriales no poseen dentro de su actual territorio. (Discurso de Goebbels, 17 de enero de 1936.) Este pretexto tiene, al menos en su crudeza, más realidad que los anteriores, aunque tampoco puede justificar la conquista. Pero, al presentar a las colonias como vastos almacenes o graneros del imperialismo industrial, disimula el verdadero carácter de las explotaciones coloniales. Si se tratara solamente de cambiar materias primas por artículos elaborados, ¿para qué la guerra y la conquista? Este pretexto lo esgrimen las llamadas potencias poseedoras o satisfechas contra las potencias desposeídas o insatisfechas: los *Have* contra los *Have-not,* los cuales son generalmente revisionistas del Pacto de Versalles. Donde hay abundancia de materias primas, todas las naciones industriales podrían comprarlas; donde faltan artículos elaborados, todas las naciones industriales podrían venderlos; pero como la competencia de los capitalismos en libertad quiere asegurarse el vasallaje de mercados coloniales exclusivos, de aquí la conquista, la guerra, la lucha por los privilegios.

e) Hay, finalmente, otro pretexto imperialista que insiste sobre los motivos psicológicos y los argumentos del prestigio nacional. Es la teoría militarista pura, expuesta por el antiguo oficial colonial Leonard Barnes, autor del libro *The Duty of Empire,* en cierta conferencia sobre "La Paz y el Problema Colonial".

Aún queda otro aspecto de la cuestión que merece un atento examen. Así como, durante la última gran crisis, hubo países que, en el primer momento de la desesperación, soñaron con poder salvarse solos dejando rodar al resto del mundo (y todavía los Estados Unidos abandonaron con esta idea la Conferencia Económica de Londres), así hay también países que pretenden salvarse solos de la guerra que amenaza al mundo. No parecen comprender que, hoy por hoy, los daños de una guerra tienen que ser generales, salvo el pro-

vecho inmediato para algunos explotadores. El aislamiento, aunque indispensable en algunos casos, sólo puede ser un recurso provisional. Pero el aislamiento como principio no es más que otro aspecto de la teoría que pretende "localizar la guerra", impidiendo que acudan a evitarla los recursos de la "seguridad colectiva", u otros recursos más eficaces que se inventen, como lo sería precisamente la huelga del trabajo contra la guerra, preconizada por el Presidente Cárdenas. La verdadera paz tendría que ser total; por consecuencia, tendría que entrar hasta el fondo de la moral humana. El aislamiento sólo podrían soportarlo hasta cierto punto, y durante tiempo limitado, los países que se bastan a sí mismos, como la Rusia soviética y los Estados Unidos. Phillips Bradley, en su libro *Can We stay out of War?*, explica detenidamente esta tesis para el caso de los Estados Unidos. Y el gobierno de aquel país, puesto a escoger entre este extremo tan aleatorio y el quimérico extremo de procurar por sí solo la paz universal, prefirió intentar, por de pronto, un término medio transitorio, una paz continental. De aquí la Conferencia de Buenos Aires, 1936. Esta paz continental no sería más que una parte del ideal que se procura, un comienzo mejor dicho, pues por sí misma es dudoso que pudiera bastarse. En ulteriores manifestaciones, el Presidente Roosevelt ha declarado su solidaridad con la angustia general del mundo.

Todas las iniciativas pacifistas, por plausibles que sean, son insuficientes mientras sólo pretendan modificar exteriormente los efectos sin haber corregido antes las causas. En todo caso, había que buscar el medio para una tregua inmediata. Tal tregua, creando una atmósfera propicia, permitiría desplegar la campaña del mal llamado "desarme moral", mejor debiera llamarse la campaña de la conciencia pacifista. La campaña de educación, que es fundamental en el caso, ataca precisamente las causas del mal. No quisiéramos incurrir en el exceso de Esmé Wynne-Tyson, quien, en su *Prelude to Peace*, preconiza una verdadera utopía para establecer todo un programa educacional destinado a crear una nueva mente, programa que sobrecarga en términos imposibles la

educación de los niños, aunque es muy digno de ser tenido en cuenta como fuente de inspiraciones útiles. Creemos, sin embargo, en la posibilidad de crear una orientación general de la educación, la cual partiría de los jardines de párvulos y —a través de las escuelas elementales, rudimentales, agrícolas, primarias, urbanas, secundarias y preparatorias, especiales y técnicas, universidades, academias o institutos— cubriría todos los cuadros educativos. Claro es que esto significa también la depuración de textos, los intercambios y excursiones, las posibles asambleas académicas continentales, y se ayuda paralelamente con las exposiciones y la propaganda de prensa, cine, radio. El plan es elástico y admite todas las ocurrencias: ya se ha hablado de desterrar los juguetes bélicos; ya de comenzar el día escolar con una pequeña exposición moral, anécdota o historia inspirada en el pacifismo; ya de dar conferencias en los centros de trabajo y en los talleres; ya de la distribución, en todos los sitios en que se reúne la gente a trabajar o a divertirse, de obras y folletos adecuados. Así *El crimen de la guerra,* del argentino Juan Bautista Alberdi, que contiene tantas ideas aprovechables; los libros de Norman Angell, que ayudan a sustituir la visión romántica de la guerra por la visión heroica de la paz; los ensayos como el de Aldous Huxley, "¿Cómo lo resuelve usted? El problema de la paz constructiva" (traducido en la revista *Sur,* Buenos Aires, julio de 1936), donde se explica que no basta sentir la paz ni querer la paz, sino que, además, hay que "pensar" la paz; y, al efecto, se procede a una rectificación de todos los prejuicios y confusiones que hacen considerar la guerra como inevitable, sea en lo político, sea en lo biológico. El movimiento conocido en Inglaterra con el nombre de "Pacifismo constructivo" (Miss Rayner, Organized Secretary, The Peace Place Union, 96th Regent Street, Londres, W. 1) publica una serie de hojas y folletos muy recomendables.

Sobre el punto de la difusión de ideas pacifistas en la enseñanza de la historia, tenemos entre nosotros las sugestiones de D. Gilberto Loyo (*La enseñanza de la historia,* México,

1930), y de los argentinos D. Rómulo Zavala y D. Enrique de Gandía (*La enseñanza de la historia en las escuelas primarias de Hispano-América,* Buenos Aires, 1933), quienes proponen la creación de un Instituto Internacional Histórico Americano consagrado a la depuración de textos y enseñanzas históricas. Sus ideas no han sido ajenas a los convenios internacionales argentino-brasileño y mexicano-brasileño de 1933.

Todas estas sugestiones son útiles y dignas de ser recogidas; pero la triste experiencia demuestra que ni los pactos oficiales, ni las ligas de seguridad colectiva resultan tan eficaces como fuera deseable, mientras, por otro lado, los planes educacionales sólo producirán resultados a larga vista y, a lo sumo, entre la generación venidera. Y la paz, imperativo inmediato, requiere procedimientos inmediatos. De aquí que la iniciativa de la huelga contra la guerra —que provoca estas consideraciones— merezca un aplauso sin reservas. Ya sabemos que es muy difícil llevar a granazón estos planes: todo fue difícil a los comienzos. Y, como dice el proloquio popular, principio quieren las cosas.

V. ANTE LA ASOCIACIÓN CULTURAL DE ACCIÓN SOCIAL

PRESCINDO de agradecimientos y fórmulas preliminares, que al cabo somos gente bien avenida. Me disculpo si hablo en oráculos. Todos los lacedemonios me asistan; sólo cuento con diez minutos. Uno lo consagraré a la historia del hombre, desde los orígenes hasta nuestros días, y los otros nueve al día presente.

Remontémonos hasta la morada original. Del Paraíso no se puede tener una noción propiamente humana. El Adán paradisíaco no es todavía un hombre, sino una larva de hombre. Ni necesidades, ni satisfacciones por consecuencia. Un reloj parado. La serpiente, línea que anda, primera insinuación del desequilibrio en un mundo cristalizado, vino a darle cuerda. Y Adán, como el 'Rasselas' del doctor Johnson, experimenta entonces las necesidades del que nada necesita.

Al origen de la historia humana se le llama pecado. No era posible comenzar con la meta: luego había que perderla de vista, para volver, si no a encontrarla, a buscarla. La historia humana es, desde entonces, una pregunta: "¿Dónde estará el Paraíso?" Y ya estamos en movimiento, y ahora sí todo se explica a los ojos mismos del Creador.

Pero ¿estamos en la realidad? ¿El movimiento —se pregunta Zenón— es algo real, es algo serio? Se le contesta que la vida es sueño, y 'Segismundo', que ha palpado el revés de la engañosa tela, aconseja soñar el bien.

El sueño es una creación por la mente, es una "poesía" en el sentido más directo de la palabra. El cristianismo, filosofía fundamental del Occidente, recogiendo la sabiduría acarreada por todas las religiones, ofrece la realidad, la verdadera seriedad del mundo, para después, para el ultramundo. A la pregunta de la historia: "¿Dónde estará el Paraíso?", contesta el grito del espíritu: "Plus Ultra!"

Y el "Plus Ultra", electricidad que se desborda, se vuelve

operante en la historia misma. Hace mucho que la poesía ha inventado nuevos continentes. Colón y España descubren el mejor: se produce América. Aquí se reharán los destinos, aquí se fundará la República Perfecta, dicen los poetas, los utopistas de Europa. El Paraíso está en el pasado; la Utopía, en el porvenir: ¡el rayo de luz de Einstein que, tras de rodear el universo, vuelve a su punto de partida!

¿Se ha logrado tan alto empeño? ¡Oh, no! Plus Ultra! Hay que comenzar —otra vez— por la emancipación de América, para mejor realizar a América. Para seguir buscando el Paraíso, hay que perderlo todos los días. Pero en la hostilidad y la discontinuidad nada se logra. Luego hay más —Plus Ultra—: hay que reconciliar a las Américas con su antigua Metrópoli. Hay que descubrir el ideal, el afán común, en que España y las Nuevas Españas se den la mano.

Los poetas de México ("poetas" se explicará después) han convidado a un banquete simbólico a los poetas de España con quienes se entienden ya plenamente. Lo han puesto bajo la advocación de D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, con quien por primera vez la Nueva España y la antigua España entablan una conversación entre iguales. Tal es el enigma que os ofrezco sobre el acto que hoy nos reúne.

La onda de barbarie que anega el mundo nos va arrojando a la misma orilla. Desde aquí, juntamos los haces de una realidad que parecía alcanzada, y que otra vez se nos deshizo en las manos, urna de arcilla quebradiza. Es necesario que persistan algunos, para que al cabo se salven todos. Empecemos otra vez, empecemos todas las mañanas. Nos congrega la fraternidad de un empeño que debe adelantarse día a día con un esfuerzo paciente. Con un esfuerzo paciente y hasta lleno de comprensión para las flaquezas humanas. No hay que exigir demasiado a la naturaleza. La regla de oro: rigor en lo esencial, tolerancia en lo secundario, abandono de lo indiferente. Sumemos a todo el que tenga buena intención, por escasas que sean sus fuerzas. No pretendamos movilizar ejércitos de héroes: basta con que haya algunos, y los demás, que los sigan tan de cerca como les sea posible. Transformar, poco a poco, lo heterogéneo en asimilable. Que cada uno preste su brazo, hasta donde su brazo alcance. ¡A ver

si, entre todos, acabamos por desterrar la violencia, la ceguera, el crimen, cínicamente erigidos en normas de la vida social por la voluntad de dos o tres locos! A un lado, la doctrina que insiste en que el hombre no es mejorable, y en que tranquilidad se deriva de tranca; a otro, la doctrina que espera en las virtudes curativas de la especie, mil veces probadas en la historia: la duda, para los poetas, no es posible.

¿Y si la civilización nos traicionara? —se preguntaba nuestro grande Ignacio Ramírez—. Si una civilización, por falta de contenido espiritual, nos ha traicionado, instauremos otra; acudamos al remedio con todas las energías del espíritu. ¡Peores las hemos visto, en el vaivén de los siglos y los pueblos! No está vencido aquel que, como los germanos de Tácito, no quiere admitir su vencimiento. Otra justicia más alta está fraguando sus metales.

Antes de continuar, *nota bene:* A lo largo de este discurso, venimos llamando "poetas" —o creadores por el espíritu— a lo que hoy se llama con la fea palabra de "intelectuales". De raza nos viene: ya Adán, en sus ocios del Paraíso, se entretenía en poner sus nombres a las cosas, propia función poética. No temamos ser anacrónicos, hoy que se habla de nuevas filosofías sociales. No digamos "obreros intelectuales", porque el obrero sólo repite, y el poeta crea y descubre: son funciones distintas. Para quien lo haya leído bien, ni siquiera es Marx quien destierra de su República a los poetas. Para Marx, la obra de la mera contemplación es otra manera superior de la acción social. Quien desterró a los poetas fue nada menos que nuestro maestro Platón: estaba de mal humor, y nadie le ha hecho caso en este punto: ¡era como desterrarse a sí mismo!

Así pues, poetas, nos incumbe insistir en que los hombres son mejorables; en que el bien es mayor estímulo que el mal, y las aventuras hacia la concordia más embriagadoras y excitantes que las aventuras de la discordia. Pero si nuestra insistencia ha de ser fecunda, dado lo de prisa que corre el mal en nuestro tiempo, no basta pensar al hombre mejor, no basta siquiera quererlo: hay que procurar realmente mejorarlo. Y aquí el poeta tiene que contaminarse de hombres de

acción —dos tipos humanos muy parecidos, opinaba el Mariscal Pilsudski.

El bien por la sola caridad quédase para los genios morales. No todos lo somos; la mayoría hemos de avanzar hacia el bien mediante un poco de conocimiento. Poesía, conocimiento y acción se dan la mano. Plus Ultra! La escuela de la naturaleza: sobre los errores, nuevos ensayos. Algo va quedando, y el tiempo se enriquece poco a poco de conquistas logradas. Hay obstáculos, hay crisis y rectificaciones, hay retrocesos momentáneos. Pero Goethe ha dicho: "¡Por sobre las tumbas, adelante!"

México, 14–VIII–1939.

VI. ESTA HORA DEL MUNDO *

PARA designar de algún modo lo que nos está aconteciendo, mejor que andarse a buscar difíciles terminologías, que sólo empañan la nitidez de nuestra emoción, habría que acudir a ciertas expresiones sencillas, patrimonio de todos. Lo preferible sería usar el lenguaje mismo que se usa en las calles y en las plazas, "en el que suele el pueblo fablar a su vecino". El álgebra de la Sociología, útil en la Escuela para designar prontamente las ideas y facilitar construcciones sistemáticas, no tendría justificación cuando se pretende tratar con todos los hombres de lo que a todos por igual nos importa. Dejemos el alto coturno y bajemos a la filosofía descalza.

Por peregrino que parezca, creo encontrar la designación más elemental del padecimiento que nos aflige en la sabiduría del Extremo Oriente. Me propongo, como el poeta,

Imiter le Chinois au coeur limpide et fin.

Límpido y fino, el corazón del oriental creyó percibir hace siglos —en las cosas universales, no sólo en las humanas— una alternancia entre la integración y la desintegración, entre el *Yin* y el *Yang*, sílabas sagradas que dicen, en su brevedad, cuanto hay que decir sobre el mundo.

El Yin es la condición de reposo, de organización y equilibrio. El Yang es el proceso dinámico, el movimiento, la radiación, el desequilibrio. El sol escondido entre nubes es Yin. El sol fulgurante que parece deshacerse en rayos corresponde al Yang. La vertiente en sombra es Yin; la vertiente en luz es Yang. El Yin es agua; el Yang es fuego. El Yin y el Yang se enlazan con las estaciones del año; se contrarían en la suavidad y la dureza; en la plasticidad y la cristalización. Todo final es un Yin; todo comienzo, un Yang. El Yin-Yang es una respiración del universo, contracción y expansión. Yang emite y Yin transforma. El universo se

* Para inaugurar el ciclo de conferencias sobre el actual conflicto europeo por la Federación Universitaria Española de México.

asienta en el Yin-Yang como el jinete en sus dos estribos. Pulsación entre la esencia negativa y la positiva, cuando la una llega a su límite echa de sí misma a su contraria. Cuando aumenta el Yang, el Yin disminuye, y viceversa. Pero en el seno de cada uno de estos dos flujos enlazados queda siempre un residuo latente del otro, que espera la vuelta de la rueda para subir al primer término. En el orden histórico, el Yin es integración de costumbres; el Yang es diferenciación de civilizaciones.

La ventaja de usar estas palabras higiénicas, de aplicación general a todos los extremos, está sobre todo en que no nos comprometen de momento en metáforas de biología o de mecánica. Son anteriores al vocabulario mismo de la ciencia. La música de las civilizaciones se teje con estas dos notas.

La resistencia del universo no permite la perduración indefinida de estos dos reinados enemigos. Al poderío de Yin sucede el de Yang, al de Yang el de Yin. Y esto, de toda necesidad, porque así está hecho cuanto existe y cuanto se imagina, y detrás de todo lo actual, todo lo meramente posible. Pero ni el Yin ni el Yang pueden darse en su pureza absoluta, porque entonces la relojería secreta del mundo se descompondría como un disparate. Así en las civilizaciones, todas perecederas a plazo más o menos largo y que la ciencia contemporánea computa desde unos 6,000 años antes de Cristo, se sustituyen los estados clásicos a los procesos revolucionarios, las etapas de contornos más o menos estables a las etapas de transformación en cuya entraña parecen hervir contrarios ingredientes.

Hay que ver la historia a ojo de águila para mejor entenderla. Hay que ver el mundo occidental —nuestro mundo de ahora— como un todo superior a las particiones secundarias en Edad Antigua, Media y Moderna a que los manuales nos tienen habituados y, desde luego, superior a las particiones relativas entre naciones y pueblos. Se trata de campos históricos que desbordan el campo visual de una y de muchas generaciones humanas. Así, por ejemplo, hay que considerar como un campo histórico la civilización ciclópea de Minos, que luego da de sí el campo de la greco-latina, el cual más tarde se desdobla en el campo de la civilización

cristiana ortodoxa por un lado, y por otro el de la civilización propiamente occidental. Ésta, para la vasta historia, no pasa de ser un capítulo y en modo alguno es una meta. Pero nosotros no lo sabremos; no conoceremos el siguiente capítulo. Nuestra existencia, y la de varias generaciones que han de venir, transcurrirá en la era de desconcierto que siempre aparece al sobrevenir los grandes cambios del Yin al Yang.

El orgullo con que consideramos las formas occidentales conquistadas es resultado de dos causas: una permanente, otra debida sólo al acaso. La casual consiste en la propagación casi planetaria de la civilización occidental, por las facilidades físicas que se han encontrado para difundirlas. La permanente deriva de que todos organizamos egocéntricamente nuestra visión de la humanidad, y pensamos, por impulso elemental, que todo fue creado para llegar al instante sublime en que se produce nuestro propio ser, el cual pasa así a ocupar el centro geométrico de la realidad que nos circunda. El británico imperial ha podido sentirse como la razón de ser de la historia. Pero cuando el delegado del rey Jorge III se enfrentó por primera vez, hacia 1793, con el filósofo emperador Chien Lun, se encontró con que también el chino imperial se sentía la razón de ser de la historia. Chien Lun dijo al británico, por conducto de su embajador:

"Tú, oh, Rey, vives allende los confines de muchos mares; sin embargo, empujado por el humilde deseo de compartir los beneficios de nuestra civilización, nos has enviado una misión que trae consigo tu respetuosa solicitud... La he examinado: los términos sinceros en que está redactada revelan de tu parte un respetuoso acatamiento digno de todo encomio.—En consideración al hecho de que tu Embajador y su diputación han tenido que emprender un viaje tan largo para traerme tu solicitud y tu tributo, les he concedido mi alto favor, permitiéndoles llegar hasta mi presencia. Para manifestar mi indulgencia, los he divertido con un banquete y les he hecho numerosos presentes... En cuanto a tu pretensión de enviar a uno de tus súbditos para que sea acreditado ante mi Corte Celestial y se ocupe en los negocios del comercio entre tu país y la China, semejante ruego es contrario a todos los usos de mi dinastía y no podría ser escu-

chado... Si lo que quieres significarme es que tu reverencia por nuestra Celeste Dinastía te llena del anhelo de adquirir nuestra civilización, nuestras ceremonias y nuestros códigos legales difieren tan completamente de los tuyos que, aun suponiendo que tu Embajador fuera capaz de adquirir los rudimentos de nuestra civilización, no podrías tú transplantar a tu extranjero suelo nuestras maneras y costumbres. Por muy adepto que nos fuese tu Enviado, nada se ganaría con eso.—Al contemplar el vasto mundo, sólo tengo a la vista un propósito; a saber: el mantener un gobierno perfecto y el cumplir los deberes del Estado. Los objetos extraños y costosos no me interesan. Si he ordenado que se acepten los tributos, ¡oh, Rey!, que tú me ofreces, sólo lo hice en atención al espíritu que te movió a enviarlos desde tan lejos. La virtud de nuestra majestuosa Dinastía ha penetrado en todos los países que hay bajo el cielo, y monarcas de todas las naciones han ofrecido igualmente sus valiosos tributos por tierra y por mar. Como por sí mismo ha podido verlo tu Embajador, poseemos todas las cosas. No concedo valor alguno a objetos extraños e ingeniosos, y de nada me sirven las manufacturas de tu país."

La puerta se cierra orgullosamente, poco antes de que la derrumben los cañones de Europa. El emperador manchú no se sabía en vísperas de la catástrofe, ni imaginaba que pudiera haber imperio más poderoso que el suyo. Gran lección para los Estados soberbios que se creen la flor de la tierra, sin contar con lo que traiga el día de mañana.

El Yin occidental está para desbaratarse en un Yang. La voluntad de vivir nos sostiene en el trance, pero es inevitable que aparezcan en nuestra conciencia ciertos sabores de escepticismo. Una tristeza crepuscular nos invade. Sólo puede salvarnos un ánimo de aceptación inmensa para las condiciones que nos traiga la vida, un acatamiento consciente: "¡Oh, naturaleza, quiero lo que tú quieras!"

¿Cómo definir el Yang occidental a que hemos llegado? Sumariamente, abreviando jornadas, prescindiendo de lo secundario, insistiendo en lo que parezca ser la nervadura. Se inicia la etapa simbólicamente, con la utopía jurídica propuesta por la Revolución Francesa. Los ideales de libertad,

igualdad y fraternidad encarnan —al pretender sustituir las jerarquías establecidas— en constituciones democráticas. La democracia se ofrece como el agente por excelencia para aquellos ideales. Las nuevas sociedades burguesas, como la carne viva en que ha de incorporarse el milagro. El liberalismo, con su candorosa confianza en las fuerzas automáticas de la naturaleza, viene a ser el saldo de todo ello. Se respetarán las opiniones de todos; y para no perturbar el juego de la sabiduría universal, se dejará rienda suelta a todas las iniciativas y competencias, esperando que todas ellas se nivelen por sí, como líquidos de densidades distintas.

Pero el régimen así creado trae antinomias en el seno, carga consigo contradicciones explosivas. Por una parte, se apoya en el sentimiento de las nacionalidades, exalta los patriotismos, tendencia que trabaja al revés de la noción "católica", la fraternidad o patria universal —fantasma evocado del antiguo Imperio Romano—, bien que pretenda disimular la contradicción según el lenguaje industrial de la época, presentando la repartición del ideal en numerosas patrias como un caso más de la división del trabajo. Por otra parte, el liberalismo, desatando las competencias, da pábulo al desarrollo monstruoso de esos super-Estados que son las potencias industriales, crecimiento del capitalismo moderno que se venía preparando desde los días de los grandes descubrimientos geográficos y la creación de los grandes mercados, las colonias de explotación, etc. Este movimiento conduce a la injusticia social. No bien la teoría política liberta al siervo, cuando la práctica económica crea otra masa de siervos, más populosa, más exasperada que la antigua. Y apunta, en el corazón del Yin, el nuevo latido del Yang.

El juego de rivalidades y privilegios ha dejado fuera del Yin occidental a las milicias del descontento. Estos supernumerarios de una sociedad que viven dentro de ella como mera adiposidad cuantitativa, sin participar en los beneficios de esa sociedad, se llaman en latín "proletarios". No tienen más función que dar prole, aumentar el bulto de los censos. Entre los proletarios del Yin se reclutan los voluntarios del Yang, en torno a una nebulosa de nuevos ideales, en torno a una mística nueva. Los incentivos de esta mística

cambian con los siglos. El antiguo Egipto conoció revoluciones populares (el culto de Osiris contra el de Amón-Ra), cuyo fin era conquistar para el pueblo el derecho a la supervivencia del alma después de la muerte, a las tumbas y honores fúnebres que aseguraban tal supervivencia, hasta entonces privilegio de los faraones y de su corte. En nuestro mundo occidental, el incentivo asume carácter económico: el socialismo, el comunismo, las fuerzas operantes del Yang.

Esta mística obra sobre el proletariado del mundo occidental de modo semejante, para buscar un ejemplo histórico, a aquel ventarrón mahometano que, en otros tiempos, asoló media Europa. Permitidme una divagación explicativa:

Hacia el año 630, las Galias estaban del todo asentadas ya en el catolicismo. La herejía arriana, que alcanzó un sentido de filosofía para la clase armada, estaba vencida. Sus últimos generales y sus guarniciones en Italia y en España se habían convertido a la ortodoxia, y los del África septentrional habían sido derrotados por un emperador católico. Alcanzando el Yin, se agota su cuadro de energías. Y súbitamente, el Yang cabalga sobre los caballos de Arabia, gana batallas sobre Siria, pisa sobre el Yarmuk y la Mesopotamia, ataca a Egipto, se atreve contra el prestigio de Roma, doma al norte de África, hace incursiones en el Asia Menor, amenaza a Constantinopla; y en el término de una vida humana, cruza Gibraltar y se desborda sobre la Península Ibérica; rompe por la Francia del Norte hasta la región que va de Poitiers a Tours. Replegado hasta los Pirineos, se agarra en España, domina de extremo a extremo el arco inferior del Mediterráneo, sujeta las islas, funda cuarteles hasta en los litorales de Italia y de las Galias, destroza la monarquía persa. Si al cabo no se queda con la mitad del mundo cristiano-romano será porque, fuera de España, no ha sabido colonizar, sino sólo cruzar las tierras al galope, como hijo, al fin, de los desiertos.

Pues bien, entre las muchas causas que explican esta poderosa expansión, hay causas de orden espiritual que merecen ser recordadas. No se trata de una mera conquista. "Islam" significa "Aceptación", aceptación de las sencillas doctrinas de Mahoma. Estas doctrinas, en el mundo compli-

cado de entonces, significan por mucho un alivio para la mente.

Expliquémonos:

Ante todo, el mahometanismo no es en su origen una religión nueva, aunque más tarde su auge la ofrezca con apariencias de tal, sino una herejía dentro del cristianismo. Herejía es palabra griega que significa el tomar algo, parte, dentro de un contenido total. Es un escoger y un abreviar. Herejía el mahometanismo, aun cuando haya brotado más allá de las fronteras de la Iglesia Cristiana. Mahoma, aunque de formación pagana, se limita a hacer una reducción, un despojo en las doctrinas católicas, las cuales habían llegado a extremos inauditos de complicación y sutileza. La omnipotencia y la naturaleza personal de Dios, su suprema bondad y su eternidad, su providencia, el mantenimiento de todas las cosas en su ser infinito, la teoría de los ángeles y los demonios, el principio del mal, la supervivencia del alma y su responsabilidad por los actos de la vida terrena, la teoría del juicio, la noción de castigos y recompensas en el ultramundo, y aun cierta manera de culto a la madre del Señor... ¡Aun hubo escépticos franceses que consideran la Inmaculada Concepción como una herencia mahometana! Pues bien, hasta aquí Mahoma parece más bien un misionero cristiano destacado en pleno desierto. Pero he aquí que niega la encarnación, considerando a Cristo tan sólo como el primero de los profetas. He aquí que niega la Trinidad. La estructura sacramental desaparece en su doctrina, lo mismo que la presencia eucarística y el sacrificio de la misma. Prescinde, en suma, de los puntos arduos de la teología y, de paso, mina la Iglesia con todo su código de ritos y su casta de sacerdotes. Que se recuerde la enorme maraña de figuras bizantinas y de teologismo hipertrofiado que habían sobresaturado el ambiente del Imperio, y se comprenderá hasta qué punto esta ráfaga del desierto era, como he dicho, un alivio.

Añádase a esto el peso de los impuestos imperiales, verdadera asfixia de aquella economía; la interferencia creciente del Estado en la vida privada; la flora parásita de abogados y negociadores. Además, la Aceptación traía la libertad del esclavo y el perdón de las deudas, la prohibición de la usura

—roña implacable— y la gratuidad de la justicia, aun cuando todo esto sólo fuera cierto en teoría.

La sencillez del nuevo credo se apoderaba fácilmente de la imaginación de las masas, y algunos principios convenientes la convertían —cortando por lo sano— en la única solución contra los errores del régimen tradicional. ¡Y dígase si los nuevos credos políticos no aportan a la complicación del mundo occidental una promesa de alivio semejante!

Para detener este Yang ¿qué resistencia opone el Yin? La democracia liberal resulta blanda por principio. Con el "dejar hacer" no se detiene un ataque. Las llamadas potencias democráticas se debaten en compromisos imposibles, buscando una solución para la cual haría falta un genio como el de Santo Tomás, capaz de conciliar a Aristóteles con la Iglesia. A la provocación del Yang, el régimen occidental desenvaina sus antinomias como armas hasta entonces ocultas. La corteza democrática, adelgazada ya por efecto de tales antinomias (exaltación nacional y exacerbación capitalista), cae como una máscara y descubre detrás una cara que gesticula y enseña los colmillos. Esta cara, modelada en parte por esas fuerzas que llamo antinomias, y en parte por imitación del adversario —pues, en la esgrima, una guardia se contesta con otra—, es el Estado totalitario que busca su filosofía en el racismo. Y ya estamos en pleno Yang. En la rotación de las energías desorbitadas, los contornos, de momento, se pierden; los tabiques se hacen permeables; hay veleidades de cristianismo comunista; hay corrientes encontradas de ósmosis entre las izquierdas y las derechas; hay rasgos de colaboración provisional entre dictaduras soviéticas y racistas; hay monstruos apocalípticos y figuras híbridas como en el *Arte a los Pisones*. Y las llamadas potencias democráticas, a menos que la contingencia histórica las asista, pueden quedar eliminadas entre el torbellino cambiante.

Vale la pena detenerse a considerar lo que hay en el racismo. Ante todo, inútil insistir en la mixtificación sobre la diferencia fundamental de las razas y menos en la pretendida superioridad necesaria de una raza sobre las demás. Hace tiempo que la ciencia había expulsado de su laboratorio todos estos bagazos. Los ha recogido la política, que suele nu-

trirse con los relieves del festín de la ciencia. Vemos, en los cuadros de Toynbee, que las civilizaciones han requerido siempre la colaboración entre varias razas, el mestizaje. Y el que a una raza como la negra le hayan faltado acaso las condiciones exteriores propicias nada concluye contra sus capacidades virtuales. Se trata aquí de la conjugación entre un grupo humano de idéntica dignidad natural a los demás grupos, y de un conjunto de circunstancias exteriores que pueden o no ser favorables. Si el blanco fuera el único dotado para la creación de la cultura, no se explicaría que haya blancos bárbaros en tierras contiguas a las de los blancos cultos. Los highlanders de Escocia sólo se han incorporado a la civilización occidental hace un siglo, aunque la tenían en las narices. ¿Será que se produjo de súbito un cambio en sus características raciales, prodigio de que nadie tiene noticia? Los etnólogos llegan ahora a la conclusión de que los caracteres raciales no son más que abstracciones de clasificación útiles para entenderse sobre ciertos tipos de la especie, pero que en la realidad nunca correspondieron —como conjunto— a ningún grupo humano determinado. Las diferencias de los tipos actuales son el efecto, y no la causa, de múltiples evoluciones. Y Jehová, que lo sabe bien, no se fía de apariencias naturales mudables para distinguir a los hombres del pueblo escogido, sino que les impone, como hierro al ganado, un signo artificial: la circuncisión.

El prejuicio de la superioridad racial se reduce a otro más profundo. Tal prejuicio profundo no es otro que el recelo del hombre, y sobre todo de los grupos humanos, contra lo desusado o no familiar. Se comienza por el recelo y se acaba por el desdén o, peor aún, por el odio. Todos conocen el aspecto religioso de este prejuicio, por el ejemplo deslumbrante del pueblo hebreo. Este pueblo se decía elegido, tal vez para darse algún aliento contra la hostilidad que de todas partes lo arrojaba. Los pueblos ya cristianizados de la Edad Media no dejaban todavía de considerar con desconfianza a los gentiles, pero su sentimiento se templaba en la conmiseración y en el afán redentor; es decir, que creían en el mejoramiento del extraño a su círculo de creencias. Todos conocen el aspecto cultural del prejuicio, por el brillante

ejemplo de los griegos clásicos, que llamaban bárbaro al no iniciado en sus hábitos y maneras. No es aquél un mero caso de desprecio para los analfabetos por parte de los "leídos y escribidos". El desprecio se fundaba exactamente en la diferencia. Según el testimonio de sus refranes, por ejemplo, el griego desconfiaba de los que hablan poco. Antes de entrar en combate, el griego, tan amigo siempre de expresarse, no se avergonzaba de entregarse a lamentaciones ostensibles sobre la probable muerte que le esperaba. Comparado con esta locuacidad, el silencio de los prisioneros extraños, que no se quejaban de su destino, asumía el carácter de un rasgo de barbarie. El hijo del Celeste Imperio, amurallado, veía con aversión al "diablo extranjero", al "rompedor del cielo" que irrumpía como intruso en el orbe de su armoniosa existencia.

El prejuicio étnico occidental de que se ha hecho bandera política se asienta en cosa tan superficial como la pigmentación de la piel: el pan a media cocción tiene espanto del pan cocido; el "cara de zapallo asoleado", como dicen en el campo argentino, ve con escándalo al moreno. ¡Buena la hacen los morenos de nuestra tierra que se entregan a los deleites teóricos del racismo! ¡Aquí sí que al freír será el reír! ¡No saben para quién trabajan!

Naturalmente que a la extrañeza del blanco frente al negro corresponde la extrañeza del negro frente al blanco; del negro ingenuo, se entiende, no del domesticado entre pueblos de color europeo. David Livingstone, tras de pasar varios meses en el África Central como único blanco entre los negros, se sorprendió una mañana avergonzado de su propia piel, que era en verdad un caso monstruoso.

A veces, el prejuicio del color ha evolucionado hacia otro prejuicio que, conservando la pretensión de la jerarquía, nada tiene de común con la idea de raza. Así, la "casta" entre los indostánicos se designa con la palabra "varna", que literalmente significa "color", aunque nada tiene ya que ver con estas apariencias del cuerpo.

La reacción de extrañeza aparece cuando una sociedad se confronta por primera vez con pueblos exóticos. La sociedad occidental puede decirse que vio surgir este problema cuando

llevaba cuatro siglos más de madurez que la antigua sociedad helénica y, sin embargo, la reacción occidental fue a todas luces la más grosera. En efecto, la sociedad helénica comienza a aparecer ya formada hacia fines del siglo XII a. C., y al comenzar hacia el siglo VIII a. C. su gran expansión y encontrarse con la gente desconocida, en vez de acudir al prejuicio de la raza —que implica una jerarquía entre las diversas apariencias físicas de la especie—, explica la extrañeza del bárbaro como consecuencia del ambiente en que se ha criado: la teoría hipocrática insiste en la influencia determinante sobre el tipo humano de la atmósfera, el agua, la situación geográfica, teoría discutible pero no repulsiva. En cambio, la sociedad occidental aparece ya formada a fines del siglo VII; fracasa en su intento primero de expansión —las Cruzadas— y sólo a fines del siglo XV emprende la gran expansión que habrá de ponerla en contacto con la gente desconocida. Y no se le ocurre mejor cosa que atribuir la diferencia a una diversidad intrínseca de la naturaleza humana, adjudicándose, naturalmente, el primer lugar.

Pero el prejuicio étnico no siempre ni en todas partes se ha fundado en el color de la piel. Otro de sus fundamentos es el olor que despide el cuerpo. Los viajeros europeos se quejan de esto en sus primeros contactos con ciertas poblaciones orientales, y aquellas poblaciones, hechas a la dieta vegetariana, soportan mal el olor de hiena del europeo, impenitente comedor de cadáveres. ¡La paja en el ojo ajeno, ya se sabe! Recuerdo un artículo de Sanín Cano en que interpreta la costumbre indígena de recibir con sahumerios a los conquistadores españoles, no como señal de deferencia, sino como desinfección previa contra el hedor de los extraños. Y seguramente que entre aquellos bravos aventureros, cuya existencia distaba mucho de ser regalada, además de la diferencia del olor natural, contaba a veces aquello del *Romance de Blanca Niña:*

> Que siete años había, siete,
> que no me desarmo, no;
> más negras tengo mis carnes
> que un tiznado carbón.

Otro pretendido argumento de este prejuicio se refiere al

estado más o menos piloso de la epidermis. Mientras el criollo americano se enorgullece de verse velludo entre los indios lampiños, el japonés —también lampiño— considera como inferiores a los primitivos habitantes de las islas nipónicas, los cabelludos "Ainu" (tales las reservaciones de Hokkaido), por parecerle que están más cerca del estado zoológico.

La verdad es que todas estas fantasías esperan la sátira de un nuevo Aristófanes y, vistas con sinceridad, no sé si mueven a cólera o a risa.

Finalmente, el prejuicio étnico pretende explicarse por el color. Un poco de historia:

Hecha, no de ciencia, sino de fetichismo y fraude, la teoría racista europea declara tipo humano por excelencia —del que los demás no serían sino imitaciones frustradas, como para 'Chantecler' los gallos de las otras familias —a aquel que los antropólogos bautizan con el terrible nombre de variedad jantótrica, glaucopiana, dolicocefálica, del *Homo Leucodermático*. Es el nórdico de piel clara, cabello rubio y ojos azules que, pasado luego por la criba del genio y transformado en "flecha de anhelo" hacia el superhombre nietzscheano, todos conocemos por el apodo familiar de "la bestia blonda". *

El primer responsable de estos desvaríos fue un aristócrata francés, que no carecía de profundidad y aun poseía cierto sentido panorámico de la historia, además de ser un gran literato y un hombre seductor y brillante. El Conde de Gobineau se desenvuelve entre la Restauración de 1815 y la Revolución de 1848. Hijo de una clase derrotada por la Revolución francesa de 1789, que arrebató sus bienes a las familias del Antiguo Régimen y las obligó a emigrar a Coblenza, Gobineau cae en la adoración del "ario puro": mito y nada más que mito, porque los pretendidos representantes del ario puro presentan a veces una mezcla del huno y del mongoloide, en tanto que el broncíneo indostánico, que se tiene por el ario sumo, escupe a la presencia de los impuros europeos. La actitud de Gobineau no es más que una reacción de tipo científico contra la filosofía, no menos absurda,

* Una rápida rectificación sobre las falsas interpretaciones del pensamiento nietzscheano, en Jorge Luis Borges, "Algunos pareceres de Nietzsche", *La Nación*, Buenos Aires, 11 de febrero de 1940.

que la Revolución venía elaborando. En aquella su pedantería de clasicones, los oradores del Nuevo Régimen declaran que la transformación política de Francia es el desquite del galo, del pueblo verdadero y autóctono, contra los conquistadores francos del Norte, que lo han sometido no menos de catorce siglos.

Pues bien: Gobineau les toma la palabra. Se declara franco en nombre de la aristocracia, y pasa a demostrar que el fermento franco ha sido en todas partes la causa eficiente y la causa ocasional de la civilización. ¿Por quién se perfeccionan los galos? Por influjo de Roma. ¿Y de dónde viene la grandeza de Roma, como la de los mismos aqueos, los pueblos de la Grecia homérica? ¿De quiénes proviene la antigua civilización mediterránea? De aquellos pueblos originariamente blancos y rubios, que bajaron del Norte, del Norte vigoroso que así traía sus energías para sacudir la tradicional modorra del Mediterráneo. Cuando se acaba el poderío de los pueblos clásicos, es porque la porción nórdica se ha debilitado en su sangre. Las Galias reciben de Roma un agua ya muy turbia, que se corrompe del todo en los cinco siglos subsecuentes a la conquista de César. Hacía falta una nueva inyección de fermentos... Y otra vez aparecen los admirables y providenciales hombres del Norte, los francos en suma, que vienen en la hora precisa a salvar a las Galias de su inevitable decadencia.

Este escamoteo ingenioso trata de sostenerse, de paso, con ciertas teorías filológicas sobre el origen común de casi todas las lenguas europeas, las de Persia y el norte de la India, el iranio del Avesta y el sánscrito clásico, todas al parecer derivadas del ario o indoeuropeo. Para esto se comienza por introducir la falacia de que la relación lingüística indica una relación étnica equivalente. Y ya entonces todas las conquistas humanas pasan a ser patrimonio del ario. ¿Y quién duda, porque así nos da la real gana, que el ario y el nórdico blanco se confunden? Ya sólo falta, y de ello se encargará cierta ciencia al servicio de la política, demostrar que ese nórdico o indoeuropeo se confunde con el indogermánico, éste con el alemán mismo, éste con el regnícola de Prusia, éste con la persona de Guillermo II, etc., etc., y Dios con nosotros.

¡Y pensar que tan divertido juego polémico sobre "la desigualdad de las razas humanas", sin más base ni origen que el resentimiento de una aristocracia venida a menos, pretende ahora convertirse en la justificación de todos los desmanes contra el género humano!

¿Después? ¡Después es la locura! El germanófilo Houston Stewart Chamberlain cubiletea la historia hasta convertir en nórdicos a Dante y a Jesucristo. Luego, "la liebre que levantó Gobineau" —como dice un historiador autorizado— salta audazmente el Atlántico y viene a inmiscuirse en la guerra civil de los Estados Unidos. Allá el meridional, que es el nórdico, se enfurece contra el negro y contra el yanqui del Norte. Nace luego el concepto del americano ciento porciento. Vienen las restricciones étnicas a la inmigración, fundadas también en contingencias económicas del momento, fuerza es admitirlo. Y de modo inesperado, increíble, un día las cortapisas étnicas hasta se deslizan en ciertas circulares de nuestro Servicio Exterior. Y no dudo que el racista mexicano se considere descendiente directo de los Vikingos, porque de otro modo no lo entiendo. Pero ya la crítica del racismo está en San Mateo, en aquel lugar donde recomienda no asentar una confianza absoluta en el pacto entre Dios y Abraham: "Y no penséis decir dentro de vosotros: *A Abraham tenemos por padre;* porque yo os digo que puede Dios despertar hijos a Abraham aun de estas piedras."

Tenemos, pues, en trance de Yang al Occidente civilizado que nos ha alumbrado con su antorcha. ¿Hacer vaticinios sobre el resultado de una lucha que es, al mismo tiempo, guerra internacional y revulsión entre los humores de aquel vasto organismo? El nuevo metal que fluya de esta hornaza no lo hemos de ver nosotros. Y el resultado inmediato de una lucha armada que, a lo mejor, es sólo uno entre los mil episodios o fases del Yang, no depende únicamente de premisas intelectuales: también cuenta el accidente histórico, y aun lo que en lenguaje común, por no poder desenredar un nudo de causas, llamamos la casualidad. Las conjeturas están al alcance de todos; todos los días se leen en los diarios, se discuten en las tertulias.

Pero hay que vivir sobre aviso; porque, insisto, existe el accidente histórico. Un leve cambio en las circunstancias —polígono de fuerzas levantado sobre antecedentes generales— puede ser la determinante, al menos para provocar consecuencias que envuelvan a toda una generación. Veamos un caso: si Carlos Martel pierde a Poitiers, ¿qué hubiera detenido al mahometanismo en su incursión sobre la Europa gala y teutónica? Sea otro caso: la suerte de los albigenses se decidió en la batalla de Muret (13 de septiembre de 1213), modesto pueblecito del Garona, de que ahora nadie se acuerda. ¿Acaso era previsible el resultado de la batalla? Pedro de Aragón, tan gran bebedor como gran guerrero, arrastraba consigo huestes de cien mil hombres en auxilio de su cuñado el de Tolosa. Pretendía detener su avance Simón de Monfort con sólo un millar de valientes. Todas las previsiones caían en favor de los albigenses. Y, sin embargo, Simón de Monfort los puso en fuga al primer encuentro, mudando el giro de la historia. ¿Por qué? ¿Podremos comprenderlo algún día? Sea el caso actual: todas las previsiones pesan ahora contra los nazis —que podrán contar entre nosotros con algunas simpatías, pero no con argumentos positivamente fundados—; y aun los aliados que a última hora les han salido no sabemos lo que preparan. Pero si los nazis, por ejemplo, acertaran con una sorpresa de la historia que, aun sin decidir su triunfo completo, aumentara el peligro de su amenaza, ¿habéis pensado en la repercusión de este accidente histórico sobre América? ¿Habéis pensado en cierta tutela, que entonces asumiría un carácter ya militar, de consecuencias por ahora incalculables, y que se desplegaría, cuando menos hasta la cintura de Panamá? Está tan tramada la madeja del mundo que unos sucesos tiran de otros.

Pero si el vaticinio no pudiera fundarse —y conste que, de propósito, acepto provisionalmente la hipótesis que considero peor, y en que no creo—, sí puede fundarse la simpatía, asunto que nace de la razón y de la ética y no de la ciega victoria. Para fijar el verdadero alcance de nuestra simpatía, necesitamos entrar en un análisis previo que nos permita acercarnos a los hechos sin enredarnos en las palabras. Ya Talleyrand insistía en la conveniencia de renovar el

lenguaje político. Si indispensable en su tiempo, mucho más lo es ahora.

Las denominaciones políticas que corren el mundo corresponden muy imperfectamente a las realidades que se empeñan en sustituir. Esto por una razón permanente y otra transitoria. La permanente, que toda teoría sólo abarca de modo aproximado la complejísima realidad social. Al monetizar la historia para hacerla pensable, se deja mucho oro en la ganga. Todo discurso sobre la historia universal —de Bossuet o de Marx— lleva el riesgo de repetir la paradoja de aquel personaje de Galdós que se empeñaba en escribir la historia lógico-natural de España, no como ella fue, sino como debiera haber sido. Y la razón transitoria de la confusión que reina en nuestras denominaciones políticas se debe a una dolencia de la mente contemporánea que más adelante explicaremos. Entretanto, hay que reconocer que los llamados liberales y los llamados conservadores, los demócratas y los totalitarios, los revolucionarios y los reaccionarios, las izquierdas y las derechas, mil veces trabajan en contra de sus propias doctrinas, y todos los días lo estamos viendo.

Para asir el hilo de la madeja, usaré de las definiciones esquemáticas del filósofo uruguayo Carlos Vaz Ferreira, siguiéndolo con estricto apego y usando a veces —sin comillas— sus frases textuales. El mal de nuestra época, la dolencia de la mente contemporánea, está en cierta distorsión del sentido crítico, en cierto debilitamiento de las resistencias: resistencia contra las falacias, las contradicciones lógicas, las ideas hechas, la imitación automática. En nuestra época se han aceptado como valederas contradicciones tan evidentes como éstas: el proteccionista para su propia nación es librecambista para las demás; se arguye que los semitas han emprendido un complot contra la civilización y que las dos manifestaciones de este complot, a todas luces inconciliables, serían, por una parte, el acaparamiento del capital, y por otra, el fomento del comunismo. Otros se declaran desencantados de la democracia, y van a sumarse a los partidarios temperamentales de la tutela absoluta, sólo por las falsas bases teóricas de la "soberanía" y la "mayoría". Cuando lo cierto es que la democracia se defiende con la metáfora ci-

nética de los gases: predominancia, porque los individuos en acción dan una mayoría resultante. Cuando lo cierto es que la democracia debe fundarse en la evidencia de que todo gobierno vehicula errores; que no admite fundamento místico de soberano ni en la herencia, ni en la fuerza, ni en la mayoría; sino que es necesario que haya gobierno, y la democracia ofrece tres ventajas: la negativa del mal menor, la positiva de la mejor resultante, y la superior del estímulo a la persona humana. A éstos pudieran sumarse otros ejemplos, y por encima de todos, el que a todos engloba, la gran disputa entre dos tendencias fundamentales. Considerémosla de cerca:

Dando a las palabras su sentido más lato, desentendiéndonos de distingos de escuela, la gran disputa se entabla entre el individualismo y el socialismo. Todos convenimos en que hay que dar una parte a la libertad individual y otra a la igualdad social. Pero entre uno y otro de estos dos círculos circunscritos hay una zona intermedia, que es el campo de la pelea. Todos creemos que hay que dar al individuo una base indispensable, mínima, igual para todos, y luego abandonarlo a sus fuerzas. Unos lo abandonan antes, otros quisieran abandonarlo algo después. Unos se conforman con asegurarle, en el punto de partida, la educación corporal y la espiritual. Otros añaden a esto un derecho de habitación en la tierra, tan evidente como el de andar y respirar, y que no debe confundirse con el de la tierra de producción o con el concepto de la tierra de comunicación; y además, un derecho de subsistencia mínima, sea una parte en la tierra de producción, sea un equivalente.

Pero todos tienen que convenir en que el régimen actual, con su juego de herencias y capitales, que ni siquiera distingue al que posee por gracia del que posee por trabajo, o del que posee a expensas o con privación de los demás, si no puede contentar al socialismo tampoco satisface el postulado esencial del individualismo, puesto que sacrifica a la inmensa mayoría de los individuos en aras de los privilegiados. Y es que el individualismo no se ha realizado nunca: se detuvo en su desarrollo, se incrustó en el régimen actual, que es un resultado de acasos superpuestos, y por eso se confunden y

yerran los que creen defender las prerrogativas del individuo defendiendo el régimen capitalista. El socialismo ha comenzado a realizarse; lleva en todo caso esta ventaja, porque toda teoría en marcha sirve al menos como experiencia. Y aun hay que reconocer que se ha rectificado en su marcha, acercando cada vez más al trabajador intelectual —el creador de todos los provechos sociales, de que el trabajador manual es el mero repetidor— al grupo llamado proletario, mientras que antes se le tenía confundido entre el grupo llamado burgués, al lado del parásito por excelencia, del heredero rico y ocioso. ¡Injusticia palmaria! Pero, en su extremo afán de socializarlo todo, esta doctrina —sin duda llena de nobleza— vacila, al ponerse en práctica, entre la utopía psicológica y el exceso de sujeción, y tiende hacia la tiranía, camino también rectificable. Para dilucidar este conflicto en lo más agudo, y reducir algún día las disidencias a su mínimo ya irreducible, habría que hacerse el ánimo de no pensar en sectas, pero, a todo trance, hay que sustituir desde luego la antinomia "proletario-burgués" por la antinomia "trabajador-ocioso". El concepto del rendimiento social es el que importa.

Ejemplos, éstos, de la distorsión del espíritu crítico, sí. Queremos creer —con Vaz Ferreira— que, en el origen, más bien se trata de esto que no de una decadencia moral de la especie, convenido. Pero ¿cómo disimularnos que si esta decadencia no está en el origen filosófico del problema, sí se la descubre —y muy ostensible— en los efectos sociales que padecemos? Bajemos entonces del concepto puro a la realidad operante; entremos en ese "grosso modo", en ese pensamiento sumario que es el orden de la política. Lo personal admite depuraciones impropias de lo colectivo. Los pueblos no labran joyas, sino pirámides. En este orden, bien podemos aceptar denominaciones provisionales, aunque sea para hablar con las palabras de la época y en forma que nos entiendan todos. En este sentido modesto y eficaz, bien puede decirse que lo que se llama la derecha pone el acento o énfasis sobre el pasado, sobre lo que la humanidad ha sido hasta ahora; y lo que se llama la izquierda, lo pone sobre el porvenir, sobre lo que la humanidad puede todavía llegar a

ser. La derecha es realista; la izquierda es utopista. Por su sola y pura energía. aquélla "cuajaría" al hombre en la etapa de las cavernas, considerándolo incapaz de mejora: y ésta lo lanzaría a un sueño desenfrenado, a un constante nomadismo y al cambio incesante de sus cuadros e instituciones. Aquí los antiguos proponen el justo medio como criterio de verdad, la armoniosa combinación de ambas tendencias. Y la lograríamos, si viviéramos actualmente en un Yin. ¡Felices aquellos que transcurren en épocas de cosecha, de frutos, de síntesis! ¿Y aquéllos, nosotros, cuyo momento corresponde, como un tiempo matemático o como un "tempo" musical, a un Yang de bifurcaciones, diferenciaciones y corrientes intercelulares? A nosotros no nos queda más que consultar nuestra conciencia y escoger de acuerdo con ella, que esto es soñar bien el sueño de la vida. ¡Oh, Renan! El punto de vista de Sirio no es el de la justicia. Nos importa el triunfo de todas aquellas normas que exaltan al hombre en cuanto tiene de excelsamente humano. Todos los pueblos nos merecen igual respeto; y por respeto a todos los pueblos, por respeto a la humanidad, deseamos el triunfo de aquella filosofía política que ofrece la libertad con la justicia, la coherencia entre la persona y la sociedad, y no el triunfo de la que sólo exhibe los anhelos de venganza y explosiones de odio. Cuando la violencia, la impudicia, la barbarie y la sangre se atreven a embanderarse como filosofías políticas, la duda no es posible un instante. Nuestro brazo para las izquierdas: cualesquiera sean sus errores en defecto o exceso sobre el lecho de Procusto de la verdad pura, ellas pugnan todavía por salvar el patrimonio de la dignidad humana, hoy tan desmedrado, hoy tan amenazado.

México, 18-XI-1939.

VII. POSICIÓN DE AMÉRICA *

EL TEMA que me ha sido asignado, "América, cuna de una nueva cultura", padece de una errata de imprenta, porque debe ir protegido y atenuado entre signos de interrogación si es que ha de corresponder a mi intento. No pertenece al orden de aseveración que los gramáticos llaman modo indicativo, sino al orden de la duda y la creencia, de la insinuación y de la esperanza. Aristóteles lo habría desterrado de su Dialéctica y sólo lo habría acogido en su Retórica. Se refiere al principio de probabilidad, no al de certeza. Por el ánimo con que lo abordo, me atrevo a decir que pertenece a un modo extravagante de la gramática: el modo profético.

¿Qué desmedido afán es éste de entregarse a las profecías? ¿Acaso hemos perdido la brújula científica? ¿Acaso, aun antes de que la civilización desaparezca, considerando que ella nos traiciona y no dudando en sacrificarla, hemos resuelto retrogradar étnicamente a la era prelógica de los primitivos, al tiempo en que las tribus se gobernaban por hechicerías caprichosas, refugiándonos, como decía nuestro Ignacio Ramírez, "en aquella frontera hospitalaria para todos los desterrados, adonde nos entregaríamos todas las noches a la danza frenética, inspiradora de las cabelleras"? No: la profecía no satisface a la ciencia, pero sí al anhelo de existencia y en este sentido contiene también una verdad. Si la Dialéctica entiende en lo que es, la antistrofa de la Dialéctica, la Retórica, entiende en lo que deseamos que sea. Hoy por hoy los americanos tenemos el derecho, acaso tenemos el deber, de ser algo profetas, por lo mismo que, ante los desastres del mundo y las agonías de la especie, pretendemos aún perdurar. América, como la heroína de William Morris, prefiere vivir a morir.

De todas suertes, la palabra "nueva cultura" es muy am-

* Conferencia (no leída por el autor, ausente en México) para el III Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana Nueva Orleans, 21 a 24-XII-1942, y publicada en la respectiva *Memoria*, N. Orleans, Tulane University Press, 1944, pp. 205-219.

biciosa. Esto de figurarse que las cosas humanas pueden ser absolutamente nuevas acusa ya de por sí una falta de cultura y una ausencia de sentido humanístico. Aun concediéndole un valor relativo —aquel en que puede decirse que Grecia representó una nueva cultura, aunque proceda de una derivación continua a partir de Egipto y el Oriente próximo; aquel en que puede decirse que la Europa occidental representó una nueva cultura, aunque proceda de una derivación continua a partir de la Antigüedad clásica—, hay que apresurarse a moderar todavía más la noción, a riesgo de que nos tomen por charlatanes, o como se decía en el *Diálogo de la lengua,* por "hablistanes". Sólo dentro de algunos siglos, juzgando *a posteriori* y mediante ese error de contraste que da la distancia, podrá saberse si América ha logrado elaborar una cultura relativamente nueva. En nuestro caso se trata más bien de recoger la herencia de una cultura, ante el notorio quebranto de los pueblos que la han construido. Se trata de una toma de posición y acaso una toma de posesión de la cultura. Y tampoco es lícito, en un mundo intensamente recorrido y cubierto por las comunicaciones entre todos los pueblos, y que lleva ya tanto tiempo de mezclar ideas, técnicas y emociones, el hablar de culturas en plural, como puede hacerlo el antropólogo cuando se asoma al pasado, donde los grupos vivían sin mutuo conocimiento ni cambio. Parece más bien que la cultura está llamada, siquiera teóricamente, a ser una. Y precisamente, ante esa esperanza de unificación, aparece América como un laboratorio posible para este ensayo de síntesis.

Preguntarse si América está ya madura para semejante tarea no es disparatado, pero es ocioso. Varias veces nos hemos enfrentado con esta interrogación, y hemos tenido que confesarnos que el destino no puede ser aplazado; que, en este orden de fenómenos superiores a nuestra voluntad, casi ningún pueblo escoge su hora; que acaso los más han sido llamados prematuramente al arduo deber. Por otra parte, esta súbita aparición de una responsabilidad inesperada es lo que mejor contribuye a madurar a los pueblos y a los hombres. La toma de posición ante la cultura no es aquí una investidura automática. Supone una contribución del

propio querer. Y este querer puede provocarse y educarse. Esta orientación del querer —un querer que existe ya disperso, pero bien manifiesto por todo el continente— corresponde a la profecía, a la prédica, a la función prospectiva de la palabra, y está confiado a los maestros y a los escritores americanos. Si no lo atendemos a tiempo, habremos fracasado, estaremos perdidos, no habremos sabido escuchar el grito de Anquises en los infiernos: *Tu Marcellus eris!*

Esta promesa del destino tiene un anverso y un reverso. Por el reverso parece significar que la capacidad de Europa está ya agotada. Por el anverso, que las bases americanas aseguran ya las probabilidades de éxito. Examinemos ambos extremos, procurando no pecar por ingratitud ni por orgullo. Por cuanto a lo primero, posible es que Europa no salga agotada de la catástrofe y lo deseamos fervorosamente. Aun los pueblos definitivamente conquistados suelen seguir determinando los rumbos de la cultura y venciendo a sus vencedores, operándose así esa ósmosis para la cual el maestro cubano don Fernando Ortiz ha acuñado en nuestra lengua el término "transculturación". Pero que Europa pueda salir indemne e ilesa tras esta prueba pavorosa ¿quién se atreve a afirmarlo? Pues bien, el solo debilitamiento de Europa impone a América el deber de acudir con el refuerzo, y esto es ya la toma de posición. Respecto a lo segundo, respecto a las bases que garantizan la posibilidad americana, no hay más remedio que detenernos un instante a recordar cómo se operan la participación (pasiva) y la contribución (activa) en la cultura, y esto nos obliga a comenzar por una descripción sumarísima de lo que sea la cultura. Procederé por esquemas funcionales, ya que la cultura es un ente fluido, en continua marcha y transformación, y no admite ser definida por contenidos estáticos, a menos que sean a corto alcance. Procederé por alusiones generales, ya que ellas bastan para revivir en la mente el recuerdo de nociones conocidas de todos.

Salvo definiciones convencionales, la cultura en su sentido más amplio se confunde con la civilización, y ésta sólo adquiere sentido cuando, salvando las fronteras de agrupaciones y épocas, se aplica a aquellas vastas entidades, a aque-

llas inmensas porciones de espacio y tiempo humanos que Toynbee llama los campos históricos inteligibles. Así entendida la cultura es una suma de emociones, pautas e ideas, cuya resultante y cuyo criterio de valuación es la conducta humana: sensibilidad de la vida, normas con que se contesta a la vida, conocimientos en que todo ello resulta y que reobran sobre todo ello. En esta fórmula lo mismo caben la representación del mundo y del ultramundo y las relaciones entre ambos, lo mismo el saber de dominio, el saber culto y el saber de salvación, de Max Scheler. Pero para no quedarnos con esta fórmula en el ser mismo del hombre, con lo cual no avanzaríamos un paso, hay que advertir que la verdadera cultura sólo existe en cuanto aparece la transmisión de sus contenidos. Tal transmisión se opera, en el orden horizontal del espacio, por comunicación entre coetáneos, y en el orden vertical del tiempo, por tradición entre generaciones. Quiere decir que, aunque la naturaleza provoque la cultura, no la da hecha, sino que el hombre la saca de sí; que la cultura se aprende y no se adquiere por herencia biológica. Pero, durante el aprendizaje, ella se transforma a su vez, se desvía, se ensancha, recoge nuevas especies y abandona otras. De modo que no hay cultura cabalmente integrada, y ni siquiera necesitamos todos y cada uno de nosotros conocer el cuadro teóricamente cabal de la cultura en que vivimos.

Y es que la cultura ofrece distintos factores, que pueden más o menos agruparse en cuatro niveles distintos —aunque sean niveles en metamorfosis— según su compulsión o necesidad para el sostenimiento de las sociedades humanas: los universales, las especialidades, las alternativas y las peculiaridades (Linton, *Estudio del hombre*). Los universales y aun las especialidades son el núcleo de la cultura y determinan su carácter. Las alternativas y las peculiaridades son la periferia de la cultura, que puede llegar a la completa indeterminación. Y sin embargo, en cierto sentido, puede decirse que el ser de la cultura se alimenta de modo centrípeto y trae sus energías desde la periferia hasta el núcleo. Expliquémonos.

Los universales son patrimonio común de todos los miembros de la sociedad, y por eso mismo son la base indispen-

sable de la cultura. Emociones, normas y conocimientos que corresponden a los lugares comunes de Aristóteles, nivelación mínima o única que puede abarcar a todos los individuos del grupo, tales factores constituyen el lecho de la conciencia social en que todos los otros factores vienen a precipitar sus productos. No son, pues, comienzo o génesis de cultura, sino su remate y su último saldo, su resultante. Como todas las resultantes, ésta no es necesariamente igual a la suma de los sumandos. Es cualitativamente distinta, y aun puede a primera vista mostrar alguna contradicción con alguno de los sumandos a que luego vamos a referirnos. La participación en la cultura es máxima en estos factores universales, pero es en cierto modo pasiva, automática. Es el aire que se respira. Es, dentro del cambio inherente de la vida, el fondo de las cosas menos mudables. Entre ellas, hay algunas cosas que no han mudado desde que el hombre es hombre y no mudarán mientras se conserve la especie. Aquí sólo puede hablarse de novedad de una manera muy relativa. Participación máxima desde el punto de vista colectivo e inconsciente; pero, desde el punto de vista individual y consciente, contribución mínima, indirecta y lejana. Una nación, un conjunto de naciones, un continente, no pueden proponerse de modo unánime y premeditado cambiar los factores universales de una cultura. La cultura no se manda ordenar como la minuta de una comida. Los fundadores de la teoría romántica de la epopeya casi llegaron a figurarse que la *Ilíada* se construyó por arte plebiscitario, como si, al juntarse los pueblos, el poema brotara, según decía Sainte-Beuve, en manera de tempestad divina. Pero aun estos teóricos exagerados retrocederían confusos si se les hubiera preguntado: ¿Creéis acaso que la cultura supuesta por la *Ilíada* ha sido igualmente el producto de una decisión colectiva?

Las especialidades son el orden de los lugares específicos de Aristóteles y se refieren más singularmente al conocimiento. El bien y el mal en general, el más y el menos en general, eran cosas universales y al alcance, por decirlo así, de todas las fortunas. Ya el bien y el mal o el más y el menos de orden biológico o de orden físico nos van transportando del patrimonio común al patrimonio de los especialistas en

disciplinas o ciencias determinadas. Las nociones a que ellas se refieren no necesitan ser dominadas por todos los miembros de la sociedad, pero para la salud de la sociedad es indispensable que algunos las dominen. Las especialidades se expanden en factores universales conforme aumenta la función del aprendizaje, característica de la cultura. Algunos hombres, de cualquier nación o de cualquier continente, participan por necesidad en este nivel de la cultura, con solo que se trate de pueblos ya incorporados en tal cultura; pero además, pueden contribuir en este nivel de la cultura, con sólo que cuenten con las facilidades indispensables a su trabajo. En mayor o menor grado, los pueblos de América cuentan con estas facilidades, y ahora se trata de aumentarlas, lo que corresponde a la política cultural en el más amplio sentido. Nada, en principio, se opone a ello. En una población humilde, se ha instalado un observatorio para el cómputo de los rayos cósmicos, verdadera exquisitez de la ciencia. De uno a otro extremo del continente, por sobre las mayorías consagradas a la actividad elemental del vivir, hay minorías consagradas a la actividad escogida de filosofar, minorías que cada vez se relacionan más intensamente unas con otras. Los medios de la comunicación entre coetáneos o de la tradición entre generaciones tienen ya, en América, todo el desarrollo que requieren. Son perfeccionables, y hay que perfeccionarlos sin duda. Aquí de la profecía, aquí de la obra prospectiva de la palabra, que no es más que la persuación retórica; aquí del deber de maestros y escritores.

Pasamos al tercer factor de la cultura, las alternativas, y con ellas entramos en el orden de las sustituciones relativamente indiferentes. El concepto se enlaza con el saber de dominio: conjunto de medios para lograr los fines sociales. Cuando hay varios medios más o menos equivalentes para llegar a un fin, hay alternativa y hay opción. Los miembros de la sociedad pueden ir a Roma por varios caminos, y pueden ir en avión, en auto o en ferrocarril. Hay técnicos para cada medio. Las respectivas técnicas no son, en principio, indispensables, sino sólo con referencia a los fines inmediatos, a los centros de interés que la historia pone en valor para cada instante de su desarrollo. Las alternativas sólo se

conservan como tales mientras su influencia es superficial. En cuanto adquiere valor necesario uno de los términos, desplaza al o a los otros términos y se precipita hacia el núcleo de la cultura, en especialidad o universalidad según el caso. Las alternativas representan el campo de experimentación y, a veces, los puntos neurálgicos de las revoluciones. Inútil decir que la participación opcional o la opcional contribución están abiertas a nuestra América. Dependen, en último análisis, de las conquistas de la especialidad, y el argumento se revierte sobre el argumento anterior.

Las peculiaridades nos llevan al reino del acto individual. Podrán las peculiaridades, según el caso, perderse o aprovecharse para la cultura. Si lo primero, no incumben a nuestro examen. Si lo segundo, ellas significan el invento y el descubrimiento. Los cuales, al expandirse en la limitación social según el esquema de Tarde, significan el alimento constante de la cultura, el que le permite renovarse y cambiar según la vida siempre cambiante, ora se trate de novedades requeridas por el ambiente, ora de novedades encontradas de modo desinteresado y cuya inserción en el cuerpo de una cultura sólo aparecerá *a posteriori*. Aquí es donde asume todo su valor el concepto de lo nuevo. Cuando hay exacerbación de novedades, como en nuestra época, la integración total, a que la cultura aspira en principio, se perturba por caso de sobrealimentación, y el organismo sintético parece que pierde algo de su coherencia. Esto es lo que se quiere decir cuando, juzgando la crisis contemporánea, se afirma que la máquina ha ido más de prisa que el hombre. El invento y el descubrimiento aún no aparecen suficientemente asimilados en la sustancia ética de la cultura. Ya se ve, pues, que las peculiaridades son focos genéticos de cultura o pueden serlo, pero comparables en algún sentido a las mutaciones individuales de la biología, se transmiten más limitadamente y, si no logran expandirse a tiempo y conservarse por reiteración educativa, acaban por desaparecer. Esto se relaciona con la característica misma de la cultura, que se desvanece en cuanto se interrumpe la línea de transmisión. Acontece aquí algo semejante a lo que acontece con la Creación en ciertas teologías: que debe ser renovada constantemente, por-

que nace y muere constantemente. Así pues, las novedades de la cultura, que garantizan su perduración, puesto que la vida está en marcha, nacen, por decirlo así, fuera de la cultura, en la variación individual del invento o el descubrimiento. ¿Cómo podría su posibilidad negarse al nuevo continente, si aun caben aquí las excepciones geniales? De un pueblecito de Nicaragua antes desconocido para el mundo, salió Rubén Darío, gran reformador de la lengua poética sólo comparable a Garcilaso o a Góngora.

El anterior examen de la estructura cultural, en sus cuatro factores, los de núcleo y los de periferia, no era indispensable para concluir lo que de antemano tenemos probado por la historia: la posibilidad de toma de posición de América ante la cultura, por participación y por contribución. Pero sí era conveniente para destacar dos observaciones a que se presta. La primera, que en época de interior renovación como la nuestra, cuyo carácter es el anverso de las épocas clásicas, y de relativa estabilidad y remanso de las aguas, los focos culturales tienden a diseminarse en tal forma que los núcleos de especialidad y universalidad padecen por acarreo continuo e inconexo; que tal fenómeno de incoherencia y efervescencia es la explicación de la crisis moral que sacude al mundo; que el único medio de salvación consiste en intensificar la transmisión por comunicación y aprendizaje. ¿Qué significa esto? Esto significa democracia. Sólo la democracia puede salvarnos, por cuanto ella importa la plena y cabal circulación de la sangre, con todos sus nuevos acarreos, por todo el organismo social. La segunda observación se refiere a las bases humanas de donde brota la cultura, a la dirección de la inteligencia social en sentido favorable a la armonía de la cultura. Pues la cultura sólo existe en la inteligencia de los individuos, y sólo por ella se sostiene. Volvemos aquí a tomar el argumento en el punto que lo dejamos para examinar los cuatro factores culturales, y pasamos a considerar las bases de la inteligencia americana en cuanto afecta a nuestro asunto. Es decir, que prescindiremos de las indecisiones y contingencias con que la historia de América haya podido tropezar desde sus orígenes y en su

evolución propia, para sólo aplicarnos a las posibilidades actuales.

Las posibilidades americanas se reducen a una posibilidad de armonía continental. ¿Hay una orientación actual de la inteligencia americana suficientemente uniforme para garantizar la toma de posición ante la cultura? Veamos primero las homogeneidades, después las diferencias, y preguntémonos finalmente si tales diferencias son irreductibles por naturaleza, o reductibles por efecto voluntario de la educación y por el grado de evolución al que han llegado las sociedades americanas. Si este último extremo nos da una conclusión positiva, nuestra tesis estará demostrada y no nos quedará más que cerrar estas páginas con una excitación o peroración final, de acuerdo con los cánones de la antigua Retórica, hacia la armonía americana. Me disculpo si repito aquí observaciones recogidas en un libro reciente. Se me ofrece considerar iguales problemas, y de entonces acá mis puntos de vista no han cambiado y mis esperanzas se mantienen.*

La primera observación se refiere a la consigna que América trajo al mundo desde el día de su aparición. Tras de haber sido presentida por mil atisbos de la sensibilidad, en la mitología y en la poesía, como si fuera una forma necesaria de la mente, América aparece como una realidad geográfica. Y desde ese instante, viene a enriquecer el sentido utópico del mundo, la fe en una sociedad mejor, más feliz y más libre. Así lo entendieron las mentes europeas. Así los sacerdotes de todas las tendencias cristianas. Así los peregrinos y refugiados de todo orden, y aun los que sencillamente querían rehacer la vida, borrando anteriores errores o accidentes de la conducta. El que con ello se hayan mezclado afanes de explotación colonial y lucros económicos es más que humano, y en modo alguno perturba el sentido filosófico del proceso. América es, en esencia, una mayor posibilidad de elección del bien, fundada en un peso menor de tradiciones casuales, de estratificaciones causadas por el azar histórico y no directamente deseadas. Este esquema abarca como una consigna general, como un santo y seña

* *Última Tule.*

de la conducta, a todo el Nuevo Mundo. Inútil entretenerse en averiguar si tal fenómeno corresponde al concepto de juventud, que en el caso asume un sentido limitado, o más bien, como creemos, al concepto de nuevo punto de partida. Claro está que este nuevo punto de partida supone un aprovechamiento de las formas culturales antes alcanzadas, y queda siempre expuesto a accesiones involuntarias de lo inútil. Toda característica deja su marca mucho más allá de la utilidad que la produce, y los antropólogos nos explican que la costumbre de montar a caballo por la izquierda procede del tiempo en que todo jinete ceñía una espada al flanco izquierdo. Pero quien se confunda en estas razones será que no sabe distinguir entre la esencia y el accidente. La consigna de América es una consigna de mejoramiento, sustentada en la posibilidad de prescindir y escoger. Puede decirse aún que esta consigna es general en la mente humana. Pero si la expandimos a los grupos sociales, es evidente que ella está en terreno más propicio en América que en Europa.

La segunda observación se refiere a algo que, a primera vista, parecería una deficiencia: al carácter colonial o subordinado de los orígenes americanos. Por una parte, en toda cultura colonial obra un principio de retrogradación hacia las formas más elementales o más antiguas de las metrópolis. Esta retrogradación se explica por dificultad de transporte, por dificultad de adaptación ante el nuevo ambiente y por necesidad pedagógica para comunicar a las poblaciones exóticas una lengua, una religión, una representación del mundo que no tenían relación con sus costumbres inveteradas. Ésta es la "teología que no conoció Santo Tomás", de cuyos problemas se quejaban los misioneros de la Nueva España. Y vemos, en efecto, en los orígenes del teatro americano —pues el teatro por su naturaleza fue inmediatamente adoptado como la forma literaria más pública e institucional— que, para servir a los fines del catequismo, la escena americana creada por los sacerdotes católicos retrocede a tipos rituales y eclesiásticos ya superados por el teatro independiente de la metrópoli. A esta retrogradación necesaria se une otra discrecional, y que resulta de las condiciones

de la conciencia pública en la época de la creación de las colonias americanas: la metrópoli echaba murallas en torno a sus colonias y se reservaba el privilegio exclusivo de la explotación económica y de la transmisión cultural. Romper las barreras económicas era uno de los incentivos que movían a Inglaterra a favorecer la independencia de las Américas. Las ideas de la Francia revolucionaria, que tanto influyeron en la filosofía de la independencia, sólo entraban subrepticiamente en nuestro mundo y eran objeto de inquisiciones y castigos. Al caudillo insurgente Hidalgo se le tachaba de "afrancesado". Y el que algunos sabios europeos, como Humboldt, hayan podido obtener permiso de recorrer y estudiar a su gusto las colonias americanas era efecto ya del liberalismo invasor, y anunciaba por sí solo que en los sistemas del tiempo estaba ya escrita la futura emancipación, a la que algunos ministros de la Corona quisieron, en cierto modo, adelantarse, en evitación de mayores males que ya empezaban a presentir.

Esta inevitable invasión del liberalismo, o política de puertas abiertas, alcanza su máximo con las independencias americanas. A partir de esa hora, las antiguas colonias quedan en categoría de sociedades que no han creado la cultura, sino que la reciben hecha de todos los focos culturales del mundo. Por un explicable proceso, toda la herencia cultural del mundo pasa a ser un patrimonio suyo por igual derecho. Su sistema de cultura, aunque para nuestros pueblos referido siempre a la fuente hispánica, se ensancha a la absorción de todas las corrientes extranjeras, algunas veces por sorda hostilidad y reacción contra la antigua metrópoli, y más generalmente y en último análisis, por convicción y por educación de universalismo. Este universalismo viene entonces a ser el inesperado efecto benéfico de la formación colonial. El ciudadano de las grandes naciones creadoras de cultura casi no tiene necesidad de salir de sus fronteras lingüísticas para completar su imagen del mundo. El ciudadano de la antigua colonia tiene que ir a la vida internacional para completar tal imagen y, además, está acostumbrado a buscar en el exterior las fuentes del saber. Así se explica el sabor de extranjerismo en ciertas etapas de nuestra adolescencia cultu-

ral. Más tarde, en la hora de madurez que apenas se inicia, sobreviene la confrontación entre nuestros pueblos, el saldo de comunes denominadores que ella produce, y la incipiente figuración de nuevas técnicas de dominio aprendidas en el estudio de los ya visibles y evolucionados caracteres propios, nacionales y continentales.

Hace años, examinando este aspecto de la agilidad americana, que podemos llamar la facilidad internacional de la inteligencia, expuse rápidamente estos puntos de vista ante los escritores europeos congregados por una conferencia del PEN Club de Buenos Aires, y dejé caer la palabra "síntesis de cultura", que usó también, para iguales fines, el filósofo argentino don Francisco Romero, sin que ambos nos hubiéramos puesto de acuerdo. La rapidez de las discusiones y la limitación del tiempo hicieron imposible que los europeos se penetraran de lo que queríamos decir. Algunos de ellos quedaron tristemente convencidos de que pretendíamos reducir la función de la inteligencia americana a organizar compendios de la cultura europea. Ante todo, no nos referíamos sólo a la tradición europea, sino a toda la herencia humana. En seguida, por síntesis entendíamos la creación de un acervo patrimonial donde nada se pierda, y para el cual los hábitos de la inteligencia americana nos parecían bien desarrollados por los motivos antes expuestos. Finalmente, en la síntesis no vemos un compendio o resumen, una mera suma aritmética, como no lo es la del hidrógeno y el oxígeno al juntarse en el agua, sino una organización cualitativamente nueva, y dotada, como toda síntesis, de virtud trascendente. Otra vez, un nuevo punto de partida. Tal es la segunda observación sobre las homogeneidades de América.

La tercera observación se relaciona muy de cerca con la anterior, y especialmente se refiere a los hábitos internacionales en un sentido más limitado y político. De un modo general y sin entrar en odiosos distingos, los pueblos de América, por el impulso de su formación histórica semejante, son menos extranjeros entre sí que las naciones del viejo mundo. Hay comunidad de bases culturales, de religión y lengua. Y por su captación étnica, están singularmente preparados para no exagerar el pequeñísimo valor de las diferencias de raza,

concepto estático sin fundamento científico ni consecuencia ninguna sobre la dignidad o la inteligencia humanas, uniformes en principio cuando se les ofrecen iguales posibilidades; cosa transitoria cuya exacta nivelación nuestra América entiende como uno de sus deberes sociales inapelables e indiscutibles. Las resistencias que aún persisten creemos que están llamadas a desaparecer en la absorción democrática, y entretanto, sólo significan cuerpos enquistados como tantos otros que existen en las culturas, puesto que el ideal de la plena integración es sólo una norma orientadora y ningún pueblo vive en la tierra en estricto acuerdo con sus pautas. Lo que no autoriza a negar sentido a tales pautas.

De esta grande homogeneidad en las mayorías nacionales de América, ha resultado que nuestros pueblos hayan podido, según el sueño de Bolívar, desarrollar cierta labor armoniosa y continuada de conversación internacional, sostenida por más de medio siglo, muy anterior a la Liga europea y mucho más eficaz a la larga, a pesar de los tropiezos y desajustes de todo lo humano, y sorprendente si se considera la magnitud del territorio que cubre y el semillero de pueblos que abarca.

La autenticidad de este carácter homogéneo y su última garantía de éxito nos la da el hecho de que tal comunidad internacional funciona desde mucho antes que se le haya dado forma institucional. El sentido de la defensa americana ante las amenazas extrañas es anterior a la Unión Panamericana —que por lo demás se limita a las conciliaciones intracontinentales—, y muy anterior a los últimos y reforzados compromisos que hemos contraído por causa del desquiciamiento del mundo. Cuando la invasión napoleónica en México, todo el continente se agitó de modo espontáneo y se sintió afectado en su ser conjunto. De uno a otro extremo, llegaban a México las manifestaciones de solidaridad continental. Los Estados Unidos se pusieron en guardia hostil. Desde el Sur, como Chile, llegaban hombres y recursos. Se bautizaba a las poblaciones con el nombre de nuestros héroes, como en la Argentina. Y aun el Brasil, ligado por compromisos dinásticos, hizo tal vacío a los representantes diplomáticos de Maximiliano, que éstos tuvieron por pruden-

te abandonar un día los negocios de su Legación, casi sin avisarlo a nadie.

Y si todavía remontamos en la historia ¿no recordamos todos que los países sudamericanos, gesto repetido en nuestros días, se prestaban tropas, caudillos y héroes, para ayudarse en las campañas de la independencia y en la defensa continental, entendida como interés común? Las mismas proclamas de los primeros insurgentes se dirigían, con profundo instinto, a los americanos en general, y no a los nacionales de este o aquel país recortado por los accidentes de la geografía, la historia o la administración jurisdiccional de las antiguas colonias.

El análisis del proceso histórico durante el siglo XIX y los comienzos del XX nos permitiría todavía establecer cierta paridad de etapas que revelan en diverso grado la homogeneidad americana: simultaneidad de los movimientos de emancipación, indecisión inicial idéntica respecto a la forma de gobierno con adopción general de la república, influencia intelectual de orígenes semejantes, marea de las charreteras paralela, otra vez la marea intelectual en la era de los abogados, era económica y técnica mezclada de positivismo y sansimonismo, recientes crisis revolucionarias con derrocamiento de dictaduras, resurrección de interés para el autoctonismo, etc. No hay tiempo aquí de extenderse sobre estas particularidades, que todos conocen y saltan a la vista.

Por último, y para cerrar el capítulo de las homogeneidades, la suerte de América ha permitido que, entre nosotros, aun el especialista se vea más imperiosamente llamado que su colega europeo a no abandonar su profesión general de hombre, a ser con mayor frecuencia educador, legislador y político, a mantenerse en relación más constante con la media calle. De lo cual muchos han podido quejarse por cuanto los distrae de la pura investigación, poniendo a la inteligencia en los dolorosos trances de la acción, que es siempre transacción o abdicación parcial de sus fueros. Pero esto, en horas de crisis y reconstrucción social, resulta una ventaja, porque la especialidad está más avezada a volcarse sobre el núcleo cultural de los universales.

En cuanto a las diferencias o heterogeneidades americanas, se reducen a los conceptos de raza y lengua. De la raza dijimos ya lo bastante y casi da enojo insistir. Para América no hay más raza que la raza humana. Aun antes de los recientes adelantos científicos, ya Freeman, en sus *Ensayos históricos,* 1879, puso los puntos sobre las íes sobre el limitado alcance de estas nociones en sí mismas y en su relación mutua. El carácter de las sociedades resulta de la convivencia geográfica, la vinculación económica y la comunidad cultural, más que de razas y aun de lenguas. Sociedades dominadas por un grupo de raza extranjera y convertidas a su fe acaban por adoptar la indumentaria, la mímica y hasta la apariencia física de este grupo. Ciertas poblaciones polacas convertidas al judaísmo pasaban por hebreas al siglo siguiente. Cuando el interés político lo aconseja, los nipones ascienden a los privilegios de arios y se declaran representantes del ario los que quieren.

Es innegable que las diferencias de lengua establecen hiatos; innegable que cada lengua se funda en una metafísica o representación del mundo. Pero este hiato camina a la evanescencia práctica dentro de las comunidades culturales de la humanidad presente, en que las minorías creadoras de normas sociales se educan y piensan en varias lenguas. La transmisión establece puentes y vados, camino del mínimo de unidad indispensable. Entre las lenguas latinas del continente, el portugués es una telaraña permeable para el español, aunque haya contribuido a sostener la unidad moral del noble pueblo brasileño; el francés es conocido y practicado familiarmente por los directores de la cultura en los demás pueblos; las lenguas autóctonas son reliquia arqueológica, y el sentido continental consiste en atraer a los poblados que aún las hablan hacia el disfrute de las grandes lenguas nacionales. Sólo queda, como visible contraste, el diálogo, que no disputa, entre la lengua anglosajona y el orbe de la lengua latina. Las campañas culturales adelantan día por día para facilitar el préstamo y cambio mutuo. Y ni una ni otra esconden factores nucleares de cultura que sean intraducibles a la otra, fuera de peculiaridades que más bien son curiosidad filológica, comparables así a las peculiaridades

dialectales de los países hispanoamericanos, de unos para otros, y de sus diversas zonas lingüísticas interiores. No nos parece que se pueda hablar seriamente de abismos infranqueables para los fines sintéticos de la cultura. Las grandes inspiraciones morales y políticas, el libre viento de la democracia que va y viene por el continente, operan como niveladores, rumbo a la *homónoia* o armonía internacional. Por todos los argumentos llegamos, pues, a una conclusión positiva. La toma de posición de América ante la cultura tiene el camino libre.

En la hora presente, hay que acostumbrarse a pensar que nuestra América no se enfrentará con un mundo fácil. El derrumbamiento económico será inevitable. Pero aun tal derrumbamiento promete ventajas. Él permitirá purgar tradiciones y prescindir de adiposidades que embarazan a las culturas viejas. La sociedad humana no se crea sólo conforme a razón y a necesidad. La acompañan siempre preocupaciones que unos llamarán sobrenaturales y otros extranaturales simplemente. Y la nutre íntimamente cierta invención artificial, incentivo sumo del progreso, que sin duda procede de la gran capacidad de aburrimiento de nuestra especie. Ello es que a veces las sociedades perecen por complicaciones no racionales, acumuladas en el tiempo, como esos esquimales que mueren de hambre porque alguna superstición les veda la pesca en época determinada. Los antiguos japoneses, llenos de ceremonias rituales para la guerra, cayeron bajo el sable mongólico que no entendía ni respetaba sus convenciones. Los pueblos educados en el derecho internacional han sido sorprendidos en su buena fe por una agresión que se ha puesto fuera de sus pautas, al modo del maestro de armas que no podría defenderse contra el cuchillo sin reglas del hampón.

A las minorías directoras, a los profetas, a los maestros y escritores, toca orientar la voluntad de América hacia la toma de posición en la cultura, puesto que de ellos nacen los movimientos culturales. Y les toca proceder desde ahora al examen de conciencia, al minucioso expurgo de la herencia humana, para preparar a nuestros pueblos al sacrificio, cuando llegue, que no tarda ya, la hora de la pobreza universal. Su

acción habrá de ejercerse sobre las juventudes, para quienes todo es nuevo, lo nuevo y lo viejo, y que con igual facilidad orgullosa asimilan lo uno y lo otro a la hora de desembocar en la vida. A la juventud americana de ese cercano y heroico porvenir consagremos todo nuestro desvelo. Un día, el mundo habrá de agradecerlo.

Los tres órdenes del saber que define Scheler han tenido su apogeo respectivo: "En la India, el saber de salvación y la técnica vital y psíquica del poder del hombre sobre sí mismo; en la China y Grecia, el saber culto; en el Occidente, a partir de principios del siglo XII, el saber práctico de las ciencias positivas especiales." Pero, añade, "ha llegado ya la hora de que se abra camino una nivelación, y al mismo tiempo una integración de estas tres direcciones parciales del espíritu". El cuadro es algo sumario, pero destaca claramente el sentido que queremos dar a la síntesis americana de que antes hemos hablado. El puro saber de salvación nos convertiría en pueblos postrados, de santones mendicantes y enflaquecidos; el puro saber de cultura, en sofistas y mandarines; el puro saber de dominio, en bárbaros científicos que, como ya vemos, es la peor especie de barbarie. Sólo el equilibrio nos garantiza la lealtad a la tierra y al cielo. Tal es la incumbencia de América.

VIII. EL HOMBRE Y SU MORADA *

1

TENEMOS que hacer un viaje a Sirio para contemplar objetivamente las relaciones entre la historia y la geografía, la lucha del hombre por establecerse en su morada terrestre, espectáculo de ajustes y desajustes continuos, que bastaría por sí solo para convencernos del estado de primitivismo en que todavía nos encontramos, si no supiéramos que los problemas sociales no admiten, por su naturaleza cambiante, soluciones definitivas. Las conclusiones de semejante estudio pueden llegar hasta la rectificación de los hábitos y emociones en que hemos sido educados, sobre todo en cuanto a ese extremo del sentimiento nacional que dista mucho de ser la *ultima ratio* de las sociedades humanas y que es en cierto modo reciente. Por de contado, el punto de vista de Sirio no podría servir de consejo inmediato a la política, y menos en épocas como la que ahora vivimos, cuando este despego de los impulsos defensivos podría fácilmente allanar el camino a las conquistas y a las infamias. Pero la confrontación con las especies universales nunca es perdida. Ella sirve de guía aproximada a la acción, que es siempre transacción. El ajuste, aunque sea cambiante, entre la historia y la geografía sólo sería justo en una humanidad plenamente justa; y por ahora se trata de sofocar un desborde de la injusticia, asunto previo y de inapelable urgencia vital. Con todo, y sin llegar a exageraciones que resultarían criminales, ¿cómo negar que muchas veces las torres de la parroquia nos obstruyen el horizonte? ¿Cómo negar que un mundo donde aquí las poblaciones perecen de hambre, mientras allá se queman cosechas, es un mundo mal repartido? Por eso

* Conferencia destinada al ciclo que organizaron la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero y la Federación Universitaria Española; leída el 20-VII-1943 en el Centro Republicano Español de México, y publicada fragmentariamente en *Cuadernos Americanos*, 6, XI a XII-1943.

será bien recordar que quien sólo vive en su tiempo no ve más allá de sus narices.

Desembaracemos la discusión. Aquí se trata de relatar sumariamente ciertas vicisitudes de la relación entre la historia y la geografía, acaso con la vaga intención de que tal relato sea ejemplar. Pero no se trata de repartir el mundo conforme a criterios teóricos que siempre resultan deficientes y olvidan, a sabiendas o no, algunos factores de futuros desastres, propio achaque de los que llamaba Quevedo "locos repúblicos". Las falsas particiones de Versalles están en el origen de los actuales conflictos. Siempre, a la hora de distribuir el patrimonio entre los herederos del rey, se escucha la voz amenazante de alguna Doña Urraca que dice:

A mí, porque soy mujer,
dejaisme desheredada:
irme he yo por esas tierras
como una mujer errada.

Ardua tarea contentar a todos, y quien más se inspira en la razón a lo mejor se deja de lado la razón de la sinrazón. En esta balanza pesa también el sentimiento ¡y ay del que se ponga a trazar planes para la reorganización futura sin tomar en cuenta a "la loca de la casa"!

Antes de seguir adelante, expliquémonos también sobre aquel extremo melindroso del nacionalismo, al que aludimos muy de pasada y en términos que podrían parecer equívocos. Por cuanto en este sentimiento se arraigan las nociones elementales de dignidad política y hasta de decencia personal, es imposible moverlo sin que se sacuda el árbol de la entereza humana. Por cuanto en este sentimiento se refugia un mínimo indispensable de justicia y de respeto a los pueblos, sólo se lo podría tocar cuando hubiera otra garantía mejor con la cual sustituirlo. La constelación psicológica creada en torno a las tesis de independencia y soberanía de los Estados no puede desarticularse sin riesgo, mientras existan Potencias imperiales prontas a aprovecharse de cualquier flaqueo en la conciencia nacional de los países débiles. Y tal es precisamente el enigma que se agita, sin resolverse, en la mente política contemporánea.

La expropiación petrolera, por ejemplo, es plausible a

nuestras izquierdas, que ven en ella una redención posible del obrero mexicano, subyugado antes por los magnates del capitalismo extranjero. Pero esas mismas izquierdas, al concebir sus doctrinas sobre una distribución ecuménica de las riquezas, no admiten, en principio, que determinada riqueza pertenezca a un Estado particular, porque más allá de los Estados alcanzan a ver, única e igual, a la raza humana. La casualidad geográfica, parecen decir, no debe gobernarnos: hagamos de la morada humana un hogar para todos; pero, entretanto que llega el día, defendamos el derecho inmediato, que es, por lo menos, la restauración de una parte modesta en el derecho universal que soñamos.

Sea otro ejemplo de aplicación más amplia. Contra el nacionalismo de los actuales agresores, no hay más defensa que robustecer el propio nacionalismo —llámeselo antinacionalismo en buena hora— aun para aquellos cuya filosofía ha superado ya este término. Y tanto es así que, después de la guerra, las Naciones Unidas tendrán que vivir en guardia militar, si de veras quieren prevenirse contra nuevas sorpresas. Lo que, dicho en otros términos, significará una "nacificación" más o menos intensa de los propios enemigos del Eje. Como en la superstición de los salvajes, el vencedor absorberá las condiciones del vencido para incorporarlas en su acervo, y entonces apreciaremos mejor lo que valían las libertades relativa y pasajeramente conquistadas por el denostado siglo XIX. Creemos que el alivio vendrá algo más tarde.

El conflicto, en su última trascendencia, puede describirse en las conclusiones pacifistas de Kant: el ideal es la paz, es el desarme; pero, mientras uno solo esté armado, los otros no se pueden desarmar. Y así será mientras no se produzca una transformación total del régimen, mucho más profunda que aquel Estado universal, aquella ecumene en que vivió la Edad Media antes de repartirse en naciones, o antes de que sus parroquias —lejanas herederas del sentimiento tribal— se hincharan hasta asumir los contornos de las naciones modernas.

Pues, en efecto, como hemos dicho, las figuras nacionales que hoy vemos son cosa relativamente cercana. En la

ecumene medieval, los reinos eran fracciones subsidiarias del inmenso orbe cristiano. Y ya da mucho en qué pensar, sobre el carácter contingente de los Estados, el hecho de que un reino como el de Lotario, en el siglo IX, no corresponda a ninguna de las actuales fronteras europeas; o el hecho de que, en la Edad Moderna, el Estado español, que no debe confundirse con el pueblo español, ni siquiera cuente dos siglos y medio, pues que antes de Felipe V es un amasijo de tierras divididas por la geografía, las rivalidades y los recelos, donde mal se juntan peninsulares y extrapeninsulares, hispanos, flamencos, holandeses, zelandeses, sicilianos, napolitanos, milaneses y gente del Franco Condado. Y nótese todavía que el concepto actual de la unidad hispana sólo adquiere plena fisonomía cuando, con la "guerra de independencia", el monarca cae de un lado y se somete a los invasores, y el pueblo, abandonado a sí mismo, se levanta por otro lado y rescata, en acción común que por pirmera vez acontece, la autonomía española. Pero ¿a qué multiplicar los casos, cuando tenemos tan cerca el de las repúblicas americanas, nacidas ha poco por desvinculación entre las antiguas colonias y las metrópolis europeas, y todavía desprendidas unas de otras dentro de la zona especial de Hispanoamérica?

Europa, como hoy la entendemos, data, *grosso modo,* de Richelieu, en cuyas manos maduran las dos grandes energías que venían quebrando el cuerpo de la cristiandad. Richelieu en cierto modo edifica a Francia con los elementos mismos del futuro conflicto, poniendo a contribución, por una parte, la lucha entre la original cultura católica y el nuevo brote del protestantismo —el eterno choque de Epimeteo y Prometeo—, y poniendo a contribución, por otra parte, la religión del patriotismo, el culto sumo de la nación, el sacrificio de la unidad en aras de la localidad. Las lejanas consecuencias se llaman Bismarck, la guerra de 1914 y lo de ahora.

Tras este excurso sobre la idea nacional, se entiende mejor que, al referir la historia a la geografía como especies no nacionales, se hace tabla rasa de las consideraciones prácticas del momento, al menos provisionalmente. Y nos colocamos en un ambiente utópico, donde hubiera sobrevenido ya una revolución total, que dejara inútiles muchas virtudes

todavía vigentes, defensas inevitables contra los residuos del canibalismo, al modo que la institución jurídica dejó inútil la ordalía o "justicia de Dios", y la ley abolió la práctica de la venganza privada. Una cosa es procurar entender la historia en teoría; otra aconsejar una conducta política, la cual, irremediablemente, ha de guiarse por el criterio de la oportunidad saludable. Sólo una humanidad justa puede caber en la teoría.

2

Proceden las sociedades humanas por la acción simultánea de un cuadro de normas o ideales y un cuadro físico, el cual se desdobla a su vez en tiempo y en espacio. Estos tres elementos, ideal, tiempo y espacio, reobran entre sí determinando las evoluciones sociales. El ideal puede llamarse, en el sentido más lato y etimológico, religión, liga espiritual del grupo. El temporal es cronología. El espacial es geografía. De la lucha y concordia entre ellos —el amor y el odio de Empédocles— resultan, primero, las aspiraciones, y luego, las instituciones.

Hay un instante en que el grupo humano emerge de la penumbra y se convierte en una civilización. La frontera es indecisa por esencia, e imprecisa por falta de documentos. Las instituciones, por ejemplo, bien pueden ser anteriores al hombre, pues éste no puede coexistir socialmente sin las instituciones. Así, el paso del infrahombre al hombre, aunque indocumentado, es el fenómeno más importante y fundamental de la historia humana. Así, la sociedad primitiva posee instituciones (superstición, tabú, etc.), mucho antes de constituirse en una civilización verdadera.

Aplicando a las vicisitudes humanas la analogía natural de la alternativa entre el reposo y el esfuerzo, entre el cansancio y el rejuvenecimiento, el vago límite entre la prehistoria y la historia propiamente tal es como el paso del estatismo al dinamismo. La historia aparece a modo de aceleración en la cuesta arriba que conduce al hombre hacia sus destinos actuales. Naturalmente que en esta marcha puede haber divagaciones y desvíos, y hasta detenciones esporádi-

cas, como entre los esquimales, nómadas y osmanlíes. Otros, sin meterse en honduras, preferirán atenerse al criterio empírico: la historia —dirán— comienza con los primeros documentos destinados a perpetuar la memoria de los hechos sociales.

Podemos imaginar, con la relativa aproximación que la ciencia autoriza: *1)* que el infrahombre evoluciona hacia el hombre en una época que bien puede datar de hace un millón de años; *2)* que durante unos 300,000 años se produce el sueño o fatiga de las sociedades primitivas; *3)* que hacia una época que podemos fijar en unos 6,000 años a. c. los grupos primitivos emergen hacia las civilizaciones.

Las civilizaciones, y aun las sociedades primitivas que las preceden, no pueden ser explicadas aisladamente, sino en sus campos históricos inteligibles, que son una integración de religión, cronología y geografía. Los distintos grupos pueden darse aislados en el espacio y sucesivos en el tiempo; pero pueden también coexistir hasta cierto punto y desarrollar entre sí conexiones de radiación y atracción. La posible desconexión va borrándose a medida que se adelanta en la historia. Hoy por hoy, ella es imposible. Pero, desde que la historia puede registrarse, es vano querer trazar la vida de un pueblo, de una nación o de un Estado, sin referirla a su campo histórico cabal. Estos campos históricos definen distintos tipos de sociedades, cuya suma es la humanidad. La continuidad de la historia no implica una sucesión lineal de estas sociedades, ni tampoco un movimiento uniforme en sus desarrollos particulares.

Para esclarecer el concepto del campo histórico y la necesidad de referir a éste la historia de un pueblo, tomemos el ejemplo más cercano. ¿Qué sentido puede tener la historia de México si ignoramos sus relaciones con la civilización en que va injerta? Al aislamiento de los pueblos precortesianos, penumbra de nuestra historia, suceden el descubrimiento de América y la colonización hispana. El descubrimiento nos lleva a las navegaciones europeas por el Occidente africano, a la caída de Constantinopla, a la busca del paso al Oriente por Occidente, a Colón y los Pinzones. La colonización, al establecimiento en las Antillas, a las

primeras excursiones por el litoral mexicano, a Velázquez y a Cortés, a los primeros gobiernos españoles en México, al régimen de Audiencias y de Virreyes y a las relaciones económicas, políticas, culturales y religiosas con la metrópoli, que a su vez tienen relación con el momento cultural europeo; a las rivalidades de las potencias colonizadoras, a la mezcla de razas, al paulatino desprendimiento de un nuevo sentido de autonomía. Después sobreviene la Independencia, incomprensible a su vez sin la consideración de la guerra napoleónica y la difusión del liberalismo francés. El liberalismo francés comenzó obrando en América como reactivo contradictorio —cuando los precursores de las patrias americanas querían ofrecer al monarca hispano un trono libre de la Constitución de Cádiz, donde había aparecido esa entidad nueva que ellos no conocían, "el pueblo español"—, pero acabó obrando como impulso orientador para las nuevas normas de la autonomía nacional. Y la independencia americana es incomprensible también sin la lucha entre la economía hispana de monopolios coloniales y la economía inglesa de los mercados libres. Luego acontecen las luchas en vaivén de tradicionalistas y reformistas, que se inspiran constantemente en experiencias y ejemplos generales y no exclusivamente nacionales. La expropiación de manos muertas, que vino a ser la plataforma de nuestros liberales, arranca de ciertos proyectos de la Corona española y no deja de tener concomitancias cercanas con el problema que, en la Península, quedó como legado de la guerra carlista, y cuya solución intentaron allá con varia fortuna Mendizábal, Espartero y O'Donnell. Aparecen los conflictos con las veleidades imperialistas de varios Estados extranjeros. Se fraguan constituciones de inspiración francesa y norteamericana, etcétera. Inútil continuar: nuestra historia no puede trazarse exclusivamente por dentro, sino sólo en referencia constante al campo histórico que la rodea y la nutre desde afuera. La candorosa afirmación del P. Rivera, que ve en la independencia una continuación lógica y natural del imperio azteca, estorbada por la oscuridad de varios siglos, es una de las mayores sandeces que se han escrito, aunque la haya recogido un día nuestra prensa universitaria, por expresa reco-

mendación de un Presidente de la República. Las naciones no son universos suficientes, como no lo es el sistema solar, y mucho menos uno de sus planetas o uno de los satélites de éstos.

Y si la necesidad de sumergir la historia nacional en su campo histórico, para hacerla comprensible, es evidente en países "laterales" como el nuestro, también lo es respecto a países "centrales" del campo histórico. Así en el caso de Francia, con cuyas vicisitudes se confunden casi las vicisitudes de toda la civilización occidental. Así en el caso de la Gran Bretaña, cuya insularidad, geográfica y aun política —que también ésta es notoria en la época de su mayor apogeo imperial—, no la salva de la ley común. Las sucesivas etapas históricas de la Gran Bretaña pueden trazarse por accesos escalonados al campo histórico exterior: a la religión occidental, al feudalismo escandinavo y francés, al humanismo italiano, a la Reforma de la Europa noroccidental, a la expansión marítima que fue consecuencia de la "balanza del poder" y las guerras continentales. Finalmente, encontramos en la Gran Bretaña la génesis del parlamentarismo y del industrialismo, a modo de efectos diferenciados de causas que eran comunes a toda Europa, o a modo de fenómenos sólo comprensibles en la Gran Bretaña por el hecho mismo de que este Estado se encontraba frente a Europa.

Las naciones se diferencian precisamente por su diferente reacción ante provocaciones supernacionales. Estas provocaciones generales dependen del campo histórico, en que cada nación o cada grupo es un caso particular. Y así, el campo histórico permite establecer tipos diferentes en las sociedades, sean sociedades no civilizadas —de que la ciencia ha podido catalogar, por vestigio o perduración, hasta unas 650—, sean verdaderas civilizaciones, de que Toynbee cree poder definir hasta veintiún tipos. Pues lo característico de la civilización es la tendencia al ensanche, a la nivelación entre las particularidades. Y, en principio, con el desarrollo de las culturas el campo histórico tiende a bañar toda la tierra. Se ha dicho que las dos especies, civilizaciones y sociedades primitivas, guardan entre sí la proporción del elefante al conejo. La muerte del primer tipo es, digamos, bio-

lógica o por proceso propio. La del segundo, casi siempre es violenta y determinada por su encuentro con una civilización que llega de fuera.

Volvamos a los tres factores de la evolución social: cronología, geografía y religión. Conforme a la cronología, la clasificación de las sociedades es obvia y apenas vale la pena de recordar que el criterio es relativo: 1º Porque puede darse la coexistencia, parcial o total, de tipos diversos en una misma época. En los orígenes de la historia, el Mediterráneo y el lejano Oriente evolucionaban por cuenta aparte. Y aun dentro de un mismo país, hay capas sociales que parecen vivir en distinta época, desde la primitiva a la más adelantada, de modo que para tal país sería poco decir, como de la bíblica Rebeca, "dos naciones hay en tu seno". 2º Porque puede darse la desaparición de un tipo que no deja, prácticamente, sucesión alguna. Tal es, para algunos respectos, el caso de la arcaica y misteriosa civilización de Yucatán. 3º Porque puede darse la repetición de modalidades análogas a varios siglos de distancia y entre pueblos no directamente relacionados, pero que parecen ceder a ritmos y pulsos semejantes de la naturaleza, sin que esto quiera decir que "la historia se repita" en el sentido íntegro de la restitución o recurrencia. Cualquier hombre de negocios sabe fundar las probabilidades de su éxito en una estadística, reconociendo así la analogía y repetición de hechos particulares, sin que por eso niegue la fluidez cambiante de la vida. Así, desde 1914, ha sido una moda el comparar nuestra época con el fin del mundo antiguo bajo las invasiones nórdicas, o con la caída de Constantinopla que determinó un desvío en la marcha y puso fin a la Edad Media. Y ya de unos años antes, Rubén Darío había escrito su soneto profético: "Los bárbaros, Francia; los bárbaros, cara Lutecia."

Conforme a la religión, pueden establecerse unos cuantos tipos de civilizaciones: 1º Las absolutamente aisladas o no relacionadas con otra anterior o posterior, como la egipcia y la andina, o que así nos parecen al menos según lo averiguado hasta ahora, aunque no faltan exploraciones aventuradas que pretenden reducir a un solo orbe cultural la región que va desde la India hasta Egipto en una época anterior a

la historia, fundándose acaso en el resbaladizo testimonio de las meras semejanzas específicas del fenómeno humano, puesto que a tanto acercar el microscopio se acaba por no ver la figura auténtica de las cosas y se la disuelve en gránulos iguales. 2º Las civilizaciones relativamente aisladas, de que no puede establecerse ascendencia aunque se rastrea la descendencia, como la sínica, la minoana, la sumeria, la maya. 3º Las sociedades afiliadas en grado máximo a las maternas de que proceden: babilónica, yucateca, mexicana. 4º Las sociedades filiales en grado mínimo o que no resultan directamente de la religión de la sociedad materna, sino del movimiento emigratorio que produjo la caída de ésta: hetita, siriaca, la índica, si al cabo resulta brotada de la sumeria, pues de lo contrario, sube al grupo anterior; la helénica, en caso de que los antiguos misterios y el orfismo sean rudimentos de una iglesia universal que la sociedad minoana apenas esbozó en el seno de su proletariado interno, pues si los misterios y el orfismo fueren desprendimientos de una religión orgánica instituida en la sociedad minoana, entonces la helénica pasaría al grupo siguiente. 5º Las filiales que penden de la sociedad materna por una iglesia de germen extranjero incubada en su proletariado: occidental, cristiano-ortodoxas bizantina y rusa, extremo-orientales, continental y coreano-japonesa. 6º Las filiales que penden de la materna por una iglesia de germen indígena incubada en su proletariado: iránica, arábiga, hindú.

Con estos dos últimos tipos se relacionan las nociones de proletariado interno y externo respectivamente, entendiendo por proletariado, a la antigua, el grupo supernumerario que sólo hace prole, la masa humana dominada, que abulta la sociedad sin participar en sus normas activas. Por ejemplo: en la declinación helénica o grecorromana, como se prefiera llamarla, los cristianos representan un proletariado interno y los bárbaros un proletariado externo, y los gérmenes de la futura revolución son de origen extranjero; aunque el factor determinante de la nueva civilización ha de buscarse en la nueva configuración espiritual, en la Iglesia y no en los bárbaros entendidos como carne humana. Está ya mandada retirar la ilusión racista de la "nueva sangre", entendida como

fertilización de un cuerpo moribundo. Entre la agonía de la Antigüedad y el surgimiento de la civilización de Occidente hay un interregno cubierto por la Iglesia. De los Estados subsidiarios que crearon los bárbaros transitoriamente, sólo persisten la Austrasia, base del imperio de Carlomagno, gracias precisamente a la unidad que le dio la Iglesia, y Wessex, en que se resumió la heptarquía británica, por causa de sus afortunadas reacciones contra la barbarie escandinava.

La clasificación de civilizaciones conforme a la geografía nos da aproximadamente tres tipos: 1º Civilización cuya morada se fundó en suelo virgen: egipcia, andina, sumeria, minoana, sínica, índica, maya, ortodoxa rusa, coreano-japonesa. 2º Civilización cuyo hogar coincide con el de la civilización materna o queda comprendido en éste: babilónica, hindú, cuerpos principales de la oriental y la ortodoxa, arábiga, yucateca. 3º Hogar que coincide en parte con el de la civilización materna, pero lo desborda: helénica, siríaca, hetita, iránica, occidental, mexicana.

Esto, en cuanto al pasado. En la época posterior, es fácil distinguir cinco orbes: 1º El occidental, a que pertenececemos. 2º El cristiano-ortodoxo o bizantino, en la Europa sudoriental y en Rusia. 3º El islámico, en la árida zona que va del Norte africano al Oriente medio y desde el Atlántico hasta la Muralla china. 4º El hindú, en la región subtropical de la India, al sureste de la zona árida. 5º El extremo-oriental en la región subtropical y templada que va de la zona árida al Pacífico. Junto a estos centros vitales, aparecen dos grupos más o menos fósiles, abandonados por las civilizaciones siríaca e índica: 1º Los cristianos monofisitas de Armenia, Mesopotamia, Egipto, Abisinia, los nestorianos del Kurdistán y Malabar, los judíos y los parsis. 2º Los budistas lamianos del Tibet y la Mongolia, los budistas hinayanos de Ceilán, Burma y Siam, los jainianos de la India. Este cuadro se mantiene más o menos desde la emergencia definitiva de la civilización occidental, en el siglo VIII. Y en nuestros días, se revuelve con las guerras y las invasiones y con la aparición del comunismo, o como se llame a la nueva religión.

La esperanza en la final unificación, expresada ya en una epístola de Pablo a los romanos, quimérica según algunos y

hasta transitoria como ideal, se alimenta en los acercamientos económicos, técnicos y políticos hasta hoy logrados por la expansión occidental, que por lo demás aún no alcanza a penetrar en la diversidad profunda de las culturas, en lo íntimo de las concepciones de la vida. Ni siquiera sabemos si la fórmula occidental será la que domine mañana. Creer otra cosa es aceptar como definitivo un error egocéntrico de corto alcance; es seguir perpetuando aquellas absurdas concepciones imperiales a cuyos ojos cuanto desborda de nuestro cuadro no es humanidad propiamente dicha, sino una vegetación o una fauna de "nativos" destinados al sacrificio; es considerar el enorme hervidero de Oriente como trozo muerto e inmutable del planeta, lo que hoy por hoy supone una miopía incalificable. Desde el punto de vista de cada una de las cinco grandes civilizaciones existentes o las dos fósiles, puede caerse en igual error, y a veces con mayor justificación que los occidentales. ¡Pues no se diga lo que pensaría un egipcio de la época de las Grandes Pirámides!

En este cuadro sumarísimo y que sólo considera los rasgos más generales, podemos encontrar una gama que va desde la absoluta independencia, sin antecedente conocido ni verdadera posteridad (tipos egipcio y andino), hasta la dependencia y derivación casi confusa (tipos sumerio-babilónicos). El primer estado corresponde a la infancia, y el último a la madurez de las civilizaciones, único ya posible en el mundo. Las derivaciones acontecen por revolución de las mayorías dominadas contra las minorías dominantes y recuerdan los modos de proliferación de la célula biológica En el fondo o seno de que cada nueva civilización se desprende pueden siempre encontrarse alguna o algunas de estas tres características anteriores, o las tres juntas: un Estado universal, una Iglesia universal y una agitación emigratoria. Cuando declina el mundo helénico-romano —el Imperio Romano—, la Iglesia católica y las famosas emigraciones producen el desprendimiento del mundo occidental. A veces, en lugar de la Iglesia universal más o menos orgánica y ya ensamblada con el Estado universal, las emigraciones traen consigo una nueva religión de bárbaros.

Pero ¿cómo aconteció la génesis de las civilizaciones de

origen independiente, egipcia, andina, sumeria, minoana, sínica, maya, acaso la índica si al fin resulta que no procede de la sumeria? Por la aceleración que determina el paso de la prehistoria a la historia, ayudada por la división del trabajo que establece un núcleo dominante y una masa dominada, y por la propagación de usos engendrada mediante la imitación o mimesis. De un modo general, la mimesis, que entre los primitivos tendía a ser epimeteica o hacia la preservación de los hábitos, emociones, ideas y aptitudes heredadas de los abuelos, entre los civilizados tiende a ser prometeica, o volcada hacia el provenir a procura de nuevas adquisiciones. Estas diferenciaciones se organizan en torno a un grupo aristocrático, que no puede científicamente referirse al concepto de raza, sino al de cultura, y que opera sobre el medio geográfico, aprovechándolo y combatiéndolo. La misma diferenciación de los tipos étnicos fue entendida por los griegos, desde los Libros Hipocráticos, como una modelación del medio que diversifica la masa común de la humanidad en aspectos puramente superficiales. Esta idea, en sustancia democrática, propalada por los antiguos sofistas, tiende a corregir las limitaciones del instinto nacionalista que dividía a los hombres en helenos y bárbaros; halla su expresión histórica en la política de Alejandro, quien concibe ya a la humanidad como un imperio de todos los pueblos unidos con privilegios iguales, y halla su expresión filosófica más nítida en los estoicos, quienes reconocen la dignidad natural idéntica para todos los hombres, desde el emperador Marco Aurelio hasta el esclavo Epicteto.

3

Una civilización puede o no estar plantada junto a otras con las cuales se relaciona o no por radiaciones y atracciones; pero necesariamente está plantada dentro de una geografía. Entre el hombre y la tierra se produce un cambio, cuyo mecanismo se reduce a una invitación natural y a una respuesta humana. La invitación puede asumir la forma de una ayuda, o bien de un desafío, de un obstáculo por vencer. Y esto nos conduce a la geografía como recurso interpretativo de la historia. A este punto queríamos llegar. La relación de la geo-

grafía con la historia es tanto más íntima, cuanto la geografía es una realidad menos mudable que las fugitivas formas del tiempo y las transitorias modalidades de la religión.

Pero no se entienda por eso que la geografía es una constante absoluta, junto a las variantes del tiempo y de la religión. No lo es siquiera en el sentido físico, puesto que la geología acusa transformaciones que sirven para explicar las emigraciones de los pueblos: por la faja de Bering, hoy desaparecida, llegan tal vez a América los hombres oceánicos; por puentes del Mediterráneo, hoy hundidos como en el legendario cataclismo de la Atlántida, bajan de Europa, en la época de los hielos, los precursores del hombre, para refugiarse en el Sahara, entonces fértil e irrigado. Queda noticia de que la estepa afrasiana estaba irrigada hace algunos millones de años por una corriente comparable al Indo, cuya paulatina desecación corresponde a la del Sahara y es el fenómeno general que sucedió a la era de los hielos, corriente que todavía escurría muy menguada en el siglo XIV de nuestra era, acaso bajo el nombre de arroyo Mihrán. Este factor geográfico, después desaparecido, influyó sin duda en los orígenes de la cultura del Nilo, incluyendo el Beluchistán, Sind y el Punjab inferior. Y Rousseau ha aventurado la curiosa hipótesis de que el lenguaje se hizo común, es decir, se hizo lenguaje, entre los habitantes de las islas, islas terrestres o marítimas, que quedaban "aislados" por las conmociones de la corteza terrestre, todavía inmatura, y se veían obligados a una mayor frecuentación.

Mucho menos podría la geografía entenderse como una constante en el sentido ya propiamente histórico, pues la tierra no se ofreció desde el principio a la obra de la historia con la fisonomía total que hoy nos presenta, prácticamente habitable o comunicable toda ella. Más aún: las regiones ya conocidas asumen una valoración humana variable a lo largo de la historia, según el distinto interés que se les aplica y según la transformación que el hombre, por su parte, ejecuta sobre su morada. El hombre, en efecto, trabaja como el castor, poniendo a provecho la materia terrestre que lo rodea, y su hazaña histórica bien podría describirse como un esfuerzo para la nivelación del planeta, encaminado a reducir las

anfractuosidades del suelo —carreteras, terraplenes, puentes, túneles, pavimentos, canales— o a reducir las tardanzas de la comunicación con diversos vehículos —animales, carros, navíos, ferrocarriles, autos, aviones— o con distintos instrumentos —señales de fuego o de torres, bocinas, tambores, telégrafo, teléfono, radio, televisión—. El hombre, puede decirse, redondea y achica la bola de billar del planeta.

Antes de entrar en algunas consideraciones sobre la historia concreta de este proceso, contemplemos en su conjunto lo que ha sido la domesticación de nuestra morada.

El trance más obvio de este proceso es el descubrimiento. Tierra no conocida es tierra inexistente, de valor nulo para el hombre. ¿Qué importancia podía tener América, en los saldos definitivos de la historia, antes de ser descubierta? ¿Qué importancia las insospechadas regiones polares? El presentimiento de América, antes poético que geográfico, se reduce a aquel vago misticismo crepuscular que, desde los días de las leyendas egipcias, hacía meditar a los hombres —con raro anhelo— en lo que habría por aquella parte de occidente donde a diario se pone el sol. Trátase todavía de una especie de gravitación imaginativa, en contracorriente con el movimiento de la rotación planetaria. Tal presentimiento sólo adquiere peso histórico cuando la Era de los Descubrimientos va acumulando noticias erráticas y trasnochadas de viajeros y náufragos, cuando la luz del Renacimiento se proyecta sobre las tradiciones de la cultura clásica y resucitando por una parte el sueño de las Atlántidas y las Tules, junta por otra las especies y atisbos sobre la redondez de la tierra y las arriesgadas premociones sobre la posibilidad de un viaje al Oriente por el occidente, que datan al menos de aquel magnífico Posidonio de Siria, maestro de Cicerón y de Pompeyo.

Y esto nos conduce al segundo trance del proceso, que es la tierra mal conocida. Aquí la imaginación acumula mitos y fábulas, cíclopes y lotófagos, hombres de hielo u hombres de carbón, según que se adelante hacia las regiones frías o hacia las cálidas, regiones extremas ambas en que sólo se suponía que habitaban monstruos. Y a tal punto defiende sus fueros la imaginación, que el pobre masaliota o marsellés Pytheas

—aunque bien conocido como viajero, astrónomo y matemático— pasó para la Antigüedad por un embustero, abuelo del célebre 'Tartarín de Tarascón', sólo porque se atrevió a decir, de vuelta de su viaje a la famosa "última Tule", allá por los mares escandinavos, que en el Norte los hombres eran como todos, y las costumbres o los rasgos terrestres no tenían nada de maravilloso o temeroso. Todavía las viejas cartografías pintan endriagos y dragones en las regiones no visitadas, y llaman "Mares tenebrosos" a los mares no frecuentados.

Cuando, con los viajes de Alejandro, se ponga de moda la literatura geográfica, aparecerán los relatos de tierras imaginarias, que tanto cuentan en los orígenes de la novela y que preparan el advenimiento de las Utopías; libros que, bajo la apariencia de amenidad, envuelven una intención de exégesis antropológica o mitológica y hasta una vaga propaganda política. Así Evemero pretende descubrir las tumbas de los dioses y, siglos más tarde, el mercader Yámbulo nos pinta alguna Ceilán de fantasía.

Además del descubrimiento propiamente tal, es otro paso en la captación del suelo el mero incremento de relaciones entre pueblos que están en el foco y pueblos que están en la penumbra. Junto a las dos fases antes consideradas —la porción de tierra que aún no existe para el hombre y la que apenas existe en especie de atisbo—, esta nueva fase viene a ser la porción de tierra cuya existencia casi se reduce a una referencia verbal, pero que carece aún de verdadera valuación humana para los pueblos de determinada cultura. Tal fue, por ejemplo, la remota región "Sinae" o China para los pueblos de la antigüedad clásica, mientras éstos no se relacionaron con ella.

El relato de este paulatino contacto bien podría trazarse, simbólicamente, con un hilo de seda que se desenvuelve de oriente hacia occidente. La conquista de la seda bajo el reino de Justiniano representa el término de las sucesivas etapas que el Imperio grecorromano recorre en su captación del lejano Oriente. Hasta entonces, los gusanos de las moreras no habían salido de China. Los del pino, el roble y el fresno abundaban en los bosques de Asia y Europa, pero su cultivo era más difícil e incierto, y en general fue abando-

nado, con excepción de la pequeña industria de Ceos, junto a la costa ática. Esta pequeña industria, inventada según se dice por una mujer, daba un producto frágil, una especie de gasa destinada exclusivamente al uso femenino, y muy apreciada aunque de disfrute harto limitado. No es seguro que los medas y los asirios usaran la verdadera seda entre sus vistosos atavíos, aunque tampoco es imposible. La primera alusión clara a la seda china apenas aparece en Virgilio, quien cree que es producto de los árboles, y todavía Pausanias describe el gusano de modo extravagante. Los graves censores del tiempo de Tiberio rechazan este lujo excesivo, y Plinio, con cierta afectación, abomina de una transparencia que considera funesta para la castidad de las costumbres. Varrón y otros habían hablado ya de "la toga vítrea" que descubre los nebulosos contornos. Ya las mujeres fenicias habían dado en aflojar y enrarecer los apretados tejidos chinos, cruzándolos con hebras de lino para obtener mayor rendimiento. La orientalización del Imperio y el gusto de las costumbres muelles de que es ejemplo Heliogábalo, extendieron el uso de la seda a los atavíos masculinos. Bajo Aureliano, una libra de seda se vendía en Roma por doce onzas de oro. El precio descendió con el alza de la demanda, salvo alteraciones accidentales o monopolios. Pronto las manufacturas de Tiro y Berito ofrecían la tela a un precio nueve o diez veces menor. Hubo que dictar leyes para evitar que los senadores se vistiesen con los trajes pintorescos de los actores teatrales. Y la seda teñida en púrpura vino a ser el privilegio exclusivo del emperador romano y de los sátrapas de Armenia, considerándose toda contravención de este uso por parte de los ciudadanos ambiciosos como un delito de traición. La seda, que abulta poco, era transportada a través de Asia, desde el océano chino hasta la costa siria, en caravanas cuyo viaje duraba doscientos cuarenta y tres días. Los mercaderes persas la vendían a los romanos que traficaban por Armenia y Nísibis. El comercio, siempre estorbado por la avaricia y los afanes de lucro, se interrumpía en las épocas de guerra entre las monarquías subsidiarias que heredaron los fragmentos del mundo alejandrino. Aunque Sogdiana y la misma Sérica o región de la seda se consideraban teóricamente entre los dominios

del Gran Rey persa, de hecho la frontera acababa en el Oxo, y toda posibilidad de comercio con la otra banda del río dependía del capricho de sus conquistadores, hunos y turcos, aunque todavía Samarcanda y Bocara lograban mantener algunos tratos con China. En China —donde la industria sericícola se tenía por oficio de reinas— los mercaderes eran recibidos como una embajada de suplicantes. No siempre lograban volver sanos y salvos, por entre zonas desérticas, emboscadas de hordas rapaces o expropiaciones tiránicas. Algunas caravanas se escondían por caminos desviados a través del Tibet, el Ganges o el Indo y esperaban en Guzerat o Malabar las flotas anuales del Occidente. Si los chinos hubieran tenido el genio marítimo de los fenicios o los helenos, hubieran podido desarrollar por sí mismos el tráfico hacia el sur, creando nuevas vías regulares, y es casi seguro que comerciaban entre Ceilán y el Golfo Pérsico. De todas suertes, el persa se interponía en el camino y cobraba el peaje al Imperio. Justiniano no quiso o no pudo remediarlo intensificando la vía de Egipto y del Mar Rojo. Pretendió valerse de los etíopes cristianizados de Abisinia, que penetraban hasta el ecuador en busca de aromas, oro y esmeraldas, pero éstos declinaron el peligroso honor de competir con el persa. Finalmente, una casualidad vino a resolver el conflicto. El cristianismo se había extendido hasta Ceilán y la costa de la pimienta en Malabar. Dos monjes persas visitaron China, y acaso residieron en la capital de Nankín. Comprendiendo que era imposible transportar el efímero gusano vivo a tanta distancia, pensaron que podía hacerse abundante provisión de huevos, y de regreso a Constantinopla, sometieron el proyecto a Justiniano, a quien consideraban —mucho más que al rey persa— como su amo natural, por ser jefe de su religión. La empresa tuvo éxito.

Por un hurto semejante al que en nuestro tiempo privaría al Brasil de los beneficios exclusivos del caucho, los huevos del bómbice, escondidos en cañas y tratados convenientemente para evitar el enfriamiento, llegaron hasta las tierras del Imperio, donde se hicieron plantíos de morera que permitieron a Constantinopla rivalizar con China. Gibbon, de quien he tomado estos datos, lamenta que los monjes per-

sas no hubieran pensado también en trasplantar al Occidente las artes de la imprenta, que ya florecían en China.

Esta divagación sobre la economía suntuaria no tenía por único fin el sacudir la monotonía de las explicaciones abstractas, sino además el presentar un ejemplo de las vicisitudes, ya pacíficas o azarosas, que recorren los procesos de captación geográfica. La extensión de contactos puede, en efecto, ser más o menos pacífica —lo fue en buena parte entre helenos y fenicios, que de éstos heredaron los helenos muchos conocimientos sin pagar tributos de vasallaje—, ora proceda por contacto abierto, ora por maniobra disimulada como en la historia de la seda. Pueden tales contactos tomar el franco camino de las conquistas militares, como en los ensanches que las campañas de Alejandro procuraron al mundo antiguo. Aunque la verdadera intrusión helenística en la India no puede decirse que comience con la brillante expedición de Alejandro, parada militar que no dejó establecimientos de cultura, si bien les señaló una senda. La verdadera intrusión helenística en la India sólo comienza con Demetrio el Griego, rey de Bactriana, uno de los Estados sucesores del antiguo Imperio Aqueménida, fundado en las cuencas del Oxo y el Yajartes. Demetrio cruzó el Indo-Kush y anexó a su reino algunos territorios de la India hacia principios del siglo II a. C. No multipliquemos los ejemplos.

La tierra está aquí, en su integridad, pero los distintos aprovechamientos humanos convierten la constante geográfica en una variante sujeta a las mismas transformaciones de la historia. Más claramente podemos apreciarlo en la última fase que deseamos recordar: aquélla en que la domesticación de la geografía procede por una inmediata transformación de la industria humana, transformación cuyos efectos pueden ser ventajosos para unos y desventajosos, al menos de momento, para otros. La apertura del Canal de Suez es una aplicación del mismo principio de economía que, en el afán de sortear al turco, redundó inesperadamente en el descubrimiento de América. Se trata, en ambos casos, de prescindir de intermediarios, lanzándose a campo traviesa. En el caso del Canal se llega, además, a rectificar la forma de la tierra. Las ventajas que obtuvo en Suez el Imperio Británico no lo

eran seguramente para los que vivían de explotar el camino de rodeo. El Canal de Panamá, iniciado por Francia y rematado por los Estados Unidos, produjo de pronto la decadencia del emporio meridional de Valparaíso, dejando inútiles sus famosos almacenes de mercancías. Las transformaciones industriales pueden asumir magnitudes continentales, o meras magnitudes urbanas, como cuando el arquitecto Agache dinamitó el histórico Morro, origen de Río de Janeiro, para dar al barrio central, en torno a la Avenida Río Branco, la ventilación de brisas de que ahora disfruta. Hay, entre otros muchos que sin duda acuden a la mente de todos, verdaderos tipos de transformación política, como cuando un Estado cede algún territorio, y no sólo por la violencia. Chile tenía suficiente fuerza militar cuando, en noble evitación de una guerra, cedió a la Argentina sus pretensiones sobre las puertas del Atlántico meridional, que luego vinieron a resultar ricas regiones petroleras. Y como hay estos casos de enriquecimiento, entre natural e industrioso, puede haberlos de empobrecimiento, como cuando se agotan terrenos fosfatados o filones de minas, todo lo cual resulta en traslado de poblaciones rurales y abandono de anteriores establecimientos a la obra borrosa de la selva.

4

Descritos algunos mecanismos generales de la relación entre la historia y la geografía, todavía se nos ofrece una discusión entre la que llamaremos "teoría paradisíaca" y la que llamaremos con Toynbee "teoría del desafío y la respuesta". Hemos mencionado el punto de pasada. Insiste la teoría paradisíaca en que las civilizaciones son fruto de zonas geográficamente privilegiadas, lo que es innegable, pero merece aclaraciones y distingos. Insiste la teoría del desafío y la respuesta en que el obstáculo geográfico es el verdadero incentivo de las civilizaciones. Creemos que la verdad está bien repartida entre ambas teorías, pero que, por sobre el ambiente propicio u hostil, lo determinante es el esfuerzo histórico; y de una vez lo ejemplificamos con el caso harto conocido del Brasil. Todo lo dio allá la naturaleza, exageran algunos. Sí, podemos objetarles, pero a condición de que el hombre

apronte, a su vez, su esfuerzo constante para domesticarla y urbanizarla, pues de lo contrario la misma feracidad natural devora al hombre. Cada vez que paseemos una de las majestuosas avenidas de la ciudad carioca, recordemos el esfuerzo humano enterrado que la protege y la sustenta incesantemente.

Desde que Heródoto dijo: "El Egipto es un don del Nilo" hay riesgo de figurarse que la geografía trae por sí sola hasta la mesa del hombre el banquete de la cultura. Hasta el siglo pasado, y aun ahora mismo, no han faltado candorosos que interpreten groseramente esta dulce solicitud del medio, factor eminente de la célebre tríada interpretativa dc Taine e inspiración más o menos expresa de muchos autorizados exégetas. Corrijamos el entusiasmo paradisíaco. El solo hecho de que las grandes civilizaciones hayan nacido al arrimo de las regiones irrigadas —la Mesopotamia, el Nilo—, una vez que, al retirarse los hielos europeos, se retiraron también las lluvias que hacían habitables los desiertos africanos, confirma sin duda la conveniencia de una base geográfica propicia. Pero también da en qué pensar el caso de los antiguos mexicanos quienes, establecidos en una región impropicia y pantanosa, que hubo que cegar y terraplenar pacientemente, adquirieron en el desafío y la respuesta aquella musculatura imperial que les permitió someter a vasallaje y tributo a los pueblos vecinos. Algunas autoridades modernas procuran destacar lo que hubo de lucha y esfuerzo en la conquista del Nilo por los egipcios, y ven en este ejercicio por domeñar un ambiente de tremenda y amenazadora feracidad, y —hasta donde lo han esclarecido algunos vetustos testimonios— muy distinto en sus antiguas características del que ya conoce la historia, el incentivo y la tónica que permitió a los egipcios crear una gran civilización. Si bastara la geografía propicia, el valle del Jordán, que reproduce en miniatura las condiciones de Mesopotamia y Egipto, hubiera desarrollado también una gran civilización fluvial independiente. Y como este ejemplo pudiera citarse una docena, de que tenemos uno cerca en los valles del Colorado y del Río Grande. Paradisíaco es el Amazonas, que no dio una civilización; tampoco la dio el Río de la Plata. En cambio, no es paradisíaca la alta meseta

que produjo la civilización andina. De inverso modo, con esta meseta son comparables las alturas del África Oriental, donde los pueblos se han conservado en el mismo bajo nivel que los bosques tropicales del Congo, la zona paradisíaca correspondiente.

Pero, por otra parte, si la hostilidad del medio geográfico es realmente intensa, hay el riesgo de que la historia misma tienda al estatismo morboso. Tal acontece en la estepa de la Arabia septentrional, donde la adaptación humana se desenvuelve en límites tan estrechos, que la disciplina de subsistencia obliga a la rigidez de los hábitos, y los viajeros creen recorrer allí las primeras poblaciones descritas en el Libro del *Génesis*. Notable es también la persistencia de las formas arcaicas entre los pastores suizos y los antiguos constructores de los lagos alpestres, y sin duda por razones análogas.

No: el medio no basta a la explicación. Lo que importa es la respuesta humana, la valorización humana de la geografía; otra vez, el esfuerzo de la cultura, lo que hay de libertad creadora en la historia, aunque, claro está, con apoyo sobre el mismo suelo y no en especie aérea o abstracta. Sin este factor de movilidad humana, todo resulta imprevisto e inexplicable. Así, la radiación de la civilización maya no fue a concentrarse sobre las cercanas mesetas de la América Central, sino que, por un efecto voluntario, vino a fecundizar la distante altiplanicie mexicana. En suma, el tipo fluvial, el de meseta, el de archipiélago, el de Continente, aun el de "jungla", pueden dar o pueden no dar una gran civilización, pues el elemento geográfico, propicio u hostil, sólo es un factor en la cuenta, aunque muy importante. Ni Dios ni el Diablo —ha dicho Toynbee—, sino una conspiración entre ambos, como en Job y en Fausto. No se trata de una entidad, sino de una relación.

5

Si proyectamos la historia sobre el espacio geográfico, nos aparece como un proceso hacia la domesticación o captación creciente de la Tierra. Los campos históricos, que son primero como islotes de civilización rodeados de penumbras, se expanden, crean derivaciones que a veces resultan meros pseu-

dópodos de tanteo, y otras determinan nuevas bases de operación permanente. Y así la mancha cambiante va extendiéndose hasta cubrir todo el planeta.

Si consideramos la vida de un pueblo como un organismo, apreciamos que sus dos problemas fundamentales se reducen a esta captación geográfica: 1º correcta respiración exterior o aseguramiento de fronteras y costas; 2º plena circulación interior o conquista de las comunicaciones internas, que cruce los obstáculos y no deje porciones inertes o vacías. Pues lo que se dice de un pueblo dígase de toda la humanidad o del campo histórico total hacia el cual se encamina la especie.

Este proceso no es más que el proceso hacia la interdependencia económica de todos los pueblos. Se acompaña, subsidiariamente, del proceso hacia la interdependencia política, por encima de las naciones. Tal es el espectáculo que nos da el siglo XX. Antes de abordarlo, examinemos el pasado.

A grandes rasgos, la marcha hacia la unificación del planeta queda descrita así:

I. Ante todo, la Era Mediterránea: 1º Reducto de civilizaciones fluviales y aisladas como la criatura en su cuna: Nilo, Mesopotamia (también, en el Oriente, el Indo y el Ganges, el Río Amarillo). Agricultura, urbanización, irrigación, canalización de territorios. 2º Civilización marítima que derrama los frutos acumulados y crea el gran tráfico comercial: Creta, los fenicios, los griegos. 3º La *homónoia* o primera y efímera unificación intentada por Alejandro, sin duda inspirándose en el ejemplo de los faraones guerreros y de los monarcas persas conquistadores, pero con un ideal definido de gran nivelación humana. 4º La unificación romana, que comienza a remontar por Europa y añade, al tráfico marítimo, la creación de las carreteras, sólo superadas en el siglo XIX. 5º El cambio entre el Imperio y los bárbaros nórdicos, en que comienzan a perfilarse los nuevos Estados europeos, y acontece la división del Imperio de Oriente y el de Occidente. 6º La invasión de los mahometanos desde el sur, no bárbaros como los nórdicos, sino en algunos respectos más adelantados que los europeos, que va dando nueva configuración a las zonas orientales y meridionales del antiguo Imperio. 7º Los musulmanes dominan los

puentes entre el Occidente y el Oriente y atajan el desarrollo del cristianismo romano. Las Cruzadas se esfuerzan por arrebatar, con el Santo Sepulcro, esas vías del comercio, debilitando el poderío musulmán. 8º Al final de la Era Mediterránea, aparición de otra cuenca secundaria y unida a la anterior por los grandes ríos europeos, cuyo tráfico se vuelca sobre Génova y Venecia. Tal es la cuenca hanseática, en los litorales del Báltico y del Mar del Norte.

II. Era de las Rutas Oceánicas, preparada en varios siglos por las exploraciones sobre el litoral del África en occidente. 1º Caída de Constantinopla en poder del turco: la última invasión, nomádica y destructora, intercepta los caminos de la economía entre Europa y la India, caminos ya indispensables a la subsistencia humana. 2º Descubrimiento de la ruta al Oriente por el sur del Cabo de Buena Esperanza, largo camino de rodeo. 3º Intento de abreviarlo llegando al Oriente por el Occidente y descubrimiento de América. 4º Alteración consiguiente de la balanza de poder, en que comienza, contra los países ibéricos en cuyas manos ha quedado el fruto del hallazgo, la rivalidad de los países de la Europa Noroccidental, que dan fruto al Océano y tienen la vía libre hacia América. El nuevo tráfico deja en penumbra las actividades mediterránea y hanseática. 5º El Protestantismo de las nuevas naciones rivales desconoce las reparticiones del Papa, jefe todavía mediterráneo, entre Portugal y España. Holanda e Inglaterra entran a la disputa, a reserva de disputar también entre sí, y Francia va y viene de uno a otro rival. 6º Derrota de la Grande Armada por Inglaterra. Comienza el predominio británico. 7º Entretanto, establecimiento de varios poderes europeos en colonias americanas, más o menos estables.

III. Las rutas terrestres, la penetración en el interior de los países, efectos sobre todo del vapor y el ferrocarril, revolucionan nuevamente la balanza económica, crean nuevos centros al conectar más intensamente a los países ya maduros, y conducen a la madurez económica y a la conciencia de la unidad política a los países en formación, como el Canadá, los Estados Unidos, la India; incorporan a Rusia y a Alemania en la circulación histórica; determinan la rivalidad de los caminos marítimos de la Gran Bretaña con los cami-

nos territoriales de Alemania. La Revolución Industrial, el maquinismo, definen el carácter del siglo XIX.

IV. Albor de las rutas aéreas, cuyo efecto en la interdependencia económica del mundo ha sido momentáneamente desviado y perturbado por las dos grandes guerras.

El cuadro anterior es la historia del esfuerzo por la captación de la morada terrestre. El mundo no es ya un islote de civilización rodeado de penumbras. Los mares y los continentes se han comunicado, las tierras interiores se han hecho accesibles. La sangre puede, en principio, circular ya por todo el cuerpo. El proceso de la interdependencia económica de todos los pueblos está en marcha. La interdependencia política que de ella deriva avanza al lado, entre titubeos, tomando con frecuencia los desviados caminos del vasallaje injusto y la inicua explotación colonial. Nuevos ideales se perfilan, a cuya luz podemos interpretar el espectáculo de nuestra época.

6

Describamos más en detalle el proceso anterior. Seguimos puntualmente a Horrabin (*An Outline of Political Geography*), salvo algunas personales observaciones.

De las siete civilizaciones originales, descartamos la jungla maya y el altiplano andino, que quedaron fuera del camino real de la historia. Tenemos cuatro civilizaciones fluviales: la egipcia en el Nilo, la sumeria hacia Mesopotamia, la índica en el Indo y el Ganges, la sínica en el Río Amarillo; y una civilización insular, la minoana, en Creta. Todas, en su madurez —cualquiera haya sido la lucha de su génesis— presentan un suelo bonancible y domesticado, defensas naturales y cierta unidad con posibilidades de comunicación interior.

En el origen, la reclusión conviene para cunar las sociedades nacientes, para mejor calentar el germen y resguardarlo de las irrupciones caóticas exteriores. El valle del Nilo está protegido al norte por el mar, que al principio y antes de la navegación hace oficio de muralla. Por los otros tres lados, se extienden las defensas de los desiertos, defensas más eficaces que montañas y abismos. Considérese el

caso del Sinaí, que el pueblo hebreo tardó cuarenta años en cruzar, y todavía es obstáculo para los ejércitos actuales. El Egipto era una isla terrestre y fértil, fácil de tratar una vez que se domesticó su naturaleza, se canalizaron las inundaciones y cedió un tanto por sí sola la excesiva feracidad natural de la primera época. Los nómadas se establecieron y descansaron. Los juntadores de alimentos se volvieron agricultores. Pero el aislamiento, provechoso en la infancia, será estorbo para la vida juvenil y hará de la madurez una vejez prematura. Las mismas condiciones que dan pábulo a la sociedad del Nilo, después la embalsaman y momifican. Algo semejante pasará en China.

Menos perfecta es la protección natural de Mesopotamia, menos completo el aislamiento, aunque la región está rodeada de desiertos, montañas y pantanos, y tiene un océano al sur. Pero la muralla ofrece boquetes, y hacia el norte y este hay tierras habitables, hay poblaciones caóticas que acechan las entradas del sagrado recinto. Sobrevienen las invasiones. La historia de los dos ríos, desde 2500 a. C. en adelante, es la historia de los merodeadores del contorno que asaltan una y otra vez el castillo. De aquí el desarrollo de una organización militar entre babilonios y asirios, que los egipcios nunca requirieron para su defensa y a la que sólo atendieron en su rápida veleidad de conquistadores. El Egipto se estancó por exceso de seguridad. La Mesopotamia entró en el movimiento histórico, bajo la dominación sucesiva de asirios, medos y persas.

En ambas civilizaciones fluviales, como en la antigua China y la antigua India, el problema de la irrigación, canalización o desecación de pantanos es el gran problema de gobierno interior. Los chinos honraron a sus ingenieros hidráulicos más que a los guerreros y sacerdotes. El trabajo por y contra el agua es corriente unificadora en estos y otros pueblos: Persia, Perú, México. Los ríos son como venas de la circulación nacional. El chino llamó a las carreteras "caminos secos"; su carretera natural era el río. El río es la primera ruta acuática.

La segunda, la marítima, nos lleva a Creta, al mundo del Mediterráneo, con el cual se abre una era que dura hasta

el siglo XV. Al predominio de la agricultura y la hidráulica sucede el de la navegación. Las condiciones abrigadas del Mediterráneo, la insensibilidad de sus mares, la regularidad de sus vientos, las escalas cercanas de sus archipiélagos, sus promontorios de orientación, sus costas abundantes, lo predestinaban a ser la nodriza de la marinería. Ahora la civilización no se resguarda en invernaderos, sino que vive derramándose. Los ríos de China se vertían sobre un mar tormentoso: el salto de una a otra etapa era difícil. No así en el Mediterráneo, que parece proponer la aventura y consentirla en naves relativamente pequeñas. Mil años después del primer apogeo egipcio, Creta echa sus pueblos por el Egeo, que a un tiempo la comunica y la protege. Trafica con el Egipto y con el Sur europeo, se relaciona por tierra con Mesopotamia, acaso por entre los contrafuertes donde se guarece la sociedad hetita. La era minoana o egea culmina entre los años 2000 y 1000 a. c.

Para entonces, unos semitas, los fenicios, que acaso se avezaron en las mansas aguas del Golfo Pérsico y, siguiendo la declinación de los pueblos mesopotamios hacia el Occidente, se establecieron sobre la costa siria, en Tiro y Sidón, desarrollan la navegación mediterránea en términos increíbles, y suceden a los cretenses, así como a ellos sucederán los griegos históricos. Los fenicios son los buhoneros, los monopolizadores del pequeño mercado, siempre vistos con antipatía, y que prestan por todas partes, con agilidad extraordinaria, útiles servicios facilitando —sin proponérselo— los cambios culturales, la difusión de la escritura y las cuentas mercantiles. Medianeros del oriente y el occidente, andan por el Mar Rojo y la costa arábiga, fundan mercados y factorías y representan un tipo singularísimo de Estado comercial y flotante, cuyas armas son remos, cuya verdadera patria es el mar. Primero confinados en el seno oriental, se arriesgan poco a poco hacia el occidente, fundan Cartago en la costa africana que mira a Italia, visitan a Francia y a España, se asegura que se asoman al Océano por el temido Estrecho. Los fenicios han sido el excipiente de la primitiva unidad mediterránea.

Esta unidad mediterránea queda abierta por el norte a las invasiones, las cuales primero son absorbidas e incorporadas

y al cabo de siglos quebrantan el orden del mundo. La invasión acontece por sobrepoblación de los nómadas, lo mismo aquí que en China y en la India. Una de estas invasiones trajo a los griegos, primera civilización fundada ya en el uso del hierro, sucesor del bronce. El choque entre griegos y egeos, entre el hierro y el bronce, puede en cierto modo compararse al choque de las armas ibéricas con las armas de piedra de mexicanos y peruanos. Los griegos se derraman por la península balcánica al Sur, pueblan la Grecia histórica, destruyen a Creta y el emporio de Troya, entran por los estrechos en el Mar Negro creando fundaciones como Bizancio, se extienden al occidente y colonizan la Italia del Sur y Sicilia, arrebatan el dominio marítimo a los fenicios, ocupan el tránsito entre los dos senos del Mediterráneo. El astro helénico luce del siglo VI al IV.

A fines de este siglo, Alejandro unifica el Mediterráneo oriental; conquista a Egipto; conquista a Persia, que entonces dominaba en Mesopotamia; instala por primera vez en la costa la capital egipcia, antes remontada en Tebas o Menfis y ahora, en Alejandría, enfrentada con el mundo helénico: finalmente, Alejandro se asoma al Asia lejana. . . Su imperio es efímero, pero no así la helenización del Oriente mediterráneo. Hasta entonces sólo Atenas, Siracusa y Cartago llegaban a los 100,000 habitantes. Un siglo más tarde, Seleucis, Antioquía, Alejandría y Cartago han doblado esta cifra. Siracusa había perdido un poco, y no la superaban Roma, Corinto, Rodas o Éfeso, entre las más importantes. Quinientas ciudades comerciaban en el Asia Menor, cambiando productos de oriente y occidente. El predominio helénico de oriente sólo encontraba parangón en el predominio cartaginés de occidente: rivalidad a la que el filósofo Platón había querido en vano adelantarse, resolviéndola desde Siracusa, rivalidad que pasará como herencia a Roma.

Roma, que vuelta primero hacia occidente comenzó por aniquilar y suceder a Cartago, sube el Ródano hasta las Galias y luego se arroja sobre el Oriente, conquista Mesopotamia y Armenia, todo el litoral africano colonizado, cruza el canal desde la Galia a la Bretaña y pronto cruzará el Rin al Norte, hereda los elementos de unificación mediterránea elaborados

por fenicios y griegos, y cierra el mundo conocido en un puño, salvo el verdadero Oriente y las mal practicadas regiones al norte y nordeste europeos. Los romanos llevan la civilización, de las zonas tibias del Mediterráneo, en que antes se confinaba, a las templadas y frescas del noroeste, sin alcanzar todavía las frías zonas septentrionales. A la técnica de la navegación, unieron una poderosa técnica de la carretera, que les permitió la penetración continenal y que supera con mucho los caminos de los persas en el oriente y los del mismo Alejandro en sus expediciones militares. Desarrollaron también el servicio de acueductos para las poblaciones. En carreteras y en acueductos no puede decirse que los hayan superado los europeos posteriores durante muchos siglos.

Pero irrumpen las invasiones del Norte, frontera demasiado extensa para poder ser fortificada. Y, al empuje de los nómadas septentrionales (godos, francos, germanos, vándalos y hunos), la unificación transitoria lograda por Roma se parte en sus dos porciones naturales: el Imperio de Occidente con capital en Roma, y el de Oriente con capital en Bizancio, ahora llamada Constantinopla. Durante las crisis que suceden, la Iglesia Cristiana transporta las herencias de la cultura clásica. Y las condiciones económicas y geográficas se organizan en el sistema feudal. Gradualmente, comienzan a dibujarse los nuevos Estados del Occidente y de la Europa Central.

Entretanto, por el sudeste del Mediterráneo, han aparecido otros invasores de nuevo tipo, los árabes o sarracenos, cismáticos del cristianismo que, armados con la fuerte y simplificada religión de Mahoma —alivio a las complicaciones y torturas de la teología—, barren la Siria hasta el Monte Tauro, cruzan el Egipto y recorren todo el litoral del África, salvan el Estrecho y penetran en España. No son bárbaros como lo eran en su día los invasores del Norte; en matemáticas, astronomía, medicina, y en algunos puntos de la administración económica, superan a los europeos.

Para entonces el Imperio de Oriente, centrado otra vez en el Egeo, se ha reducido a los Balcanes y al Asia Menor; y el Occidente se ha fragmentado en reinos subsidiarios. Todavía domina la Iglesia mediterránea, a cuya cabeza está el Papa

de Roma como un poder superior. Los nuevos centros comerciales están en Italia, donde Venecia gobierna el Norte del orbe mediterráneo. Frente a ella, los musulmanes dominan el Sur, la entrada del Mar Rojo y los caminos para el Oriente. Para arrebatar esta porción, el Papa convoca las Cruzadas. Siglo y medio de guerra santa debilitan el monopolio musulmán sin destruirlo, pero Venecia y Génova, en las dos axilas de Italia, se enriquecen fabulosamente.

Para esta época, el faro de la historia pone en evidencia otro mar interior, sucursal del Mediterráneo, más o menos encerrado entre la costa europea que sube oblicuamente desde Brujas hasta Novgorod, remata arriba en el golfo de Botnia, tiene la Britania al Poniente, y está partido también en dos senos: el Mar del Norte y el Mar Báltico. Este mar se relacionaba comercialmente con el Mediterráneo por Venecia y Génova y el camino que, cruzando los Alpes, encontraba el valle del Rin y por ahí llegaba a las costas septentrionales. La unificación de este mar interior fue obra de la Liga Hanseática, con centro en Hamburgo. El Rin, el Elba y el Vístula lo ponían en contacto con el corazón europeo. La red geográfico-comercial seguía así difundiendo la civilización.

Y aquí se cierra la primera etapa de nuestro viaje referida singularmente al Mediterráneo.

7

La segunda etapa de nuestro viaje se refiere al Océano. El descubrimiento de las rutas oceánicas es efecto de la última invasión nomádica, la invasión de los turcos. De aquí resultó que el hombre dispusiera de toda el agua —tres cuartas partes de la superficie del planeta—, reconociendo que todos los mares y océanos son un solo Océano.

Hemos visto que los árabes poseían los puentes entre el Poniente y el Levante y traían al mundo mediterráneo los productos exóticos. Sus caminos marítimos recorrían las costas del Mar Rojo, Persia y La India. Sus caravanas terrestres partían de Siria, por Alepo y Bagdad. Dominaban las bases de Palestina, Egipto, Suez, donde venían a proveerse

las galeras genovesas y venecianas para llevar los productos a los puertos de Europa.

A partir del siglo XI, los turcos, convertidos a la religión de Mahoma, iban socavando el poderío árabe. Venían de las estepas meridionales y orientales del Caspio. Para el siglo XV, eran amos de Siria y del Asia Menor y se habían internado en la misma Europa. En 1453 conquistaron Constantinopla. Aunque todavía los árabes se mantenían en Egipto, la piratería turca impedía el libre comercio en toda aquella zona del Mediterráneo. El turco era un guerrero bárbaro y destructor, no un comerciante ilustrado como el árabe. Amenazaba destruir el cambio entre Oriente y Occidente, en que se fundaba la economía del mundo. Entiéndase bien que este peligro no sólo afectaba al lujo europeo, sino a la vida general. La agricultura medieval de Occidente ignoraba el uso de las raíces como el nabo, que pudieran alimentar a los ganados durante el invierno. La mayoría de la carne que se consumía en los meses fríos tenía que conservarse en salazón, lo que hacía indispensables las especias, pimienta y otras sustancias aromáticas que venían de Oriente. Cerrado el camino por los turcos, había que buscar algún otro rodeo para las Indias.

Si, según lo afirmaba Pomponio Mela en el año 50, la tierra era un conjunto de continentes rodeados por el agua, el viaje podía intentarse por mar. Los portugueses, en sucesivas etapas que se alargan por siglo y medio, fueron adelantando por el litoral africano en busca de oro, marfil, especias y esclavos, y al fin, doblado el Cabo de Buena Esperanza por Díaz, llegaron bajo la dirección de Vasco de Gama hasta Calcuta el año de 1498. Entretanto, Colón se había lanzado a la empresa que todos conocen, para buscar el Oriente por el Occidente, fundado en la teoría de la redondez de la tierra, que también partía de autoridades muy antiguas aunque por muchos siglos quedó olvidada. Y en 1492, Colón encontró a América en el camino de la India. Más de cinco lustros transcurrieron para que Magallanes salvara por el Sur esta mole continental y diera realmente con la India. Los pueblos del Nuevo Continente, más o menos involuntariamente descubierto, sólo tenían centros civilizados en México, Yucatán y Perú. Esta civilización correspondía a la última Edad de

Piedra o a la Edad del Bronce, ignoraba el hierro, y sólo había logrado la domesticación del perro y la alpaca.

Las dos nuevas rutas cambiaron la balanza del mundo. Las naves que de Alejandría y de Beirut traían los efectos orientales a los emporios de Italia comenzaron a regresar en lastre, y Venecia y Génova decayeron de su antigua grandeza, cediendo el puesto a Lisboa y Oporto que, con la navegación portuguesa, dominaban la ruta del Cabo y el Océano Índico. El Mediterráneo pasó por cerca de cuatro siglos a una categoría secundaria, hasta la apertura del Canal de Suez en el siglo XIX.

La segunda ruta, menos importante de pronto aunque llamada a mayor preeminencia, era la ruta de América por el Atlántico, donde, en torno al predominio español, se produjo al instante la rivalidad de toda la Europa Occidental. Las poblaciones de la costa que hasta entonces quedaban a un lado del tráfico, ocupaban ahora una posición privilegiada. Así como la zona mediterránea, la zona hanseática del Norte perdió importancia. Lübeck y Stralsund dejaron el sitio a Bristol y Amsterdam.

Durante los tres siglos siguientes, asistimos a la rivalidad por el dominio de las rutas oceánicas entre la Europa Noroccidental y las dos naciones ibéricas. Portugal e Inglaterra estaban ligadas por el más antiguo tratado que se conoce en Europa, el cual data de 1294. Portugal y España se dividieron el Nuevo Mundo aplicando caprichosamente aquella Bula Papal que, ni es la primera de su género, ni pasaba de ser un trámite de Cancillería en casos semejantes, ni tuvo originalmente la importancia con que vino a revestirla la historia. Holanda e Inglaterra no se conformaron. En vano intentaron establecer otras rutas, que resultaron impracticables, por el extremo septentrional de América o por Siberia. Y entraron a disputar la autoridad del Papa. A mediados del XVI, se han entregado al cisma protestante. La repartición de la tierra, parecen decir, no depende de la autoridad de un hombre, aunque sea el Pontífice de Roma. Inglaterra derrota la Grande Armada de Felipe II, y Holanda, que ha sacudido el yugo español, se establece esporádicamente en algunos puntos de América, por su cuenta y riesgo. Al declinar el Mediterrá-

neo, declinaba el espíritu del Mediterráneo con el poder papal. Comienza la supremacía británica.

Las naciones nórdicas cuentan ahora con navíos de nuevo tipo, mejor dotados para la navegación que las galeras heredadas de la civilización mediterránea por las naciones ibéricas. Su misma marinería se había educado en las aguas oceánicas. Naturalmente, la rivalidad pronto se deja sentir entre británicos y holandeses, cuyas nuevas burguesías mercantiles quieren adjudicarse el dominio de las nuevas rutas. Francia aparece entre los contendientes, inclinándose ya a unos, ya a otros y buscando en estos vaivenes su propia fortuna.

Para mediados del XVII, los holandeses se han establecido por el Brasil y las Guayanas, dominan Norte-América en Nueva Amsterdam (Nueva York), poseen escalas en Guinea, factorías en Ciudad del Cabo, territorios en Mauricio y Ceilán, y en suma, son amos en la India. Medio siglo más tarde, Britania ha comenzado a superarlos, heredando, para los Siete Mares, la antigua misión de los fenicios, griegos y venecianos en el Mediterráneo. La ayudaba su situación geográfica en el cruce de las rutas atlánticas; la ayudaba la mejor provisión para las empresas navieras, extraída de su agricultura y sus industrias. A fines del XVIII, sobreviene como consecuencia la Revolución Industrial. Y aquí nuevamente el Estado británico se ve favorecido por sus riquezas de hierro y carbón en la vecindad de puertos adecuados. De aquí la supremacía británica en el siglo XIX.

Las costas antes inexploradas del mundo habían sido puestas en servicio. Los intentos de holandeses y británicos para llegar a América por el norte abrieron el tráfico con Rusia. Los litorales asiáticos habían sido recorridos primero por los portugueses, y luego por holandeses y británicos. En el siglo XVII un portugués encontró Australia; un flamenco encontró Tasmania y Nueva Zelanda. Al siguiente siglo, el inglés Cook llegó a Hawai y otras islas del Pacífico.

Tales fueron los progresos por los caminos del mar. Pero ¿los caminos de la tierra?

8

Puede decirse que los caminos de la tierra, la penetración en las zonas continentales antes inexploradas, era asunto reservado al siglo XIX, así como los caminos del aire se reservaban para el presente siglo. Todo ello se encamina a la unificación de la tierra o interdependencia de todos los pueblos, rumbo a una posible confederación futura. La trabazón económica así lograda, vino a ser la base de un mundo capitalista, en tanto que llega a serlo de un mundo del trabajo.

Puede decirse que el régimen de los transportes terrestres había cambiado poco hasta el siglo XVIII, pues poco va de la carreta a la diligencia. Aun ha habido, en este orden, evidentes retrocesos, pues nada se había hecho comparable a las antiguas carreteras romanas. Si el barco de vapor fue un gran progreso, al menos estaba en la línea de las conquistas ya obtenidas. En cambio, el ferrocarril determinó un nuevo estado.

La aplicación del vapor a los transportes y a las máquinas es, de modo general, independiente del clima y la geografía y adaptable a los más diversos empleos. Partió de Inglaterra y, hacia 1815, comenzó a derramarse al mundo. Es una de las mayores energías que la industria ha descubierto para redondear el planeta y someter la naturaleza al régimen humano. Puede decirse que, en un siglo, acortó los viajes en una proporción de diez a uno, así como permitió penetrar en regiones continentales antes inaccesibles. Puntos distintos, que sólo se comunicaban por los desvíos de las costas, entraron en trato directo.

Nuevamente la balanza del poder tuvo que resentir el efecto, tanto por los desbordes de nivelación entre países adelantados y atrasados, como por la creación de nuevos focos productores. El monopolio de los puertos sintió el contragolpe. Ejemplo de las nuevas áreas continentales que pasaron a la mayoría de edad encontramos en África, América y el Norte de la India. Ejemplo del desarrollo producido por las nuevas rutas terrestres nos lo dan Alemania, Rusia, los Estados Unidos, Canadá.

África, aunque la civilización empezó en Egipto y su costa septentrional está vinculada a la era mediterránea, es caso

típico de una masa terrestre oscura y desconocida, a modo de fragmento enorme no digerido por la historia. Los portugueses —fuera de intentos y atisbos perdidos que datan de la Antigüedad clásica— comenzaron a dibujar su contorno por el occidente y lo completaron por el sur; pero el África interior seguía siendo un bulto ocioso en la tierra, cuando ya América se había revelado en plena luz. África no era más que una escala en la ruta para el Oriente, aun por los días en que los británicos colonizaron el Cabo. La mole africana se levantaba como una inmensa e inaccesible altura. Sus ríos caen tormentosamente en el mar y no invitan a remontarlos, si se exceptúa el Nilo, que es la excepción insigne y tuvo por eso otro destino. Sólo quien haya logrado trepar a los altos africanos puede aprovechar las vías fluviales interiores, que de elementos hostiles se convierten allá en preciosos auxiliares. El mismo litoral ofrece un trazo firme y unido, donde no hay estuarios ni hondas bahías. Los transportes se hacían a lomos de hombre, porque las plagas, la mosca tstsé, etc., daban cuenta con las caballerías. La feraz monotonía o la desolación de los desiertos ahuyentaban al viajero.

El ferrocarril rompió por estos misterios y encantamientos, llevando consigo las energías imperialistas de las potencias industriales. Y todo un universo de materia prima quedó al descubierto. Los mapas africanos de hace un siglo nos parecen hoy pura y vaga mitología de espacios huecos y de líneas quiméricas, si se exceptúan las costas y las zonas en que quedaban vestigios de la penetración arábiga. Pero de 1880 a 1890, casi la mitad del Continente fue anexado por las potencias europeas, y en los últimos diez años del XIX se completó la obra. De suerte que, como se ha dicho, el actual mapa de África está pintado con los colores europeos.

Decir que América, antes del ferrocarril, haya sido igualmente un contorno vacío, sería olvidar las grandes civilizaciones interiores de las mesetas, que dieron base a la colonización hispana. Del Brasil sí puede decirse que nació por los litorales y su historia se desarrolla a modo de frontera en marcha hacia el interior. Como quiera, los espacios huecos abundaban, y la obra casi increíble de los exploradores iberos y de los misioneros cristianos muchas veces murió con ellos y

quedó en categoría de hazaña personal, sin consecuencias para el contacto económico de los pueblos. Desde luego, la penetración fluvial desde los litorales era mucho más posible en América que en África, aunque en el Canadá los ríos están obstruidos por el hielo buena parte del año; en los Estados Unidos, más bien orientados, como el sistema Missouri-Mississippi, de Norte a Sur por el eje continental; y en Sud-América, corren por zonas calurosas de difíciles climas. Con todo, el ferrocarril abrió el Canadá, unificó los Estados Unidos, reveló las posibilidades y realidades económicas del resto de América, a cambio de arruinar por ahí algunos poblados pintorescos que pareció llevarse en sus ruedas. Todavía en el siglo XVIII se discutía en Inglaterra si no valdría más abandonar el Canadá y concentrarse en la explotación de Guadalupe y la Martinica. Todavía por 1860, para llegar al lejano Oeste del Canadá, había que desembarcar en la Bahía del Hudson cuando no hubiera hielos, y luego meterse por los ríos en canoa. Entrar por el litoral oriental o por tierra desde los Estados Unidos era empeño insensato. El Canadá moderno es obra de los ferrocarriles.

Lo propio puede afirmarse de los Estados Unidos, cuyo peso y densidad se acumulaban originalmente sobre las costas del Atlántico. La primera mitad del siglo XIX representa la penetración gradual hacia el Mississippi, las Rocallosas y las montañas del Pacífico, penetración que iba arreando, destruyendo o confinando a los nativos en "reservaciones" generalmente indeseables, salvo algunos casos en que estas zonas desdeñadas resultaron después, como en el Norte de Oklahoma, ricas zonas petrolíferas. Si en Europa predominan los casos de grandes ciudades que el ferrocarril vino simplemente a conectar entre sí, en América predomina el caso de poblaciones creadas por el ferrocarril, como Chicago, en los puntos estratégicos de las líneas.

Igualmente, las inmensas llanuras del Asia septentrional entre la Rusia europea y el Pacífico, teatro de la vida nomádica, se abrieron al tráfico con el Transiberiano. Y el Transcaucásico, el Turco-Sib y el Transcaspiano pusieron en circulación los viejos depósitos acumulados en el interior asiático. La red de ferrocarriles de la India transformó las condiciones

económicas, higiénicas y sociales de la comarca, despertando la conciencia de una unidad nacional. El ferrocarril de Bagdad produjo revulsiones en la sangre estancada del Asia Menor y la Mesopotamia, con efectos sobre el lejano Oriente. Los ferrocarriles de China han dado a este inmenso país su moderna fisonomía industrial, y las líneas de Manchuria hasta han creado nuevos problemas históricos.

En África, América y Asia, el ferrocarril descubrió nuevas tierras. En Europa, enriqueció lo ya descubierto, alterando sensiblemente la balanza del poder. Al principio del siglo XIX, sólo la Gran Bretaña y Francia contaban como grandes potencias económicas; a fines del siglo, naciones medievales como Alemania y Rusia se han levantado a la categoría de Estados modernos. Ambas habían sido estorbadas en su desarrollo por la imperfecta respiración exterior y la imperfecta circulación interna, es decir: la costa es escasa, y las comunicaciones nacionales eran deficientes. De aquí su inferioridad respecto a los países occidentales. El ferrocarril les permitió juntar su hierro y su carbón y distribuir mejor sus recursos alimenticios. Alemania se convirtió en empresaria de los transportes terrestres por la Europa Central. Rusia pudo derivar su tráfico por otras vías en las épocas de los puertos helados. La Gran Bretaña, por su posición privilegiada, tenía casi el monopolio de distribuciones entre la Europa del Norte y el Mediterráneo hasta los años de 1870. En adelante, parte de este comercio se derramó por tierra, vía Alemania. El plan germánico del ferrocarril de Hamburgo al Golfo Pérsico, deshecho por la Guerra Mundial nº 1, hubiera sido un golpe terrible para la Gran Bretaña y sus rutas marítimas del Mediterráneo y Suez.

De paso, los ferrocarriles alemanes suscitaban y facilitaban la unificación nacional, como en la India y en los Estados Unidos. El intenso desarrollo local y la falta de comunicaciones habían producido el particularismo de los pequeños Estados germánicos, que ahora podía resolverse en una unidad política y económica. Otro tanto aconteció para Rusia, en cuyo seno pesaba aquella zona muerta de las vastas llanuras interiores. Las nuevas comunicaciones terrestres permitieron a Alemania sacar partido de su posición central, y a Rusia de

sus inmensas áreas. Ambos países comenzaron al instante a desempeñar una función determinante en la historia, y nótese que Rusia está todavía en el primer período de este desarrollo.

Todos saben hasta qué punto el automóvil ha puesto en valor el tráfico de las antiguas carreteras, incorporando de nuevo en la circulación zonas que parecían abandonadas y yertas. Por otra parte, el automóvil ha desarrollado por sí nuevas vías, nuevas líneas de exploración.

Finalmente, como un medio de intensificación mayor en las comunicaciones, aparece en nuestros días el aeroplano. Hasta dónde debe considerárselo como un refuerzo parcial, hasta dónde como un instrumento capaz de suplantar a las carreteras y vías férreas es aún materia dudosa.

9

Entramos en el siglo XX. La revolución industrial ha dado sus frutos. La interdependencia económica busca una organización de la interdependencia política por los caminos del imperialismo y del nazi-fascismo. La religión socialista se dibuja como una justicia futura. El capitalismo imperante, que antes luchó por los mercados libres para crearse el ensanche indispensable a su desarrollo, ahora resucita las cortapisas y las barreras aduanales, lo que revela su inadaptabilidad vital al nuevo estado del mundo, ya en franca carrera de unificación. Pues la interdependencia económica es consecuencia necesaria del inmenso adelanto de las comunicaciones y transportes, de la radicación geográfica de las materias y terrenos propicios, que la naturaleza no ha distribuido uniformemente, y de las nuevas posibilidades de producción industrial. Como la humanidad vive sobre el saldo de estos tres factores, hay que alcanzar una circulación sin estrangulaciones ni embolias. Los productos sintéticos representan un recurso desesperado para remediar los obstáculos que la guerra opone al cambio normal. Las fórmulas de autarquía son recursos de guerra para escapar a la asfixia. Los provisionales "aislacionismos" han sido medidas sanitarias de urgencia.

Como quiera, la organización política del mundo, fundada en la división de países, no está al nivel de la interdependen-

cia económica alcanzada, sino que representa un retraso de varios siglos, y nos retrotrae a la era de las antiguas poblaciones agrícolas y de los viajes a caballo. Las fronteras, aunque se llamen "naturales", son barreras artificiales para el desarrollo natural de la especie. El afán por saltarlas fácilmente asume formas bélicas en un mundo así dislocado. Las divisiones Panzer rompen la valla entre el hierro de Lorena y el carbón del Rur, que la industria humana necesita juntar, si ha de aprovecharlos. Entre los emporios de materias primas y los centros industriales hay una atracción semejante. Los intereses egoístas se atraviesan en el conflicto para buscar un medro propio a expensas del bien general. La igualdad teórica conquistada por la Revolución Francesa no funciona dentro del tablero del nacionalismo. Las soluciones bélicas son a veces peores que la enfermedad por remediar. Así la partición del Imperio Danubiano en un conjunto de áreas, calculadas para atajarse unas a otras en sus mutuas hostilidades, sólo vino a hacer más irritable una situación que ya era mala de por sí y a fomentar nuevas exasperaciones y discordias. En suma, obtenida en principio la riqueza que podría bastar a todos los hombres, no hemos tenido el valor de transformar el régimen humano para lograr una justa distribución. De aquí las dos guerras mundiales, verdaderos estallidos de cáncer por asfixia, en que una célula se subleva contra el organismo y se propone vivir a sus expensas. La única solución consiste en la eliminación total de los provechos individuales ilegítimos y de los credos de dominio racial. Y ésta será la nueva era.

Volvamos al punto de partida. No esperamos el mundo justo del tira y afloja —ya previsible— que ha de traernos la posguerra. Sólo después de la posguerra comenzará a perfilarse el ideal que dejamos en herencia distante a las generaciones futuras: la cabal cooperación entre todos los pueblos, viejo sueño de la democracia. Pero entiéndase bien: no ya un internacionalismo de la casualidad, creado por las ciegas erosiones del tiempo, sino organizado y calculado. Entiéndase bien: no un esquema rígido, trazado según abstracciones caprichosas; sino un cuadro flexible, animado por una voluntad de simpatía y hecho de inteligencia y de bien; inspirado

a la vez en la experiencia histórica, en las realidades científicas y también en las realidades del sentimiento, puesto que el hombre dista mucho de ser un pasivo artículo de comercio. Con científica objetividad, el antropólogo Ralph Linton termina así su libro *Estudio del hombre:* "Hemos llegado a una puerta más allá de la cual se encuentra un mundo de conocimientos que promete dar al hombre una vida mejor que nunca, pero no parece que tengamos muchas probabilidades de trasponerla. Son evidentes las señales de que esta era de libertad [*antes ha hablado del pensamiento griego*] también toca a su fin, y no cabe duda que el estudio de la cultura y de la sociedad será la primera víctima del nuevo orden. El Estado totalitario [*Linton llama así al Estado en guardia bélica y en exorbitancia de poder que teme para después de la guerra*] no admite esta clase de estudios. De hecho, el que los hombres se preocupen por estas cosas es en sí una crítica del orden existente, un indicio de que se duda de su perfección. A menos que toda la historia esté equivocada, el investigador seguirá el mismo camino de los sucesores del filósofo griego [*es decir: el confinarse en adelante a cosas que no inspiran temor al régimen*]. Sin embargo, también él dejará una herencia de técnicas para la investigación, y de problemas entrevistos si no resueltos; una nueva frontera desde donde las mentes libres reanudarán algún día su marcha hacia lo desconocido. Cuando este tiempo llegue, quizá al cabo de varios siglos de tinieblas y estancamiento, los hombres volverán la cara hacia nosotros, como nosotros la volvemos hacia los griegos. Por eso he dedicado este libro *a la próxima civilización.*"

¿Tenemos, pues, que adelantar por la vida tristes y cabizbajos, entonando sordamente nuestro *Morituri morituros salutant?* ¡Oh, no! Las cosas humanas no maduran fuera de nosotros, y desde ahora mismo tenemos que acercar el hombro a los esfuerzos comunes. ¿Quién ha dicho que sea indigna de vivirse una vida de empeños para la conquista de una tierra más justa? ¿Pues no han vivido en este afán los pueblos, durante siglos y siglos, sin que se extinguiera, a pesar de la borrasca, la lumbre del espíritu? ¿Acaso la humanidad ha disfrutado constantemente de estas calmas transitorias que

pueden llamarse estados de equilibrio? ¿No es el "agón", el combate por lo mejor, lo que da su verdadero perfil a la historia? Refiriéndose a los alumbramientos sociales, decía nuestro bravo Ignacio Ramírez: "Felicitémonos porque nos ha sido dado contemplar este espectáculo sublime, aun cuando seamos sus víctimas. ¡Silencio y confusión para los cobardes!"

IX. DISCURSO POR LA LENGUA *

NUESTRA plática tiene por asunto la necesidad de cuidar el aseo y decoro de nuestra lengua y el recordar a los maestros de escuela que, en esta obra de salud nacional, les corresponde un deber inexcusable, y el primero de sus deberes, puesto que no hay educación ni enseñanza verdaderas sin la comunicación de la palabra. La tesis se demuestra con el solo enunciado, y cuantos me escuchan la comparten conmigo. No perderé el tiempo en construir argumentos demostrativos. Simplemente, pasearé por el tema. Me dispensaré de alardes científicos, huiré de los escabrosos tecnicismos. Las evidencias se defienden solas y el mucho estrago de armas más bien las perjudica. La cultura y la experiencia de mi auditorio le permitirán suplir por su cuenta aquella perspectiva de controversias, tanteos y doctrinas, que aquí ofrezco sólo en sus conclusiones. Tampoco me alargaré en el elogio retórico de nuestra lengua, para no incurrir en sentimentalidades inoportunas, yo que a su cultivo he consagrado mis más cuidadosos empeños y que, si me doy rienda, no acabaría. Pues, como los verdaderos enamorados, doy por supuesto que todos participan de mi entusiasmo. Sólo declaro al comenzar que considero como un privilegio hablar en español y entender el mundo en español: lengua de síntesis y de integración histórica, donde se han juntado felizmente las formas de la razón occidental y la fluidez del espíritu oriental; tan ejercitada en las argucias intelectuales como en las libres explosiones del ánimo, ya en sus escolásticos o en sus místicos; lengua cuyo atletismo admite el transportar fácilmente las crudezas terrenas hasta el cielo de las ideas puras, o el hacer bajar los arquetipos hasta los afanes del trato diario, según se advierte, para ambos extremos, en el diálogo eterno de Don Quijote y

* Curso de la Escuela Normal Superior de México para los Maestros de Escuelas Secundarias Foráneas. Conferencia leída el 17-VIII-1943. Segunda lectura ante los Inspectores de Escuelas Rurales, a petición de los mismos, 1-XII-1943. Publicada en *Nueva Era*, Revista Interamericana de Pedagogía y Cultura, Quito, XIII-1944.

Sancho; lengua lo bastante elaborada para captar las regularidades y exactitudes, lo bastante audaz para respetar las temblorosas indecisiones del misterio; capaz de la matemática como de la lírica; valiente en la cordura y en la locura, y cabal en su registro de las posibilidades humanas; lastrada por una ironía profunda, que al par la defiende de la pura embriaguez abstracta y de la estéril fascinación de lo inmediato, al punto que su sola práctica dicta normas para la buena conducta de la voluntad y el pensamiento; sonora sin delicuescencias que amengüen su viril reciedumbre, y cuyo equilibrio fonético parece dictado por la misma economía biológica del resuello. Los que viven en otra de las grandes lenguas civilizadas podrán reclamar para ella iguales excelencias, o aun otras que les parezcan superiores. Quiere decir que son igualmente privilegiados, o que se hallan tan a gusto de beber en su vaso como nosotros en el propio. Lo que importa es convencernos de que poseemos un instrumento tan bueno como cualquiera de los mejores, y nunca culpar al instrumento de nuestra impericia en manejarlo.

> Arrojar la cara importa,
> que el espejo no hay por qué

Y al que nos salga con aquel engorro de que tal o cual locución extraña no puede decirse en nuestra lengua, contestémosle que también hay en español muchas locuciones intraducibles, pues en esta irreducibilidad radica la índole estilística de las lenguas.

Todo pueblo tiene un alma y un cuerpo, modelados por un conjunto de fuerzas, ideales, normas e instituciones, que determinan, a lo largo de sus vicisitudes históricas, el cuadro de su cultura. El alma, el patrimonio espiritual, se conserva en el vehículo de la lengua. El cuerpo, el patrimonio físico, sólo se resguarda y organiza mediante una operación de símbolo, en la lengua también. Una civilización muda es inconcebible. Sólo a través de la lengua tomamos posesión de nuestra parte del mundo. En último análisis, el pueblo se vuelca y se resume en su lengua, donde hay la mención de todo su haber material y la sustentación de todo su haber moral, en cosas, en ideas, en emociones, en su respuesta ante la pro-

blemática de la existencia y su apreciación de todos los incidentes de la jornada humana, en su concepción de la vida y de la muerte. Cuando se desvirtúan las lenguas, se desvirtúan los pueblos. Sostenerlas en su vigor es sostener el progreso de lo humano sobre la naturaleza animal. Aun ha habido filósofos que, en horas críticas —y lo es la presente—, acudan al *humus* concentrado en la lengua como a un alimento del ser nacional.

No hay que confundir la lengua con la raza. La lengua se refiere a la noción de cultura, única de validez científica. La raza es una mera descripción de superficialidades, causadas por los accidentes geográficos e históricos, como lo sabían ya los hipocráticos griegos, los antiguos sofistas —primeros maestros de la ciencia social— y los estoicos, precursores de los cristianos, para quienes la persona humana, desde el emperador Marco Aurelio hasta el esclavo Epicteto, tenía la misma dignidad. En el orden de la aptitud, sólo la diferente oportunidad de la cultura puede diversificar a los hombres, y no la pigmentación de la piel u otras pamplinas que la propaganda política arguye en excusa de sus crímenes. El primer "test" mental que conoce la literatura se encuentra en un diálogo platónico. Allí Sócrates, como si quisiera probar la uniformidad media de la especie, conduce suavemente a un ingenio rudo hasta la solución de un arduo problema de geometría. ¿Y quién era este ingenio rudo? Un desheredado de la fortuna, un triste esclavo, y para colmo, un esclavo negro.

Además, si la raza fuera inseparable de la lengua, no se daría el caso de adopción de una lengua nueva cuando un pueblo es incorporado a otra cultura, de que abundan ejemplos en la historia y tenemos uno dentro de casa. La determinante es la cultura y su expresión es la lengua. Cuando recibimos como lengua nacional la lengua española, con ella recibimos el acervo espiritual de España —y del mundo en general filtrado por España— para aquí mezclarlo con algunas modalidades autóctonas, aquéllas y sólo aquéllas que podían ser viables. Nuestra lengua es el excipiente que disuelve, conserva y perpetúa nuestro sentido nacional.

Por último, así como la historia se distingue de la naturaleza en que ésta procede parsimoniosamente a la configuración de organizaciones estables —tipos, especies— mientras

aquélla se caracteriza por la mutación acelerada, de suerte que, según afirmaba Burckhardt, el principio de la historia es la libertad del bastardeo; así las grandes civilizaciones históricas siempre han resultado del hibridismo, y olvidarlo es ser víctima de una ilusión óptica o, lo que es peor, poner la ciencia al servicio del fraude. Hoy por hoy, el problema ni siquiera puede plantearse. Todos los pueblos son mestizos, sin exceptuar a ciertos desdichados grupos perdidos en el fondo africano o en algún repliegue geográfico, como aquellos hurdetanos de España casualmente descubiertos en pleno siglo XX y que todavía preguntaban por el rey don Felipe II. Y no hablemos más de razas, sino de culturas; y más todavía, de la cultura, pues los campos históricos se han fundido a marcha creciente con la comunicación de la tierra, y el planeta se encamina a la íntegra y cabal circulación de la sangre humana.

Entonces ¿puede, en vista de la uniformidad cultural, fundarse una doctrina sobre la mezcla de todas las lenguas, caso de mutua y total corrupción de unas por otras? La conclusión sería tan pueril como el pretender que los organismos diferenciados y superiores se perfeccionarán volviendo a la homogeneidad primitiva del protoplasma y de la célula única. No nos detengamos en sueño tan monstruoso y tan contrario a los procesos de la realidad, en que ni siquiera tenemos voz ni voto. Si un efecto de industria supone la colaboración de oficios distintos, de acuerdo con el proloquio vulgar: "Zapatero a tus zapatos", de parejo modo la colaboración humana supone que cada pueblo aporte lo suyo. La conservación del carácter propio no es aquí una postura salvaje de "aislacionismo" —como hoy se dice— sino una garantía de plena amistad internacional. Pues a nuestros amigos y a los extraños de nada les servimos dejando de ser quienes somos, sino sólo llevando al trato común nuestro valor propio, positivo e insustituible. Esta simple observación nos prepara para situar el peligro lingüístico de las fronteras. Pero, desde luego, nos conduce al problema de la lengua pura.

Una lengua pura es un paradigna, una abstracción. No existe en parte alguna —y menos en el cosmopolitismo de nuestros días— como no existe un río nutrido por una sola fuente. Mil torrentes la surten, mil sustancias junta en su

seno, al batirse con distintas tierras y recoger los más variados acarreos por todo su lecho. Pudo, en el origen, haber una fuente principal, aunque siempre auxiliada por otras secundarias. Conforme el río extiende y adelanta su curso, se enriquece, evoluciona, cambia, pierde algo de su sustancia y acepta otros incrementos, sin dejar de ser el mismo río. La actual lengua hispana dista mucho del romance vulgar que aparece en los orígenes medievales, el cual muestra ya sus palpitaciones veleidosas en los documentos del siglo XI, y detenido por la reforma cluniacense, se lanza luego en arremetida incontenible a partir del siglo XIII. Los mismos moldes castellanos que condujeron nuestra lengua a su madurez —a modo de invasión que se hincha, relegando a los litorales de la Península todos los otros tipos lingüísticos, que han quedado allá en categoría de lenguas secundarias o de dialectos—, esos mismos moldes que siguen sirviendo de fiel contraste, no son estables como el metro patrón, base del sistema decimal, que se custodia en un subterráneo de París. Sino que, por obra del tiempo, se han flexibilizado en suerte de desarrollo interno, y también por efecto de los contactos coloniales e internacionales. Así, en las novelas de Pérez Galdós, gran repertorio del habla coloquial española, encontramos ya expresiones nacidas por acá entre nosotros, como "liar el petate"; y así, en la actualidad, nadie titubea en incorporar en nuestra lengua palabras como "estandardización" u otros términos semejantes, para sólo hablar de vocablos y no de modificaciones sintácticas, cuyo análisis es más complicado. La lengua hispana, siempre referida naturalmente a sus rasgos y reglas centrales es hoy, lingüísticamente hablando, la suma de todos los modos de hablar y escribir en todas las zonas y pueblos que ella ha venido a cubrir bajo su manto.

La lingüística es un concepto que corresponde a la ciencia natural: registra y nota cuanto existe, sin calificarlo, sin pedirle cuentas. Pero así como el lobo y el perro tienen igual derecho natural de existir, y sin embargo el hombre persigue al lobo y adopta al perro en vista de sus fines propios; así como el hombre corrige, reduce y jardina la selva virgen en nombre del derecho humano; así también nuestra cultura, por interés de la propia conservación, instituye un cuerpo preceptivo, que es la gramática, en medio del bosque de la filo-

logía. Ya se ve que el bosque es la materia prima de nuestra urbanización, y acabar con él sería, de paso, cerrar a ésta el porvenir. Por lo que respecta a la lengua, cosa viva y cambiante, ello además es imposible. No podemos estabilizarla, así como tampoco podemos trazar planes conscientes para su evolución futura. La función del educador se limita a informar sobre el cambio, sin censurarlo en principio, y a enseñar las normas relativamente estables y orientadoras —éstas sí, de aplicación voluntaria y consciente— que deben guiar nuestro viaje por entre las mutaciones extrañas a nuestra intervención. Sólo procurando metódicamente la conservación de un *mínimo* indispensable en las regularidades lingüísticas se mantiene la comunicación humana; y aun antes de que existiera la gramática propiamente tal, o antes de que se la aislara como disciplina específica, ya los hombres procedían así, por instinto y por necesidad.

Durante la Edad Media sólo se escribían gramáticas de las lenguas muertas. Cuando, con el Renacimiento, aparecen las gramáticas de las lenguas vivas, la antigua definición de la gramática como "arte de hablar y escribir correctamente una lengua", definición aceptable para el latín y el griego, se sigue usando para las lenguas en vigencia, absurdo que llega hasta nuestros días. Pues, salvo ocasionales consultas, nadie ha aprendido en los manuales a hablar y a escribir, correcta ni incorrectamente, su propia lengua, como nadie —según la feliz metáfora de Américo Castro— aprendió a andar en bicicleta leyendo tratados de mecánica. La gramática, en nuestro caso, es un análisis teórico que se proyecta, a posteriori, sobre la realidad de una lengua ya poseída, y ella tiene un valor normativo, pero no genético.

Todo esto viene a decir que hay un término de buen sentido y hasta de buen gusto en la enseñanza de los preceptos lingüísticos; que debe inculcarse una idea generosa de la pureza muy ajena al mezquino y pedantesco purismo. La frecuentación de los clásicos, de los modelos universalmente acatados, es en este extremo mucho más eficaz que los manuales de gramática. Ella despierta una sensibilidad singular, un tacto defensivo contra las corrupciones y fealdades, tacto que, de algún modo subconsciente, nos ayuda a conservar la línea de flotación, sin negarnos al vaivén de las olas; nos educa

para resistir la intrusión viciosa y para dejar venir en cambio, casi insensiblemente, el neologismo legítimo. Aquí no caben las reglas absolutas. Eso sí: desde el primer instante hay que grabar en la mente del educando el respeto a los hábitos cultos y auténticamente establecidos, y convencerlo de que las innovaciones personales y voluntarias son derecho exclusivo de unos cuantos y contados genios, dotados del don misterioso de la creación lingüística: Garcilaso, Góngora, Quevedo, Gracián, Rubén Darío.

Todo lenguaje tiene tres notas: la comunicativa e intelectual, que es el dominio más o menos plenamente uniformado por la gramática y relacionado, pero no identificado, con la lógica; la acústica o fonética, que el estilo artístico y la poesía ponen a contribución, que nada tiene que ver con la lógica y que, en cambio, revela ya humores afectivos y se relaciona con la estética; y la expresiva, la humedad de afecto que la pretendida fijeza lógica nunca logra absorber del todo, modalidad sensitiva y patetismo en que bulle la energía vital de las lenguas, manifestada a la vez en los caprichos populares y en las excelsitudes poéticas. La lengua es como un brote biológico que se va canalizando un poco en la lógica, y un mucho en la convención y el uso idiomáticos, pues su génesis no es exclusiva y puramente racional, sino también irracional. No hay que perderlo nunca de vista. Hay que canalizar, pero sin figurarse que por eso se ciega nunca el brote de la linfa. Quienes ignoran la naturaleza del lenguaje, siempre están reclamando contra sus irregularidades (¡sagradas irregularidades que traen todavía el aroma de la creación!), como los niños que conjugan: "Yo *ero,* tú eres." ¿Por qué se dice "a pie juntillas" y no "a pies juntillos" conforme lo exigiría la gramática? ¡Señores: porque así se dice!

Si consideramos ahora hasta qué punto los hábitos lingüísticos penetran en los estratos más íntimos, en las representaciones y en los estímulos psicológicos, salta a la vista la inmensa responsabilidad del maestro. Tiene la lengua una función trascendental y terrible, de doble efecto. Es hondo su alcance individual, por cuanto afecta a la configuración de cada persona, y es hondo su alcance colectivo, por cuanto afecta a la configuración de la sociedad. Y en uno y otro casos, el efecto muestra dos fases: la una vuelta al pasado,

conservación de las experiencias y los tesoros hereditarios; la otra vuelta al porvenir, preparación o programación de nuestras actividades futuras.*

Volvamos a la lengua española. Hay un instante en que ella cobra sentido de su dignidad clásica, aunque de momento la confunde con la idea imperial. La teoría política del imperio —aunque es de todo tiempo— se esclarece en cierto discurso de Carlos V (Madrid, 1528), obra que se atribuía al canciller piamontés Mercurino Gatinara y hoy, por averiguaciones de mi venerado maestro don Ramón Menéndez Pidal, se atribuye al célebre predicador de la corte y autor del *Reloj de Príncipes,* Fray Antonio de Guevara. Pero aun antes de que España se entregara a este sueño ecuménico, la unificación de los reinos de Aragón y Castilla y la colonización de América habían suscitado en el espíritu de los humanistas el sentimiento de una obligación cultural que, naturalmente, traía consigo una atención especial para la lengua. El gran sevillano Antonio de Lebrija (o Nebrija, como suele llamársele) decide por primera vez escribir una *Gramática Castellana* (1492). Era una hazaña revolucionaria. Hasta entonces, como hemos dicho, sólo se habían escrito gramáticas de las lenguas muertas. Nebrija, para justificarse, explica los tres propósitos de su empresa: el docente, el científico, el imperial. Veámoslo rápidamente por su orden.**

1º *El propósito docente.*—Estudiar la gramática de una lengua extraña es cosa abstracta y teológica; otros hombres pudieron conformarse con ello: no un realista del Renacimiento. Es como querer dibujar el contorno de una montaña que no se ha visto: podemos aprender, claro está, a trazarlo de memoria, copiándolo de otros; pero si nunca hemos reparado previamente en los contornos de las montañas próximas, de las que están al alcance de nuestros ojos, ¿qué provecho habrá en ese aprendizaje mecánico? En cambio, si previamente se nos hace apreciar y dibujar el perfil de nuestras montañas, percibiremos la relación entre el esquema y el objeto, y cuando después se nos enseñe el dibujo de una montaña que aún no hemos visto, nos formaremos clara idea de

* A. R., *El deslinde,* cap. VII, § 3 bis.

** *Cfr.* "Antonio de Nebrija", en *Retratos reales e imaginarios, Obras Completas,* tomo III, pp. 419 *ss.*

ella. Dice Nebrija: "Los hombres de nuestra lengua que querrán estudiar la gramática del latín, después que sintieren bien el arte castellano no les será muy difícil; porque es sobre la lengua que ya ellos sienten; cuando pasaren al latín, no habrá cosa tan oscura." De suerte que la gramática castellana venía a ser una introducción del latín. En cuanto a la utilidad del latín —valga hoy lo que valiere—, era entonces tan indispensable como hoy lo es todavía aprender la escritura a mano, que resultará acaso inútil para los hijos de nuestros biznietos. Además, "los vizcaínos, navarros, franceses, italianos y todos los otros que tienen algún trato en conversación en España y necesidad de nuestra lengua, si no vienen desde niños a aprenderla por uso, podránla más aína saber por esta mi obra."

2º *El propósito científico.*—Lo hemos esbozado ya. El latín había sido hasta entonces la lengua por excelencia, y el español se consideraba como una corrupción del latín. A Malón de Chaide le preguntaban sus amigos que cómo escribía en lengua vulgar (español) cosas religiosas y de sustancia, cuando el "vulgar" sólo era propio para cuentos de "hilanderuelas y mujercitas". El propósito de reivindicar la lengua vulgar es una de las formas de ese interés por las cosas populares, folklóricas, que tiene sus raíces en el Renacimiento. No es más que el interés por la propia fisonomía nacional. "Esencialmente al mismo espíritu —dice Castro— responde el emplear las lenguas nacionales para el culto protestante. La Biblia de Lutero es, además, el primer monumento del moderno alemán. La Iglesia católica, al mantener el latín para el culto, volvía la espalda al Renacimiento, y continuaba la tradición medieval."

3º *El propósito imperial.*—En la introducción a la "Antología de poetas hispanoamericanos", escribía Menéndez y Pelayo: "Fue privilegio de las lenguas que llamamos clásicas el extender su imperio por regiones muy distantes de aquellas donde tuvieron su cuna, y el sobrevivirse en cierto modo a sí mismas, persistiendo a través de los siglos en los labios de gentes y de razas traídas a la civilización por el pueblo que primeramente articuló aquellas palabras y dio a la lengua su nombre." Y parece que al escribir así, refiriéndose al grie-

go, al latín, al inglés y a la lengua española —exaltada ya a la categoría de clásica en la historia—, Menéndez y Pelayo describiera el hecho presentido, en los días de su iniciación, por Nebrija, aunque éste confunda la noción clásica con la noción imperial. En efecto, decía Nebrija a la reina Isabel: "Cuando bien conmigo pienso, muy esclarecida Reina, y pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordación y memoria quedaron escritas, una cosa hallo y saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio, y de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron, y después junta fue la caída de entrambos." Antes nación dispersa, antes lengua bárbara; hoy, "los miembros y pedazos de España, que estaban por muchas partes derramados, se redujeron y ayuntaron en un cuerpo y unidad de reino"; hoy, pues, deben erigirse en cuerpo de doctrina los *disjecta membra* de la lengua. Además, "cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a Vuestra Real Majestad, y me preguntó que para qué podía aprovechar, el muy Reverendo Padre Obispo de Ávila me arrebató la respuesta, y respondiendo por mí, dijo que después que Vuestra Alteza metiese debajo de su yugo pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento, aquéllos tuviesen necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi arte podrían venir en el conocimiento de ella, como ahora nosotros aprendemos el arte de la gramática latina para aprender el latín".

Y con esta mayoría de edad sobrevenida en la conciencia de la lengua española, nos trasladamos a América, y particularmente a México. Al fenómeno general de la evolución lingüística se suman aquí algunos factores especiales que se aprecian por comparación con la lengua peninsular.

El rasgo más característico de América es la transformación de algunos fonemas. El abandono de la "ll" castellana y su sustitución por la "y" (excepcionalmente, por una "j" francesa), o el cambio de la "z" y la "c" suave por la "s", no son una novedad, sino una adopción de popularismos que también se notan en varias regiones peninsulares. En cuanto a la confusión de la "v" y la "b", el matiz es menos discernible, y en

España misma es una afectación el querer pronunciar la "v" a la francesa. Todo esto se consideró un tiempo como influencia típicamente andaluza sobre América: andaluza era una buena porción de los conquistadores que trajeron la lengua. Hoy se tiende a pensar que se trata más bien de popularismos españoles y no de meros andalucismos. Aún me acuerdo que Américo Castro y yo encontrábamos por la vega toledana algunas formas que suelen pasar por andaluzas. Estas formas de economía, nos decía Menéndez Pidal, tal vez representen el porvenir de la lengua. Yo escribí cierta divagación sobre "El imperio dialectal de la *se*",* que comprendería a las Vascongadas, Cataluña, Andalucía y su "mar territorial" y desde luego a América. Asturias y Santander más bien usan una "sh" francesa, el sonido de la antigua "x" que perdió la lengua castellana y que deja residuo en la ortografía tradicional de "México" "Méshico"). Verdad es que nuestra "s" se articula a la francesa, con la punta de la lengua en los dientes de abajo, mientras que la "s" castellana se pronuncia con la punta de la lengua en los dientes de arriba. También nuestra "j" es más delantera que la castellana, y cuando yo llegué a Madrid por 1914 —no contaminado aún— Navarro Tomás me hacía notar que yo pronunciaba "Mégico" y no "Méjico". Y yo me ofendía diciéndole que la profunda "j" gutural es causa de que se oiga toser tanto en los teatros y en las iglesias madrileñas. En otras minucias fonéticas no podemos alargarnos aquí.

Otro rasgo de nuestras tierras es el americanismo de vocabulario o de frase. A veces el americanismo es sólo aparente: es alguna forma vieja de la lengua que ha quedado entre nosotros y se ha abandonado en España, y sólo será censurable en la escuela cuando haya cobrado un aspecto rústico, como "truje" por "traje"; o bien el pretendido americanismo es alguna forma actual algo desusada en España y usual entre nosotros, pero perfectamente legítima, como nuestro "angosto", que resulta un tanto amanerado en el habla corriente de Castilla, donde siempre dicen "estrecho". El español usa "antes de ayer" o "anteayer", y nuestro "antier" le parece una expresión grosera. Nuestra frase "Te veré *en* la tarde" no

* *Los dos caminos*, Madrid, 1923.

tiene sentido para el español, que dice siempre "Te veré *a* la tarde", "*por* la tarde" o "*de* tarde". Nuestro "sino hasta" es un mero disparate.

El americanismo auténtico es una palabra que designa un objeto nuevo, americano; y cuando hace falta, no hay motivo para desterrarlo. El Diccionario Académico le va abriendo cada vez más sus puertas.

Hay mexicanismos de frase —y americanismos en general— que representan una aportación positiva al fondo psicológico de la lengua. Alguna vez analicé en tal sentido nuestra expresión "¡Hora que me acuerdo!", expresión que corresponde a un cambio de régimen de la conciencia; brusca voltifacia, más de la voluntad que de la razón; rebeldía, desperezo, gana de jugarse el todo por el todo.* José Moreno Villa, en su *Cornucopia de México* ("El español en boca mexicana"), ha llamado la atención sobre fenómenos todavía más sutiles: entonación dulce y persuasiva, meticulosidad de pronunciación, etc., en que cree percibir un matiz temperamental hecho de confianza y ternura.

En conclusión, fuera de los barbarismos, solecismos, vulgaridades y fealdades (pues el criterio estético es inseparable de la educación), el maestro no debe considerarse obligado a tachar todo mexicanismo por el hecho de serlo. Tal actitud sería anticientífica, contraria al verdadero concepto de la lengua, que arriba dejamos explicado.

Pero entre nosotros hay singularmente un gran peligro al que ya nos hemos referido, y es el peligro de las regiones fronterizas, donde la lengua parece pudrirse por las orillas. Figurarse que esto nos acerca al vecino es figurarse que renunciando a nuestro nombre de familia somos mejor recibidos en sociedad. Que lo haga quien tenga "cola que le pisen"; no los herederos del habla hispana. Lo que podemos llamar "el pochismo" es un vicio que trasciende de la lingüística a la moral. A la mayor amenaza debe corresponder, por parte de los educadores, el máximo cuidado. Cuando hemos oído decir "traite la basquetita que ai viene el mueble", por "Trae la canastita que allí viene el coche", hemos comprendido que era indispensable establecer por toda la frontera un

* *Calendario*, "Psicología dialectal", *Obras Completas*, tomo II, pp. 340-1.

cordón sanitario de cursos para la preservación de nuestra lengua —en que van implícitos nuestro carácter nacional y aun nuestra decencia—, y estamos seguros de que todos nuestros amigos cultos del Norte opinan lo mismo que nosotros. Tampoco les gustaría a ellos que se estropee la lengua inglesa como lo oí hacer a cierto británico aclimatado en la Argentina. Allá dicen "agarrar a uno sin perros", por "agarrarlo descuidado", "sorprenderlo", "madrugarle". El británico, capataz en una "estancia" o hacienda, tuvo soplo de que un peón le robaba, y salió en volandas. "¿Qué le pasa?", le pregunté, y me contestó en lenguaje intermediario: *I'm going to catch one without dogs.*

Por supuesto que también hay enemigos solapados en el interior. Tales son todas las fuerzas de la incultura. Y entre las más subrepticias y dañinas, esas que se disfrazan de amena literatura para los niños, y propagan tantas vulgaridades criminales, ajenas a las tradiciones de nuestro gusto, e innumerables dolencias lingüísticas. Aun las estaciones de radio —que, por otra parte, hacen algunas sesiones más o menos afortunadas de enseñanza lingüística— no son siempre muy cuidadosas en la elección de sus locutores, cuyos defectos de pronunciación, entonación, vocabulario y sintaxis podrían a veces servir de ejercicio práctico en las escuelas.

El rigor, más acentuado para los temas escritos, que deben respetar el común denominador de la lengua culta, a menos que se trate precisamente de hacer "realismo costumbrista", debe atenuarse para la lengua hablada. Con todo el respeto que merece el autor del *Diálogo de la lengua,* aquello de "escribo como hablo" no pasa de una jactancia peligrosa, pues ambas funciones, el escribir y el hablar, obedecen a distinto régimen. Nunca escribirá bien quien escribe como habla, y los llamados estilos espontáneos y naturales, o son un presente que los Reyes Magos no dan a todos, o son un laborioso efecto del arte, pero difícilmente coinciden con el modo de hablar corriente y moliente de los escritores en cuestión. Inversamente, nunca hablará bien, sino que será un insoportable redicho y alambicado, quien hable como escriba. Era yo un muchacho de dieciocho años cuando me alejé para siempre de una compañera que vino a contarme: "Hay un árbol a

dos hectómetros de mi casa", y cuando le perdí el respeto a un pobre profesor que me dijo: "Me arde la garganta; me lastimé al deglutir el bolo alimenticio." Y es que el tal bolo y el tal hectómetro sólo se degluten y pasan en los tratados técnicos especiales, pero no en la charla. Y la charla, señores maestros, también es terreno donde la educación tiene mucho que entender. ¡Como que es la forma habitual e inmediata del encuentro entre los hombres, y donde hacen más falta la buena condición y el enseñamiento oportuno! Sobre este y otros puntos que la retórica de los antiguos contempló siempre con suma atención, convendría releer a Quintiliano, cuya experiencia pedagógica no ha sido hasta hoy superada. El agudo preceptor de los Césares acompaña al hombre parlante desde la cuna a la sepultura, e igualmente da consejos sobre la elección de la niñera y sobre los estudios de la vejez, todo con miras a la constante educación lingüística, que dura tanto como dura una vida.

El secreto de la enseñanza, aquí como en todo, es el ejercicio. Los libros de recetas no hacen a los buenos cocineros, sino sólo la continua práctica en el fogón. Quédense los recetarios como guías y referencias, y multiplíquense las composiciones orales y escritas, las charlas, las discusiones sobre los casos vivos que se ofrezcan a mano. En la masa lingüística establecida por el ambiente y los intereses dominantes de cada población (la agricultura, la industria, o lo que sea), allí debe comenzar el maestro. Si hemos de salir al vasto mundo, hay que cruzar antes la puerta de la casa. Para el filólogo la lengua tiene un pasado, una evolución y una doctrina más o menos estable. Para el educando, la lengua es un acto de vitalidad como la respiración o el movimiento de su cuerpo. Esta cosa presente y viva da la materia del primer paso en la enseñanza. Antes que nada, hay que adiestrar en la justa referencia de cada nombre a cada objeto; después viene el enriquecer el léxico; luego, la fraseología, y así sucesivamente, todo acompañado de la dicción. Y de modo concomitante, los análisis teóricos, cuyas especies deben irse reservando como en depósito, para llegar al final, y sólo al final, al conjunto preceptivo de la gramática. Aun las lenguas extranjeras, según Bally, sólo debieran abordarse cuando ya se ha

paseado bastante por la lengua propia. Y sobre todo, y antes y después de todo, la acción lingüística, sin la cual la preceptuación no tiene sentido ni aprovecha. Más vale obligar a los muchachos a vivir dentro del aula con todos los riesgos de la vida —equivocaciones, tartamudeos, rechiflas, burlas y todos los achaques de la incipiencia— que no el hacerlos "morir según las reglas", como decía el médico de Molière.

X. UN MUNDO ORGANIZADO *

DE TODOS los puntos del horizonte llegan avisos, consejos y proyectos sobre la necesaria reorganización del mundo después del incendio que lo ha destruido en buena parte y que amenazó consumirlo todo. Nadie pone en duda que tengamos el deber de acudir a esta necesidad imperiosa. El día de mañana no debe sorprendernos en el estado de funesta impreparación en que la paz de Versalles sorprendió al mundo. El clásico *laissez-faire* no puede salvarnos. No es legítimo confiar en la inercia de la sola naturaleza, sino que esta inercia debe ser conducida y aprovechada por nuestra voluntad. No nos enfrentamos aquí con una tarea que puede resolver el tiempo abandonado a sí mismo, sino con una tarea que debe ser creación del arte humano, de la conciencia vigilante y despierta. El afán por recomponer el mundo mediante arbitrios políticos pudo ser en otros días la chifladura de aquellos que llamaba Quevedo "locos repúblicos". Hoy es un deber apremiante, a menos que nos resignemos a dejar que el planeta se convierta en un revolcadero de bestias. Tras el fracaso de los antiguos esquemas —alianzas parciales, balanzas de poder, etc.—, todos los esquemas se orientan hoy hacia una coordinación superestatal de todas las naciones. Todos lo admiten así en teoría. Pero al acercarnos a la práctica, comienzan las dudas y los recelos.

El latinoamericano medio, por ejemplo, cuando oye hablar de una organización cooperativa del mundo, tiende a imaginarse un Estado monstruo, regido por dos o tres Grandes Potencias omnímodas y resueltas a imponer sus decisiones en detrimento de los pueblos débiles. Y especialmente, ve aparecer el fantasma del imperialismo que alarga las manos por nuestras Américas. Teme que tal organización universal signifique la ruina de las soberanías nacionales. Reacciona ante este plan ambicioso con la desconfianza característica del

* Para un volumen misceláneo de ensayos de varios autores, cuya publicación en inglés prepara la Worldover Press, de los Estados Unidos.

ciudadano de un Estado menor, desengañado y aleccionado ya por las pasadas vicisitudes. No quiere que los posibles abusos de la hegemonía adquieran la legitimación jurídica a la sombra de un contrato que, al abarcar a todos los pueblos, los someta automáticamente al pueblo más fuerte. Reconoce que la soberanía es una noción relativa y elástica, pero no considera prudente ensanchar los límites de esta elasticidad. Acepta, en principio, que hay un sentimiento universal de justicia por encima del capricho de los gobiernos soberanos. Acepta también, en el orden particular y concreto, que todo arreglo entre gobiernos, todo tratado internacional, es una atenuación a la soberanía. Sabe de sobra que si la libertad individual, dentro de cada Estado, sólo puede normalmente desarrollarse mediante un sistema de restricciones mutuas que la hagan posible, lo mismo debe acontecer entre los varios Estados que integran el cuerpo de la humanidad, pues de otro modo no habría barreras a la intrusión y a la conquista. Pero se inclina a preferir que estas nociones se mantengan en su actual vaguedad, por miedo de que una planificación demasiado precisa resulte, voluntaria o involuntariamente, en una aceptación previa de la intrusión y la conquista.

Tales son los términos del dilema. Y es que las nociones son como el pan, que sólo es verdadero pan cuando no se saca de su temperatura adecuada. Pues la misma masa, la misma sustancia, es cosa cruda e inapetecible antes de meterla al horno, y es un montón de ceniza si se la deja demasiado en el horno. El problema se reduce a encontrar un justo equilibrio entre la soberanía y la supersoberanía. Lo cual, inmediatamente, plantea la cuestión vital de dar, dentro del organismo superestatal, una posición tal a los Estados menores, que éstos no se sientan amenazados por las Grandes Potencias, y de encontrar para éstas un sistema tal de engranajes, que ellas no puedan empujar al mundo a un nuevo desastre como el que ahora padecemos.

Este punto, que es el fundamentalmente político y el más difícil de resolver en la práctica, acaso no debiera atacarse de frente y en toda su plenitud. Acaso fuera preferible dejarlo en una generosa confederación de buena voluntad entre los Estados, y de mutuo y general auxilio contra todo agravio o

agresión. En cambio, no parece difícil rodear esta región hipersensible de las soberanías nacionales con una red de acuerdos referentes a otros aspectos de la cuestión (cooperaciones económicas, administrativas y culturales), en que la necesidad de un plan es innegable y el peligro de abuso mucho menos grave.

Se dirá que muchas guerras, muchos conflictos políticos, surgen precisamente de choques en asuntos administrativos y económicos. Es verdad: no es posible proponer una panacea universal. Pero si, mediante el hábito de la cooperación técnica, se logra acostumbrar poco a poco a los pueblos y a los gobiernos a no incurrir en ofensas a la dignidad nacional al discutir sus problemas, y a no considerar tal discusión como un agravio, sino como una dificultad que debe resolverse entre varios, se habrán evitado muchas ocasiones de conflictos armados. Los hombres civilizados reconocen que no hay ofensa en el desacuerdo de opiniones o de intereses, y que la conciliación es la mayor virtud cuando los términos que se oponen son igualmente honestos. Pero los Estados civilizados no siempre lo reconocen así, y demuestran una actitud de barbarie que equivale a decir: "El que no me ataca, me ofende." Hay que trasladar este punto de vista, propio de edades atrasadas, de modo que los Estados (y singularmente las Grandes Potencias, que son las más inclinadas a la soberbia), no se crean rebajados o humillados por no salirse con la suya. Sin espíritu de sacrificio nada se lograría. Y entiéndase bien: el mayor sacrificio corresponde a los Estados más fuertes.

Además, el plan debería prever las transformaciones que la experiencia y la marcha misma de la vida vayan aconsejando, mediante reuniones periódicas que tengan el carácter de Asambleas Superconstitucionales. Se trata de un magno ensayo que la humanidad intentaría por primera vez, y el establecerlo desde ahora sobre bases inconmovibles en todos sus detalles conduciría a un seguro fracaso. Los estadistas llamados a resolver tan ardua cuestión deben defenderse del demonio de la soberbia, confesarse que saben poco y que ellos mismos van a someterse a un aprendizaje progresivo.

Entrar aquí en mayores detalles sería imposible. Considérese, por ejemplo, el difícil extremo relativo a la relación en-

tre vencedores y vencidos y a las estipulaciones punitivas, exigidas por la dignidad de la especie humana, contra los responsables del desastre del mundo. Este extremo acarrea consigo una serie de matices y graduaciones, desde el castigo puro y simple, pasando por la obligación de las restituciones debidas, y tan cabales como sea posible, hasta la reeducación evolutiva de las juventudes y las masas beligerantes. Pues estas juventudes y estas masas han sido desviadas ahora del sentimiento normal de la especie por la consciente modelación guerrera a que se las ha sometido y por el efecto inconsciente de la práctica bélica. Todo lo cual deja en el ánimo de los pueblos lesiones seculares, odios latentes y un sinnúmero de extravíos morales y perturbaciones biológicas. Hay, pues, que reconstruir a algunas naciones desde los cimientos psíquicos y físicos. A otras, simplemente, hay que aliviarlas. A otras, finalmente, hay que inculcarles el sentimiento de un nuevo honor: la misión tutelar, y siempre solidaria, de la justicia en la tierra. Este solo ejemplo basta para apreciar el carácter movedizo y adaptable del plan soñado, si es que de veras ha de cubrir la realidad y ser de veras eficaz.

La obra de la cultura consiste en salvaguardar, trasmitir y hacer correr con igual facilidad por todos los pueblos las conquistas del hombre, materiales o espirituales; consiste en redondear y canalizar la tierra para la mejor circulación del bien humano. Por eso la cultura es, en esencia, coordinación cooperativa: lo mismo los puentes y túneles, las carreteras, los medios de locomoción, que la repartición y distribución de los frutos económicos o intelectuales. La captación de la tierra por el hombre dista mucho de ser completa. El ideal no se ha realizado, acaso porque nunca se logró que los distintos pueblos marchen de acuerdo.

Semejante falta de acuerdo introduce obstáculos y coeficientes de indiferencia que transforman la historia en una ciega carrera de azares. El azar es nuestro enemigo, y hay que ponerle sitio por todos los medios a nuestro alcance. El plan universal ha dejado de ser quimérico para una era como la nuestra, en que la comunicación humana es, prácticamente, completa. El "campo histórico" de que habla Toynbee era minúsculo para la tribu primitiva, pequeño para la Polis

griega, limitado para el Imperio Romano y aun para la Ecumene Cristiana que lo sucedió. Pero hoy el campo histórico, nuestro campo de labranza, es ya planetario.

Y puesto que los productos aprovechables —ya materiales o espirituales— no se dan igualmente en todos los sitios y en todos los tiempos, es innegable que hace falta coordinar y distribuir toda la producción humana de suerte que a todos aproveche. Mientras en una región se quemen los efectos agrícolas para mantener los precios, cuando en otras hay poblaciones que perecen de hambre; mientras las regulaciones aduanales sean incompatibles a uno y a otro lado de la misma frontera; mientras existan conflictos de Derecho Internacional Privado por falta de un Código que prevea los desajustes de unas y otras leyes internas; mientras las carreteras internacionales puedan ser consideradas como una amenaza; mientras los empresarios y acaparadores tengan la facultad de esconder los beneficios de algún invento para no arruinar su lucro inmediato; mientras los letrados y los analfabetos se codeen en las mismas calles; mientras todo esto acontezca, ni siquiera podremos jactarnos de haber alcanzado la grandeza del sueño de Alejandro: aquella igualdad de clases, pueblos y razas, aquella *homónoia* o humanidad unificada que con tanta razón sedujo a los antiguos estoicos.

Nada nos costaría pergeñar, a nuestra idea, algunos tipos posibles de coordinación económica, administrativa, cultural, trazando las líneas generales de sendos Institutos que concentraran y repartieran la acción de todos los Estados en los órdenes respectivos. Ello, desde luego, significaría una completa reforma de la diplomacia, la cual todavía está en pañales y apenas ocupa una parte mínima de su territorio. Tal organización operaría en vastas proporciones equilibrando el cambio de artículos indispensables, conciliando preceptos que no deben estar en oposición de uno a otro cabo del planeta, o intensificando y regulando los preciosos servicios del arte y la ciencia.

Como, además de la mejor distribución del bien general —aspecto positivo—, hay que evitar la guerra —aspecto negativo—, será indispensable montar una máquina de derecho internacional que sume todos los principios conquistados y

establezca los tres recursos sucesivos de la conciliación, el arbitraje y la justicia internacional propiamente dicha. Algo, en suma, semejante al *Código de la Paz,* elaborado por dos juristas mexicanos y el autor de estas líneas, y presentado por México, a modo de tema teórico para el estudio y la reflexión de los gobiernos continentales, en los últimos Congresos de la Unión Panamericana. Si entonces el proyecto sólo podía proponerse como tema teórico, hoy los acontecimientos posteriores parece que lo hacen más viable.

Pero el dibujar aquí este plan de conjunto escapa a nuestro propósito inmediato, que es precisamente el mostrar la movilidad de un sistema en marcha, sistema que admite en su seno todas las sugestiones útiles, ya de iniciativa pública o privada.

Lo que ante todo importa es educar la fe; recordar al escéptico que muchas cosas que ayer parecían quiméricas son hoy vulgaridades al alcance de todos, y convencerlo de que lo mismo puede pasar mañana. La gente de pluma debiera consagrar siquiera una parte de su trabajo a esta función de magnetismo espiritual, a esta "psicagogía" o conducción de la mente.

No dejemos que la desesperanza nos invada, porque entonces habrá llegado la hora de entregar nuestra morada mortal a la dirección de otro animal mejor dotado. No permitamos que el porvenir quede entregado a la desesperación y a la violencia, fuerzas negativas que pronto acabarían con los hombres. Hay que predicar —por encima de todas las disidencias teológicas en cuanto a la proyección sobrenatural de la vida humana— algo como una religión terrestre, que nos despierte al sentido ético de nuestra misión natural. Ayuden todos los sacerdocios, todos los hombres de buena voluntad, todos los que usan el arte de hablar y de escribir.

En esta reconstrucción del mundo, incumbe a nuestras Américas un papel importante. Y esto, no sólo porque Europa, nuestra venerable y común maestra, saldrá de la guerra como un soldado herido, necesitado de auxilios y vendajes en tanto que vuelve a recobrar la salud, mientras que nosotros vamos saliendo de la guerra mucho menos maltrechos. Hay algo más: para la reconstrucción del mundo, que ha de ope-

rarse sobre una base de entendimiento internacional, nuestras Américas cuentan con la ventaja de su propia tradición, tradición que las ha avezado en una visión internacional de las cosas.

En efecto: todas nuestras trayectorias confluyen en esta dirección de internacionalismo. Nuestros pueblos son hijos de mezclas raciales y nacionales diversas, y han probado por sí mismos la posibilidad de fundir en su crisol varios elementos. Además, el común denominador ibero en media América, y el común denominador anglosajón en la otra media América han permitido, en nuestros dos orbes respectivos, una comunicación mucho más fácil y mucho menos cohibida por la preocupación de lo nacional y lo extranjero que en el tablero de las recelosas naciones europeas. Entre las dos personas del diálogo americano hay divergencias obvias: la libertad es entendida en el Norte como lealtad jurídica, con sacrificio de la persona; y es entendida en el Sur como cosa individual, privada y casera, con indiferencia para la lealtad jurídica. La cultura, en el Norte, está dominada por un afán de coordinación de materiales y de nivelación media; mientras que en el Sur está dominada por un afán de interpretación apresurada, donde no hay nivelación posible entre las personalidades sobresalientes y el bajo pueblo. Pero, a pesar de estas divergencias, llamadas a corregirse mutuamente por el contacto, y aun a pesar de los errores en las relaciones del Norte con el Sur, las últimas experiencias demuestran la posibilidad de la comprensión y la amistad, y éstas serán todavía mayores cuanto más se las solicite y se las eduque.

Añádase a esto que en el Nuevo Mundo llevamos más de medio siglo de cooperación panamericana, ya sea mediante organismos oficiales o institucionales, ya por el efecto natural de la vecindad entre nuestras respectivas naciones. Aun antes de que existieran entre las cancillerías pactos especiales como los de estos últimos años, los agravios a cualquier país del Continente han repercutido de modo espontáneo, y como reacción de la naturaleza, en los demás países. Así, la intervención francesa en México puso en guardia lo mismo a los Estados Unidos que a las distantes repúblicas platenses y

andinas. La solidaridad latente no es, pues, argumento político de oportunidad, sino un hecho real y de siempre.

Por último, la misma circunstancia negativa de que hayamos sido mucho tiempo pueblos de cultura colonial o importada, nos adiestró para buscar fuera de nuestras fronteras los elementos indispensables a nuestra representación del mundo, sin que hayamos perdido esta agilidad, como las viejas culturas europeas y autárquicas, a quienes fue dable recluirse dentro de su muralla china. El americano medio conoce a Europa mucho mejor que el europeo medio a nuestras Américas. Cuando salimos de nuestras patrias, los americanos somos menos extranjeros que el europeo en tierra ajena.

Todas estas circunstancias nos capacitan para el entendimiento internacional, tarea que muy pronto será nuestra incumbencia histórica y la de nuestros hijos, a quienes tenemos que legar un mundo mejor.

México-XII-1943.

III

NO HAY TAL LUGAR...

Noticia

Algunas de estas notas son inéditas. Otras han aparecido antes: la núm. I, en *Humanidades,* México, marzo de 1955; las núms. I, II, III, IV y V se enviaron a la revista habanera *Bohemia,* entre noviembre de 1955 y febrero de 1956, aunque nunca fue posible saber si todas se habían publicado; las núms. X, XI, XII, XIII y XVIII, se usaron en mi serie de artículos titulada "Horizontes", que mensualmente distribuye entre periódicos y revistas de lengua española la American Literary Agency de Nueva York (A. L. A.), septiembre de 1956 y febrero a mayo de 1957, respectivamente; la *Vida Universitaria* de Monterrey, en mi colección semanaria de "Las Burlas Veras", ha recogido las núms. XIV, XV y XVI, 26 de febrero, 12 y 16 de marzo de 1958 respectivamente, a la vez enviadas a *El Nacional,* de Caracas y *El Comercio,* de Lima; la misma *Vida Universitaria,* en su aniversario del 26 de marzo de 1958, presenta la núm. VI; y la núm. XIX se usó para el Almanaque de *Previsión y Seguridad,* Monterrey, 1959

PRÓLOGO

ESTAS notas sueltas, frutos a veces de la ociosidad pluma en mano, proceden de una conferencia, *Enumeración de Utopías*, leída en la Escuela de Derecho (México, 7 de agosto de 1924) y poco después, al aire libre, sobre una mesa y bajo un árbol, en la Escuela de Agricultura de Chapingo. No puedo ya asignarles ninguna fecha definida; pues, por una parte, con el transcurso del tiempo, han ido perdiendo la estorbosa rebaba y, por otra, han ido creciendo en desorden. En desorden, por lo tanto, las publico, meras charlas que no aspiran al sistema ni menos a agotar el asunto. Inéditas, sufrieron la suerte de lo inédito: la constante transformación y, lo que es peor, el saqueo constante y el aprovechamiento para otros trabajos ulteriores que salieron antes a la imprenta. Mucho falta aquí para trazar el cuadro de la literatura utópica, y seguramente sobran muchas referencias de mera curiosidad.

En varios libros míos se han cruzado temas afines. A veces lo he advertido en nota, y a veces, lo he dejado pasar. Por ejemplo, a propósito de la Atlántida de Platón o, en general, las Islas Utópicas, puedo referirme a mis trabajos siguientes: "La Atlántida castigada" (*Sirtes*); "El presagio de América" (*Última Tule*); "La novela de Platón" (*Junta de sombras*); "Las Utopías" (*Los trabajos y los días, Obras Completas*, IX, 271-4); y algún pasaje en mi curso sobre "el pensamiento político de los griegos" (El Colegio Nacional, México, 1957). Otros cursos tengo preparados, que también han de evocar las utopías y tierras imaginadas, a saber: "Las leyendas griegas del mar" y "Los primeros siglos de la literatura francesa" (de que he dado anticipaciones y que especialmente se acercan al tema a propósito de San Balandrán). He debido aludir a las concepciones helénicas sobre el reino de Hades, el Elíseo, la escatología mística ya en su fase sombría o ya en su fase luminosa —asuntos algo sollamados por la preocupación utópica— en dos obras que es-

toy escribiendo sobre mitología griega y religión griega. Finalmente, aún no recojo en libro ciertas noticias publicadas en periódicos y revistas relativas a viajes interplanetarios, viajes que de pronto asumen el aire de verdaderas utopías.

En cuanto al título de estas páginas, se explica por la palabra de Quevedo en su prólogo a la *Utopía* de Moro traducida por Medinilla y Porres: "...*Utopía,* voz griega cuyo significado es *no hay tal lugar.*"

I

HAY UN instante y corresponde singularmente a las épocas de transición brusca en que el poeta se adelanta al jurista e imagina, a lo novelesco, una sociedad perfeccionada, mejor que la actual; una ciudad teórica, soñada, donde los conflictos del trato entre los hombres hallan plácida solución; una fórmula armoniosa en que el bienestar se asegura mediante el cambio completo de costumbres y leyes; un ensueño revolucionario, todo lo fantástico que se quiera, pero índice claro y auténtico de las aspiraciones generales o siquiera de las más refinadas: aquello en suma que, con estilo de historiador literario, llamamos Utopía o República Perfecta. "Utopía", lugar que no está en ninguna parte. El poeta inglés William Morris llama a su novela utópica *News from Nowhere,* noticias de ninguna parte. Y Samuel Butler, invirtiendo la palabra *nowhere,* llama a su australiana utopía *Erewhon.* La utopía anda en las coplas populares:

> En la tierra No-Sé-Dónde
> veneran no sé qué Santo,
> que rezado no sé qué
> se gana no sé qué tanto.

Sólo hay, en efecto, una diferencia de celeridad entre el ánimo del grande humanista inglés Tomás Moro, cuando —en el reposo de su estudio, pero empujado por la inquietud más fecunda de la historia— escribe la *Utopía* de que todos han oído hablar, y el diputado, cualquiera, del 1789 que, a punta de improperios y arrebatos parlamentarios, entrecortado de sobresaltos, pletórico de filosofía jacobina, trata de re-

dactar ese grande poema práctico, la *Declaración de los Derechos del Hombre.* Ambos, con sus ideales propios y según las luces de su tiempo, aspiran a la República Perfecta: como en todas las Constituciones políticas de los pueblos modernos.

Fácil es distinguir entre las utopías políticas propiamente tales —proyectos de posibles reformas— y las meras fantasías en que la imaginación se alivia de la realidad por un puro placer poético. Pero, en efecto, aun las Constituciones mismas son metas propuestas a la conducta de los ciudadanos. No siempre es fácil cumplirlas, por lo tanto. Y hasta ocurre pensar, en horas de asueto contemplativo, que si se las cumple al pie de la letra, ya no satisfacen su misión y hay que reformarlas, hay que ofrecer una meta un poco más alta. Tal vez en esto pensaba John Cotton —el adusto salvajón eclesiástico de la Nueva Inglaterra— cuando se atrevió a escribir: "Una ley es tanto menos provechosa cuanto más huele a hombre."

De suerte que la misma estrella preside al legislador, al reformista, al revolucionario, al apóstol, al poeta. Cuando el sueño de una humanidad mejor se hace literario, cuando el estímulo práctico se descarga en invenciones teóricas, el legislador, el reformista, el revolucionario y el apóstol son, como el poeta mismo, autores de utopías. Y, al contrario, en el escritor de utopías se trasluce al gobernante en potencia: toda república perfecta requiere, como juez supremo, a su inventor. Utopías en marcha son los impulsos que determinan las transformaciones sociales; ilusiones políticas que cuajan al fin en nuevas instituciones; sueños preñados del éxito y del fracaso que llevan en sí todos los sueños, y hasta recorridos interiormente por ese despego de las contingencias que, en último análisis, se llama ironía. Quiere decir que nos inspiran igualmente lo que ha existido y lo que todavía no existe.

Reflexiónese, por ejemplo, en la vieja idea del "pacto social" como fundamento filosófico de las sociedades. Protágoras y otros pensadores griegos la anuncian; la esbozan, después, Althusio y Grocio; por primera vez la desarrolla Hobbes en su *Leviatán;* la exponen, más tarde, Spinoza en su *Tratado teológico político,* Hooker en su *Política eclesiás-*

tica, Locke en su *Gobierno civil;* Rousseau le da el nombre de "contrato"; y Kant la interpreta como criterio general de justicia.

Popularizada en la reforma romántica, interesa la concepción moderna del Estado, y en redor de nuestras Constituciones, Cartas Magnas o Pactos, divagamos o combatimos como si defendiéramos nuestro derecho a soñar, a enaltecernos, a salir cada día un poco más allá de nosotros mismos.

También los Enciclopedistas buscaron la felicidad en las reformas sociales. Y de aquel mundo nutrido de filosofía y retórica más o menos clásica, educado y conducido por literatos, nació la Revolución francesa. Aquí se descubre fácilmente lo que en ella hubo de sueño y, a pesar de tanta sangre vertida, hasta de juego infantil. ¿Qué otra cosa es el tratamiento ritual de "ciudadanos" que usan entre sí los vecinos? ¿Y el ensayo de religión laica, que había de resucitar con el Positivismo de Comte? Querían los hombres de entonces sanear el mundo del "miasma eclesiástico", fomentando el culto de la Inteligencia. Los bautizados se lavaban para desbautizarse; los sacerdotes arrepentidos se divorciaban de su breviario en ceremonia pública. A la gótica Notre-Dame, llena de quimeras, se la llamaba oficialmente el Templo de la Razón, nueva deidad a que sería consagrada. Fabre d'Églantine inventó otro Calendario. (Comte también lo ha de recordar.) La economía política divagó: ya no habría pobres ni ricos, y esto por mera resolución gubernativa. La arquitectura se hizo sentimental: era menester que se demolieran los campanarios, porque las torres sobresalen como magnates y recuerdan los feudales oprobios. La filosofía se dictó por decretos. Uno, célebre, de Nevers, declaraba que la muerte es "un sueño eterno". (¿Y no sabemos de algún conquistador español que, al hacerse cargo de su gobierno en las Indias, dictaba, por decreto oficial, la existencia de un solo Dios verdadero y Tres Personas distintas?) Impresiona en toda esta época el carácter acentuadamente verbal de los entusiasmos populares, acarreados entre las brisas girondinas. Entre 1789 y 1799 aparece una colección de términos y expresiones que regocijarían al humanismo, si no hubieran

hecho caer tantas cabezas. Robespierre aparece verdaderamente acosado por una trinidad terrible: el Ser Supremo, la Virtud y la Propiedad. Pero donde se extrema el sentido utópico de la Revolución es en la creencia de que se legisla para el universo. (Lo que en cierto modo resultó verdad para todo un orbe de sociedades humanas.) La Asamblea Nacional llegó a recibir solemnemente en su seno a una supuesta diputación de indostánicos, árabes, armenios, egipcios y otros pueblos exóticos —lacayos y cocheros disfrazados por los aristócratas zumbones—, quienes venían, en nombre de toda la tierra, a agradecer el advenimiento de la Justicia.

II

O por larga educación filosófica o por espontánea tendencia al equilibrio entre la esperanza y el recuerdo, los hombres sintieron siempre la necesidad —formulada en el dogma católico, heredero de la sensibilidad de los siglos —de figurarse que proceden de otra era mejor y caminan hacia otra era mejor; que se han dejado a la espalda un paraíso ya perdido y tienen por delante nada menos que la conquista de un cielo, aunque sea un "cielo terrestre". Nuestra existencia transcurre entre dos utopías, dos espejismos, dos figuraciones de la ciudad feliz, la que no se encuentra en parte alguna. Hay, pues, utopías retrospectivas y utopías de anticipación.

Hacia atrás: cuando examinamos las vicisitudes de la familia humana como grupo animal, nos inclinamos, tomando el ejemplo algo candorosamente interpretado de las sociedades de hormigas o de abejas, a suponer que nuestra historia deriva de una decadencia o descenso; que en el origen era el bien; que hemos pervertido la naturaleza; que en el fabuloso Siglo de Oro, anterior a la memoria misma, todo estaba resuelto. Y oímos la voz de 'don Quijote' que, con la emblemática bellota en la mano, diserta entre los cabreros sobre la dichosa edad y siglos dichosos en que no se conocían lo mío y lo tuyo.

Cuando el filósofo se pregunta sobre los orígenes y los fundamentos jurídicos de la sociedad, concibe una suerte de novela e imagina a los hombres reunidos en certamen para

convenir las bases de la vecindad o convivencia. Así en Juan Jacobo.

Hacia adelante: No podemos aventurarnos en la hollada carretera del progreso y la perfectibilidad, o en la selva apenas desbrozada del socialismo y del comunismo, sin pisar terrenos de la utopía. Las promesas de los profetas se perpetúan en las concepciones de los reformadores modernos. El aprovechamiento de las teorías evolucionistas, algo maliciosamente interpretadas, nos inclina a esperar cambios definitivos en nuestra misma naturaleza. La costumbre es segunda naturaleza, o la naturaleza es una segunda costumbre, como ya se ha dicho. El hábito, en el sentido lamarckiano, se incorpora a nuestro ser, dotándolo de facultades nuevas. El cirquero y el equilibrista nos ofrecen ejemplos de los puntos que alcanza la disciplina con los pobres recursos del cuerpo humano. ¿Qué no hará el alma? Luzbel se apodera de nosotros. Alzamos la torre que ha de tocar el cielo. De nuestra carne nacerá el Superhombre.

Cuando el filósofo se pregunta sobre los rasgos de nuestra futura sociedad, la sociedad limpia de conflictos, concibe una suerte de novela e imagina a los hombres reunidos en certamen para convenir los ordenamientos y engranajes de pasiones y apetitos, que a la vez realicen la dicha propia y nos hagan útiles a los demás. Utopía de anticipación, el régimen que propone el buen Fourier.

Pueden, pues, confundirse la filosofía política y la novela. Tanto hay novela como doctrina social en Hobbes, en Sir Robert Filmer, en el austriaco Theodor Hertzka, inventor de una imaginaria *Freiland* comunista allá por el lejano abrigo del África.

Y aún cabe distinguir entre las utopías atractivas y las repulsivas, las que se ofrecen a guisa de modelo y anhelo, y las que de antemano acusan el peligro a que podemos llegar, si es que nos abandonamos a este o el otro error político: totalitarismo, abuso de los instrumentos de destrucción o de las normas eugenéticas por parte del Estado...

Pero si hemos dicho que la Iglesia recoge en sus dogmas esta sed utópica de los hombres, ya vuelta al pasado o al porvenir, ¿por qué Paul Claudel, poeta católico, considera

con tanta aversión como desconfianza estos sueños sobre sociedades y ciudades quiméricas? Sin duda porque, fuera de los dogmas estrictos, él sospecha oscuramente —utopista de una sola utopía— que semejantes invenciones llevan fácilmente a los extremos heréticos. Y no se engaña.

III

Entre las utopías retrospectivas, hay que recordar la abundante literatura sobre la Arcadia Feliz y la sabia vida del campo. También la tradición sobre las Batuecas, esta Arcadia española: reducto bárbaro y pastoril que el folklore sitúa en alguna parte de Salamanca; según éstos, colonia gótica que se escondía de los moros, y según aquéllos, yacimiento cántabro perdido en un como "naufragio terrestre" y encerrado por un desbordamiento del Tormes. Lo que haría suponer el designio providencial de perpetuar hasta nuestros días una muestra de la pureza primitiva.

Dicen que el azar condujo una vez al Duque de Alba hasta esta región bienaventurada, guarecida contra la civilización y sus errores dentro de un circo montañoso y alumbrada apenas por el sol durante cuatro horas al día. Sus habitantes, si algunas necesidades conocieron, debieron ser —como las del príncipe dichoso en el *Rasselas* del doctor Johnson, novela del siglo XVIII— las necesidades del que nada necesita.

La historia de este descubrimiento, mal establecido en cuentos del vulgo, inspira la novela de la Condesa de Genlis, *Les Battuécas* (comienzos del siglo XIX), donde se asegura la veracidad de la tradición con fundamento en el *Diccionario* de Moréri y en el viaje de Bourgoing.

> Esta feliz y pequeña república —dice el prefacio— existía en toda su venturosa oscuridad y aún gozaba del olvido del mundo por 1806, aunque se ignora si después se habrá visto comprometida en la guerra sangrienta que azota a España. Queremos creer que, defendida entre rocas y preservada por su pobreza, la ambición haya desdeñado el avasallarla y corromperla.

Cuenta Mme de Genlis que este valle fue descubierto en el siglo XVI (donde hacia 1559 se había fundado un convento

de carmelitas) por una pareja de amantes que escapaban a la persecución de sus familias.

Entre los españoles que han tratado de las Batuecas, figuran Alonso Sánchez, *De rebus hispaniae* (1632); Hartzenbusch, *Las Batuecas;* Larra ("El Pobrecito Hablador") y Vicente de la Fuente en su relato sobre la expedición a la Sierra de Francia.

El tema de las Batuecas tendrá en nuestro tiempo una inesperada corroboración con el hallazgo, cruel y casi infernal, del pueblo de las Hurdes. Los hurdetanos aparecieron de pronto a los ojos del obispo de Coria, don Pedro Segura, en una visita pastoral, como una población extra o infrahumana que algún cometa, al acercarse, hubiera dejado caer entre los montes ibéricos. Eran una casta degenerada, de bajísima talla y de aspecto poco atractivo, y aún pedían nuevas, en pleno siglo xx, del monarca don Felipe II. Algo parecido a lo que acontece con esas tribus montaraces que de cuando en cuando descubren en México los antropólogos. El obispo interesó a don Alfonso XIII en el caso y se creó un Patronato de las Hurdes con fines filantrópicos y para realizar lo que, en tiempos de Carlos II, se llamaba colonización interior. Algo se hizo en el orden del saneamiento, el tratamiento del bocio, etc. Y las misiones culturales de la República —si mal no recuerdo— llevaron más tarde un par de expediciones a las Hurdes, y hasta su famoso teatro en carreta.

IV

Al tipo de idealizaciones del pasado pertenecen, aunque pretendan pasar por historia a ojos de algunos, las páginas de Platón sobre la Atenas arcaica; las que Plutarco, en su *Vida de Licurgo,* el supuesto legislador espontáneo, consagra a la antigua Lacedemonia; la descripción de la antigua Germania en Tácito; las palabras que Dante pone en boca de Cacciaguida (*Paraíso,* XV), para cantar la antigua Florencia; y las que, acaso inspiradas en este pasaje, trae Quevedo en la *Epístola satírica y censoria,* elogio de la virtud hispánica en los días heroicos.

En el *Timeo* y en el *Critias* recoge Platón la leyenda sobre la Atlántida, vasto continente sumergido de que hay rastros en las tradiciones griegas como en las septentrionales, en las célticas como en las arábigas, y me aseguran que en las mexicanas y en las chinas, suponiendo que todas ellas se refieren rigurosamente a igual cataclismo. Porque diluvios e inmersiones continentales más o menos vastos han podido darse en muchos tiempos y en muchas regiones.

Vuelto aquí poeta, el filósofo nos describe el vasto imperio de Posidón, señor de las aguas, imperio administrado por sus descendientes, los Diez Reyes Aliados; superior a todos los países de entonces, aunque acabaría por dominarlo la Atenas prehistórica; superior por las excelencias del clima y la feracidad de su suelo, por la riqueza y abundancia de sus metales, la magnificencia de sus templos, palacios, puentes, y la general robustez de su fábrica, así como por su sabia organización social (que anuncia ya la proyectada República de Platón); reino que se dilataba sobre extensiones mayores que el Asia y el África entonces conocidas; potencia que pudo llegar, en sus conquistas, hasta las fronteras de Italia y de Egipto. Hoy no acertamos, en el rompecabezas de mar y tierra, a acomodar el caprichoso contorno de la Atlántida, descrito con engañosos rasgos. Inútil alargarnos sobre asunto al que hemos consagrado ya varios estudios anteriores.

V

La tradición de la Atlántida, fecunda para la Antigüedad y la Edad Media, produce las mitológicas Islas Afortunadas (donde también se refleja la concepción helénica de las Islas de los Bienaventurados o los Campos Elíseos), la Isla de las Siete Ciudades y la Isla de los Pájaros, entre otros muchos espejismos. Por sabido que hay una auténtica Isla de los Pájaros bien conocida entre los navegantes septentrionales. Ella ha sido idealizada por Renan en los tiempos modernos. Pero el seco normando Cartier, cuando dio con ella en su expedición americana (1534), no creyó andar cerca del Paraíso, sino que la consideró simplemente como buena base de provisiones para el alimento de su equipaje. En todo

caso, los pájaros se han mezclado siempre, como por propio derecho, en estos sueños utópicos. Ya en *Las aves* de Aristófanes hallamos aquel verdadero Olimpo alado que, a medio camino del cielo, pretendía cobrar impuestos y peajes a las plegarias de los hombres y al humo y aroma de los sacrificios.

La última metamorfosis del tema, después de *La isla de los pingüinos* (Anatole France), tal vez se encuentre en el sabrosísimo cuento de Giraudoux, *Susana y el Pacífico*. Oasis de flora y fauna en que una mujer, sola y desnuda —hermoso despojo de un naufragio— discurre por una isla temblorosa de ardillas y aves. Este "poema" encantador se acerca a la fábula sin caer en ella, porque casi llegan a hablar los bananeros y los hurones. Susana, náufrago sin miedo y sin tacha, pertenece, por otro concepto, a la familia de los Robinsones (Defoe), a la familia de los Andrenios (Gracián), hombres olvidados entre los animales como Rómulo y Remo.

Los antecedentes del cuento de Giraudoux se encuentran también en la novela número 67 del *Heptamerón* (Margarita de Navarra). A su vez, la Reina de Navarra se inspiró en la historia del explorador Thévet, quien nos cuenta en su *Cosmografía* cómo Roberval, para castigar a una tal Margarita, parienta suya que se había dejado seducir durante el viaje a la América septentrional, la abandonó en una isla desierta, acompañada tan solamente de una vieja criada, Damiana, y del seductor, que quiso voluntariamente acompañarla. La criada y el amante murieron. El destierro duró dos años y cinco meses, de los cuales Margarita permaneció enteramente sola durante diecisiete meses, y al cabo fue rescatada por unos pescadores bretones que andaban por los bancos de Terranova.

Estas tierras imaginadas suelen dar origen a verdaderos descubrimientos. Buscando los países míticos, se da con América. Eldorado provocará en el Sur peregrinaciones "utopistas"; y en el Norte, Juan Ponce de León (*par le Diable tenté*, según el poeta parnasiano) tropieza con la Florida, a procura de la Fuente Juvencia o agua de la eterna juventud. Es la historia del *Donogoo-Tonka*, concebida por Jules Romains como cuadro cinematográfico: tierra verdadera, fe-

cunda factoría y criadero de oro, que nace de una equivocación, de un mito deseado y solicitado.

VI

Entre las utopías que miran al futuro, recordamos, por ejemplo, aquella comedia de fines del XVIII, *El año dos mil,* que en rigor sólo es importante porque nos revela un anhelo de humanidad dichosa, a la hora en que la Revolución francesa anunciaba la felicidad a los hombres (1798) y hasta se mudaban los nombres de los meses para abrir, bajo nuevas divinidades, el nuevo cómputo de los placeres y los días.

He aquí una gozosa visión de juventudes y amores, sin ánimo inmediato de dictar bases legislativas, ambiente consolador y poético. El autor de esta comedia es Réstif de la Bretonne (o Rétif en ortografía moderna), un precursor de la novela psicológica. (¿Precursor? ¿Y *La Princesse de Clèves*? ¡Estas cosas se dicen siempre muy a la ligera!). Réstif hubiera querido educar al pueblo como, por ejemplo, lo hacía Rousseau. Sus contemporáneos lo apodaron *le Rousseau du ruisseau,* de la media calle, de los albañales. Sus descripciones son algo fatigosas, y su temperamento lo arrastra irremediablemente a ciertas delectaciones sensuales de que el pueblo huye por instinto: siempre los filósofos libertinos han sido una casta aristocrática.

Aquí Réstif, a diferencia de lo que acontece en sus otras obras, se nos muestra idealista y, a ratos, se esfuerza por parecer casto; pero resulta un tanto insípido, achaque del que ensaya la cocina sobria tras un largo hábito de guisar con hartura de condimentos. Se inspira a las claras en la obra de su amigo Louis-Sébastien Mercier, *El año dos mil cuatrocientos cuarenta.* Pero mientras en Mercier encontramos un esbozo de futuro sistema político, moral, intelectual, con examen de los varios extremos que interesan al rebaño humano, a Réstif sólo le preocupan los negocios del amor y del matrimonio. De cuando en cuando, los ancianos se reúnen para desposar a las parejas jóvenes, conforme a ciertos usos amenos. La comedia no es más que una danza nupcial

entre "las bellezas", como ellas se llaman, y "los héroes", como ellos se denominan.

Polígrafo infatigable, Nicolas Edme Réstif de la Bretonne dejó más de 220 libros. Unos lo admiran, y otros lo tienen por autor poco recomendable. Los manuales de psicología sexual se extasían ante este coleccionista maniático de lindos piececitos de mujer bien calzados. Funck-Brentano lo declara un "monstruo de originalidad". Vive enamorado y va de una en otra fascinación: Aglaé, Aurore, Bathilda, Colette, Colombie, Emilie, Fanchette, Laurence, Léonore, Madeleine, Médérique, Rose, Sophie, Toinette, Zéfire, Zoé. . . Junto a Réstif, Casanova parece un modelo de moderación. Pero lo que aquí nos importa es su empeño de transformar a la sociedad mediante nuevas instituciones: ya para la prostitución (*Le Pornographe*), ya sobre el teatro (*Le Mimographe*), ya relativas al estatuto de la mujer (*Le Gynographe*), a la educación del hombre (*L'Andrographe*), o bien un proyecto comunista y totalitario luego suavizado en *Le Thesmographe;* o un plan sobre la reforma de la lengua que no llegó nunca a publicar (*Le Glossographe*).

Su obra *La découverte australe* (*Dédalo francés*), es uno de los muchos viajes imaginarios publicados en aquel siglo: colonia ideal en el remoto hemisferio del Sur, donde, por comunismo y eugenética, se desarrolla y prospera un pueblo superior. Se describe allí una máquina voladora bastante aceptable, la cual recuerda uno de los viajes fantásticos de Cyrano. El héroe, Victorino, se vio llevado al descubrimiento de su máquina por un impulso de amor (acuerdo entre las dos tentaciones de Réstif, la utópica y la erótica), y arrastrando consigo a Cristina, su compañera, llegó al Monte Inaccesible o Tierra de la Naturaleza, para poder allá respirar "el aire de la libertad, de la antigua y dulce igualdad entre los hombres". El estudio del vuelo es curiosísimo y minucioso, tanto en las aves como en los insectos.

Un siglo más tarde, Edward Bellamy intentará una ojeada retrospectiva, pero partiendo asimismo, como de un presente, del año 2000. De suerte que su fantasía (*Looking Backward, 2000-1887*) es un compromiso entre los dos tipos o las dos caras de Jano, la que mira hacia el pasado y la

que mira hacia el porvenir. Bellamy imagina un milenio de felicidad creado por la riqueza, panacea de todos los males. *My Afterdream,* de Julian Went, resulta un tema relacionado con el de Bellamy y asimismo una crítica en forma de novela profética.

También es un compromiso entre el pasado y el porvenir la ficción de Bulwer Lytton, *The coming race,* raza venidera que es más bien una raza superviviente de la humanidad, de la remotísima humanidad, perdida hace muchas edades y que habita bajo la superficie de la tierra y ha logrado un altísimo desarrollo de la civilización y el arte mecánica.

A las predicciones o anticipaciones corresponden igualmente tantos atisbos de Jules Verne, grato a nuestra infancia y muy recordado otra vez por los últimos descubrimientos, y al mismo género corresponden los muchos y popularísimos libros en que se ha mostrado tan prolífica la actual literatura inglesa.

He aquí, desde luego, a Herbert George Wells, tan conocido ya que hasta da fatiga citarlo. En varios de sus libros aparece el motivo utópico de anticipación. *Cuando el dormido despierte,* por ejemplo, nos lleva a pensar lo que será Londres el año 2100, y nos pinta una humanidad transformada social y moralmente, en mucha parte para peor: lo contrario del "mudarse por mejorarse", que diría nuestro Ruiz de Alarcón. Entre los cuentos llamados *Tales of Space and Time,* hay uno especialmente —*A Story of the days to come*— que, ya entre quimeras o serias especulaciones, vuelve sobre la crítica de la sociedad y el futuro del hombre. Hay también rasgos de anticipación en *Los primeros hombres en la Luna* y en *Los días del cometa.* Aquí la cauda del cometa transforma la atmósfera terrestre y regenera cuerpos y almas. Una historia de amor sirve para mostrar la dichosa promiscuidad que ha de suceder a este mundo de monogamia y celos, y la guerra contra Alemania se mezcla con el drama astronómico. En *El mundo liberado,* la actual organización humana ha sido destruida por una guerra de bombas ya atómicas, y la sociedad se reorganiza sobre bases de colectivismo y de ciencia. Junto a estas obras, aunque no sea precisamente una novela utópica, puede citarse la llamada *Mr. Blet-*

tsworthy on Rampole Island, cuyo largo subtítulo —a la manera vieja— nos da una sinopsis de su contenido: sátira de la moderna civilización donde hay "muchas materias amenas y provechosas en cuanto a costumbres, trajes, creencias, usos bélicos, crímenes y, además, una tempestad en el mar". El héroe se enloquece y crea para sí un mundo de caníbales y megaterios, sólo para darse cuenta, al recobrar la razón, de que el mundo verdadero supera todas sus pesadillas en punto a crueldades y supersticiones. Los estilos del creador de 'Kipps', del novelista científico y del sociólogo que hay en Wells aparecen bien representados en las tres secciones de este libro. Wells escribió mucho y muy bueno. Sé que me quedo corto, aun contrayéndome a los temas utópicos; pero, entre éstos, no puede olvidarse *New Worlds for Old,* ensayo sociológico que acaso sea la exposición más sugestiva del socialismo después de William Morris.

El Muy Reverendo Monseñor Robert Hugh Benson publicó a principios de siglo una novela *Lord of the World* que acontece el año de 2050 y trae una impresionante descripción sobre los aspectos materiales de la vida humana en el futuro, aun cuando su objeto principal sea mostrar el conflicto entre el humanitarismo y la postura católica. Poco después, en *The Dawn of All,* presentó una visión del año 1973, cuando él supone que la Iglesia será otra vez omnipotente, y lo será más plenamente que nunca. La pintura es gris y poco halagüeña; hasta pedestre.

¿Y qué hay del ameno Aldous Huxley, cuyo *Brave New World* todos han leído o van a leer esta noche? ¿Y del obsesionante, amenazador, tremendo y siniestro *Nineteen Eighty-Four* (¡año que nos queda ya tan cerca!), pesadilla del casi recién fallecido George Orwell, libro que todos debieran leer por lo que suceda? Señor, no todo se ha de decir de una vez, y mejor será dejar a muchos otros utopistas de anticipaciones para que cada cual pueda darse el gusto de descubrirlos por su cuenta.

En los últimos años se nota una verdadera fiebre de anticipaciones, descuentos sobre letras pagaderas dentro de unos lustros o unas centurias. Estas anticipaciones, teñidas de intenso color científico, porque cruzamos una era científica por

excelencia, no siempre nos brindan los arrobos de la esperanza, como aún sucedía con Tomás Moro o en el *Wilhelm Meister* de Goethe. Al contrario, en los libros como en el cine, las anticipaciones son hoy con frecuencia torvas y pesimistas.

Otras veces más bien tenemos que habérnoslas, no con fantasías literarias, sino con serias conjeturas sobre el futuro de la humanidad. Así en *El próximo millón de años*, obra de Charles Calton Darwin —nieto de muy ilustres abuelos—, cuyo acierto, al revés de lo que sucede con Orwell y, desde luego, en un tono y con intención muy diferentes, consiste precisamente en haber lanzado muy lejos la parábola de su cañón, neo-malthusiano prudente. Pero el mejor caso que conozco de anticipaciones serias y científicas es el reciente ensayo de Sir George Thomson (Premio Nobel), llamado *El futuro previsible: The Foreseeable Future*. Aquí se ponen cuerdamente a contribución todos los actuales principios del conocimiento científico, tanto en las posibilidades como en las imposibilidades que ellos entrañan.

VII

Hemos dicho que un carácter muy frecuente de las utopías es ser islas. "Islas" llama Platón a sus regiones atlánticas desaparecidas; isla es la posada utópica en que Calipso ofrece al fatigado Odiseo el olvido y el amoroso descanso; isla es la de San Balandrán, antecedente de los *Pingüinos;* islas son las tierras buscadas o temidas por los traficantes durante la era de los grandes descubrimientos, siglos XII a XV; isla, la de Tomás Moro; islas, las regiones que Pantagruel y Panurgo van abordando, en su Via Crucis hacia el oráculo de la Divina Botella; ínsula o isla, en el *Quijote*, la tierra que el buen caballero ha de conquistar y convertir en república perfecta, y por Ínsula Barataria conocemos el dominio en que se ejerció la conmovedora justicia de Sancho Panza. Cuando Marivaux sueñe con la igualdad de los hombres, llamará a su sueño *La isla de los esclavos*. Pero si antes observábamos que las islas utópicas tienden a poblarse de pájaros, ahora averiguamos que también tienden a poblarse de mujeres.

El propio Marivaux, dado a la sátira utópica, imagina, en su *Nueva colonia,* una conjuración de mujeres comparable a la que acontece en la *Lisístrata* de Aristófanes, o más bien a su *Asamblea femenina,* cuyo fin es sacudirse la tiranía de los varones.

Sir Walter Besant, en *The Revolt of Man* (1882) —que un antropólogo consideraría como último eco del desquite prehistórico entre el régimen del patriarcado y el del matriarcado, ya manifiesto en la tragedia esquiliana por la absolución o semiabsolución de Orestes, vengador del padre y matador de la madre— presenta una sátira extravagante: la mujer ha ascendido al mando del Estado y gobierna tanto la vida doméstica como el ejército y la marina. Los hombres un buen día se sublevan, derriban el régimen femenino y la religión o culto de la mujer. . . , y las mujeres se felicitan de ello y vuelven contentas a su puchero y a su rueca.

Hauptmann nos ha dejado su *Isla de las Mujeres,* o mejor *Isla de la Gran Madre* (1925), mujeres solas abandonadas en un naufragio con un solo niño varón, origen naturalmente del futuro conflicto o duelo.

Nuestra llamada Isla de Mujeres, por la costa de Quintana Roo, y el río Amazonas en el Sur, evocan la leyenda de las Amazonas, casta de hembras guerreras según la conocida fábula helénica. Los primeros exploradores hispanos, inspirados por sus lecturas de libros caballerescos, creían encontrar Amazonas en varios lugares del Nuevo Mundo.

Otra conocida leyenda helénica nos cuenta de las mujeres de Lemnos, que en una noche dieron muerte a sus padres, maridos, hijos y hermanos, y cuya isla abordaron más tarde los Argonautas, en su viaje de Yaolcos a Colcos, poniendo fin al celibato. Georges Dumézil ha devuelto su crédito a las mujeres de Lemnos, desentrañando la compleja elaboración de este mito "etiológico": adulteración destinada a explicarse un rito que, por viejo, acaba siendo incomprensible.

Tal parece que la misma regla poética del género impusiera a las utopías la condición de islas, esto es, de tierras "aisladas", solas, sin comunicación ni contaminaciones con el resto del mundo, incólumes e inocentes: las aguas las rodean y las defienden. "Isla", en general, más que en el

actual concepto geográfico, se usó para designar una región incomunicada. Y cuando no se cuenta con una isla al tamaño de los deseos, será porque se ha dispuesto, para mayor seguridad, de otro planeta. Así la *Civitas Solis* de Campanella. Así los viajes a los Estados de la Luna y del Sol, en las *Historias cómicas* de Cyrano de Bergerac, el escritor del siglo XVII popularizado en nuestros días por el drama de Edmond Rostand.

(Y, a propósito, estas tradiciones sugirieron seguramente a Fontenelle su *Conversación sobre la pluralidad de los mundos;* dieron a Voltaire la primera idea para el *Micromegas;* a Swift, para sus *Viajes de Gulliver,* gran utopía satírica; se adelantaron a las imaginaciones de Verne y de Wells en sus excursiones interplanetarias, y hasta es posible que hayan inspirado, por 1709, al brasileño Bartolomé de Guzmán y, setenta y cuatro años más tarde, a los hermanos Montgolfier, el descubrimiento del aeróstato, cuyo principio el viejo Cyrano formulaba ya en estos términos: "Debe llenarse un globo hueco, muy delgado, de algún aire muy sutil, o de un humo que pese menos que la atmósfera." Sobre antecedentes de la navegación aérea, ya he dicho lo poco que sé, al examinar las páginas de Fuente la Peña sobre *Si el hombre puede artificiosamente volar,* 1676.) *

VIII

Las utopías unas veces proponen el proyecto de la nueva ley, y otras se limitan a ridiculizar la antigua, y entonces son verdaderas sátiras, como en el caso de Swift. En ocasiones el utopista es cruel; en ocasiones, mal esconde, bajo la capa del humorismo, el intento de propagar una de aquellas doctrinas que suelen llamarse "disolventes"; y, como los irlandeses caricaturizados por Chesterton en la persona de Shaw, finge hacer un chiste cuando en realidad habla en serio.

Un hombre del siglo XVII, Marin le Roy de Gomberville, publicó, de 1629 en adelante y a lo largo de diez años, una obra ¡al parecer incompleta! Se llama *Polexandre.* Es una utopía al revés, en que trabamos conocimiento con unos

* *Obras Completas,* VI, pp. 283 y *ss.*

piratas que tienen por jefe a un Bayaceto. Esta utopía no se funda en la bondad o virtud, sino en el temor y el interés. En cierto modo, anuncia ya el egoísmo filosófico de Hobbes, Helvetius, Mandeville. La ciudad de los piratas es una maravilla de ingeniería, dotada de lagos artificiales, puertos todos hechos por el hombre, captación de fuentes, montes arrasados como en la ciudad de Río de Janeiro y, en suma, un dechado de urbanismo. . . debido a las malas pasiones de los ciudadanos. Se condenan todas las virtudes, se saca el mayor partido para el bien público de todos los vicios. El gobierno es una tiranía inflexible que hace veces de ley. Los piratas sólo se redimen a nuestros ojos por su bravura.

A principios del siguiente siglo, y en ocasión de una disputa entre Marlborough y los Tories sobre la guerra de Francia, Bernard de Mandeville, el holandés que mejor se ha desenvuelto en la lengua inglesa, publicó cierta *Fábula de las abejas* por la que sufrió persecuciones. Hería el sentimiento de sus contemporáneos. Mantenía que las decisiones humanas no son por sí mismas dignas o vituperables, lo que según él no pasaba de ser una fórmula de comodidad destinada a facilitar las relaciones sociales, o hasta puede ser que a dificultarlas. La virtud —decía— es el esfuerzo mediante el cual los hombres, sin el propósito racional de hacer el bien, dominan sus naturales impulsos en detrimento de sus pasiones y en servicio del prójimo. La virtud —concluye— impide más bien el progreso intelectual y material del Estado. Sólo los vicios, los actos en que cada uno se considera a sí propio como objetivo de conducta, estimulan a la sociedad, provocan inventos llamados ulteriormente a satisfacer necesidades siempre multiplicadas y hacen circular la riqueza en busca de nuevos deleites. E imagina una sociedad, una república de abejas que, al contraer el contagio de la sobriedad y la honradez, cae por eso mismo en la mayor apatía y se paraliza poco a poco. Pues, según él, los vicios privados son la fuente de las virtudes públicas. Su sátira lanza vislumbres sobre el origen de la sociedad, considerada como una cristalización del egoísmo y la alianza defensiva. Todas las excelencias sociales son, a sus ojos, manifestaciones del instinto de conservación.

En rigor, estos crueles símbolos pueden interpretarse de un modo menos repugnante: aquella virtuosa sociedad que desfallece por su misma falta de apetitos puede considerarse como una Arcadia pastoril, como una comarca de batuecos cuya perfección consiste en caracteres negativos, en la ignorancia de los legítimos anhelos del mundo y en un constante eludir sus generosas batallas. Mme de Genlis, precisamente, nos decía en su novelita sobre los batuecos:

> ...He querido probar que la *heroica virtud*, que tanto es como el feliz empleo de la fuerza moral, no podría producirse donde no hay nada que combatir, y sólo se la encuentra en medio de las seducciones de todo género que se conjuran para debilitarla y, por consecuencia, sólo en el estado de civilización.

La *Fábula* de Mandeville podría ser también una prueba, por reducción al absurdo, de los males que emponzoñan la sociedad actual, porque una sociedad que no resiste a la virtud tiene que estar errada. El personaje de Ibsen, aplicando el reactivo de la verdad, y viendo que nuestra organización no lo soporta, concluye los errores éticos de la actual civilización.

Además, la *Fábula* estaba haciendo falta a modo de antídoto contra el fácil idealismo y hasta la ñoñería beata de algunos escritores de entonces, tipo Shaftesbury. Y se saborean mejor sus ironías comparándolas con el egoísmo de ceño fruncido, el egoísmo adusto de un Hobbes o un Helvetius. Mandeville asegura que sólo escribe "para entretener a la gente culta y educada", juego entre augures. De paso, abona el terreno al utilitarismo. De paso también, su alegre descaro y su audacia aceleran el ritmo del naciente periodismo inglés.

Por lo demás, no es una mera fantasía el considerar la dulzura ambiente, en la que todo se da de gracia, como la condición menos apropiada para la civilización que despunta.

IX

La utopía suele mostrar una fusión de motivos complejos: propone fórmulas redentoras, realizables hasta cierto punto, o propone simplemente fórmulas poéticas por el gusto

de contemplarlas, y entonces deriva hacia la novela fantástica. Los motivos se entrelazan y mezclan. Los libros de Caballería son fantásticos, pero revelan ciertos ideales positivos de la época en que aparecieron. En ocasiones, la utopía también abandona la plaza pública y —repitiendo aquel conocido proceso de la poesía griega cuando dio el paso desde la epopeya hasta la lírica— se refugia en los interiores, deriva hacia la expresión de meros anhelos individuales. En su "Invitación al viaje", exclama Baudelaire:

Mon enfant, ma soeur,
songe à la douceur
d'aller là-bas vivre ensamble!

Es el grito de Mallarmé: *Fuir là-bas, fuir. . . !* ¡Ese *lá-bas* en que aún creían o tenían derecho a creer aquellos poetas! Stevenson, harto de la civilización, se refugió en Samoa. Pero ¿quién va a refugiarse hoy en la ya urbanizada Samoa, llena de hospitales, cuarteles, tráfago portuario? Jules Romains y yo pensábamos un día en escribir un ensayo, nostálgico y melancólico, sobre *la disparition de Là-Bas.*

X

No siempre las utopías se alejan demasiado del ambiente en que se producen. *Blanquerna* de Raimundo Lulio, libro piadoso, apenas violenta levemente la realidad a fin de crear ese recinto de sabiduría que es la morada de Evast y Aloma, los padres del héroe. Allí no hay un solo toque maravilloso que no sea simple prolongación de las instituciones existentes en el siglo XIII, contemporáneas del místico catalán. Y, en el desfile de episodios sencillos, que tienden a cristianizar algo más los hábitos jurídicos todavía un tanto gentiles, sentimos que se abren paso las preocupaciones por reconquistar la Tierra Santa, por difundir el conocimiento de las lenguas orientales, por quebrantar el error averroísta, por probar los dogmas de la fe a la luz de la razón natural; todo ello preocupaciones reales y actuales.*

* De esta obra me he ocupado hace años con distinta intención —"En torno a la obra de Lulio", "Caps. de lit. española", 2ª serie, *Obras Completas*—, para comparar un tratado sobre los naipes compuesto hacia 1400 con el *Libre del Ordre de Cavayleria.*

Este anhelo de difundir enseñanzas o doctrinas es por supuesto más perceptible en las utopías verdaderamente didácticas. Nuestros padres aprendían francés en el *Telémaco* de Fénelon, así como el niño "Char-Bovarí" entretenía sus ocios con el *Viaje del joven Anacarsis* que dio tanta fama al Abate Barthélemy. El ameno libro de Fénelon, compuesto a fin de preparar al Duque de Borgoña para su futuro oficio de monarca, intenta persuadir suavemente las ventajas de la prudencia entre los deleites de un cuento, cuento inspirado en los viejos temas homéricos de la *Odisea.* El viaje de Bética renueva los motivos de la Edad de Oro, y el viaje de Salento es una legislación utópica, digna disciplina de príncipes, que baja como siembra benéfica de las manos blancas de Mentor. El *Telémaco* es un acto de reacción contra Luis XIV. Bajo el disfraz de las evocaciones históricas, Fénelon infiltra en su discípulo el odio al absolutismo del abuelo. Tal vez Fénelon aprendió algo en Vairasse (*Historia de los Savarambios*), como éste había aprendido algo en Tomás Moro.

En el *Robinson Crusoe* hay también un fondo pedagógico, involuntario si se quiere. "Robinsón" ha de rehacer otra vez, en lo posible, la existencia civilizada, desde el fondo de su soledad y con ayuda de sus dos manos, providencia de "pulgar oponible". Los pocos instrumentos que el naufragio quiso perdonar cobran, según van apareciendo, un valor de auténticos talismanes. Otra obra de Daniel Defoe, *El ensayo de proyectos,* es una miscelánea en que se aprecia el ansia de mejoramiento social y comercial característicos de su época. Allí se esboza más de una posible utopía.

El *Robinsón* conduce al recuerdo de Abén Tofail, árabe guadijeño del siglo XII. Su 'Hay Benyocdán' o, como se le ha llamado, "el Robinsón metafísico", se asoma al mundo como un vigía desde su torre, para reconstruir, por su cuenta, especie por especie y rehacer así el entendimiento de las cosas. Y termina en un grito de panteísmo, o más bien de nihilismo. 'Hay' no tiene padres.

> Nace —resume Menéndez y Pelayo— por una especie de generación espontánea; abre los ojos a la vida en una isla desierta del Ecuador; es amamantado y criado por una gacela; rompe a hablar remedando los gritos de los irracionales.

Cruzamos aquí dos temas importantes. Por una parte, el tema del hombre perdido entre las criaturas inferiores, el mito de Rómulo y Remo que tiene largos antecedentes en las leyendas de otros pueblos. El autodidacto 'Hay' empieza a observarse, se compara con los animales que lo rodean (capítulo éste que merece estudio aparte, tema del 'Segismundo' calderoniano al que he consagrado en otros libros algunas páginas); adelanta en conocimientos sobre los objetos naturales; sus ojos abrazan la tierra y, al fin, se atreven con el firmamento.

Y el otro tema que aletea como escondido en el "Robinsón metafísico" es el tema de la tabla rasa, el empeño de comenzar el conocimiento otra vez, partiendo desde el cero de las nociones. Recuérdese el 'Andrenio' en *El Criticón* de Gracián.

XI

Tras lo mucho que se la ha discutido ¿qué decir sobre *La República* de Platón? Para él la política debe ser al Estado lo que la moral es al individuo. Condición de la ciudad perfecta es el sacrificio de lo particular a lo general. Cada uno debe desarrollar en sí mismo aquellas de sus facultades que sean útiles a la comunidad y prescindir de las que la estorban. Como la moral empieza con la maraña de las facultades humanas, reacias a la razón que acude a reconciliarlas, así la política tropieza, en naciendo, con las divergencias entre los individuos. En la política como en la ética, Platón aspira a la unidad.

Imaginemos uno de esos lienzos cargados de figuras, sin desperdicio de un solo milímetro. Contrastemos las zonas de aire de Velázquez —las "veinte atmósferas" que decía Gautier refiriéndose a *Las Meninas*— con la intrincada organización de masas, sin vacíos, y los cielos sólidos del Greco, por ejemplo en el *Enterramiento del Conde de Orgaz*. Si la figura se desbarata, haría falta para recomponerla un matemático bizantino, como decía Valle-Inclán. Igualmente, en la idea platónica, la República Perfecta preexiste, ha existido fuera del tiempo y del mundo; y en esta realidad terrestre, se nos da el problema desbaratado, hecho acertijo: los hombres,

trazados originariamente por la divinidad para que sus concavidades y sus convexidades se ajusten en una perfecta armonía, en un instante precioso de equilibrio, andan todos por distintas partes, en estéril agitación, como si hubieran perdido su centro de gravedad, su lugar en el cuadro. Y Platón quisiera recomponer ese cuadro, la idea pura del Estado en su mayor aproximación terrestre, para llegar a la quietud de las cosas cabalmente realizadas, a la serenidad y a la paz.

La prueba del arte político, he dicho alguna vez, consistiría en lograr que —contra el antiguo adagio que todos conocen —cada senador sea, desde luego, un varón virtuoso, pero también el conjunto, el senado, sea un instituto virtuoso y no ya una "mala bestia"; consistiría en lograr —cosa tan ardua en la matemática como en las sociedades, puesto que hay magnitudes negativas —que la suma nunca sea inferior a los sumandos.

En *La República* este milagro se obtiene mediante una suerte de comunismo totalitario, para usar el lenguaje de hoy, y salvadas las diferencias de épocas y de criterios. "Todo debiera ser común a todos —ha dicho Platón en *Las Leyes*—, hasta los ojos, hasta las orejas y las manos." Así se realiza el disparate filosófico de aquel soneto de Quevedo, en que el ciego conduce al cojo, y el cojo orienta al ciego. (También La Fontaine completa al ciego con el paralítico.)

Esta obra positiva de agregación, de suma, supone de paso una resta, una sustracción cruel de todo lo que estorbe al Estado. Entre el Individuo y el Estado hay dos causas de oposición: la propiedad y la familia. Ambas deben, pues, abolirse. Las proles serán educadas por el Estado, quien asimismo cuidará de la procreación, tanto en la calidad (anticipación de la eugenesia) como en la cantidad (anticipación del malthusianismo). Las mujeres, iguales al hombre en todo lo demás, quedan nacionalizadas, requeridas por la república y puestas al servicio común en cuanto a sus funciones exclusivamente femeninas.

Ya se ve que, en el papel, se consienten ciertas reformas mucho más fácilmente que en la práctica de las sociedades. La nacionalización de la mujer es idea familiar entre los

antiguos, y sin duda más aceptable para ellos que para nosotros, aunque nunca francamente aceptada. La Esparta de Licurgo, que se jacta de conservar costumbres muy viejas, hasta admite que el marido cansado escoja, en bien de la raza, un sustituto conveniente. Y Heródoto, al describir las singularidades de los agatirsos, dice que entre ellos esta comunidad era regla. En asuntos matrimoniales, el repertorio de Heródoto registra peregrinos hábitos: las hijas de los lidios, dice, vendían su cuerpo para formarse una dote (casi como las *geishas*), y después compraban un marido a su gusto. Y había otros pueblos en que se ponían a subasta las mujeres bellas, para los que quisieran casarse, y con el dinero reunido se dotaba a las feas, condenadas a solteronas. En Heródoto hay historias para todos los gustos. ¿No nos deleitan aquellos persas que, antes de resolver sus negocios, los discutían primero en estado de embriaguez y luego en estado de sobriedad, para tomar una medida proporcional entre todos los aspectos de la cuestión? Por lo demás, la igualdad de la mujer y el derecho de la mujer, aunque no eran prácticas corrientes para los antiguos, sí fueron teorías discutidas sin la menor cortapisa, como ya, antes de Platón, lo dejan ver las sornas de Aristófanes; y tales ideas cruzan también las tragedias de Eurípides. Ahora bien, estos autores teatrales debían contar necesariamente con un público que entendía sus discusiones y no se sorprendía demasiado.

Por de contado, el comunismo de Platón no se confunde con el moderno. Abuelo de los organicistas, Platón considera el Estado como un ser total, cuyas partes son los grupos humanos, clasificados según sus actividades y aptitudes. A las tres zonas del alma y del cuerpo corresponden las tres castas principales de la república: los magistrados son la cabeza y la razón; los guerreros, el corazón y la fuerza; los artesanos y labriegos, los brazos que proveen a los impulsos del apetito y las necesidades físicas. Y Platón realmente sólo legisla para las dos primeras castas, para los guardianes del Estado. Además, como toda política verdadera se entreteje con la educación, el Estado queda bajo el gobierno técnico de los sabios. La república perfecta, gobernada por los filósofos, cae bajo el tipo de las aristocracias intelectuales, va-

nidosas y tiránicas en su exclusividad racional, que con elocuente disgusto han examinado algunos escritores, nuestro Antonio Caso entre ellos a propósito de Renan.

Tal ensueño de sofocracia puede también corregirse con las observaciones de Charles Maurras (*El porvenir de la Inteligencia*), aunque este autor, como se sabe, inclina todos sus argumentos a la forzada defensa del monarquismo, de suerte que su tesis resulta una exposición, o más bien, un simple anuncio u oferta de una utopía monárquica. Maurras, en clara síntesis, nos muestra las vicisitudes de la casta intelectual, siempre combatidas entre el poder de la sangre, que lo es el Príncipe, y el poder del Oro, fuerza disolvente de nuestras plutocracias modernas. Cierto: hubo, en la antigüedad, un intento de filósofo emperador; ha habido, más tarde, otros filósofos que casi heredaron el cetro de los Borbones de Francia... Ilusión, engaño. La inteligencia no está hecha para gobernar, sino sólo para aconsejar, dice Maurras. Su verdadero anhelo no es el poder, sino la verdad. (Y el propio Platón fracasó en su empeño de convertir al tirano de Siracusa en un tirano filosófico.) Pero no olvidemos que Maurras, al término de su alegato, nos conduce al clásico estanque de las ranas y nos invita a pedir un rey.

El Estado platónico no ha sido propuesto como una fantasía, sino como una posible realidad y con el grave afán de detener la ruina de los pueblos griegos. Platón no vacila en examinar con audacia en los problemas del sexo y de la educación. Preocupado por armar una república fuerte, no duda en dictar la censura del pensamiento y aun la estrecha vigilancia de la poesía.

Hacia el fin de su vida, en *Las Leyes*, presenta otro plan menos ambicioso, menos "platónico": una república agraria cuyo centro podría situarse, por ejemplo, en el corazón de Creta. La propiedad territorial estaría rigurosamente repartida para la explotación y el laboreo, pero el Estado conservaría el dominio eminente de todo el suelo. La separación entre gobernantes y gobernados sería menor que en la anterior utopía; el trabajo, más estimado. El "comunismo" y sus beneficios se extenderían a todos los habitantes de la ciudad. Pero todavía no abarcaría a los esclavos, que lo son los

trabajadores del campo. En la teoría y en la práctica, son éstos los más sacrificados.

Últimas palabras que he leído sobre *La República* de Platón, y que, para terminar, transcribo sin comentario. Proceden de una conferencia del desenfadado Bertrand Russell, Voltaire moderno (*Filosofía y Política*):

> Que *La República* de Platón haya sido admirada, en su condición de obra política, por la gente honesta, es tal vez el más asombroso ejemplo de esnobismo que nos ofrece la historia. Examinemos algunos rasgos de este ensayo totalitario. El objeto principal de la educación, a lo que todo se subordina, es el valor en las batallas. A este fin, habrá una rígida censura de los cuentos que las madres y las nodrizas cuentan a los niños; no se leerá a Homero, porque este versificador degenerado hace llorar a los héroes y reír a los dioses; se prohibirá el drama, porque en él figuran villanos y mujeres; la música sólo será de cierta clase, que corresponde a lo que hoy serían *Rule Britannia* o *The British Grenadiers*. [Digamos, nuestro *Himno Nacional*]. El gobierno está en manos de una pequeña oligarquía, que practicará la artería y la mentira: la artería para manipular los sorteos de los lotes en vista del plan eugenético; y las elaboradas mentiras para persuadir a la población de que hay diferencias biológicas entre las clases altas y las bajas. Finalmente, habrá infanticidios en grande escala para las criaturas que no sean fruto de las maniobras del gobierno.— Que el pueblo sea o no feliz dentro de esta comunidad carece de importancia, según se nos asegura, pues la excelencia reside en el conjunto, y no en las partes. La Ciudad de Platón es una copia de la Ciudad Eterna que él sitúa en su cielo. Tal vez en el cielo disfrutaremos de esta manera de existencia, pero si ella no nos complace aquí en la tierra, tanto peor para nosotros.

XII

Entre los sueños de repúblicas ideales derivadas del modelo platónico, sobresalen la *Utopía* —en latín— de Tomás Moro (1515-16), que a la vez se inspira en la agustiniana *Ciudad de Dios; La ciudad del Sol* —también en latín— de Campanella (1620); y en inglés, *La Nueva Atlántida* de Bacon (1626) y la *Oceana* de Harrington (1656). La ancha respiración del Renacimiento corre por estas obras: libertad y cultura, alegría de pensar, y de pensar bien. Hablemos de Moro.

En Tomás Moro es casi enigmática la mezcla de piedad estoica y de escepticismo ligero, de grave prudencia y travesura de humanista. Colet y Erasmo, sus iguales, lo han visto reír de los ingenios adocenados de la Escuela, y lo han oído contar, sobre los clérigos licenciosos, sabrosas facecias. Él trabaja, en suma, para el pueblo, y el pueblo todavía no lo entiende. La política de la *Utopía*, mucho más generosa que la del *Príncipe* de Maquiavelo, acaso agradará menos que ésta a sus contemporáneos. En tanto que los católicos persiguen a muerte a los protestantes, y que éstos entre sí se desgarran, Moro preconiza, mucho antes de Locke, la absoluta libertad religiosa y se adelanta en varios siglos al utilitarismo de Bentham y de Mill.

Al coronado Barba Azul de Inglaterra no le convenía un testigo de tamaña altura. Y al cabo, el humanista (yo quiero pensar que no tanto por apego a un dogma determinado, cuanto por apego a la decencia, a la vida limpia y congruente) se sobrepuso a las lástimas de su esposa Luisa y de su hija Margarita, y antes que sancionar con su nombre las miserias de la alcoba real, prefirió morir "ahorcado, arrastrado y desentrañado".

Pero es libre el que piensa bien. Y ¿quién le quitaba a Tomás Moro el haber vivido, allá para sí, en su isla privilegiada, cuyos contornos afectan la forma del Creciente, y que abriga, contra viento y mar, un puerto pacífico? Allá, sueña Moro, todos viven contentos con lo indispensable. De los vestidos sólo se pide que sean duraderos. Las necesidades son escasas. La jornada de trabajo no pasa de las seis horas. Todos ignoran la pereza y viven exentos de avaricia. ¿Quién ha de quejarse, donde la tarea es tan dulce? ¿Quién ha de sentirse codicioso donde la abundancia es la ley? En vez de castigar a última hora, cuando ya el daño es irreparable, se educa a tiempo, cuando todavía pueden corregirse las malas inclinaciones. La guerra sólo se declara en caso extremo. La gloria militar es tanto mayor cuanto menor sea el número de bajas enemigas que haya costado la victoria. La pena para los criminales es la esclavitud, porque, en verdad, la esclavitud es aún peor que la muerte. Además de que así los buenos aprovechan el trabajo de los mal-

hechores y, ante el espectáculo de la servidumbre, todos toman ejemplo y aviso más eficazmente que ante las ejecuciones capitales.

Es ya inevitable, hablando de la *Utopía* de Moro, recordar el hermoso esfuerzo del obispo de Michoacán, don Vasco de Quiroga, para ajustar a un plan semejante, aunque católico, las comunidades indígenas de su diócesis, punto esclarecido lúcidamente por el historiador mexicano Silvio Zavala. Lo cual nos recuerda, inevitablemente, los intentos de repúblicas comunistas jesuíticas en Piratininga y en el Paraguay.*

Por lo demás, ya las poblaciones americanas anteriores a la Conquista solían ofrecer rasgos utópicos. Así el imperio de los incas y los pueblos a que se refiere Américo Vespucio en su *Mundus Novus*. Y hoy es bien sabido que precisamente el descubrimiento de América provocó el auge de la literatura utópica en la Europa renacentista, no sólo porque ante la aparición de un mundo nuevo se dio en soñar con una posible humanidad feliz, sino porque ese mundo nuevo, con el ejemplo de sus instituciones distintas de las europeas, inspiraba nuevos modelos de Estado indemnes todavía de la decadencia y caducidad que se creía advertir en Europa. Pues eso de la "decadencia de Occidente" no es cosa de hoy, lo que bien puede servirnos de consuelo, al ver que gozan de buena salud las civilizaciones que los teóricos matan, de cuando en cuando, en sus libros.

Los relatos de Américo Vespucio a la sazón embelesaban a Europa. Imagina Moro a un supuesto viajero portugués con quien se encontró en Amberes, Rafael Hitlodeo, el cual acompañó a Vespucio en sus tres viajes por América y, en el último, se quedó con otros veinticuatro aventureros en aquellas tierras maravillosas, ciudades fortificadas y deslumbradoras repúblicas que existen más abajo del Ecuador. Al imaginar que estos compañeros de Vespucio se internan hacia el Occidente, Moro alcanza, en la fantasía, los resultados de la circunnavegación que sólo se realizará años más tarde.

* Ver, *supra*, "Utopías americanas", en *Última Tule*, y, sobre el sentido utópico de América en general, "El presagio de América", pp. 11 *ss*., "En la VII Conferencia Internacional Americana", pp. 71 *ss*., "El sentido de América", pp. 79 *ss*., etcétera.

Sospechan algunos si hay aquí algún eco nada menos que del imperio incaico.

> Pero téngase en cuenta —dice D. Luis E. Valcárcel— que el Perú aún no había sido descubierto por el lado del Pacífico. Lo cual no quita que se supiese desde los primeros años del siglo XVI su *existencia utópica* (Eldorado, tierra del oro, etcétera), ni se puede cerrar toda posibilidad a alguna ignorada empresa que hubiera descorrido el velo del Perú, ya no por occidente, sino por levante, a través de aquella naturaleza bravía e inclemente, de *calor perpetuo, habitada por fieras, reptiles y hombres no menos fieros y peligrosos que las bestias.*
>
> Acaso no sería reconocible en este cuadro el rostro de la región amazónica. La Isla de Utopía [*en cambio*] tiene un pronunciado aire de familia con el Perú de los incas, según se comprueba por el cúmulo de semejanzas... : ausencia de propiedad privada en la tierra; ocupación principal agrícola; organización de gran familia; división de grupos con sus propios jefes que eligen a otros superiores; producción fiscalizada que permite recoger el sobrante de las cosechas como reserva; recolección intensiva por todos al mismo tiempo; fiestas mensuales de todas las familias; préstamos recíprocos; el agua de lluvia se recoge en cisternas; hombres y mujeres, diestros agricultores; beneficio de la lana; oficios de canteros; metalistas y carpinteros; trajes uniformes (túnica y manto) que cada familia fabrica para sí; el funcionario se limita a vigilar que nadie esté ocioso; seis horas de trabajo al día; la sobrepoblación va a colonizar nuevas tierras; los más jóvenes sirven a los más viejos; nadie solicita más de lo necesario; comidas en común; permiso para salir de un pueblo a otro; no llevan para el viaje cosa alguna [*al revés de lo que pasa en la India, donde hay que viajar con todo el ajuar para dormir*], porque están en todas partes como en su casa; el hecho de hallarse cada uno bajo la mirada de los demás les obliga sin excusa a un diario trabajo y a un honesto reposo; se acude a remediar la escasez de una localidad con el sobrante de la otra; no hay suficientes provisiones si no se ha reunido la cantidad necesaria para el consumo de un bienio; el oro y la plata no tienen valor comercial; buenos observadores del movimiento del sol, la luna y las estrellas, predicen las lluvias, los tiempos y demás mudanzas... frugalidad, trabajo inteligente para convertir en fecundas las tierras eriazas; las mujeres no se casan antes de los dieciocho años ni los hombres antes de los veintidós; gustan de los bufones; no hay abogados; gran pericia militar; astucia para conquistar sin lucha; no se ensañan con los caídos; no hay saqueo ni botín de guerra; en vez de destruirlos, defienden los campos sembrados del enemigo: uso

de hachas y flechas; adoran al sol, la luna y las estrellas; tienen la concepción de un numen único, desconocido, eterno, inmenso e inexplicable: es el Padre, a quien atribuyen el origen, el desarrollo y progreso, vicisitudes y término del mundo; hay verdadera tolerancia de cultos; creen que los muertos andan entre los vivos y son espectadores de cuanto éstos hacen y dicen; meses lunares y año solar; vestidos blancos de los sacerdotes; música y canto religioso...

Al erudito peruano le asombra que la sola imaginación de Moro coincida "en un ochenta por ciento" con la realidad de las cosas incaicas. ¿No será posible —se pregunta— que el Canciller de Inglaterra haya poseído sobre aquellas tierras informes secretos de algún explorador que llegó al Perú antes de Pizarro?

Otros muchos aspectos nos asombran en la *Utopía* de Moro: la distribución de seis mil familias para cada una de las cincuenta y cuatro ciudades, bien jardinadas; la regulación del sustento por familia a un número de mancebos que va de diez a dieciséis; las casas abiertas y comunes que son de todos y se truecan por sorteo cada diez años; la previsión del procedimiento de incubadoras para los pollos, que sólo se descubrirá siglos después; el cuidado de la vocación natural para los educandos, que según sus inclinaciones se aplican a lo teórico o a lo mecánico; la institución de dos esclavos para cada cuarenta personas; matarifes o jiferos encargados de degollar y cortar las reses, así como la cacería, tareas sangrientas y peligrosas para los ciudadanos utopienses; la vida según la naturaleza, exenta de peligrosa curiosidad sobre "las segundas intenciones" (filosofía); la religión que desconoce el ascetismo y las mortificaciones carnales.

Don Francisco de Quevedo y Villegas, atento a todos los libros generosos, persuadió a su amigo Jerónimo Antonio de Medinilla y Porres que tradujese la *Utopía* de Moro al castellano (1637), y escribió para ella el prólogo. La obra de Medinilla y Porres, más que una traducción, es un resumen selectivo, hecho sobre el texto latino de la *Utopía.* Desde luego, faltan en ella los prolegómenos y todo el primer libro de la obra. Estas correcciones y mutilaciones pueden contestar las dudas del periodista español Francisco Grandmontag-

ne, quien, sin haber confrontado la versión castellana con el original, se preguntaba en 1932 cómo era posible que obra tan revolucionaria no hubiera encontrado en España cortapisas por parte de la Inquisición. Sencillamente, porque la obra fue mutilada y reformada antes, como lo explica el traductor en nota a su cap. IX, que trata de la religión utopiana.

XIII

Además de la *Utopía* de Tomás Moro —comentada ya en otro artículo— solicitan ahora nuestra curiosidad otras fantasías sobre las repúblicas ideales que entonces habíamos enumerado; a saber: la *Nueva Atlántida* de Bacon, publicada en 1626 pero escrita antes; *La Ciudad del Sol* de Campanella y la *Oceana* de Harrington.

Tanto los historiadores de la filosofía como los de la literatura tienen mucho que decir sobre Francis Bacon (1561-1626). También los aficionados a los estudios morales. En Bacon van juntos el amor al conocimiento y el amor a los honores, los poderes y la riqueza. Él asegura que sólo anhelaba estos últimos para mejor desarrollar sus planes científicos, la revolución mental completa, la *Instauratio Magna*, como él dice. Era un político rico en subterfugios, era hombre que cobraba siempre un servicio y hasta se lo hacía pagar dos veces. Era un gran escritor y una mente lúcida.

En su *Nueva Atlántida* —ejemplo de la prosa inglesa— Bacon imagina la existencia de una isla en el Océano Pacífico habitada por una humanidad superior a la europea; narración incompleta, en ella expone Bacon mucho de su filosofía y presenta sugestiones tales como la conveniencia de crear academias científicas.

Allí pone Bacon en acción sus sueños científicos, excitados por aquella racha de continuos descubrimientos que se desató en sus días. Dice un comentarista: "Proyecta aquí su incansable fantasía telescopios y microscopios, teléfonos y micrófonos, barcos de vapor y naves aéreas, medios químicos de alimentación concentrada, preventivos contra enfermedades." Quiere que la ciencia nos dé, a toda prisa, la felicidad. En cuanto los numerosos mensajeros de la Nueva

Atlántida tienen noticia de un invento cualquiera, lo traen a la Casa de Salomón para que allí acaben de perfeccionarlo y ensayen sus aplicaciones prácticas. Y poco a poco, mediante inyecciones hipodérmicas y vacunas —como si dijéramos— se obtiene la armonía social. Gran abuelo, Bacon, de los modernos novelistas y utopistas científicos.

Al reorganizar, como Aristóteles, el caudal científico de su tiempo, Bacon no pudo menos de dar con la realidad americana, representada en fauna y en flora, en minerales y en tipos étnicos distintos. Discípulo de Montaigne, se interesaba menos que éste por las cuestiones sociales, pero calaba más hondo en el estudio concreto de las cosas científicas. Se acercó a América cuanto pudo. Apreció las modificaciones traídas por el Descubrimiento a las ideas sobre repartición de continentes y mares; estudió las peculiaridades climáticas del Nuevo Mundo, los problemas de sus altitudes y, en suma, fundó así la geografía física moderna. Comparó además la civilización europea con la barbarie americana, pero no quiso atribuir la divergencia a las meras causas geográficas; aunque hubiera podido hallar la clave, o una de las claves, si llega a reparar en la falta de animales domésticos que afligía al Continente occidental. Nunca creyó, eso no, que las normas europeas pudieran trasladarse a América.

El italiano Tommaso Campanella (1566-1639), católico de una pieza, opuesto a la concepción gentil de la política maquiavélica, inclinado a la concepción teológica hispana, y que tanto influyó en algunos españoles como el Maestro Fernán Pérez de Oliva, escribió su *Civitas Solis* como un apéndice a su *Filosofía de la realidad.* Es obra abstracta y fría, sin el aliento humano de Moro; concepción intelectualista y militar (hoy diríamos, a la prusiana), donde verdaderamente parece que pisamos el suelo duro y diamantino de otro planeta. Se notan las inspiraciones estoicas, que a su vez proceden de la mística asiática, por ejemplo en las nociones difusas sobre la adoración del Sol.

He aquí sus principios: subordinación de la voluntad y la fuerza a la sabiduría; gobierno sacerdotal de un sabio (Sol: la Metafísica), asesorado por los tres príncipes Pon, Sin y Mor (o sean la Poesía, la Sapiencia y el Amor). El

primero es el jefe del ejército; el segundo, el jefe de la educación y el tercero, el jefe de la economía. Reglamento de la procreación; conmensuración matemática de la inteligencia para determinar, conforme a ella, la jerarquía social; servicio militar obligatorio; comunidad absoluta, incluso en la grave cuestión de las mujeres y la familia; cuatro horas de trabajo diario: tal es la república de los solares, a la que de siglo en siglo aspiran en vano los terrestres.

James Harrington (1611-1677) nos da, en su *Oceana* (1656) una cuasi-novela entre histórica y caprichosa sobre el arte del gobierno. El relato de su república ficticia, y sobre todo los debates y los programas —que claramente se refieren a la política de su tiempo—, se consienten toques humorísticos; pero el conjunto es serio; propone los principios del ensanche en la propiedad territorial, elección por votos, etc., según el ejemplo de Venecia y Esparta.

La *Oceana* de Harrington, que tan visiblemente influyó en el pensamiento político de América, lleva la huella de las persecuciones de Cromwell. Era Harrington persona amable, aunque escritor algo frágil y aburrido. Amigo de Carlos I, estuvo a su lado cuando "la memorable escena" y en el interregno del Protectorado escribió su utopía. El Lord Protector mandó recoger el manuscrito, pero, cediendo a las instancias de su hija, permitió que le fuera devuelto al autor. Por lo visto, la *Oceana* no contentaba a nadie, porque Harrington tuvo todavía que sufrir prisiones en tiempos de Carlos II. Saintsbury, que siempre declara lo que siente, cree que Harrington era, como solemos decir, un "chiflado". Escribía con escrupulosidad y lujo de detalles (puesto que la frase hecha dice "lujo"); escribía minuciosamente, con la punta de un alfiler, fijando hasta los salarios para los mínimos oficiales de su república. Aspiraba a una constitución ideal de su Oceana, su Inglaterra, bajo el legislador Olphaus Megaletor, que bien puede ser el propio Cromwell.

La obra se funda en dos nociones: *1)* El elemento esencial del Estado es la propiedad, y singularmente la propiedad del suelo. *2)* El poder ejecutivo no debiera radicar indefinidamente en los mismos hombres; éstos deben cambiar conforme a las reglas electorales de la Rota, un club político

fundado por Harrington, donde en vano procuró llevar a la práctica sus teorías, y cuyo nombre —sin remedio y por arrastre verbal— nos hace pensar en los "rotarios".

Con respecto a la primera tesis, Harrington propone una ley agraria que limite la propiedad territorial. El límite no se fija conforme a la extensión, sino conforme al rendimiento de las parcelas, el cual no deberá superar las tres mil libras.

El sistema de repartimientos rurales no carece de interés, aun en nuestros días. Respecto al segundo punto, la renovación de magistrados, el Senado o poder ejecutivo de la Oceana mudará anualmente por tercias partes, y ningún senador podrá ser reelecto para el período inmediato. Resumen: repartición agraria, sufragio efectivo y no reelección. ¡Los lemas de la Revolución Mexicana!

Y la verdad es que los sueños de Harrington no son extraños al dibujo político de América, aunque, naturalmente, las influencias de la *Oceana* se dejan sentir más directamente en la Unión del Norte. A tal punto que algún comentarista llega a afirmar: —Harrington es como un ciudadano de los Estados Unidos *avant la lettre,* y su nueva Inglaterra —la que él imagina— casi pudiera llamarse ya la Nueva Inglaterra (con mayúscula).

Cuando Harrington alcanza el apogeo de su renombre, en efecto, las colonias de Virginia, Maryland, Massachusetts, Rhode Island y Connecticut han nacido ya, y varias otras colonias aparecen poco después como Carolina, New Jersey y Pennsylvania. Muchos de los hombres que fundaron estos establecimientos coloniales respiraron la misma atmósfera que Harrington, se formaron en la misma Universidad, leyeron los libros que él había leído. Algunos, como él, habían visitado los Países Bajos —centro de contactos internacionales— y, si no conocían personalmente a Italia, la conocían por expresivos testimonios. En suma, habían respirado los aires del autor de la *Oceana.* Así, aun cuando hayan fracasado los intentos de trasladar las ideas de Harrington a las colonias norteamericanas durante el período de la Restauración, el fuego quedó en ascuas. Ello se percibe fácilmente en el régimen de la propiedad territorial; la concepción, clara y defi-

nida, sobre las libertades civiles y religiosas; la fe en la santidad de las constituciones escritas y mil rasgos más.

Por último, las ideas que brotan de la *Oceana,* aun las rechazadas en el siglo anterior, renacen e informan los impulsos revolucionarios de la Unión del Norte, al sobrevenir la revolución que determinó su indepedencia. Puede decirse que Harrington ayudó a crear el ambiente republicano, desde luego; pero hay más: la adopción general del sistema del sufragio se debe por mucho a los antecedentes de Carolina, Pennsylvania y New Jersey, que proceden de la *Oceana.* En estos antecedentes se inspiran también los Artículos de Confederación redactados por Franklin, donde toma su nacimiento el método de la rotación senatorial. La eventual predominancia del régimen bicamarista proviene de Adams, que a su vez debe la noción a Harrington.

Naturalmente que la influencia de Harrington puede rastrearse también en Francia, influencia a la que no han sido extraños Sieyes ni el mismo Bonaparte. Harrington no logró en vida lo que se había propuesto, y hoy mismo pocos perciben lo que le debe la posteridad política. ¿"Chiflado", dijo Saintsbury? Estos "chiflados" hacen la historia.

XIV

Gabriel Foigny (o Cogny), antiguo sacerdote que se pasa del catolicismo al protestantismo y da siempre mucho que hablar en su tiempo, publica en 1676 una utopía, *La Terre Australe. . .*, cuyos habitantes son todos hermafroditas —lo que de cierto modo anula el problema del amor—, que poseen en la cadera un tercer brazo complementario y que viven aislados, en una república ideal. Sus enemigos son los bárbaros de los alrededores y las monstruosas aves llamadas con el horrible nombre de *Vrgs.* Estos australianos (y es la parte más audaz de la obra), no practican más religión que una adoración abstracta del *Haab* o Primer Principio Incomprensible, sin permitirse oraciones ni súplicas, las cuales serían blasfemas y absurdas según su sentir. Carecen de otras ambiciones que no sean el cultivo de las flores y de las ciencias, pues la tierra les da graciosamente el sustento. Desco-

nocen las pasiones, aunque viven bien pertrechados contra sus enemigos. Se obligan a procrear al menos un hijo (no sabemos cómo, pues no quieren revelar su secreto al náufrago Sadeur); aceptan vivir hasta cien años y después se suicidan comiendo cierto fruto que los sumerge en un dulce sueño, lo que evoca algunas fábulas de los antiguos. Consideran la vida individual como algo accesorio y pasajero, y ven la muerte como una cosa placentera que deshace las limitaciones de la conciencia y nos reintegra en la vida universal. Los sueños de Fogny recuerdan a Spinoza, anuncian a Rousseau, a los filósofos libertinos del siguiente siglo, y hasta cierto punto, el *Erewhon* de Butler y las fantasías de André Maurois (*Voyage au pays des Articoles*). Emplean una lengua racional, cuyas cinco vocales representan los elementos y cuyas consonantes expresan sus accidentes: Si *a* es fuego, si *e* es aire y *b* significa claridad, resulta obvio que la estrella debe llamarse *aeb*. De suerte que, al aprender la lengua, se aprende también toda una filosofía sobre la naturaleza de las cosas. Como estos australianos dominan todas las ciencias, han logrado ya hasta producir nuevos animales: por ejemplo, unos cerdos que abren surcos más regulares que el arado, o unos camellos útiles para todo transporte y que comen dos libras de yerba cada tres días. Los moradores de esta república singular miden su tiempo con una regularidad militar, son vegetarianos y, en suma, nos ofrecen el cuadro de un Estado comunista y a la vez epicúreo, o de un convento sin rituales religiosos de ningún orden.

XV

Bernardin de Saint-Pierre es célebre sobre todo por su novela idílica *Pablo y Virginia* (1786-88), aunque casi se le conoce ya de oídas. "¿Qué libros lleva usted consigo a sus vacaciones?", preguntaba a los escritores un diario francés. Y el humorista Tristan Bernard contestó: "*Pablo y Virginia*, esta obra maestra de las letras francesas, con la esperanza de leerla algún día." ¡Ah, pero cuando yo estudiaba Derecho, tuve la gran sorpresa! Visitábamos la Penitenciaría. El Director nos mostró la lista de los libros que leían los reclu-

sos: el "Tigre de Santa Julia", famoso en los anales del crimen, estaba leyendo a Bernardin de Saint-Pierre.

Este canto a la naturaleza primitiva viene a ser la expresión clásica de aquella concepción tan "siglo XVIII": la civilización toma contacto, de repente, con el hombre candoroso y desnudo. El sentimentalismo utópico, emparentado con el de las pastorelas o pastorales italianas, inspira la obra; y los habitantes del Valle Feliz son modelos de perfección. El estilo —hijo de Rousseau— es una de las primeras muestras de la "pintura verbal", y el lenguaje se esfuerza por retratar las sensaciones.

El idilio acaba en tragedia. La misteriosa naturaleza lo mismo ríe que ruge. Se desatan sus elementos y destruyen el mismo Edén que antes habían edificado. Saint-Pierre encontró una fórmula nueva al situar el drama de dos corazones en este escenario magnífico, que acaba como borrado por una terrible tempestad.

Pero no es ésta la única obra de Saint-Pierre en que se manifiestan sus inclinaciones de utopista. Agotado por incontables penas y calamidades que estuvieron a punto de hacer naufragar su razón, poco a poco se recobró y volcó sus sueños de felicidad en *La Arcadia.*

> Mis arcadianos —explicó a Rousseau una tarde, paseando por el Bois de Boulogne—, ejercen todas las artes campestres: los hay pastores, labriegos, pescadores, soñadores... Sus costumbres son patriarcales como en los días primitivos. En su república no hay sacerdotes, soldados ni esclavos: pues son de suyo tan religiosos que todo padre de familia viene a ser un pontífice; tan aguerridos, que todos y cada uno de los habitantes están prontos a defender la patria, sin recibir pago o soldada; y tan iguales, que entre ellos no podría haber servidores. Los jóvenes no conocen las riñas, salvo las inevitables disputas entre amantes, como los del *Devin du Village* (*opereta de Rousseau, 1752*). Las exigencias de la virtud con frecuencia congregan a los ciudadanos en la asamblea del pueblo... Eligen a sus magistrados por mayoría de votos, y el gobierno del Estado es como el de una familia, y los magistrados se encargan de las funciones de la paz, la guerra y la religión. En el país no se ve ningún monumento inútil, fastuoso, desagradable o feo; nada de columnas, arcos triunfales, hospitales o prisiones; sino un puente sobre un arroyo, un pozo en una llanura árida, un boscaje de árboles frutales en una montaña

inculta, y en medio un modesto templo cuyo peristilo da abrigo a los viajeros... Las tumbas de los antepasados se tienden entre bosques de mirtos, cipreses y sabinos. Sus descendientes, de quienes los abuelos supieron hacerse amar en vida, acuden allí, movidos por sus alegrías o sus penas, para adornar las tumbas con flores e implorar a los manes. El pasado, el presente y el porvenir establecen entre todos los miembros de esta sociedad cadenas de leyes naturales, de modo que allí es tan dulce vivir como lo es morir.

Así continuaba Saint-Pierre acariciando las ilusiones de su juventud, y jugaba a la república sin tacha, al modo como, en Sterne, el tío Tobías abría trincheras en su huerto, alzaba bastiones con ayuda del cabo Trim, tomaba fuertes y ganaba batallas para vengarse de las que realmente había perdido.

XVI

El escritor mexicano Pablo González Casanova que tiene, por herencia del nombre, el deber de solicitar la fama, y por virtud propia, el valor de hacerlo, nos ha contado recientemente de cierta utopía singular: *Una utopía de América* (El Colegio de México, 1953).

La Armonía del Universo (1862 y 1882) se llama la obra de Juan Nepomuceno Adorno, un hombre nacido en México el año de 1807, muy hijo de su época, marcado por las cicatrices históricas, "inventor y mecánico, pensador social y autor de utopías. Como Roberto Owen y Saint-Simon, los dos reformadores que vinieron a México, y como algunos de sus contemporáneos y conciudadanos, Adorno fue un hombre de empresa del romanticismo. Creyó a la vez en la industria y en la Providencia".

Más que una utopía en el sentido que la literatura da a la palabra, la obra de Adorno es una utopía en el sentido que dan al término los sociólogos y economistas. Escrita en una prosa beata, es, como la llama el autor, un "ensayo filosófico en busca de la Verdad, la Unidad y la Felicidad", desarrollada con candoroso optimismo; algo como una promesa de lo que puede ser nuestra existencia terrestre, inferida de la fe en el Espíritu Absoluto y en el concierto admirable de la Naturaleza.

Adorno se sintió profeta, descubridor —por su cuenta—

de Dios, de la religión, de la armonía posible entre los hombres. Su doctrina es rigurosamente antropocéntrica, pues todo existe para el servicio del hombre, y el hombre es fundamentalmente bueno. Desaparecerán las odiosas desigualdades étnicas, políticas, económicas. El ebúrneo etíope y el rubio hijo de Albión, así como el pobre y el rico, confraternizarán al fin. Se olvidarán las pasiones. La técnica (que Adorno llama todavía la industria, la ingeniería, la mecánica, la agricultura) multiplicará las comodidades. El progreso alcanzará cimas inimaginables. La Federación Absoluta organizará la felicidad humana, común denominador de los pueblos convertidos ya en un solo pueblo. El capítulo llamado "El remoto porvenir" es un himno de arrobo ante el espectáculo imaginado por el profeta.

En la descripción de las instituciones sociales como el matrimonio y el divorcio, la propiedad, etc., Adorno llega a la audacia; hay que concederle este mérito. Por todo el discurso parece soplar un vientecillo de danza —danza de vírgenes y mancebos, fiestas de adultos— que nos ha hecho pensar en Réstif de la Bretonne y su *Año dos mil.*

XVII

Tres hombres ilustres, por lo menos, han llevado el nombre de Samuel Butler. El primero (apodado "Hudibras Butler") hombre del siglo XVIII, es aquel teofrastiano que satirizó, en sus *Caracteres*, a su propio protector, el segundo duque de Buckingham; que, para reírse de un "sabio tonto", contó el caso del elefante en la luna (o el ratón en el telescopio) y que, aunque obtuvo una pensión de Carlos II, dicen que murió en la penuria, a juzgar por el epigrama de su monumento en la Abadía de Westminster:

> Aquí se ve en emblema la suerte del poeta,
> que cuando pide pan le arrojan una piedra.

O bien, como en nuestro juguetillo infantil: "Piden pan y no les dan, piden queso y les dan un hueso", etc. Pero su obra más notable es el *Hudibras*, en dísticos de ocho sílabas; extenso poema burlesco dirigido contra los "presbite-

rianos" o "independientes", donde se reflejan las influencias del *Quijote*, de Rabelais y de Scarron.

El segundo Samuel Butler, hombre del siglo XVIII y que alcanza hasta el primer tercio de la siguiente centuria, fue un célebre maestro y obispo, cuya vida y cartas había de publicar su nieto.

Este nieto es el tercer Samuel Butler, llamado "Erewhon Butler" por referencia a su obra de que luego hablaremos. También fue satírico y un ensayista extravagante, helenista heterodoxo, opositor de Darwin; en todos los mares, más bien pirata que corsario, porque navegaba sin permiso y, por decirlo así, se metía donde no lo llamaban. Entre otras cosas, fue ganadero en Nueva Zelanda y siempre viajó por veredas no muy transitadas.

Erewhon es anagrama de *Nowhere*, lo que equivale a la palabra griega "utopía", que nuestro Quevedo tradujo: "No hay tal lugar."

En las jornadas de Samuel Butler (*Erewhon*), la utopía deja sitio a páginas de mero valor imaginativo, donde ya no se pretende dictar reglas a la sociedad, ni en serio ni en broma. Tal es, por ejemplo, la idea de los Bancos Musicales, cuyas operaciones se hacen mediante la música, conforme a un código que el viajero de Erewhon declara nunca haber entendido. Capricho que nos recuerda el de Amado Nervo sobre "El país donde la lluvia era luminosa", o más bien aquel otro, de que el propio Nervo nos ha hablado en alguna parte, sobre un órgano luminoso que produjera sinfonías de colores. Lo cual nos lleva a las sinfonías de sabores de Huysmans en el *À Rebours* y, en general, a las experiencias poéticas de la llamada sinestesia, en que unas sensaciones se traducen por otras, enredando así —podemos decir— las tablas de la ley que gobiernan nuestros cinco o más sentidos corpóreos.*

En Samuel Butler, gran extravagante de la literatura inglesa, Valery Larbaud cree hallar simpatías con el pensar de Epicuro. Tipo de aquellos escritores inadvertidos para sus contemporáneos, tiene un par de amigos oscuros: uno,

* Asunto que consideré en mis notas sobre los estímulos poéticos: *Tres puntos de exegética literaria,* y en el Descanso XVII de mis *Memorias de cocina y bodega.*

el pícaro sentimental que lo explota; otro, la vieja maniática que lo ama a su modo. Shaw fue de los primeros en darle su lugar merecido. Según lo hemos dicho, Butler es autor de interesantes ensayos sobre las teorías de la evolución, e investigó también la Grecia clásica, siempre con intento aventurero, y arriesgó la teoría de que la *Odisea* es obra de una doncella, acaso la propia Nausícaa que con tan cautivadora y principesca cortesía y con tan amoroso interés recibe al héroe del poema en la isla feacia de Esqueria. Y aquí encontramos otra isla utópica que algunos quisieron identificar con la Atlántida.

En Butler, novelista extraño, influyeron poderosamente las experiencias de la vida en Australia, adonde lo desterró la incomprensión paterna, e influyó también el desamor familiar, dándole cierta sequedad inhumana. Nada más patético que esta especie de Libro de los Muertos de los egipcios, vuelto de revés, en que se describe, no el viaje de ultratumba, sino el viaje de "ante-tumba", el Edén o Limbo de los nonatos.

Para los nonatos, nacer es morir; tienen pavor de bajar al mundo y entran a él por la sola puerta del suicidio. No conocen pena ni gloria y, dichosos en su insensibilidad, no entienden que algunos de ellos aspiren a las limitaciones y peligros de poseer un cuerpo humano. Los más sabios, moviendo sus cabecitas todavía mal integradas, cabecitas de fetos, aconsejan a los descarriados que no pretendan probar el conocimiento, que no prueben la manzana de Eva, como diríamos en el lenguaje de la utopía hebraica.

> Considerad —les repiten— los innumerables riesgos que os esperan: acaso el nacer de padres malvados y el ser educados en el vicio; o tal vez de padres necios que os quieran atiborrar de ideas falsas; o de otros que os consideren como bienes muebles, como artículos de su propiedad exclusiva. O tal vez daréis con padres antipáticos o incapaces de entenderos, que anden tras de vosotros como la gallina que empolló el pato, y que todavía os echarán en cara vuestra ingratitud si os sentís sin ánimos para bendecirlos.

Pero los incautos, los curiosos, apuran el brebaje que anula del todo la memoria, y entran así en la pesadilla del mundo. ¿Oís latir, en todo este amargo discurso, el áspero

corazón de Butler? Hijo mal querido, Butler "respira por la herida" y se desahoga contra las esclavitudes familiares. "¡Os detesto, familias!", habrá de gritar Gide más tarde.

En el país de Erewhon, las enfermedades son juzgadas y castigadas como crímenes y delitos, según sea su gravedad; y nuestros crímenes y delitos se consideran como dolencias, por lo cual requieren cuidados médicos y, a veces, la reclusión en un sanatorio. Este último extremo no deja de anunciar las teorías actuales sobre el tratamiento al delincuente, entendido ya como un caso patológico o de desequilibrio nervioso. Yo recuerdo, en mi niñez, haber presentido esta doctrina de los modernos criminalistas al oír decir a la gente humilde: "Fulano tuvo que faltar al trabajo porque *cayó* en la cárcel", con la misma sencillez y piedad conque se dice: "porque *cayó* en cama". Considerando el robo de un par de calcetines como la forma elemental del robo, los erewhonianos acostumbraban confesar que habían hurtado unos calcetines o que "estaban con los calcetines", como quien afirma: "estoy con reuma", cuando se sentían ligeramente criminales.

Las instituciones de aquella deliciosa tierra corresponden naturalmente a determinada visión del mundo. Así, existe un Tribunal de la Confianza Indebida, donde se persigue a los que se dejan robar (como Butler se dejó robar de su amigo). Los ciudadanos más avanzados se atreven a proponer algo de piedad para los enfermos, y hasta algunos métodos curativos, idea muy revolucionaria que corresponde a la nuestra sobre el tratamiento médico al delincuente. En las escuelas se enseña la Ciencia Hipotética; es decir, que no se enseña lo ya conocido (eso ¿para qué sirve?), sino la conjetura sobre lo probable, camino del futuro descubrimiento. Los derechos de los animales y de las plantas son temas favoritos de los juristas, en lo que toman la delantera a Marc-Jean Garnot, quien ha consagrado en nuestros días una tesis a *Los animales beneficiarios de liberalidades.**

Este ingenio de la familia de Swift abarcaba un campo muy vasto, y además de sus actividades ya mencionadas, dejó su nombre en la novela, la literatura de viajes, la literatura epistolar, la teología y la musicología. Sus notas, a las

* Saint-Brieuc, 1934. Ver, en mi ensayo sobre "El enigma de Segismundo", *Sirtes*, las consideraciones jurídicas sobre los animales.

que consagraba una hora cada mañana para ordenarlas, retocarlas y sacar un índice completo, ocupan más de cinco volúmenes de unas 250 páginas, y él las consideraba como microbios ponzoñosos destinados a "desconcertar las células del mundo".

Seguramente que si yo hubiera leído concienzudamente los dos gruesos volúmenes en que Henry Festing Jones recoge un enorme tesoro de noticias sobre su amigo, tendría que desvanecer algunos perfiles y ángulos del rápido boceto anterior; tendría que rectificar o explicar muchas cosas, y me pasaría en suma lo que a esos ociosos que toman un apunte y le añaden tantos adornajos a cada letra que acaban por no saber ya lo que escribieron. Pues no cabe duda que las caras vistas de cerca y examinadas con lente de aumento pierden finalmente todos sus rasgos distintivos.

Prefiero, para terminar, citar un expresivo pasaje, arrancado a uno de los famosos "prefacios" de George Bernard Shaw. Como la crítica lo acusara de pedir sus ideas más originales a Nietzsche y a Ibsen, él contestó:

> Lo que hay de novedad en mi drama, hasta donde yo puedo juzgarlo, es aquella máxima donde mi personaje afirma que la posesión del dinero es la virtud más indispensable, y la pobreza, el más grave pecado del hombre en la sociedad. Naturalmente, esta concepción dramática no ha nacido por generación espontánea, así como tampoco procede de Nietzsche ni de otro escritor alguno de allende la Mancha. El llorado Samuel Butler que, en su género, fue el mayor escritor inglés en la segunda mitad del siglo XIX, recomienda en su obra constantemente, como las cosas más necesarias y morales, cierta tibieza consciente en asuntos de religión y un sentimiento vivo y alerta de la importancia del dinero. De veras que es para desesperar de la literatura inglesa cuando se piensa que un cuadro tan admirable de la vida de este país, como el que nos ofrece la novela *The way of all flesh* ha causado tan escasa impresión que, poco después de publicado ese libro, yo aproveché en mis dramas esas ideas tan audaces, independientes y proféticas que tanto deben a Samuel Butler, y todos me han acusado confusamente de imitar a Ibsen y a Nietzsche y gracias que no han hablado también de Alfred de Musset y de George Sand. En verdad que los ingleses no merecerían tener grandes hombres. Han dejado morir a Samuel Butler en una casi completa oscuridad, en tanto que yo, que no soy, en comparación de aquel escritor, más que un periodista irlandés sin importancia, los

he embriagado al punto que con tanto ruido que me hacen me tienen ya asfixiado.

Tras de repasar estas líneas, propongo al desocupado lector dos meditaciones: la primera sea en torno al pasaje aquel en que San Pablo declara que "a los tibios Dios los vomita"; la segunda, en torno a lo que llamó Ramiro de Maeztu "el sentido reverencial del dinero".

XVIII

La corriente mental de que las utopías son manifestaciones procede de orígenes clásicos, paganos. Naturalmente, se robustece con el intenso acarreo de la moral cristiana, esta utopía flotante de que los Evangelios dan versiones dispersas. Pero conserva aquella figura helénica, aquel carácter que ya tuvo en Platón. Todos los utopistas están hechos de la misma sustancia. Sus sueños no se deshacen necesariamente en un sueño. A lo largo de las utopías, se extiende el camino de las conquistas reales. Sino que la práctica renquea trabajosamente en pos de la teoría y suele retrasársele en años y hasta en siglos.

Las utopías, desde sus orígenes, se inclinan al socialismo. Al aparecer, en el siglo XIX, la idea socialista clara y despejada, no nos sorprenderá que sus primeros expositores hayan asumido el aire de utopistas, y hasta veremos que muy pronto se les llama "utopistas" en los tratados: Saint-Simon, Fourier, etc. Así se los distingue de los "socialistas científicos", la escuela alemana: Karl Marx y sus derivados. Estos utopistas del XIX tienen desde luego antecedentes en la literatura que los precede y, desde luego, contrayéndonos solamente al siglo pasado, podemos mencionar los siguientes, que no agotan en modo alguno la riquísima lista:

El Testamento de Jean Meslier, que sólo se publicó en el siglo XIX, es obra atea escrita por un párroco francés que vivió entre 1664 y 1730. En ella se anuncian las doctrinas del socialismo.

La influencia de Rousseau se trasluce en el *Código de la Naturaleza* del Abate Morelly, autor también de una novela: la *Basilíada* o *Naufragio de las Islas Flotantes.* Morelly pre-

dica sin ambages la abolición de la propiedad privada, salvo para los objetos de uso personal. El comercio queda sustituido por las distribuciones que hacen los almacenes públicos (¿No es ya la larva de los futuros Talleres Nacionales, de Louis Blanc?). De los 20 a los 50 años, todos deben trabajar el campo.

El tratado *De la legislación,* del Abate Mably, resucita la fábula de la antigua Lacedemonia. Sin atreverse tanto como se atreve el otro abate, éste recomienda la supresión de la herencia, la igualdad de las clases, la restricción del lujo mediante leyes prohibitivas y una cuidadosa preparación moral de los ciudadanos.

Por sendas parecidas divaga el filántropo Charles Hall en *Los efectos de la civilización sobre la población de los Estados de Europa.*

XIX *

De tiempo atrás, viajeros erráticos creían descubrir una tierra nueva: sin duda las lejanías presentidas en la *Medea* de Séneca, acaso la fascinadora y escurridiza Atlántida de Platón, quizá la región que profetizó 'Astarote' en el *Morgante* de Luigi Pulci, imaginado viaje aéreo; o tal vez la tierra incógnita que se deja presentir en el *Astronomicon* de Manilio, muy leído en vísperas del Descubrimiento. Tradiciones de viajeros chinos, escandinavos, vascos, normandos, portugueses, irlandeses, holandeses, y otros documentos que Colón heredó de su suegro y estudió con fiebre de navegante, todo ello hacía soñar en una isla que ya aparece o desaparece, creación de magia que tenía suspensos a los hombres. Sólo se llegaba a ella por la temerosa senda de los naufragios. Para abordarla, había que resolverse a morir. ¿Se entiende ahora por qué la buscaban con ansia los exploradores? Necesitada por los poetas y los humanistas, anhelada ya por los aven-

* Con referencia a los puntos que toco en las siguientes páginas, me remito a mis anteriores ensayos y artículos: *Visión de Anáhuac;* "Chateaubriand en América", *Retratos reales e imaginarios;* "Valle-Inclán y América", 2ª serie de *Simpatías y Diferencias;* "El presagio de América" y "Utopías americanas", *Última Tule;* "Poesía indígena brasileña", *Norte y Sur;* y "Las Utopías", *Los trabajos y los días.*

tureros geográficos y el ansia de los mercaderes, América no tardaría en revelarse.

Cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo vino a ser ya un hecho indudable —bien se le tomara por fragmento de un Asia más o menos reconocida, o bien se le concediera ya carácter de Continente autónomo— ello tuvo un inmediato reflejo sobre los hábitos mentales de Europa. Ante todo, el torrente exótico vino a deshacer los moldes clásicos de la historiografía y a producir nuevos géneros, adelantando las reflexiones sobre la antropología y la etnología, a la vez que por otro lado se planteaban arduos enigmas teológicos sobre el indio, su derecho al bautismo y su dignidad sobrenatural. Además, la aparición de América suscitó cierto sentimiento de inseguridad, de escepticismo, con respecto a la estructura del mundo, tal como las Escrituras lo describen; construcción que de pronto pudo parecer arruinada, aun cuando lógicamente y merced a lo que Newman llama el desenvolvimiento del dogma, la Iglesia acertó sin esfuerzo a recomponer el edificio, ayudada también por los ensanches de la exégesis histórica y filológica. Sucedió aún que, con sus formas insospechadas de organización y sus sociedades, que al pronto parecían primitivas y eran desusadas a todas luces (bastaba para ello que las vestiduras del indio fueran más ligeras que las europeas y, por lo mismo, se aproximaran más al desnudo), América ofrecía promesas arcádicas o edénicas y provocaba entre los filósofos del Viejo Mundo, o al menos hacía rebullir vagamente en su conciencia, un anticipo de las hipótesis de Juan Jacobo respecto al "hombre natural". (Y, en verdad, el *Discurso sobre la desigualdad* es el resultado de dos siglos y medio de discusiones, sublevaciones y ensueños desatados por el espectáculo de la América descubierta.) Finalmente, las tierras vírgenes parecían brindarse a todos los intentos de los colonizadores, teóricos o prácticos: unos se contentarían con alzar —no ya "castillos en España" como dice el francés—, sino ciudades imaginarias en América; otros embarcarían, en efecto, a busca de riqueza y tesoros; y no pocos —remedando a aquellos héroes del mito griego que se desterraban para encontrar una ciudad no manchada con su delito, donde alguien pudiera purificarlos, bañándolos en al-

gunas aguas invioladas— huían al Ojo de Caín, perdiéndose en las anchuras del generoso Continente, el cual como en la frase vulgar, prometía "borrón y cuenta nueva" a los accidentes de la conducta. Desde luego, las tentaciones espirituales de propagar la fe inspiraron a los misioneros, las tentaciones del lucro atrajeron a los conquistadores, sueños semejantes a los de la *Utopía* de Moro encendieron el ánimo de los "arquegetas" o fundadores de ciudades, soplos de esperanza impulsaron las naves de los que se llaman en el Norte los Padres Peregrinos.

Entre los utopistas "prácticos" se advirtió siempre el empeño de trasladar sus experiencias a América. La generosa América parecía brindar cómodo asilo a ciertos ensayos sociales que han ido creando reservas de porvenir. Nada importa que el credo de los nuevos profetas no siempre esté bien definido o depurado. Lo que interesaba era insistir en la fe. Ni siquiera importaría, en rigor, que en el origen del intento hasta pueda haber una travesura, como en la citada *Donogoo-Tonka,* de Jules Romains, nueva y molieresca *fourberie de Scapin,* como la calificó Julio Torri: caso de filosofía pragmática, error trocado poco a poco en verdad mediante la obra misteriosa y humilde de un pobre diablo, un médico charlatán, un geógrafo pedante y un banquero ladrón. Ni siquiera interesaría que el profeta, cuando anda por París reclutando gente, dé con tipos como la 'Pamela' de Apollinaire, hembra de los boulevares: todo ello es abono de la tierra. No es otro el ardor que anima a 'Wilhelm Meister' cuando se dispone a rehacer su felicidad en el Nuevo Mundo.

Aunque desde el primer instante pueden encontrarse rasgos aislados en que ya se vislumbra la idealización de América, sin duda en Francia fue el poeta Ronsard, adelantándose a Montaigne, quien se preguntó, el primero, si los europeos tenían derecho a envenenar la vida edénica de los salvajes con los miasmas de la civilización. La Edad Media había legado a la imaginación europea un ejército de monstruos, gigantes y animales quiméricos, que desde muy pronto, es verdad, los cronistas quisieron situar en América. Pero, a partir de Ronsard, y todavía por un par de siglos, el tipo

literario del salvaje se dignifica y anuncia ya al "hombre natural", imagen que fascinará a los filósofos del Setecientos. En sus *Islas Afortunadas* (1553), entretejidas con reminiscencias de Horacio y narraciones del monje Thévet, geógrafo y explorador que era su contemporáneo, Ronsard convida a los poetas de su camada a buscarse, lejos de la civilización y sus horrores, una vida paradisíaca donde, acompañados de sus amigos, se entregarán, como los "bienaventurados" de las mitologías clásicas, a las artes, los deportes y la cacería, sin más trabajo que el de alargar la mano para recoger los dones gratuitos de la tierra. Algo mezclada con las concepciones de "siglo de oro" (tan viejas al menos como el poeta y labriego de Ascra), esta fantasía de Ronsard parece una amable respuesta a *La República* de Platón: sea porque los poetas, expulsados por el antiguo filósofo de su Ciudad Perfecta, aceptan gozosos el destierro y van a disfrutar de una existencia mil veces mejor al aire libre de la naturaleza, sea porque Ronsard concibe asimismo una República a su modo, mucho más gozosa y aereada, donde los poetas son, no sólo ya amos y señores, sino los únicos y felices habitantes. Cuando Ronsard lanza su grito, convidando a los discípulos de las Musas a embarcar con rumbo a las Islas Afortunadas, nos parece oír aquella exclamación, dulce y candorosa, de Rubén Darío: "¿Qué haremos los poetas sino buscar tus lagos?"

No ha de pasar mucho tiempo, y ya Montaigne, ante el contraste entre el Viejo y el Nuevo Mundo, deja ver esa comprensión, ese perdón, esa caridad para todas las doctrinas que Bacon y Shakespeare aprendieron en sus *Ensayos*.* Aquí Montaigne sigue al calvinista Jean de Léry, uno de los que intentaron aclimatarse en la isla de Villegagnon (Bahía de Guanabara, Brasil). Todavía Herman Melville, el autor de la célebre novela norteamericana *Moby-Dick o La Ballena Blanca,* recuerda la postura de Montaigne ante los salvajes (*Typee,* 1846). Y en cuanto al derecho de arrebatarles sus tierras, muchos parecen repetir, a sabiendas o no, las protestas de Fray Bartolomé de las Casas. ¿Cuál es, en suma, concluye Montaigne, el más grave cargo que los civilizados

* Ver "El presagio de América", *Última Tule,* en este mismo tomo.

europeos han acertado a formular contra los indígenas americanos? ¡Que los indígenas americanos no usan calzones! ¿No es cierto que Shakespeare parece responder a Montaigne cuando, en *La tempestad* (II, 1) pone en boca de 'Gonzalo' su república ideal o edad de oro resucitada?

Aquellos tres testigos de Europa —Moro, Montaigne, Bacon— bastan para apreciar lo que significó, verdadero ventarrón de utopías, el Descubrimiento. El seguir, con Chinard, las influencias del exotismo americano en la literatura del Viejo Continente, hasta llegar a Rousseau, Saint-Pierre y Chateaubriand, sería muy ameno pero muy dilatado y sobre todo, ya está hecho de mano maestra. Por otra parte, el creciente desvío de Europa que América vino a provocar, como atmósfera cada vez más concentrada, entre protestantes y puritanos (la secta cuáquera al cabo se instaló en América), es ya cosa harto conocida. Sabemos y entendemos ya bien por qué algunos utopistas prácticos de Europa, durante el siglo pasado (Owen, Noyes, Cabet el de la *Icaria,* los mismos "fourieristas" y las falanges de los Shakers, Rappistas o Economistas, separatistas de Zoar, Anamitas, comunistas de Bethel y de Aurora) imaginaban de un lado una novela, y de otro lado venían a vivirla en tierra americana. De aquí nacieron los Estados Unidos y estuvo a punto de nacer una Francia Antártica en el Brasil con los hugonotes de Villegagnon. En cuanto a nuestra España, después de perder su centro de gravedad cediéndolo a la hija que engendró, y después todavía de las naturales y necesarias emancipaciones, sigue recibiendo de América, a través de las más altas mentes peninsulares, mensajes de esperanza y sueños: Pi y Margall, Castelar, Unamuno, Valle-Inclán y Ortega y Gasset, cuyas impaciencias ante cierta república sudamericana fueron también síntomas de amor. Por último, ante las recientes vicisitudes de España, sus hermanas de América —que ya no hijas— han sabido abrirle los brazos.

XX

El asunto es más que abundante y, a la vez, muy escurridizo. Nuestro tema utópico por todas partes aparece y, de repente, se cambia en otro. Sólo he recordado algunos momen-

tos o posturas de la cuestión. Que cada uno me complete al margen con sus propias lecturas y observaciones.

Nuestra incumbencia esencial, el problema político, el problema de la convivencia entre los hombres, es muy largo para el trecho de una vida. No tenemos ni tiempo ni fuerzas para resolverlo y, además, los cuadros se descomponen y están mudando constantemente, puesto que la historia está en marcha. Entre una y otra generación algo se olvida, algo se pierde. George Bernard Shaw, apurando hasta la paradoja la teoría evolucionista —a la cual volverán luego los que tratan de prolongar la existencia humana con inyecciones y comprimidos—, nos propone sencillamente el regreso a Matusalén, así como ayer nos deslumbraba Nietzsche con la esperanza del Superhombre. ¡Cuántas veces creemos habernos apoderado del fantasma! Como el fabuloso Ixión, sólo abrazamos una nube.

APÉNDICE

Relieves del festín

1. En su libro *Hermsprong o El Hombre tal como no es*, Robert Bage (1728-1801) sigue las huellas de Richardson y acierta con una buena pintura del carácter femenino. El autor pertenece a la escuela de la novelística revolucionaria, encabezada por Godwin y Holcroft, discípulos a su vez de Rousseau y de Tom Paine, y defensores de los derechos del hombre, la vida según la naturaleza y la igualdad social. Esta novela de Bage, su mejor obra, contrapone las cosas reales, y deficientes a sus ojos, a las excelencias de una colonia situada entre los bosques norteamericanos y poblada por los pieles rojas.

2. William Starbuck Mayo (1812-1895), publicó, en 1849, un extravagante relato —*Kaloolah o Viaje al Djébel-kumri*— cuyos episodios acontecen en las profundidades de África y en que el autor se las arregla para introducir incidentes de su propia biografía, sobre todo de su infancia en el Estado de Nueva York. Las aventuras del héroe, el joven americano Jonathan Romer, culminan en su matrimonio con

una princesa del África Central. Hay escenas de la vida silvestre, del desierto; escapatorias impresionantes; combates entre los esclavistas y los nativos. El contraste entre la civilización y la vida africana da lugar a sátiras al estilo de 'Gulliver'.

3. Herman Melville (1819-1891), el célebre americano autor de *Moby-Dick o La Ballena Blanca,* escribió también una utopía caricaturesca contra Europa, un tanto "gulliveriana", mezclada con imágenes de la vida entre los indios "maori". Tal es *Mardi and a Voyage Thither,* novela de aventuras en Polinesia, donde se encuentran algunas de las mejores páginas de Melville: las relativas a la historia natural de los mares y el desfile de la pintoresca fauna en aguas del Pacífico. Tras varias semanas de soledad en aquellas lejanías marítimas los viajeros, entre quienes descuella el piloto Jarl, dan con el portentoso archipiélago Mardi.

4. El americano Edward Everett Hale (1822-1909), publicó en 1870 un cuento —*Ten Times One is One*— lleno de vivacidad y humorismo, pero escrito con intención seria, sobre una posible reforma o una regeneración del mundo, todo ello inspirado por un gustoso optimismo.

5. George du Maurier (1834-1897), el famoso dibujante, es autor de tres novelas fundadas en sus recuerdos de París y otros lugares de Francia y Bélgica. La primera y mejor, aunque no la más conocida —*Peter Ibbetson*— es una fantasía melancólica en que el héroe logra, en sueños, unirse a su amor perdido. En *Trilby,* presenciamos la influencia del hipnotismo sobre una linda muchacha. Y en *The Martian,* la verdadera utopía de Du Maurier, volvemos al tema de la primera novela: la Francia de los años cuarenta, la feliz vida doméstica de la provincia, escenas belgas, Malinas y su parsimoniosa sociedad clerical. Cierta influencia hipnótica venida de Marte enciende en el héroe la inspiración, y aparecen algunas vislumbres sobre una humanidad mejor que la conocida hasta ahora.

6. William Morris (1834-1896), cuya personalidad me figuro que no necesito recordar al lector, esboza la imagen de un paraíso de arte y de justicia social en *The Story of the Glittering Plain* (1890), y formula con suma claridad su

evangelio al año siguiente en otra de sus varias relaciones fantásticas: *News from Nowhere, or An Epoch of Rest: being some chapters from a Utopian Romance.* Sueños de un artista cuya profesión de fe es el socialismo, respecto a una futura ciudad de Londres ya reformada, donde se pintan con lucientes colores las vestiduras, los muebles, objetos y menesteres de la vida cotidiana, cuando el amor universal del arte haya sucedido al "comercialismo".

7. William Dean Howells (1837-1920), americano fecundísimo, ha dejado dos libros utópicos: *A Traveller from Altruria* (1894) y *Through the Eye of the Needle* (1907) —*Por el ojo de la aguja.* La primera es una utopía de ideales altruistas, donde el altruriano, en el curso de un diálogo, pasa en revista los rasgos principales de la vida social de América: el esnobismo exclusivista, la falta de simpatía, la tiranía individualista del millonario. Frente a esto se alza el ideal "altruriano", hecho de igualdad y fraternidad cristianas. El segundo libro es una "novela con introducción". Aparece allí nuevamente el visitante de Altruria, y reaparece la pintura satírica de la sociedad norteamericana, seguida de una descripción de la vida feliz que disfrutan los altrurianos.

8. Sir Walter Besant, a quien ya conocemos por su obra *The Revolt of Man,* expone, en *All sorts and conditions of Men,* una utopía realizada en el Palacio del Deleite (Whitechapel). El autor confía en la obra privada de los hombres y aconseja desconfiar siempre de los políticos. ¡Utopista desagradecido!

9. Richard Whiteing (1840-1928), en *La Isla, aventura de una persona de calidad* (1888), así como en la novela llamada *N° 5 John Street* (1899), emprende estudios sociales al modo de la novela experimental de Zola. En la primera de estas obras, un lord inglés, harto de los vicios y embustes que infestan la sociedad de Londres y de París, huye del mundo y se refugia en una isla del Pacífico, isla habitada por una comunidad inglesa que vive en medio de la felicidad y la inocencia, lo que renueva su fe en la humanidad.

10. William Henry Hudson (1841-1922) escribió una utopía sumamente fantástica, *A Chrystal Age* (1887), donde,

además de otras cosas, se ha eliminado el amor sexual y la comunidad, como entre las abejas, está gobernada por la Reina Madre. El cuadro de esta existencia desapasionada, sin luchas, vulgaridades ni apetitos carnales, está trazado con cierto encanto, a pesar de que se le hayan quitado al guiso la sal y la pimienta.

11. John Richard Jefferies (1848-1887) supone —en su novela *After London or Wilde England* (1886)— que Inglaterra ha sido destruida por un cataclismo, y el país vuelve poco a poco al estado de naturaleza, a la vez que los escasos supervivientes adoptan las costumbres bárbaras de las edades remotas. Lo más curioso en este cuento es la descripción minuciosa de la vida animal, y la progresiva invasión de la naturaleza. (Referencia al cometa de Wells.)

12. John Davys Beresford (nacido en 1873) imagina, en su libro *Goslings* (1913), el efecto sobre el mundo civilizado de una peste que viene de Rusia y destruye a toda la población masculina. Peste ingrata: considérese que a otra peste debemos el *Decamerón*. (Nueva referencia al cometa de Wells.)

13. El alemán Alexander Moszkowski, en sus *Islas de la Sabiduría* (1925), presenta una sátira según la tradición de Gulliver. El narrador visita un grupo de islas, cada una de las cuales se halla poblada por partidarios de alguna nueva filosofía, más o menos extravagante. Entre estas filosofías, se traslucen algunas modernas locuras.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

I
ÚLTIMA TULE

II

TENTATIVAS Y ORIENTACIONES

III

NO HAY TAL LUGAR. . .

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de mayo de 1997 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 2 000 ejemplares.

Reyes agrupó en este tomo dos libros de ensayos y uno de notas sueltas relacionadas con un tema que siempre le fue grato: las "utopías". El primero de ellos, *Última Tule,* presenta ordenadamente varias meditaciones acerca de América, desde su "presagio" en los escritores y pueblos anteriores a Cristo hasta la imagen optimista que ha producido en algunos intelectuales contemporáneos que en el Nuevo Continente ven una esperanza "de que la especie humana se fecundice con el injerto de lo autóctono americano". Tule, la isla extrema hacia el occidente de Europa, y la Atlántida, prevista por los filósofos y buscada por los marinos, son antecedentes míticos del descubrimiento de América. Colón sería "el hombre de la Providencia" que un buen día coronó su constancia con el hallazgo de estas dilatadas tierras que luego habrían de llamarse América. Reyes se interna en la cuestión sin perder de vista sus múltiples aspectos y sin olvidar que, al lado de lo indígena, se afirma "la magna herencia ibérica".

Los más diversos asuntos componen *Tentativas y orientaciones.* Se inicia con el célebre "Discurso por Virgilio", escrito en homenaje al poeta latino en el segundo milenio de su nacimiento, y después de algunos capítulos estrictamente culturales o referidos a la política internacional, concluye con un notable ensayo sobre la lengua y varias páginas dedicadas a la guerra, la desigualdad económica y el papel futuro del panamericanismo. No son extrañas al carácter de estas páginas su preocupación por la armonía entre las naciones y la responsabilidad del Nuevo Mundo en los empeños por realizarla.

Por último, *No hay tal lugar...* procurará al lector infinidad de sugestiones, ocurrencias, atisbos, reflexiones, que si bien vuelven sobre el tema de las utopías, no dejan de aventurarse en pretextos literarios, filosóficos, geográficos, que prestan oportunidad a Reyes para dar nuevas pruebas del ágil movimiento de su pluma.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



